

*Selecta*

# Mientras camino entre las sombras

*Cielo prohibido*

2

Matías Zitterkopf

Mientras camino entre las sombras  
Libro 2 - Trilogía Cielo prohibido

*Matías Zitterkopf*

*Selecta*

SÍGUENOS EN  
**megustaleer**



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin  
| Random House  
| Grupo Editorial |

## Prefacio

Primero existía la oscuridad y luego el Señor creó la luz con tan solo desearlo. Entonces, surgieron la envidia y el enojo.

La oscura nació primero, era la mayor y amaba vestirse de sombras. La clara era más pequeña pero luminosa e intensa como relámpagos en una noche tormentosa.

La primera reinaba las noches, con sus terrores y las pesadillas.

La segunda era dueña del día, las tardes soleadas y los arroyos con destellos sobre la superficie del agua.

La menor no había pedido opacar a la mayor, no había pedido nacer, la habían creado de un suspiro sin que pudiera elegir. Aunque la que se envolvía en tinieblas se oscurecía sola sin necesitar ayuda alguna.

La luminosa era amiga de las espadas fabricadas con cristal celeste, esas que atrapaban los rayos del sol y los multiplicaban en haces de luz sobre el mundo. La oscuridad se rodeaba de sables filosos y negros como el cuervo, esos que causaban heridas profundas y mortales.

Eran opuestas; noche y día. Y se seguirían de manera eterna.

Hasta que alguna decidiera matar a la otra.

## 1. La ciudad de los muertos

Mechones de cabello rojo flotaban en la brisa cálida de noviembre mientras sus brazos se enredaban alrededor de su cuerpo; unas uñas largas y pintadas de negro aparecían en su espalda, casi atravesando su ropa para clavarse en su piel.

Justo en ese momento se había quedado pensando en los cambios, en cómo la vida daba vueltas de manera interminable y tejía situaciones inesperadas a su antojo para llevar a las personas a convertirse en versiones nuevas de sí mismas. Las caídas, los golpes, pero también las alegrías momentáneas, que ahora esperaba fueran duraderas, sin duda la habían hecho crecer.

Si no fuera por el movimiento de su pelo o por la forma en la que el vestido azul que llevaba puesto flotaba en el aire, la chica podría haberse confundido con una estatua, con los pies plantados sobre la tierra y la mirada perdida en el horizonte. Al igual que los altos pinos que crecían junto al acantilado, solemnes y en silencio.

Aquel lugar conocido y hermoso también le traía recuerdos de cambios y de alas negras que se desplegaban como inmensos mantos bajo un cielo oscuro para revelar secretos.

Sentado sobre un espacio donde la hierba crecía alta y salvaje, y se mezclaba con pequeñas florecillas de color lila, él la observaba con cierta admiración y detenimiento, como siempre había hecho desde la primera vez que sus ojos se posaron en ella y se quedaron viéndola para siempre.

Podría decirse que la conocía de memoria; las tonalidades de rojo que su cabello tomaba dependiendo de la intensidad del sol; su pequeña cintura, donde sus manos se ajustaban a la perfección; la forma en que mordía sus labios rosados cuando estaba nerviosa. Ella había cambiado bastante en poco

tiempo; ya no era la chica con la que había discutido en la cafetería del Highland una mañana sobre una manzana o por el nombre que debía llamarla. Pero, de todos modos, su esencia y todo lo que ella era estaban allí en ese momento. Las pecas desparramadas sobre su pequeña nariz eran las mismas, como un pedacito de cielo estrellado que había decidido descender y llover sobre su rostro. Sus ojos inmensos de color miel, adornados por unas pestañas onduladas, lo miraban igual que antes, llenos de un amor inmenso que a veces sentía no merecer. Y, aun así, cuando pensaba saber tanto sobre ella, cuando parecía conocerla entera como a un mapa del Paraíso, todas sus líneas y trazos, la chica podía hacer cosas inesperadas que rompían con los esquemas; era todo un mundo por explorar.

Amelie seguía parada cerca del precipicio, se encontraba sobre unas rocas blancas, llenándose del perfume que la flora ofrecía por ese lugar, un tanto dulzón en esa época del año. Había unas cuantas flores de color púrpura que nacían bajo los troncos viejos y agrietados de los pinos, otras surgían de entre las rocas y, al abrirse, regalaban su aroma y belleza.

Bastian se encontraba a pocos metros de ella y no dejaba de mirarla mientras decenas de semillas blancas de los dientes de león se le enredaban en el cabello como copos de nieve en el invierno. Tenía miedo de que ella estuviera tan cerca del borde del acantilado, ese lugar tan especial donde le había contado quién era en verdad o, más bien dicho, donde ella lo había descubierto por fin.

El muchacho se levantó del suelo, caminó con lentitud esa poca distancia que los separaba mientras sacudía su pelo y, enredando sus brazos alrededor de la cintura de Amy, apoyó su mentón sobre el hombro de la muchacha para hablar cerca de su oído.

—Hola, precioso ángel de las alturas —bromeó Bastian usando una voz exagerada que parecía sacada de tiempos antiguos, como un caballero medieval o como ella creía que uno hubiera hablado. Al escucharlo, Amelie soltó una risilla—. Discúlpame si interrumpí tu momento de reflexión, pero me estaba aburriendo sentado solo allá atrás.

—No te preocupes, amor. No estaba pensando en nada, solo contemplaba el paisaje. Todo se ve tan hermoso desde aquí arriba —respondió ella, una sonrisa amable se pintó en sus labios—. ¿Recuerdas ese día? Estamos en el mismo lugar de aquella vez, cuando me dijiste que eras mi ángel guardián. ¡Qué nerviosa estaba! Tuve que sentarme porque me temblaban las piernas y

casi me desmayo cuando me lo confirmaste. Y luego flotaste en el aire haciendo espirales...

—Por supuesto que lo recuerdo, no eras la única que estaba nerviosa, ¿sabes? Era la primera vez que alguien veía mis alas —dijo él y le besó la mejilla con suavidad—. Alguien humano, quise decir.

—Sí, recuerdo tu cara, estabas sumamente confundido. No entendías lo que estaba pasando...

—Sentí lo mismo cuando te conocí.

—¿Cuando me viste en la cafetería? —cuestionó ella, descansando sus manos sobre las del muchacho, que se encontraban sobre su estómago.

—Mucho antes que eso. Me refiero al momento en el que te vi por primera vez. El día que me encomendaron cuidarte —respondió él y sonrió, recordando el momento. Había estado nervioso porque era nuevo en eso, ni siquiera sabía cómo debía proteger a un bebé, pero, apenas la vio, toda una sabiduría se despertó en su interior.

Amelie respiró de manera entrecortada ante aquellas palabras.

—¿Por qué nunca te pregunté sobre eso antes? ¿Tú estabas allí en el hospital cuando nací?

—Sí, eras una pequeña bebé calva y regordeta —bromeó el muchacho y comenzó a reírse.

—Y tú ya eras un viejo pervertido —replicó Amelie y sacó la lengua, aunque él no pudiera verla.

—Hablando en serio, siempre supe que serías especial y no me equivoqué —comentó, recordando el momento exacto en que la había conocido. Le parecía tan lejano ahora, pero no le fue difícil conjurar las imágenes de su pasado.

—¿En serio? Bueno, gracias por confiar en mí, entonces —dijo la chica, apretando con suavidad las manos de su novio—. Supongo que ahora viniste hasta aquí porque tienes miedo de que me caiga. ¿Todavía me sigues cuidando y cumpliendo aquella promesa?

Ambos miraron hacia abajo. En el fondo del acantilado se podía ver un lago de aguas blancas, que parecía una gran serpiente que se movía habilidosa entre las rocas. El ruido de las aguas rápidas que chocaban contra todo lo que encontraban les llegaba como un eco apagado hasta las alturas, como una canción vieja y olvidada. De tanto perderse en el movimiento del agua pronto le dio vértigo a ella y giró sobre sus pies para mirar al chico que la sostenía

en sus brazos de manera segura.

—Lo admito, me descubriste. Tengo un poco de miedo de que te caigas. —  
Se rio—. Pero no te cuido como un ángel, te cuido como un novio ahora.

—El mejor novio del mundo. —Amelie sonrió y se humedeció los labios. En ese instante se dio cuenta de que Bastian no podía dejar de verla, cada cosa que hacía le llamaba la atención y así había sido desde hacía días o décadas, teniendo en cuenta lo que le había contado. El muchacho se quedó por varios minutos con su mirada verde puesta en la chica, penetrando las capas de piel como si pudiera ver su interior, como si estuviera dándole un vistazo a su alma y a su corazón, que latía con fuerza. Ante su mirada tan intensa, ella tuvo que bajar la vista porque se había sonrojado un poco.

—Lo siento, todavía no me acostumbro a tenerte siempre tan cerca y tan mía. Solo hace una semana que Dios me dejó estar contigo y todavía me cuesta creerlo —explicó Bastian, levantando la cara de Amelie con su dedo índice para que ella lo mirara. Los grandes ojos redondos de su novia lo vieron de lleno, la luz tibia del sol iluminaba su rostro blanco.

—Está bien, es que me miras de esa manera tan profunda que me deja sin palabras y no sé qué hacer. —Las manos de Amelie volaron con gracia hasta las mejillas de Bastian y las yemas de sus dedos le acariciaron el rostro. El sol detrás de su cabeza formaba un halo de luz naranja, parecía la imagen de un santo, como la de las estampas religiosas que tenía su abuela en una caja de madera en Santa María, junto con los rosarios de cuentas grandes.

—O sea que mi mirada es profunda, ¿tengo otro tipo de mirada? —interrogó él un tanto curioso y divertido a la vez. Le encantaba escuchar las cosas que ella decía, a veces se le ocurría cada locura que le causaba tanta gracia y terminaba por reírse a carcajadas, como nunca antes lo había hecho. No existía nadie que lo pudiera hacer reír de esa manera y ese era otro sentimiento nuevo para él: el de expresar la felicidad a través de la risa y lanzarla al mundo.

—Sí, tienes muchos tipos de mirada. Pero hay una en especial que... —dijo ella lamiendo sus labios con delicadeza—. A veces me miras como un león, como si yo fuera una presa indefensa y quisieras comerme.

—¿Un león? Eso es raro, pero lo de comerte no es tan disparatado —bromeó él y le mordió el cuello con suavidad mientras rugía como un felino. Escuchó cómo ella se reía porque de seguro sus labios le hacían cosquillas y su aliento cálido sobre la piel le producía escalofríos.

—¡Bastian! ¿Ves? ¡Quieres comerme! —exclamó ella divertida y trató de



apartarlo poniendo las manos sobre su pecho.

—Mucho más que comerte, pequeña. —Apretándola con fuerza contra su cuerpo, cerró todo espacio existente entre ellos y la besó en los labios, lleno de pasión y de ganas contenidas. Había querido besarla así toda la tarde, tenerla solo para él. Le encantaba la suavidad de los labios de Amelie y su sabor dulce, la forma en que se movían y se amoldaban a los suyos, cuán cálido se volvía su cuerpo cuando la tocaba. Un mundo de sensaciones se había hecho presente en él en ese corto tiempo y le era difícil controlarse en ciertas situaciones.

—Bastian... —Amelie suspiró tratando de apartarse, pero el chico no le dio chance y su abrazo se volvió más fuerte, sus dedos le acariciaron la espalda por sobre la delicada tela del vestido.

—¿Sí? —preguntó él en medio del beso; entrelazando los dedos en el cabello rojo y ondulado de su novia, jugó con él.

—Necesito respirar. —Ella se rio y se apartaron por fin. Si hubiera sido por él, hubiera seguido besándola por horas.

—Lo sé. Ya que mis besos te dejan sin respiración, literalmente, y no quiero matar a mi novia con besos, deberíamos buscar otra actividad —bromeó él, esbozando esa sonrisa encantadora que ella amaba—. ¿Qué quieres hacer, Amy?

—Mmm... ¿Algo más que besos, tal vez? —preguntó ella, dándole una mirada pícara, y luego se rio.

—¿Estás segura de que quieres hacer eso? —interrogó él un tanto sorprendido, sus cejas un poco más levantadas que de costumbre. Sus facciones se volvieron rígidas al igual que sus músculos. No se había esperado aquel comentario.

En todo ese tiempo de conocerse, aunque solo había pasado una semana desde que Bastian por fin había podido amar a Amelie sin ataduras, nunca habían tenido intimidad. Y aunque muchos, incluidos sus amigos, ya darían ese hecho por sentado, ellos habían tenido otras cosas en qué pensar; cosas como no morir enfrentándose a un demonio o encontrar el valor para decirle a su jefe, que era Dios, nada más ni nada menos, que lo quería dejar todo por una humana.

—No era en serio, aunque esa sonrisa encantadora destruye todas mis defensas y tal vez... —bromeó Amy—. Pero... quiero hacerlo, aunque tengo miedo de arruinar las cosas. Supongo que tú antes de ser ángel tuviste

experiencias. —Suspiró antes de seguir hablando—. Te voy a confesar algo vergonzoso, pero yo... nunca he estado con alguien antes y eso me pone un tanto nerviosa —acabó por decir a la vez que se sonrojaba. Él sabía que nunca había hablado de ese tema tan abiertamente, ni siquiera con Nadia. Fue por eso que supo que de verdad ella se sentía segura con él y apreció lo que le estaba confiando. El chico solo la miró a los ojos y sonrió con dulzura.

—Sí, tuve experiencias antes de ser un ángel. Pero fue hace tanto tiempo que ni siquiera recuerdo lo que se siente o cómo se hace, para ser honesto. —Se rio para reconfortarla—. Te va a sonar trillado porque todos los chicos que quieren acostarse con su novia lo dicen siempre, pero realmente no quiero que hagas nada de lo que no estés segura todavía.

—Lo sé, pero, a diferencia de esos chicos, tú siempre has sido distinto. Contigo me siento segura y por eso te creo, aunque uses frases trilladas. —Recuperó la seriedad luego de dejar salir una carcajada—. Solo quería dejarte en claro que no puedes esperar mucho de mí en ese aspecto, no puedo convertirme en una diosa de la noche a la mañana.

Bastian se rio porque Amelie lo decía en serio y esa era una de las cosas que le gustaba acerca de ella: que podía decir algo gracioso usando un tono grave. Pudo notar que ese tema la tenía bastante preocupada y tal vez por eso había escapado a sus caricias los días anteriores. Había observado mucho a los humanos, había sido uno y la entendía. Había visto incluso hasta los propios amigos de alguien casi empujarlo a vivir esa experiencia porque ellos ya lo habían hecho. Y a pesar de que no siempre las cosas salían mal, había personas que se lamentaban de haber dado un paso tan importante con alguien a quien no conocían del todo y, al final, no era algo que quisieran recordar. Y, como era lógico, no pretendía que su novia estuviera en ese último grupo; deseaba que recordara aquello como algo hermoso.

—No es bueno hablar de diosas, porque hay un solo Dios, todos lo encontramos de una manera diferente, pero en verdad hay uno solo... —comenzó a decir el muchacho y se interrumpió, sacudiendo su cabeza—. Bien, eso es tema de charla para otro momento. Lo que quiero decirte, Amy, es que yo no espero nada de ti en ese sentido. No estoy contigo porque hace años no tengo intimidad, ni siquiera te das cuenta de ello siendo ángel si vamos al caso. No espero que seas una diosa, como tú dices, solo espero que seas tú, la Amelie divertida y hermosa que se pone nerviosa ante situaciones nuevas. Si los demás te presionan para que lo hagas, los mandas al demo... a otro lado.

Pues yo, que soy tu novio, no te pienso presionar y déjame decirte que en ese tema solo nosotros dos tenemos derecho a opinar y decidir. ¿Entendido?

Amelie lo miró y sonrió aliviada, asintió con la cabeza y, abrazándolo fuerte, descansó su cabeza sobre el pecho del muchacho.

—Repito. ¡Eres el mejor novio del mundo!

—Gracias, nena. Ahora, yo repito ¿qué quieres hacer? —dijo él con una sonrisa gigante pintada en los labios.

—Hay algo que quiero hacer antes de volver a casa. Quiero pasar por el cementerio, no he visitado a mi familia desde el funeral y creo que es hora de volver a saludar.

—Tú sabes que las almas de tus familiares no están allí realmente, ¿verdad? Me hubiera gustado averiguar si estaban bien allá en el Paraíso, pero todo pasó tan rápido que ni siquiera pude volver a Mikah. Lo siento mucho.

—Está bien, no te preocupes ni te sientas mal por ello. Yo sé que no están en el cementerio, pero es uno de los lugares en donde los humanos encontramos la conexión con aquellos que ya no están entre nosotros.

\*\*\*

Cuando abandonaron el acantilado, el auto comenzó a marchar por la ruta y Amelie observó lo que pasaba frente a sus ojos. El cielo se tiñó de ese color que adquiere cuando el sol se vuelve débil por las tardes, era un lienzo rosa con toques de dorado. Las luciérnagas encendieron y apagaron sus luces sobre la hierba y se posaron sobre los campos de dientes de león para iluminar los copos blancos como si fueran lámparas.

El cementerio quedaba de camino a Puerto Azul. En todo el trayecto, Amelie pensó que en un mes las clases habrían terminado y que luego se irían de viaje de egresados. La idea no la convencía demasiado, prefería quedarse con Bastian y no irse por ahí con todos sus compañeros de clase. No era que sus compañeros le desagradaran, su actitud había cambiado mucho en ese tiempo. Además, Nadia y Alexis estarían allí y eso era diversión asegurada. Ya pensaría qué hacer, aún no se lo había comentado a los chicos ni a Bastian. Él no iría al viaje porque sentía que no era lo apropiado, solo terminaría el año escolar porque en su nueva vida como humano necesitaba tener el secundario completo, al menos si quería ser alguien en el futuro. Con la desaparición de

los problemas celestiales, habían llegado los mundanos.

Cuando el auto se detuvo frente a los grandes portones de hierro negro retorcido, Amelie suspiró hondo y decidió bajar. Se detuvo a contemplar la entrada. Había dos columnas a ambos lados del portón y, sobre ellas, dos vírgenes cubiertas por mantos blancos, con estrellas bajo sus pies, y una de ellas estaba pisando una víbora. Ambas se encontraban enfrentadas y se miraban la una a la otra con cabezas casi gachas y ojos piadosos, como los de las madres que sufren por sus hijos.

El sol se seguía poniendo lentamente, pintando el cielo de colores rojos, naranjas y azules, un panorama bastante bello en contraste con el lugar en el que se encontraban. Allí parecía haberse alojado la oscuridad del mundo.

Bastian la tomó de la mano una vez que hubo bajado del auto y notó la presencia de una anciana de cabellos blancos muy cerca de la entrada. Se encontraba detrás de una mesa llena de cajones de madera que tenían en su interior pequeñas macetas negras con flores de todos los colores imaginables.

—¿Quieres que compremos flores, Amy? —interrogó Bastian, caminando en dirección hacia la mujer, que pareció escucharlo por las palabras que salieron de su boca a continuación.

—Yo creo que les gustarán mucho. Llevo tiempo trabajando aquí y sé que a todos ellos les gustan las flores, les alegra un poco la eterna estadía. Aprecian mucho que sus familiares los recuerden y los visiten, aunque no sea muy seguido —dijo la anciana sonriente, inclinando su cabeza en dirección al cementerio. Su voz sonaba quebrada y cargada del cansancio que solo los años producían.

«Con *ellos* se refiere a los muertos», pensó Amelie, aún sin poder responder y sintiendo un escalofrío recorrer su espalda. Una sensación desagradable le embargó el cuerpo y el alma al escuchar a esa anciana hablar de tal manera, como si trajera a los muertos a la vida con sus palabras.

—Está bien, llevemos flores entonces —respondió la muchacha por fin y sonrió al ver un racimo que sobresalía en el centro de un cajón de madera—. A mamá le encantaban estas. Siempre había un jarrón lleno de violetas en cada sala de la casa, creo que por eso son mis favoritas también.

Y las imágenes que creyó perdidas en su mente aparecieron al instante, como un mar que se alejaba, pero volvía con fuerza a la costa en forma de olas para arrastrar todo a su paso. Los recuerdos estallaron en su cabeza y salpicaron todo. Aquellos desayunos familiares en la cocina se hicieron presentes.

Martina, su padre y ella sentados alrededor de la mesa redonda de madera, mientras los primeros rayos del sol se colaban por las ventanas abiertas junto con el sonido de los autos cuyos dueños se iban a trabajar. Apareció su madre en el espejo de su memoria, siempre tan ocupada, pero poniendo tanto esmero en cada cosa que hacía. Su perfume surgió de la nada mezclado con el de tostadas y café, y se le metió por la nariz para tocarle el alma. Eso hizo que suspirara fuerte y se llevara una mano al pecho, donde latía su corazón.

Cuando Bastian hubo pagado por las violetas, se las dio a Amelie. Se acercaron hasta el pesado portón y, mientras él lo abría, Amy sintió que alguien la tomaba de la mano de manera gentil pero firme: era la anciana, que había aparecido allí de un momento a otro. Sus dedos eran largos al igual que sus uñas y la piel sobre su palma estaba llena de arrugas. En uno de sus dedos llevaba un anillo ovalado, de piedra negra como el ónix y un engarzado de plata que simulaba garras que atrapaban la piedra preciosa.

—Gracias, querida —dijo la anciana, sus pequeños ojos negros eran profundos y misteriosos, pero a la vez tan familiares. Amelie se quedó perdida en ellos, tratando de descifrar aquella sensación de familiaridad, como si la conociera de alguna vida pasada.

—No, gracias a usted por animarme a comprar las flores. Son muy bonitas —le dedicó una sonrisa lo más amable que le fue posible producir. En realidad, la había asustado un poco, la había encontrado desprevenida y se sentía confundida.

—No, querida. No me refiero a eso... Ellos te agradecen por las flores tan hermosas que vas a llevarles.

Los vellos de los brazos de la chica se erizaron y se soltó de la mujer al instante para acercarse a Bastian. No había querido pasar por descortés o mal educada, pero ¿qué manera de asustarla era aquella? Resopló un tanto frustrada y sacudió la cabeza, se mostró bastante molesta cuando la anciana ya había girado sobre sus pies y regresado a su lugar.

—¿Qué te pasa? No resoplas a menudo, pero cuando lo haces es porque algo te molesta. Lo sé, dato *creepy* de tu exángel que no hacía más que observarte todos los días —comentó Bastian, empujando el portón que chirrió al abrirse —. No te preocupes, me cubría los ojos mientras estabas en la ducha.

—Tonto, no estoy de humor para bromas ahora. Esa mujer me puso los pelos de punta hablando de los muertos de esa manera. Como si supiera qué es lo que quieren, como si ellos sintieran que estamos aquí. *Eso fue creepy.*

Aterrador, diría yo.

—No le hagas caso a la anciana, Amy. Se nota que ha trabajado mucho en este lugar, debe haber visto cosas en la noche y no creo que esté tan cuerda la pobre —bromeó Bastian y luego frunció el ceño una vez que ya estaban dentro del lugar. Había cientos de construcciones, mausoleos antiguos y bóvedas hermosas pegadas unas a otros como altos edificios, angostas calles se extendían entre ellos como si fuera una ciudad alejada de la vida donde todo sucedía en un tiempo diferente.

—¿Ha visto cosas en la noche? —preguntó Amelie con los ojos como platos —. Gracias por reconfortarme. ¿Qué te pasa a ti ahora? ¿Por qué esa cara de torturado?

—¿No puedes verlos? ¡Están por todos lados! —protestó el muchacho como si fuera un niño al que no le pasaban la pelota en un partido de fútbol y estuviera haciendo un berrinche.

—¡Bastian! Si estás tratando de asustarme, te recuerdo que soy muy buena dando rodillazos en la entrepierna —amenazó Amelie. Aproximándose a su novio, se aferró a su brazo tratando de no estropear las violetas. Estar cerca de él siempre la hacía sentir tranquila y protegida, pero la verdad era que las sombras estaban por todos lados y comenzó a mirar a cada rincón, tratando de entender a qué se refería el chico.

¿Qué había en la penumbra? ¿Qué cosas se escondían entre las sombras? ¿Espíritus? ¿Fantasmas de la gente muerta que rondaban las callejuelas de piedra del lugar?

—Me refiero a los ángeles, tontita. A las estatuas, mejor dicho. ¿A quién se le ocurre que son niños de rizos dorados, sobrealimentados y sin nada allá abajo? —explicó señalando a las estatuas de piedra que eran regordetas e imitaban niños con pequeñas alas en sus espaldas. De pronto, se llevó la mano a la parte baja de sus jeans y se apretó un poco entre las piernas para que ella entendiera a qué se refería.

Ante el último comentario y ese gesto, Amelie soltó una carcajada estridente y luego se cubrió la boca con la mano porque no quería pasar por irrespetuosa en ese lugar.

—Creo que te lo dije una vez cuando hablamos del cuadro de Clara. Es imposible que un ser humano los represente tal cual son si uno en un millón los puede ver. Todo es difícil de comprobar, incluso la parte de que no tienen nada allá abajo —comentó ella para molestarlo.

—Esa parte se puede arreglar fácil, ¿quieres ver? Nos olvidamos de todo lo que hablamos antes y lo solucionamos en este mismo instante —afirmó él, con el lado izquierdo de su labio curvado hacia arriba, formando una sonrisa pícaro y tentadora.

—Hmm... Sé más respetuoso, Bastian. Ya casi eres todo un humano y no quiero que mi primera vez sea en un cementerio —dijo ella, pegándole en el hombro con su mano libre y los dos se rieron por lo bajo.

Caminaron entre las hileras de lápidas de todos los tamaños y colores. Amelie leyó los nombres y las fechas esculpadas en la piedra, algunas tumbas parecían tener más de cien años y la humedad y el musgo verde comenzaban a cubrirlos. El sol se seguía ocultando, ahora deprisa. Entonces, los faroles ubicados por todo el lugar comenzaron a encenderse, y lanzaron rayos de luz débil y amarilla que la oscuridad engullía sin problemas.

Pronto llegaron hasta una pequeña elevación en el terreno; tenía césped y un árbol de manzanas muy extraño se hallaba en la pequeña colina. La mitad estaba completamente viva, sus hojas se encontraban verdes y ya había dado frutas. La otra parte, en cambio, estaba seca y sin vida, como si un relámpago lo hubiera alcanzado en una noche de tormenta. Bajo el tétrico árbol había cuatro tumbas. Allí descansaba su familia, en un silencio eterno y casi inquebrantable.

—Te dejaré un momento sola, estaré caminando cerca de aquí. No dudes en llamarme si te sientes mal —dijo Bastian con dulzura y le besó la cabeza.

Amelie asintió y le devolvió una sonrisa. Luego, lo vio alejarse y comenzó a colocar las flores que había comprado sobre la tierra. Se arrodilló en un espacio entre las dos tumbas del medio y suspiró antes de hablar.

—Lamento no haber venido antes, en verdad, no estoy convencida de que ustedes estén aquí o de que me escucharán, pero cuando los recuerdos comienzan a perderse en la mente, cuando sus caras se me van desdibujando, necesito encontrarlos en algún lugar y por eso vine a este lugar. Siempre te dicen que las personas que amamos y mueren se van al Cielo y nos cuidan desde allí. Se hace difícil creerlo porque no podemos verlas, tocarlas o sentir las cerca. Pero aquel muchacho que anda caminando por el cementerio me dijo que las almas sí van al Cielo, él lo llama Paraíso. Así que, si en verdad están ahí y pueden ver cosas, habrán visto que desde el accidente no he tenido días fáciles, aunque traté de ser lo más fuerte posible. No entiendo la razón por la que suceden algunas cosas porque supongo que soy muy joven

todavía. Entonces, traté de guardarme todo el dolor adentro, pero creo que debería permitirme llorar, gritar y golpear muebles cuando me suceden cosas feas, creo que es lo normal —soltó Amelie, sin creer que tenía tanto para decir. Se detuvo para respirar una bocanada de aire fresco que le llegó hasta los pulmones y le aclaró los pensamientos—. Dejando todo eso de lado, porque creo que ya me fui por las ramas, quiero que sepan que estoy bien, que Bastian me cuida como siempre lo ha hecho y que a pesar de que no lo demuestre a los demás, porque mi nueva familia es lo mejor que me podría haber pasado, los extraño mucho y nunca me voy a olvidar de ustedes. Tal vez algún día me vean llegar con el pelo blanco, los ojos cansados y arrugas en la cara. ¡Solo espero que me reconozcan! Los amo como siempre —dijo la muchacha sintiendo los ojos húmedos, pero notó que una sonrisa se había dibujado en sus labios y la paz se había instalado en su cuerpo por fin.

Se levantó del suelo, limpió sus rodillas con las manos y se alejó de la colina a paso lento entre el canto de los grillos y los destellos de las luciérnagas.

\*\*\*

Bastian metió las manos en los bolsillos de sus *jeans* gastados y caminó entre las tumbas, pateando el suelo de manera descuidada y sin prestar mucha atención a los alrededores; no había nada allí que atrapara su interés de momento. Creía haberlo visto todo. El viento había comenzado a soplar y revolvía el polvo que se había instalado en el piso. Todas las luces del lugar se habían encendido porque el sol ya se había ocultado. El cielo se había cubierto de noche oscura y de estrellas titilantes como gemas.

Algo que vio sin querer volvió a llamar su atención. Detuvo su marcha frente a una estatua de piedra gris, una que no era como las otras que él tanto criticaba. Frente a sus ojos se erguía un ángel guerrero, su cuerpo era del tamaño de una persona promedio y sus ojos estaban puestos en el cielo. En la cabeza llevaba un casco que, si hubiera tenido colores, hubiera sido dorado, y a sus costados se desplegaban dos alas. Cargaba una gran espada, una muy parecida a la que Bastian había tenido una vez. El arma era tan enorme y su hoja tan ancha que nadie lo creería capaz de levantarla con sus pequeñas manos. Nadie sabía como él que los ángeles poseían una fuerza tremenda, él



había sido guerrero una vez y había ganado una gran batalla. Las manos le ardieron por tomar aquella empuñadura y blandir la espada en el aire, pero ahora ya no era uno de ellos.

—No seas codicioso, Bastian. No puedes tenerlo todo —se dijo a sí mismo y volvió a patear el suelo. Allí había unas piedritas blancas que rodaron por la tierra y, golpeando algo, produjeron un sonido metálico. Los ojos del muchacho se dirigieron hacia el lugar de donde había proveniendo el ruido y se encontró con un gran mausoleo que parecía tener cientos de años. Pensó, al verlo, que la persona que había sido enterrada allí debía ser importante porque era enorme, tal vez algún héroe local.

Aquel edificio era el más imponente en la ciudad de los muertos. Tenía una puerta de metal negro, cerrada con grandes y gruesas cadenas. Unas enredaderas crecían por sus paredes y trepaban hasta alcanzar su techo en forma de cúpula. Sobre la puerta había una inscripción en latín que se encontraba ilegible por la corrosión de la humedad y el viento.

Impulsado por una extraña fuerza, se acercó con cautela, observando otro ángel guerrero sobre el techo de la estructura. Giró su cabeza para mirar por sobre su hombro y notó que la espada del ángel anterior señalaba a ese otro ángel. Pero este último era distinto, pues no miraba hacia el cielo, sino que miraba el piso. Unas manchas de color rojo oscuro nacían de las esquinas de sus ojos, como si estuviera llorando sangre.

El muchacho se acercó hasta la puerta de la bóveda, estiró su brazo y, justo cuando sus yemas rozaron las frías cadenas —que le produjeron una sutil vibración en la yema de los dedos—, alguien lo tomó por el brazo con fuerza y su corazón se detuvo. Nunca antes había sentido miedo, esa sensación de adrenalina que le recorría el cuerpo y la sangre que se precipitaba sin ritmo alguno.

—¡Bastian! ¿Ahora te dedicas a profanar tumbas? Vayámonos de aquí, se ha puesto oscuro y este lugar no me gusta para nada.

—Siendo honesto, a mí tampoco... —dijo él, notando que era Amelie quien había tomado su brazo. Su respiración se volvió regular, al igual que el latido de su corazón. Siguió mirando el mausoleo un poco más y luego tomó la mano de su novia para comenzar a caminar hasta el auto.

Una vez que estuvieron dentro del vehículo y este se encontraba en marcha, ambos se sintieron mejor. Cada uno con sus razones, habían sido un tanto movilizadas por esa visita al cementerio.

—No puedo creer que ya sea noviembre, pero me alegro de que por fin voy a terminar quinto año —comentó Amelie sonriente, era algo que había estado sintiendo ese último tiempo—. Ni siquiera sé que voy a estudiar luego, tal vez fotografía, o Clara puede enseñarme pintura mientras me tomo un año para pensarlo.

Bastian la escuchaba con atención. Deseaba poder ayudarla a decidirse, pero le parecía mejor que ocupara un tiempo para elegir su profesión. Se dio cuenta de que él también debería empezar a preocuparse por ello. Antes solo tenía que pensar en proteger personas, no había tenido otro trabajo más que ser un ángel guardián. Ahora necesitaba dedicarse a algo que le diera para comer.

—Te voy a extrañar cuando te vayas de viaje de egresados, se me hará eterna la semana. Aunque a veces no me hayas visto porque estaba escondido entre las sombras, nunca te tuve lejos más de un día y ahora no puedo seguirte —dijo el muchacho, mirándola por un segundo, y luego volvió sus ojos a la ruta.

—¿Necesitas dinero para el viaje? Podría pedirle a Héctor un préstamo y luego devolvérselo. O puedo pagarte el viaje yo misma, así vendrías conmigo. Los demás te consideran un compañero más a pesar de que hace poco tiempo que te sumaste al grupo.

—Está bien, Amy. Tengo bastante dinero ahorrado, la Iglesia me ha pagado sumas moderadas cada mes desde hace muchos años para mantenerme como humano cuando era necesario vivir en su mundo. Podría haberlo gastado en el viaje, pero...

—Pero ¿qué? El Vaticano te cortó los viáticos... —se adelantó ella y se rio.

—No es eso... Lo gasté en una sorpresa para ti y para mí, para ambos... —Soltó la noticia y la muchacha pudo observar cómo la esquina de su labio se torcía en una sonrisa. Ya había logrado atrapar su atención.

—¿Qué es? Dime, Bastian, por favor —chilló Amelie muerta por la intriga—. ¿Qué sorpresa?

—Si te lo digo, no es una sorpresa, tontita —se burló él y soltó una carcajada.

—¿Y si te suplico con voz de niña? Algunos hombres encuentran eso muy sensual y creo que puedo llegar a ser muy persuasiva.

—¿Qué?! Yo me sentiría un perverso. —Bastian no pudo contener otra carcajada—. Nada de voz de niña, pero, si me das muchos besos, te lo digo.

Amelie se acercó y comenzó a acariciar el cuello de su novio con labios

húmedos y cálidos, una de sus manos apretó con suavidad el muslo de la pierna del muchacho. Él tuvo que concentrarse bastante para seguir manejando porque las sensaciones que recorrían su cuerpo eran tan nuevas pero atractivas que su instinto le decía que tenía que cerrar los ojos y disfrutarlo y, si hacía eso, se estrellarían contra el primer auto que transitara la ruta.

—Tus besos son muy convincentes, pero me harán perder el control y, en esta situación, eso no es nada bueno. ¿Estás segura de que nunca besaste a nadie antes? —bromeó él—. Y la sorpresa sigue siendo sorpresa.

—¡Bastian! ¿Estás seguro de que no eres un demonio? Me gustabas más cuando no podías mentirme o guardar secretos —se quejó ella y, volviendo a su lugar, se cruzó de brazos.

El auto se detuvo frente a su casa de color arena.

—No te haré esperar mucho, mañana por la mañana te buscaré y te llevaré hasta la sorpresa —anunció el muchacho. Puso el cabello de Amelie detrás de su oreja y le besó la mejilla con dulzura.

—Ahora me gustas más. —Ella rio—. Yo también te daré una sorpresa, tengo que consultarlo con la almohada, pero es algo que realmente quiero hacer.

—¿Es lo que estoy pensando y de lo que estuvimos hablando por la tarde? —preguntó Bastian y tragó fuerte.

—Tal vez... —bromeó, lanzando una risilla y sacudiendo su cabeza—. Mentira, y no es que no quiera que eso suceda, pero creo que se debería dar de forma natural, no me parece que haya que fijar un día y horario en el calendario para eso. Parecería un trabajo y eso sería horrible.

Los dos se rieron a la vez. Amelie estaba feliz, hacía unos días todo había sido oscuro, había estado a punto de morir, de ser un demonio, luego un ángel, y ahora esos recuerdos parecían algo tan lejano que ni siquiera la afectaban.

—A veces me pregunto cómo se te ocurren esas cosas que dices. —Bastian sonrió y le acarició la mejilla con su dedo pulgar, sus otros dedos descansaban detrás del cuello de Amelie.

—Tengo una mente brillante... para decir tonterías. Desearía que pudieras quedarte conmigo esta noche.

—No puedo, no me gusta que tu familia me vea aquí todo el tiempo y piense cualquier cosa. No seré tu ángel ahora, pero siempre voy a cuidarte.

—Siempre serás mi ángel.

Bastian atrajo a Amelie hacia él y sus labios se encontraron, chocando con

fuerza. Se fundieron en un beso apasionado que duró unos minutos.

—Si mi sorpresa o la idea de lo que se viene para nosotros dos no te asusta, no deberás preocuparte por dormir sola y yo no me preocuparé por lo que los demás puedan pensar. Pero lo sabrás mañana, preciosa.

—Está bien, no puedo esperar a saberlo. Si no logro dormir, será tu culpa y te lo haré saber.

Volvieron a reír y se despidieron. Amelie corrió hasta su habitación y se metió en la cama, sintiendo cómo la felicidad la envolvía como si nada pudiera hierla. Sin embargo, muy en el fondo de la mente, entre las sombras y en una oscuridad profunda, una voz le decía: «No nos olvidamos de ti, humana».

\*\*\*

—Creo que les hemos dado bastante tregua, hemos sido permisivos y blandos, mis fieles seguidores —dijo un hombre de cabellos rubios y ondulados, que le acariciaban los hombros; parecían recortados de manera perfecta.

Se encontraba a la cabecera de una larga mesa de madera oscura y sentado en una silla de alto respaldo, muy anticuada y con acolchonado blanco. Sus comensales asintieron, pero no emitieron palabra alguna porque él no había pedido opinión ni consejo, sino que había asegurado algo con total convicción. Muy rara vez aquel ser pedía la palabra de sus súbditos.

—Es hora de reclamar lo que es nuestro por derecho y no dejar la muerte de Zaira en el olvido. Nosotros no nos olvidamos de los nuestros, no dejamos a un hijo caído en el pasado como cierto dios que conozco. Además, la oscuridad lo aprueba, ya ha dormido por mucho tiempo.

Su tono denotaba burla y sarcasmo mientras sus ojos de color turquesa se posaban por un segundo en cada uno de los rostros de sus aliados, quienes bajaban la mirada hacia la mesa. Una sonrisa extraña se dibujó en sus labios mientras lo hacía, y su cabeza se torció hacia un costado con sutileza, como si estuviera pensando.

Con una mano de largos dedos sostenía una copa de vino tinto, tan rojo como sangre que se deslizaba por el suelo de noche, y con la otra golpeaba lentamente sus dedos sobre la madera de la mesa. Era el único sonido que

interrumpía el silencio abrumador además del crepitar de las llamas de las velas que iluminaban la gran sala.

Aquel lugar contaba con varios candelabros que irradiaban una luz tenue, y las sombras de los objetos se movían de manera espeluznante. Destellos de luz producidos por las velas golpeaban la vajilla de oro y las copas de cristal que se extendían por toda la mesa, y desprendían brillos por doquier. Alrededor de su cabeza tenía una pequeña corona, como hojas de laurel hechas de la plata más fina y forjadas con el fuego más caliente.

La habitación donde se encontraban era enorme, llena de ventanales inmensos que estaban enmarcados por cortinas negras, aunque no se podía ver nada más que roca a través de los cristales. Por esas ventanas no ingresaba la luz; allí no había claridad alguna.

Aquel lugar se encontraba lejos y cerca a la vez, en nuestro mundo, pero escondido de la vista del hombre. Un mundo paralelo que los humanos conocían por nombre y al que varios irían a descansar eternamente.

—Aunque, siendo honesto, me gustaría jugar un poco como lo hace él. Si no, las cosas se vuelven tan aburridas aquí por los siglos de los siglos. Ya no recuerdo cuándo fue la última vez que nos divertimos a lo grande, la última vez que el terror del mundo fue nuestro... Pero tenemos que hacerle creer que es todopoderoso.

El hombre de cabellos rubios levantó el dedo índice de su mano libre y señaló hacia arriba; riendo, los demás demostraron que estaban vivos y que entendían a lo que se refería con ese gesto. Hablaba de Dios.

—Si Él puede decidir, hacer las reglas y romperlas a su antojo, nosotros también, y no creo que nuestro Jefe Supremo esté en contra de esta decisión. Las complicaciones que nos ha traído esa muchacha son imposibles de creer, alguien tan insignificante... Por eso he decidido que vamos a asustarla, a volverla loca, a torturarla y a quitarle lo que más quiere, como Dios lo ha hecho conmigo.

—Aaron, si me permites disentir, ¿no es esa muchacha...? —se atrevió a preguntar un hombre de cabellos oscuros y barba negra. Los ojos de todos los presentes se dirigieron a él y eso lo puso nervioso porque sabía que se había equivocado al hablar.

—¿Disentir? ¡Por el Señor de las Tinieblas! Qué atrevimiento, mi querido. Esto es algo inaudito, no puedo creerlo.

Los rasgos de Aaron no se inmutaron en lo más mínimo, aunque sonaba

consternado. Su mirada, en cambio, cargaba una oscuridad monstruosa, una ira inconmensurable.

Era difícil calcular su edad; su rostro de piel delicada era pálido y sus labios, rosados. Podía tener miles de años, pero lucía joven. Todo en él era perfecto, sus rasgos eran de una simetría imposible. No se podía decir que fuera del todo masculino, pero tampoco afeminado; era una rara mezcla de todo lo que podría tentar a alguien y hacerlo pecar. Eso era lo que sabía hacer y algunos decían que era aún mejor que el mismo Diablo.

La copa que tenía en su mano estalló en mil pedazos de solo pensar en lo que el otro hombre había estado a punto de decir. No era que nadie lo supiera por allí, pero era algo que no le gustaba recordar. El vino voló por el aire y manchó el rostro del hombre que se había atrevido a cuestionarlo.

—Lo siento, señor. Yo no quise...

—Silencio, Alan. Hazte un favor y deja de humillarte todavía más —dijo de manera cortante levantando una de sus manos, y luego sonrió el tipo de sonrisa que pretende ser amable, pero era falsa como la maldad que finge ser buena—. El día que necesite tu opinión, te lo haré saber. Y como tan hermosa velada ha sido arruinada, mejor se van todos de una vez. La próxima vez que estén comiendo esa basura cocinada en las llamas del foso como los demonios ordinarios, recuerden los manjares que se perdieron hoy por pronunciar palabras indeseadas.

El ruido de las sillas se dejó escuchar y todos se apresuraron a abandonar el lugar, preocupados. Sus capas negras y botas acariciaron los suelos de piedra lisa y brillante. Antes de que Alan atravesara la puerta, una bola de energía negra alcanzó su espalda y lo hizo estallar en miles de chispas naranjas que se esparcieron por la sala hasta desvanecerse por completo.

—Y creo que el día de escuchar tu opinión no llegará nunca, mi querido —agregó Aaron, y una risa tenebrosa que llegó a cada rincón del Inframundo hizo temblar el globo hasta su centro, aunque los humanos pensaron que solo había sido un temblor en algún país lejano.

## 2. Una pequeña llave dorada

Bastian no pudo dormir bien durante la noche y supuso que Amelie tampoco había podido hacerlo; siempre acababa del mismo modo cuando él preparaba una sorpresa para ella. Pero no solo eso ocupaba su mente, en el único instante en el que se había acercado a un sueño profundo y tranquilo, dos ángeles de piedra gris se presentaron ante él entre rayos de luz y música de violines y flautas.

El que tenía los ojos puestos en el cielo bajó su rostro y fue para Bastian como si pesadas rocas que caían por la ladera de una montaña hubieran hecho eco en sus oídos y lo miró a los ojos, señalando con su espada a un segundo ser luminoso gracias a la luz de la luna. Este se encontraba sobre el techo de un mausoleo.

El que estaba en las alturas con la cabeza gacha levantó sus ojos que lloraban sangre y con la espada le indicó una puerta. Su marco era de piedra blanca y tenía ornamentos a su alrededor, hermosos trazos delicados que representaban símbolos olvidados por el hombre y los dioses.

Bastian se acercó con cautela, hipnotizado por aquella puerta y sus marcas, que desprendían luz de un tenue azul, dispuesto a tomar las cadenas que la mantenían cerrada, y de repente el hierro negro se volvió rojo, cargado de un poderoso fuego, y le quemó las palmas. Gritó de dolor cuando las quemaduras le chamuscaron la piel y el vapor ascendió hacia los cielos.

—¡Dios! —gritó Bastian y abrió sus ojos de inmediato. Se sentó en la cama con la respiración acelerada y miró sus manos sanas. Aun así, el dolor que había sentido le hacía latir el corazón con prisa y le producía un leve cosquilleo sobre la piel, cubierta por una capa de sudor. Quiso entender por qué aquello había sucedido, pero recordó que ahora era humano y esa había

sido una pesadilla; había estado dormido en verdad, aunque no lo había sentido de ese modo—. Tendré que acostumbrarme a eso... otra vez.

Miró a su alrededor, tratando de encontrar sin éxito a los dos ángeles de piedra. Su habitación se veía gris gracias al débil brillo de la luna, que se colaba por los cristales de la pequeña ventana.

Le fue imposible dormir de nuevo. Se encontró dando vueltas en la cama todo el tiempo, quitando las sábanas y volviéndose a cubrir con ellas para luego patearlas al suelo otra vez. Tenía frío un momento y calor al siguiente, así que se quitó la camiseta y la arrojó lejos. Cerraba los ojos y se obligaba a hundirse en un sueño profundo, pero no lo conseguía. Cuánto más trataba, más su mente le decía que perdería la partida, por lo que acabó pensando en la sorpresa que tenía para su novia y eso solo contribuyó a aumentar su nerviosismo, porque no sabía si ella aceptaría. No era un simple regalo que iba a hacerle, aquello tenía mucho de propuesta. Lo había pensado lo suficiente durante esa semana en que las cosas habían tomado un cauce.

A menudo se preguntaba qué haría ella cuando viera su obsequio. Pudo imaginar un sinfín de reacciones, aunque no esperaba que ninguna de ellas se volviera realidad; Amy era impredecible y cambiaba con cada segundo. También pensó en lo que ella había dicho, que tenía una sorpresa para él. ¿Qué sería? Debía reconocer que eso lo intrigaba y le parecía justo a partes iguales: él también estaba jugando a ser misterioso.

Había necesitado de la ayuda de Alexis para trabajar en su regalo. A pesar del poco tiempo del que había dispuesto, el trabajo fue arduo, intenso y estuvo muy agradecido con su nuevo amigo por haber colaborado con él. Cuando ambos se quedaron mirando lo que habían restaurado juntos, habían sonreído con orgullo. Gracias a esa labor compartida, Bastian había dado con una oferta de trabajo que no había sido capaz de rechazar. Alexis había estado viendo su necesidad y su empeño, y él esperaba que también su gratitud

El padre Tomás, quien en ese momento debía estar roncando en su cama, le había cuestionado su decisión y varias veces le había preguntado si estaba seguro de que quería dar un paso como ese. Había sugerido que tal vez debería esperar y experimentar la vida como humano por otro tiempo, incluso había mencionado algo sobre conocer a personas nuevas. Bastian se había ofendido sobremanera, más bien, se había molestado porque amaba a Amelie de una forma que solo él sabía. No había hecho semejante sacrificio para luego abandonarla y «conocer personas nuevas». Tomás le había pedido



disculpas por la insinuación que había hecho y había vuelto a su taza de café humeante, mientras el vapor empañaba los cristales de sus anteojos.

El sacerdote se había quedado con la boca abierta cuando el muchacho le había contado quién había sido hasta hacía unos días atrás, y no era que el cura no sospechara que Bastian era diferente, pero que él mismo le contara que había sido un ángel había ido más allá de todas sus suposiciones. Tal vez por eso se notaba un tanto distante con el chico. No podía entender cómo alguien podía dejar de trabajar para Dios, habiéndolo conocido de manera tan cercana. Ese detalle también había sido uno de los que había sumado puntos a la decisión de Bastian. La relación con Tomás ya no era la misma, el espacio reducido en su habitación y las manchas de humedad del techo ya no eran de su agrado. Su corazón humano sentía todo tipo de cosas y sus ojos se detenían en detalles que antes no hubiera considerado importantes.

Con tantas cosas en la cabeza y convencido de que no podría dormirse si se obligaba a hacerlo, se levantó de la cama y, vistiendo solo sus pantalones de algodón blanco para dormir, caminó descalzo hasta la catedral. Las enormes hojas de madera tallada de la puerta lateral lo saludaron con un leve chirrido al abrirse. La puerta que conectaba el gran edificio con la casa de Tomás estaba siempre sin llave, una pequeña galería conectaba ambos lugares.

Cuando estuvo dentro recorrió el largo pasillo mirando las sombras que se movían sobre los cuadros y estatuas gracias al suave danzar de las pequeñas llamas de las velas que las ancianas del barrio no dejaban apagar, ya que las encendían cada tarde si por alguna razón se extinguían. Un ligero temblor le recordó que el piso estaba frío bajo la planta de sus pies y su único resguardo fue cruzar ambos brazos sobre su pecho en un intento de aliviarse.

Subió la vieja escalera en espiral que se encontraba a un lado del altar y se dirigió a una de las elevadas torres. Como cada vez que se encontraba en las alturas, el viento comenzó a jugar con su cabello. Parecía una estatua plateada bajo el brillo de la luna, que era dueña del cielo esa noche. Le faltaba el casco y la espada para parecerse a uno de los ángeles guerreros que había visto en el cementerio.

Recordó todas esas oportunidades en las que había visto a Amelie dormir desde aquella torre cuando él todavía era su guardián. Ahora solo alcanzaba a ver un poco de luz en esa habitación que estaría ocupada por otra persona. ¿Quién dormiría en su cama? De pronto quiso dar pasos largos, tomar impulso y correr para saltar del techo y volar hasta el lugar y sacarse la duda, pero de

sobra sabía que eso ya no era posible.

Le había parecido extraño el hecho de perder su poder tan de repente. Toda su fuerza había abandonado su cuerpo con demasiada rapidez, se había transformado en ondas de energía dorada y había regresado al Paraíso por orden de Dios.

En esos escasos días como humano se había tenido que acostumbrar a muchas cosas. Tuvo que adaptarse a los horarios de las comidas, a la explosión de los sabores en su lengua otra vez. El rugido y el vacío en el estómago eran buenos recordatorios de que tenía que alimentarse como hacían los demás. También debía recordarse que una o dos veces al día tenía que visitar la ducha y usar perfume, entre tantas otras actividades que poco a poco se iban convirtiendo en su rutina. Pero una de las cosas que más le costaba, definitivamente, era dormir.

Una noche se había quedado en la cama de Amelie y ella le había acariciado el cabello y cantado una canción hasta que el sueño acabó con él. La voz de Amelie le parecía la más dulce del mundo, le daba paz y calma, y le decía que existía la posibilidad de un mundo en el que nada saliera mal.

Pero, en cierto modo, le molestaba ser como un bebé que tenía que aprender a hacer todo de nuevo. Aun así, cuando veía que ella le sonreía o lo esperaba en la puerta de su casa cuando la buscaba antes de algún paseo, dejaba los planteos de lado; se esfumaban tan rápido como habían llegado.

Era cierto que extrañaba la capacidad de volar, de sentir el viento fresco en el rostro y poder ver el mundo sin ser visto. Había pasado la mayor parte de su existencia siendo ángel y le tomaría tiempo acostumbrarse a ser un humano ordinario.

Cuando regresó a su habitación, abrió la pequeña ventana que daba a un jardín trasero porque hacía calor en su cuarto. El aire nocturno perfumado por las flores inundó el espacio de inmediato. Se paró frente al espejo y observó su cuerpo con detalle, aún era fuerte y sus músculos seguían allí, tan firmes como antes.

«Bueno, recién pasó una semana. Mi cuerpo no va a cambiar tan pronto», pensó sacudiendo su cabeza, y decidió que debería entrenar con Alexis. Su cuerpo no se mantendría en forma por sí solo como tenía acostumbrado.

Caminó hasta la ventana como había hecho hacía escasos segundos, respiró el aire fresco una vez más y se acostó en la cama. Pensó en las cosas que Amelie hacía para que él se durmiera. La manera en que sus dedos se

entrelazaban en su cabello casi jugando, la forma en que sus manos se amoldaban a su pecho y estómago en esas caricias nocturnas... Todo aquello le producía una sensación relajante, también saber que ella estaba a su lado lo ponía tranquilo y por eso se dormía con facilidad, pero, ahora que Amelie no estaba allí, solo tenía el recuerdo de sus últimas noches con ella, y poco a poco se fue quedando dormido.

\*\*\*

La mañana siguiente, cuando el sol ya estaba pintando de claridad el cielo en lo alto, el celular de Amelie vibró y sonó con una estridente canción de *rock* sobre la mesa de luz. Eso la despertó al instante y tomó el dispositivo para leer el mensaje que había llegado. Era de Bastian.

«Te paso a buscar en un rato. Prepara algo para comer así desayunamos juntos. Te amo. B».

Amelie se apresuró y, sentándose en la cama, comenzó a pasar sus manos por su rostro, frotándose los ojos para despertarse. Hacía unos días le había regalado a Bastian un celular porque él no había tenido uno antes y, cuando había sido humano, los teléfonos móviles todavía no existían. Cuando se detenía a pensar en ello le parecía de lo más extraño que su novio hubiera pertenecido a otra época, pero le encantaba cada detalle que él tenía para con ella, cada aspecto de ese chico, incluso la forma en que firmaba sus mensajes de texto con la inicial de su nombre.

«Pero ¿qué se supone que debo preparar? ¿Sería como una salida romántica?», se preguntó ella mientras elegía con cuidado su ropa, por alguna razón, quería estar linda para él. Se decidió por un vestido de verano, que más bien era una camisa larga estampada de color verde con un escote en V que revelaba bastante piel de su pecho. Debajo se puso unos pequeños shorts blancos, porque tampoco era tan arriesgada como para ir solo con ropa interior bajo el vestido –este apenas cubría sus muslos– y completó el atuendo con unas sandalias romanas de verano.

Cuando estaba en el baño, la puerta se abrió de repente y el susto hizo que el cepillo de dientes se le cayera de las manos.

—¡Buen día, Amy! ¿Te sorprendí? —dijo Nadia en voz alta y sonriente. Aun con el pelo revuelto y con cara de recién levantada, esa chica lucía bien.

—Buen día, tonta. Casi me matas del susto. Recuérdame cerrar la puerta con llave —respondió Amelie y luego escupió la pasta dental que tenía en la boca y se enjuagó con agua—. Podrías haberme encontrado en una situación no muy agradable.

—No sigas, que no quiero imágenes mentales que me marquen de por vida. Lo tendré en cuenta la próxima vez que quiera hacerme la graciosa —la detuvo Nadia y levantó sus manos a modo de derrota—. Cambiando de tema, ¿qué haces vestida así tan temprano? Me encanta lo que te pusiste, por cierto —agregó la chica rubia, tomando el lugar de Amelie para comenzar a arreglarse frente al espejo.

—Gracias, amiga. Bastian ha estado hablando de una sorpresa desde ayer y me dijo que prepare comida para desayunar, que viene a buscarme en un rato. ¿Sabes algo de lo que trama? —preguntó Amy, recostándose contra la pared de cerámica mientras arreglaba su pelo ondulado sobre sus hombros—. Tú y Alexis se han convertido en sus cómplices y le guardan los secretos todo el tiempo. No es justo, fueron mis amigos primero.

—¿En serio crees eso? La verdad es que no sé nada y, si lo supiera, tampoco te lo diría. No le voy a arruinar la sorpresa al vampiro. —Una sonrisa burlona se dibujó en los labios de Nadia y la otra chica pudo verla reflejada a través del espejo.

—Espera un segundo... ¿Vampiro? ¿Por qué lo llamas así? ¿Me perdí de algo? —quiso saber Amy, cruzando los brazos sobre su pecho.

—Le llamo así porque parece que solo te visita por las noches, por poco y lo metes por la ventana al pobre. Amelie, todos sabemos que es tu novio, o sea que nadie va a pensar mal si se queda a dormir en tu cuarto o se ponen a hacer... cositas —bromeó Nadia, peinándose de manera despreocupada, y Amelie se sonrojó un poco.

—Primero, no lo llares vampiro. Esas criaturas me parecen tétricas y ahora dudo que... —Casi termina la frase, iba a decir «que, si los ángeles y demonios existen, puede ser que los vampiros también», pero por suerte se interrumpió y continuó hablando—. Y segundo, todavía no hemos hecho... cositas. —Imitó la voz de su amiga y terminó por reírse. Nadia no dio respuesta alguna, pero la tomó de la mano y la llevó hasta su habitación. Amelie la miró confundida; solo unos pasos bastaron para que se encontraran

en la pieza de su amiga.

—¿Ahora qué? —preguntó y Nadia caminó hasta la mesa de luz para tomar algo del cajón, debía ser pequeño porque pudo esconderlo con habilidad detrás de su espalda.

—Perdón por llamarlo vampiro, pero no te hagas la tonta, que te encantaba Edward Cullen, te morías por él —le recordó Nadia y se rio a carcajadas. Amelie solo puso los ojos en blanco y suspiró hondo. No había leído una novela juvenil en años y ya lo extrañaba—. Tengo un regalo para ti, ya que estamos en día de sorpresas —agregó la rubia con una sonrisa pícaro en sus labios y puso un pequeño objeto en la mano de Amelie. Este era un sobre de plástico, cuadrado y plateado, con una circunferencia que se marcaba desde dentro.

—¿Tu regalo es un condón, Nadia? ¡No lo puedo creer! Esto es de lo más incómodo —exclamó Amelie con las cejas alzadas por la sorpresa.

—¡Bien! Reconoces lo que es. Por suerte. El mundo no está perdido —comentó Nadia y aplaudió tres veces con sus manos.

—Tonta, puedo no tener tu experiencia, pero no soy ignorante. Sé lo que es un condón, pero de todas maneras...

—Deja la vergüenza de lado, esto no te hace una chica mala o fácil. Esto va mucho más allá de eso. Tienes que cuidarte, ¿sabes? O, más bien, hacerle ver a Bastian que tiene que ser responsable también. Bueno, nos enseñaron en la escuela, pero como la amiga experta me veo en mi derecho de darte un condón. No vaya a ser que me hagas tía, soy muy joven para eso. Aunque podría ser una de esas tías sensuales.

—Eres increíble, no sé de dónde sacas tantas ideas —dijo Amelie mirando el sobre, que guardó en un pequeño bolsillo trasero de sus *shorts*, y pensó que Bastian sostenía lo mismo acerca de ella cuando decía tonterías. Ahora sabía de dónde las obtenía—. Hablando en serio, gracias, amiga experta. La verdad es que no había pensado en eso y estos días ha habido ocasiones en las que casi pasa... eso... Tú me entiendes.

—Y era obvio que iba a pasar. Bueno, nosotras nos cuidamos con pastillas y yo sé que tomas las tuyas religiosamente, pero siempre algo puede salir mal. Entiendo y no te preocupes, supongo que Alexis le regaló una caja entera a Bastian —comentó Nadia y las dos se rieron—. Entre ustedes hay tanta tensión que no quisiera ser esa cama cuando llegue el momento.

—¡Dios mío! Eres terrible —exclamó Amelie y le arrojó un almohadón que

había sobre la cama antes de bajar a la cocina; no quería demorarse.

—Gracias por el halago.

Mientras su amiga desayunaba y la observaba moverse por la cocina, Amelie puso cosas en una canasta: algunas frutas, sándwiches de jamón y queso, un termo con café y dos tazas de porcelana blanca.

—¿Crees que te pedirá que te cases con él? —soltó Nadia mientras mordía una tostada con mermelada de frutilla. Amy casi deja caer las cosas que tenía en la mano—. Si lo hace, yo quiero ser la madrina y voy a elegir el vestido de novia más hermoso del mundo para ti. Confía en mí.

—¿Por qué me sorprende lo que estás preguntando? —dijo Amy ante su propia reacción—. Siendo honesta, esa fue una de mis teorías, pero por la forma en la que ha hablado de la sorpresa no creo que sea eso. Creo que tiene que ver con algo material.

—Cierto. Además, conociendo a Bastian, ya te hubiese pedido matrimonio hace mucho —comentó Nadia sonriendo justo cuando la bocina de un auto se escuchaba fuera de la casa.

Amelie besó la mejilla de su amiga y salió del lugar apresurada. Puso la canasta en el asiento trasero del vehículo y luego se sentó junto a su novio.

—Buen día, amor. ¿Lista para la sorpresa? He estado pensando cual será tu reacción, pero contigo nunca se sabe —bromeó el muchacho. Depositó en sus labios un beso fugaz y luego comenzó a conducir. Se había puesto una de esas camisetas negras que a Amelie tanto le gustaban, se le pegaban al cuerpo y muchas chicas en la calle se lo quedaban mirando como bobas. Sin embargo, ella no se ponía celosa, sino que adoptaba la actitud de «mírenlo todo lo que quieran, total, es mío».

—Todavía la estoy pensado, no sé si lloraré como una Miss Universo y me abanicaré con la mano, o me quedaré paralizada como una tonta. Mis apuestas van por la segunda opción. —Amelie rio y eso contagió a Bastian—. También depende de la sorpresa. Estuve haciendo deducciones... Es un objeto y está lejos de mi casa, eso es seguro.

—Muy buena deducción, has acertado en los detalles, pero todavía no sabes lo que es.

—Gracias por torturarme de esa manera.

—De nada y, hablando de sorpresas, dijiste que tú también tenías algo para decirme. ¿Se puede saber qué es?

—Debería hacerte lo mismo que tú me haces a mí, pero te lo diré. Estuve

pensándolo mucho y no quiero ir al viaje de egresados con los demás. Me quiero quedar contigo esa semana y no me vas a hacer cambiar de opinión.

—¿En serio? —preguntó él con una sonrisa radiante en los labios—. No iba a impedírtelo de todos modos, me parece una idea genial porque necesitaré ayuda, ya que Alexis no estará en la ciudad.

—¿Mi ayuda? ¿En qué te estaba ayudando él?

—Cuando veas la sorpresa lo sabrás.

Amelie resopló por lo bajo, la espera la estaba matando. Las ventanas del auto estaban abiertas y dejó que el viento le despeinara el cabello que antes tanto se había propuesto arreglar. Al mirar el paisaje, la forma en la que los árboles se transformaban en otros y luego desaparecían, notó que habían llegado a Playa Calma y pronto el auto se detuvo en un estacionamiento junto a la ruta. Ambos salieron del vehículo y Bastian tomó la canasta, que estaba un poco pesada con todo lo que su novia había cargado en ella. Con su mano libre agarró la de la muchacha y caminaron a paso lento sobre los granos de arena que parecían diminutos cristales.

Ella miró todo a su alrededor, ¿estaría allí la sorpresa? ¿Sería un paseo en bote? Pronto se dio cuenta de que caminaba sobre césped de un intenso verde y luego por un sendero de piedra gris y de inmediato aquello se hizo presente frente a sus ojos.

—Bastian... ¿Esto es una broma? ¡No puede ser! ¿Esta es la sorpresa? —interrogó ella, apretando la mano del chico con fuerza. Bastian se rio y se la quedó mirando. Bien podía resultar que él la llevara a pasar un día allí porque no podía ser...

—Tuviste reacción de dibujos animados, ojos como platos y boca abierta —bromeó y tomó un objeto de metal que tenía en el bolsillo de sus *jeans* y lo puso en la mano de la chica: una llave dorada—. Bienvenida a tu nueva casa, a nuestro hogar. ¿Aceptaría usted vivir conmigo, Amelie Roger?

Amelie saltó sobre él y enredó sus brazos alrededor de su cuello, llena de felicidad. La canasta cayó sobre las piedritas, pero quedó intacta. Bastian hizo que ella enredara sus piernas en su cintura y besándola subió algunos escalones de madera, la llevó hasta el porche de la casa. La dejó en el suelo con cuidado y esperó su respuesta, que ya podía imaginar.

—¡Por supuesto que quiero vivir contigo! Es la mejor sorpresa que me podrías haber dado. Ayer había estado pensado en el tema de la intimidad, de tener más privacidad para nosotros —exclamó ella y luego besó los labios de

su novio otra vez.

—Ahora me siento aliviado, no sabía si aceptarías. Yo tampoco podía aguantar más la situación de vivir con el padre Tomás. El hecho de no poder invitarte a mi casa me molestaba. ¿Quieres darle un vistazo a nuestra casita? —interrogó él, el orgullo emanaba de sus ojos y sus palabras.

—Sí, ahora mismo.

La casa era pequeña y estaba hecha de madera, tenía dos grandes ventanas al frente y una puerta marrón en el medio. No era lujosa, pero era linda en su simpleza. Desde los cristales se podía ver el mar con sus olas espumosas y Amelie creyó que sería maravilloso apreciar los amaneceres y atardeceres desde la ventana de su cuarto, el que compartiría con Bastian. Muy cerca de allí había un muelle con botes amarrados a él, que se movían con el vaivén del mar azul.

Al ingresar a la casa se encontró con una sala de estar, los muebles aún no estaban en su sitio y entendió que a eso se refería Bastian cuando había dicho que necesitaría su ayuda. Había una chimenea hecha de piedra gris en una de las paredes laterales y un cuadro con una mariposa azul sobre ella. Ante ese detalle, la muchacha no pudo hacer otra cosa más que sonreír. Luego había una cocina comedor, con espacio para colocar una pequeña mesa y sus sillas. Tenía una puerta de vidrio corrediza que daba hacia un jardín con reposeras. A la izquierda de allí había un pasillo con tres ventanas verticales de forma rectangular, que dejaban ingresar la claridad del día. Había dos puertas en la pared opuesta, la primera daba a un baño luminoso que tenía una claraboya en el techo y la última puerta, al final del pasillo, conducía a una espaciosa habitación donde lo único que había de momento era una gran cama cubierta por sábanas de color negro. La tela brillaba y parecía sedosa como todo lo que era nuevo y no se había usado todavía.

Amelie se quedó allí, parada al pie de la cama, asimilando todo, devorando cada rincón, cada objeto con sus ojos. Bastian se acercó por detrás y, poniendo sus manos en la cintura de la chica de manera casi imperceptible, habló cerca de su oído con voz ronca y atrayente.

—¿Te gustó mi sorpresa, preciosa? —interrogó él, que no parecía tan interesado en la respuesta, sino en estar cerca de ella.

—Me encanta... La casa es hermosa y es genial que esté cerca del mar. La idea de vivir contigo es excitante.

—Tú eres excitante y estás hermosa hoy.



Pegándose a ella, el muchacho cerró todo el espacio entre sus cuerpos, cada uno de sus músculos rozaban a la chica, quien se percató de ello al instante, de aquella proximidad tan peligrosa.

De pronto, sus labios húmedos acariciaron la piel perfumada de Amelie, dedicándole los besos más suaves. Ella torció un poco su cabeza y cerró los ojos para sentir más de los cálidos labios de su novio en el cuello, de la manera que la quemaban y a la vez la hacían sentir bella. Bastian movió su cabello rojo hacia un costado y le mordió la piel con suavidad, mientras sus grandes manos se instalaban en el vientre bajo de la muchacha. Él ya había hecho eso una vez y ella casi se había sentido explotar.

Sus ojos se cerraron y su cabeza se fue hacia atrás para reposar en Bastian. Con una mano él quitó la tela que cubría sus hombros y sus labios viajaron por su piel descubierta mientras sus manos fuertes ahora le apretaban la cadera.

En un momento ella pensó en detenerlo, como había hecho otras veces. Solo habían estado hablando de ese tema el día anterior. Pero ¿por qué hacerlo ahora? ¿Por qué detenerse si ambos estaban felices? Decidió que no iba a ponerse a pensar en ello, solo se dejaría llevar. Tampoco era que pudiera pensar con claridad en ese momento. El fuego nacía en su interior y se esparcía bajo su piel en oleadas de calor.

Con lentitud, la chica giró sobre sus pies y besó a Bastian en los labios, su mano se deslizó bajo la camiseta del muchacho y al instante pudo sentir la tensión de sus músculos bajo la yema de sus dedos y cómo su cuerpo se volvía caliente ante su toque.

Él la recostó sobre la cama con el mayor de los cuidados y se puso a su lado. Sus manos jugaron de manera lenta a lo largo de sus piernas desnudas, aquello hizo que escalofríos recorrieran el cuerpo de Amy. Bastian volvió a besarle el cuello y Amelie se estremeció cuando sintió la lengua del chico contra su piel; su mano entre las piernas la hacía sentir viva y con ganas de más. Un leve gemido escapó de sus labios y se perdió en el aire mientras la mano de Bastian se movía sobre ella, arqueó su espalda y echó la cabeza hacia atrás, cerrando los ojos para disfrutar de aquella nueva sensación.

De a poco el chico le quitó el vestido y ella respiró hondo, estaba bastante nerviosa; aunque no opusiera resistencia, el corazón le latía con fuerza contra el pecho y la cabeza le daba vueltas. Era esa anticipación, la seguridad de saber que pasaría por fin.

—¿Estás segura, Amy? —preguntó él con dulzura.

Los labios de Bastian bajaron rozando la piel de Amelie. Primero se posaron en el centro de su pecho, donde su corazón latía con fuerza, y pudo sentirlo bajo sus labios. Siguió su camino hacia abajo, tomándose todo el tiempo del mundo para sentir el calor de la sangre que corría bajo su piel y luego, deteniéndose en su estómago, levantó sus ojos para mirarla.

—Completamente segura, eres demasiado convincente. —Los dos sonrieron y con un poco de dificultad ella tomó el sobre plateado que tenía en el bolsillo de sus pantalones cortos y se lo arrojó a su novio—. Regalo de Nadia.

Bastian lo atrapó y sonrió señalando una caja de condones sobre la mesa de luz, que la chica no había visto antes.

—Regalo de Alexis. ¿Quiénes estaban más ansiosos? ¿Ellos o nosotros? —dijo Bastian entre risas y de manera delicada desnudó a Amelie por completo. Su ropa interior cayó sobre el suelo de madera y él solo se limitó a observarla como hipnotizado.

—Eres enteramente hermosa, Amelie.

Ella se sintió más confiada y se sentó en el borde de la cama con rapidez, con Bastian entre sus piernas. Él se quitó la camiseta y la arrojó lejos, mientras ella lo ayudaba con los *jeans* y los *boxers* negros. Bastian dejó que lo observara por completo, que conociera su cuerpo con sus dedos todo el tiempo que quisiera. Los labios de Amelie se posaron sobre su estómago y trazaron las líneas marcadas hasta subir a su pecho; electricidad lo recorría de pies a cabeza.

Cuando estuvo listo, Bastian se puso sobre ella y las manos de Amy recorrieron la piel del chico, los dos lo hicieron de cierta manera que parecía como si estuvieran tratando de explorarse como si nunca se hubieran conocido.

Al principio Amy sintió un leve dolor cuando Bastian presionó su cuerpo contra ella, pero lo hizo de manera cuidadosa, amándola en cada segundo. Y a medida que se sintieron cómodos, sus cuerpos comenzaron a moverse juntos y en sincronía, aprendiendo el movimiento de a poco. Sus labios se chocaron con fuerza y sus dedos se entrelazaron por sobre la cabeza de ella.

Amelie pudo sentir los quejidos de Bastian en su oído, cómo sus músculos se tensaban cada vez que movía la cadera, cada embestida que la hacía vibrar llena de placer.

La muchacha enredó sus piernas en la cintura del chico, no porque supiera lo que estaba haciendo, sino porque su instinto se lo decía, se estaba dejando

llevar. Estaba amando a Bastian con cada parte de ella, con su alma y su cuerpo. Los movimientos cobraron intensidad y rapidez; habían esperado ese momento por mucho tiempo. La timidez y los nervios se habían perdido y, escuchando las olas romper contra las rocas en la lejanía, los dos se devoraron, se envolvieron de besos húmedos y caricias, y el aire se llenó de jadeos desesperados.

Bastian sintió cómo por un momento su mente no pensó en nada, como si no estuviera en este mundo ni en el otro que conocía porque estaba disfrutando del placer más extremo mientras las uñas de Amelie se clavaban en su espalda. Luego de aquella sensación tan placentera, su cabeza cayó sobre el hombro de su novia y ella le besó el cabello mientras sus labios se posaban en el cuello de la muchacha.

—Te amo, preciosa. ¿Cómo te sientes? —preguntó él un tanto agitado y trazó los labios de ella con su dedo pulgar mientras la miraba a los ojos. No apartaron la vista ni un segundo, se perdieron en esas miradas felices y llenas de brillo.

—Más viva de lo que nunca me he sentido en todos estos años —respondió ella y, envolviendo el dedo de Bastian con sus labios rosados, los besos continuaron hasta quedar exhaustos.

\*\*\*

Amelie despertó luego de unas horas, pues se habían quedado dormidos después de las fogosas caricias. El sol seguía en el cielo, debía ser cerca del mediodía cuando abrió los ojos y notó que Bastian estaba detrás de ella, con un brazo alrededor de su cintura y completamente dormido. Su pecho se movía con lentitud, se inflaba con aire y volvía a su lugar. Podía sentirlo caliente contra su espalda. Con cuidado giró sobre su cuerpo para verlo dormir como nunca antes lo había hecho, parecía tan tranquilo y relajado. Ella le movió un poco el cabello que estaba pegado a su frente y recordó aquella vez en que Nadia le quitaba salsa de tomate de la boca a Alexis. Se había preguntado si ella sería así alguna vez, si estaría presente en esos detalles, ahora comprobaba que sí.

En silencio y envuelta en la sábana negra, recogió su ropa del suelo y se dirigió al baño para ducharse. El agua caliente aún no funcionaba, así que no

le quedó otra opción más que ser valiente y bañarse con agua fría. Esta era cálida de todas maneras y, mientras el agua mojaba su cuerpo y el jabón producía espuma, recordó lo que había pasado horas atrás y una sonrisa enorme se dibujó en sus labios. Cuando estuvo lista, encontró por suerte una toalla y se secó frente a un gran espejo en el que podía apreciar todo su cuerpo. Enredó la toalla alrededor de ella y la ajustó sobre su pecho. Al mirar su reflejo en el cristal, notó pequeñas marcas en su cuello y casi de inmediato la imagen de la boca de Bastian se le vino a la cabeza.

«Tendré que disimular eso de alguna manera», pensó y, sin razón alguna, sus ojos miraron su pierna izquierda. Una leve sombra había aparecido, algo incluso más leve que un moretón. También recordó cómo sus piernas se habían enredado en la cintura de Bastian y dedujo que tal vez sus manos la habían tomado con fuerza en algún momento. Encogió sus hombros y no le dio más importancia.

Cuando volvió a la habitación, su novio se encontraba sobre la cama, con sus *boxers* puestos otra vez y las manos bajo su cabeza, y la miraba con una sonrisa enorme en los labios.

—*Okay...* ¿A qué viene ese gesto de hombre triunfador? —bromeó Amelie y luego sacudió su cabeza—. Ya sé a lo que se debe.

—A que te amo, hermosa —dijo él con una nueva expresión que le iluminaba toda la cara.

—Yo también te amo, *stalker* —acotó ella y se sentó en el borde de la cama junto a Bastian. No supo qué más decir en ese momento.

—Eso fue genial, ¿sabes? No había sentido algo así en mi vida. Creo que ya sé lo que tenemos que hacer para que me duerma con facilidad —dijo él con un brillo nuevo en los ojos—. Fue tan intenso.

—Ya lo creo, mira lo que me hiciste —comentó ella sonriente, movió su pelo mojado y le mostró el cuello—. Mi hombre apasionado, es una buena opción para tu insomnio.

—Lo siento, no pude contenerme. ¿Recuerdas cómo te molestaba Nadia porque tú todavía no habías hecho nada? Cómo las personas se obsesionan con eso. Ahora tienes pruebas para darle, así se queda tranquila. —Bastian rio y se sentó para poder besar a Amelie en los labios.

—Darle pruebas a la gente no es lo que me interesa, amor. Ahora, ve a ducharte, así podemos comer algo. Luego, tenemos que volver a casa y comunicar a mi familia sobre esta decisión de vivir juntos. Espero que salga

bien.

Bastian salió de la cama de un salto, pero habló antes de atravesar la puerta de la habitación para encerrarse en el baño.

—¿Quieres ducharte conmigo? —preguntó con voz seductora y una mirada llena de encanto, lo que habría hecho que cualquier otra chica no lo dudara dos veces.

—Tu propuesta es una gran tentación, galán, pero, por si no te has dado cuenta, ya me he bañado, y en serio tenemos que volver a mi casa.

—Está bien... —se quejó él de forma infantil y le hizo pucheros antes de perderse detrás de la puerta. Amelie pensó que era tierno y que, si no fuera porque había cosas importantes que hacer, ya estaría pegada a él en la ducha y repitiendo lo que habían hecho horas atrás.

—¡Eso es jugar sucio, Bastian! Ya me voy a cobrar esto.

Cuando estuvo vestida, Amelie corrió hacia al exterior de la casa para recoger la canasta con comida, que había quedado olvidada en el sendero de piedras blancas. Antes de tomarla, miró el cielo azul, cerró los ojos y disfrutó del sol tibio, que le acariciaba el rostro, y de la brisa marina, que la envolvía en un abrazo fresco.

Una figura extraña cubierta en niebla oscura la observaba desde lejos, a ella y a la pequeña casa de madera, ambas cosas tan frágiles ante sus ojos redondos y sin pupila. Eran un mar oscuro que por ahora se encontraba tan calmo como podía. Aquel que la contemplaba muy pocas veces salía del Inframundo, pero cuando lo hacía era porque de verdad estaba molesto. Sus ojos celestes de ángel puro se volvían negros en el exterior, como recordándole que Dios lo había desterrado y hasta en la mirada debía llevar la marca.

—Que comience la diversión —dijo y sus labios se torcieron en una horrenda sonrisa. En unos segundos había desaparecido en una explosión de humo negro y decenas de cuervos graznaron volando en círculos sobre el mar.

Amelie abrió los ojos alertada por el ruido y vio la bandada de pájaros que trazaba movimientos en el manto azul, y por alguna razón un escalofrío le recorrió el cuerpo. Se apresuró a volver al interior de la casa al escuchar que Bastian la llamaba. Cerrando la puerta detrás de ella con fuerza, dejó que la oscuridad se quedara fuera y no le quitara su luz.

### 3. Una flor morada

Esa misma noche, luego de abandonar Playa Calma por un rato, Amelie y Bastian se unieron a una cena en la casa de Clara y Héctor Herman. Nadia le había enviado un mensaje de texto más temprano en el que le decía que su madre quería reunirse con toda la familia. Cuando Amelie le contó a su novio acerca de ese mensaje de su amiga, ambos pensaron que no podía haber llegado en mejor momento. Ahora tenían una excusa perfecta para hacer el comunicado frente a todos. Con cena o sin ella, lo hubieran hecho de todas maneras.

La noche llegó tormentosa. Cuando las horas habían comenzado a correr, las nubes negras habían escalado el cielo y cubierto el sol que antes le había entibiado el rostro a Amelie. Las ventanas de la casa de color arena estaban todas abiertas, las cortinas blancas flotaban con la brisa fresca que ingresaba.

Esa tarde Clara había dado vueltas por la casa programando una cena familiar y se había esmerado en la cocina. La larga mesada de mármol y la barra para desayunar estaban repletas de utensilios y alimentos. Había cocinado cordero asado con salsa agridulce, papas doradas al horno, y habían comprado unos cuantos kilos de helado de frutilla y chocolate para el postre. Para antes del plato principal había preparado unas empanadas de carne salada, para que la familia compartiera y charlara hasta que la carne estuviera cocida. Un aroma delicioso que invitaba a despertar el apetito se esparcía por la casa y se mezclaba con el olor de los naranjos que perfumaban el amplio jardín trasero de los Herman.

Todos se encontraban alrededor de la larga mesa de manteles blancos bordados con hilo plateado. Los bordes tenían motivos florales que los dedos de Amelie trazaron con dedicación, una flor grande de cinco pétalos, otra

pequeña y luego una grande otra vez. La luz de la araña de cristal que pendía del techo se reflejaba en la vajilla de plata y en las copas de cristal que muy pocas veces se usaban, pues no tenían demasiadas ocasiones para preparar una linda velada. Y una vez que Clara había podido reunirlos a todos, le pareció que era lo correcto. Hacía mucho que no preparaba una mesa para una cena, pero no había perdido el toque. Todo se veía esplendido y estaba coronado por un hermoso centro de mesa: una pequeña canasta de mimbre que contenía flores y frutas en miniatura, pintadas por ella y que descansaban en una cama de hojas secas. Clara llevaba puesto un vestido negro que se ajustaba a su cuerpo y unos tacones altos del mismo color, se había arreglado el cabello y maquillado su rostro.

Amelie deseaba con el alma que sus noticias no los disgustaran luego de todo el trabajo que se habían tomado en preparar la velada, sobre todo Clara, quien era la autora de aquello. Esperaba que lo que tenía para contarles no terminara en una indigestión para sus padres. No solo iba a decirles acerca de su decisión de no ir al viaje de egresados, sino que también les diría que abandonaría la casa para irse a vivir con Bastian a unos pocos kilómetros de Puerto Azul.

Una vez que los platos se quedaron vacíos y que el helado de chocolate y frutilla se hubo terminado, fue hora de hablar en serio. No había necesidad de prolongar el momento un minuto más.

—Hay algo que tengo que comunicarles... —Amelie tomó aire y miró a su familia—. He decidido no ir al viaje de egresados. No me odies, Nadia, pero ya está decidido y además... Bastian y yo vamos a vivir juntos. Hoy por la mañana conocí la casa y es hermosa, se encuentra junto al mar en Playa Calma.

Cuando la bomba fue arrojada e hizo explosión sobre la mesa, las reacciones no se hicieron esperar. Alexis sonreía de manera cómplice con el chico de cabellos oscuros y Nadia lo miraba con los ojos entrecerrados, molesta porque le habían ocultado un secreto importante. Amelie la conocía de sobra y podía reconocerlo en su mirada. Ahora sabía cuál era la sorpresa, pero la noticia de que su amiga no compartiría el viaje de egresados con ella no le agradó para nada. Aun así, tuvo que aceptarla porque la conocía de sobra y sabía que nada la haría cambiar de opinión, menos si se trataba de irse a vivir con su novio.

Los que se quedaron inmóviles fueron sus nuevos padres, que no sabían muy bien qué decir, las manos apoyadas a ambos lados de los platos vacíos sobre

la mesa.

—Entenderé si la idea no les gusta, los respeto y les agradezco todo lo que han hecho por ella. Estoy seguro de que me ven como el ladrón y no los culpo por ello. Yo no estuve presente en ciertos momentos que fueron duros para Amy, fueron ustedes los que estuvieron allí cuando necesitaba un abrazo o un hombro sobre el cual llorar —dijo Bastian mirando a Clara y Héctor a los ojos, su tono era educado y amable. Hablaba de manera pausada y con propiedad—. Entiendo que sientan que esto puede fracasar porque somos jóvenes, pero me encargaré de que eso no sea así, ni siquiera está en mi mente ese posible resultado. Pero, de llegar a serlo, seré el primero en admitir culpas y devolverles a Amy. Yo amo a su hija y realmente creo que es tiempo de que los dos vivamos juntos. He comenzado a trabajar en el taller de Alexis ahora que su padre está enfermo y tenemos mucho trabajo. Comida no nos faltará y Amelie tiene su dinero también, que siempre ha gastado de manera razonable.

Los dos jóvenes se tomaron de la mano bajo la mesa ante las miradas de todos en la sala. Amelie observó a Bastian, el orgullo mismo emanaba de ella ante aquel breve discurso. Le había encantado la manera en la que había hablado. Había sido sincero en cuanto a sus proyectos y no les había pintado un mundo de fantasía.

—Y así como alguna vez les pedí que me dejaran ir a Venezuela porque lo necesitaba, esta vez les vuelvo a pedir que me dejen hacer esto. Lo bueno es que en esta ocasión me quedo en el país —dijo sonriente para aliviar la tensión—. También quiero que entiendan que en días tendré la mayoría de edad y simplemente podría armar mis bolsos e irme de la casa. Pero esa nunca fue la manera de manejarnos entre nosotros y no me quiero ir de aquí en malos términos. Necesito su aprobación, su bendición. Ustedes son la única familia que me queda. Esto no significa que nunca me verán otra vez, nada que ver con eso porque la casa está bastante cerca de la ciudad y los quiero ver allí seguido.

—Amelie... ¿estás embarazada?

La pregunta de Héctor tomó a todos por sorpresa. Nadia miró a su padre como si no pudiera creerlo y los ojos de Clara se posaron en la muchacha de cabellos rojos, esperando su respuesta. Ella solo se limitó a abrir la boca sin saber qué decir, las palabras se le quedaron atascadas en la garganta. La había tomado por sorpresa, aquello ni siquiera había pasado por su mente, aunque



por lo visto sí se había cruzado por la cabeza de Héctor.

—Papá Bastian —tosió Alexis y comenzó a reírse. El otro muchacho le propició una patada certera por debajo de la mesa y sonrió de manera burlona.

—No creo que esa sea la razón, ni siquiera deberían considerarla —dijo Nadia, sacudiendo la cabeza y recordando la charla que había tenido con su amiga por la mañana.

Amy la fulminó con la mirada y luego se dispuso a hablar.

—Como bien dice Nadia, esa no es la razón y, si lo fuera, no se los ocultaría. ¿Por qué todo el mundo piensa que cuando quieres casarte joven o convivir con tu pareja es porque estás embarazada? —exclamó Amy, un tanto molesta—. Nada que ver, Héctor. Lamento si destruyo las esperanzas de alguien. Me voy a adelantar a lo siguiente porque ya veo cómo viene la mano, tampoco esperen que nos casemos pronto. Somos jóvenes y si hacemos esto es porque realmente creemos que tenemos que hacerlo, necesitamos nuestra privacidad.

—Amelie es lo único que yo tengo, lo más cercano que conozco a una familia es un sacerdote que me dio alojamiento en su casa. Amy es mi única familia ahora y me gustaría compartir todo mi tiempo con ella —comentó Bastian mirando al plato, y su novia le apretó la mano, tratando de transmitirle su calor para reconfortarlo. Se hizo un instante de silencio, esas palabras y la manera en las que habían sido pronunciadas golpearon el corazón de todos.

Los demás pensaban que Bastian había sido abandonado al nacer en una iglesia de un pequeño pueblo llamado Las Colinas. Ese lugar quedaba muy lejos de Puerto Azul y cerca de las montañas. También sabían que nunca nadie lo había reclamado como familiar. El sacerdote de esa ciudad lo había enviado con el padre Tomás cuando se hizo adolescente. Al menos, esa era la historia que Bastian le había contado a Alexis una tarde de trabajo en el taller, y el muchacho rubio se había encargado de repartirla entre los demás. La verdad no era muy diferente de lo que les había contado, solo la había modificado un poco a su favor.

—Perdón, solo teníamos que hacer la pregunta y estar seguros. Si hubieras dicho que estabas embarazada, no habría nada de malo. Siempre estaremos para lo que necesiten —comentó Clara sonriente. Sus facciones se habían relajado y la dulzura le había vuelto al rostro. La cosa iba mejorando y el ambiente había dejado de ser tenso.

—¿O sea que cuento con el apoyo de la familia? —preguntó Amelie,

mirándolos a todos.

—Por mí ya lo tienen. Ojalá Alexis y yo pudiéramos vivir juntos —dijo Nadia con una sonrisa de oreja a oreja—. Bien guardado se lo tenían los tres. Ya no se puede confiar en nadie. ¿Dónde quedaron aquellos tiempos de la Triple Alianza? —agregó sacudiendo su cabeza y los chicos se rieron, pero Clara y Héctor no entendieron muy bien a qué se refería su hija.

—Sigo siendo el intruso —comentó Bastian, fingiendo estar ofendido, y Nadia puso los ojos en blanco. Siempre decía que el novio de Amelie no sabía mentir.

—Cuentas con todo nuestro apoyo, como siempre. Pero algún día serán padres y se acordarán de nuestras preguntas y reacciones. Ya llegará ese día, aunque espero que no sea tan pronto —bromeó Héctor y todos comenzaron a reír.

Al final, no fue tan malo como Amelie había pensado. Si ellos habían reaccionado así al principio había sido porque la querían demasiado. No tenía recuerdo alguno en el que ellos le hubieran prohibido algo que sentía que tenía que hacer, siempre la habían apoyado en todo y así seguirían siendo las cosas, porque así eran las familias que se querían.

\*\*\*

Durante la primera semana de diciembre no pudieron poner la casa de la playa en orden porque estaban todavía en clases, era la última antes de terminar el colegio y los cuatro amigos ya sabían que habían aprobado todas las materias, lo que les daba tranquilidad. Les habían dado todo el viernes libre a los alumnos de quinto para que terminaran de aprontar sus equipajes, ya que partirían el sábado a su viaje de egresados. Ese año las clases terminaron antes para ellos, de otro modo, teniendo en cuenta el viaje, no estarían de vuelta para festejar Navidad y Año Nuevo con sus familias.

Amelie y Bastian habían decidido dedicarse a su casa para dejar todo en orden. Justo el día en que ella se instalaría definitivamente en su nueva morada, ese mismo viernes por la noche, pensaron en preparar una cena para despedir a Nadia y Alexis, y también para celebrar el hecho de irse a vivir juntos. Amelie no creía ser tan buena anfitriona como Clara, pero haría su mejor intento con la comida.

El sol naranja cayó sobre el mar y, cuando sus rayos se fueron apagando y tiñendo el cielo de colores hermosos, las luces de la casita de madera se encendieron para que la oscuridad no la devorara y la enterrara en la arena.

Bastian se encontraba sin camiseta esa tarde, muerto de calor y haciendo fuerza mientras movía muebles de lugar, las venas y los músculos de su cuerpo hinchados por el esfuerzo. Ese estaba resultando ser un diciembre en extremo caluroso, húmedo y lluvioso.

Amelie estaba concentrada en la cocina y la puerta que daba hacia el patio se encontraba abierta de par en par. La brisa fresca que provenía de la playa y se colaba por las puertas y ventanas hacía flotar su vestido azul con diminutos lunares blancos. Sus pies descalzos se movían al ritmo de una canción que pasaban en la radio. Podía ver los cerezos en el jardín trasero y cada tanto, cuando el viento soplaba con fuerza, los pequeños pétalos rosados que se desprendían de esos bellos árboles y acariciaban la madera de la casa.

—¿Cómo va la ensalada, amor? —preguntó Bastian, poniendo una mesa redonda en la cocina. La había arrastrado desde el patio hacia el interior de la casa.

—Más que bien porque es la parte fácil. La carne ya está en el horno. ¿Tienes hambre? Has trabajado muchísimo, Bastian —respondió ella, que había decidido cocinar carne asada y preparar una ensalada muy colorida, llena de verduras y condimentos. Otra cosa no se le había ocurrido y tampoco se creía capaz de lograr algo más elaborado—. Deberías descansar un poco, hay jugo de naranja fresco en el refrigerador.

Bastian la observó con detenimiento como quien aprecia una obra de arte en una galería. Amelie se había ajustado el cabello en un rodete sobre la cabeza con un lápiz que había encontrado entre las cajas de mudanza, pero algunos mechones de pelo caían sobre la parte trasera de su cuello. Se quedó viendo la manera en que su cuerpo se movía con la música lenta mientras cocinaba y eso lo hizo sonreír como un idiota.

—¿Te quedaste mudo? —preguntó ella, mirándolo por sobre su hombro, y le lanzó un beso al aire, deseando que volara hasta él y se posara en sus labios.

—Sabes que te amo, ¿no? Te ves tan hermosa mientras bailas lento y cocinas para nuestros amigos. Nunca hubiera pensado que todo esto me esperaba —respondió él y se acercó a su novia por detrás. Enredando los brazos en su cintura, se movió a su ritmo.

—No sé si en este momento dices tantas cosas lindas de verdad o es porque

estoy cocinando carne asada y huele bien —bromeó ella y terminó la ensalada. Giró sobre sus pies para mirarlo—. Sé que me amas y yo te amo también, al cielo y de vuelta. Te dije que tenías que dejarlo todo, que ibas a ganar cosas buenas. Y la mejor de todas esas cosas soy yo. —Guiñó su ojo y soltó una risilla, mezcla de alegría e inocencia.

Bastian la levantó del suelo y la sentó sobre la mesada de la cocina. Puso sus manos en los muslos de Amelie y abrió sus piernas mientras la miraba a los ojos para ponerse entre ellas. Sus dedos, que ahora estaban ásperos por el trabajo que había hecho, le recorrieron las piernas y se metieron bajo el vestido de manera sigilosa. Era imposible que esas manos no la quemaran, que la sangre no le hirviera bajo la piel y el corazón no le latiera enloquecido. Le pasaba cada vez que él la tocaba, ya fuera en plena luz del día o en la profunda oscuridad de la noche.

—Creo que tienes una obsesión con mis piernas, Bas. ¿Crees que son sensuales? —dijo ella, poniendo sus brazos alrededor del cuello del muchacho.

—Por supuesto, son sensuales y hermosas. Sería un idiota si no me diera cuenta de ello. ¿Bas? Prefiero que me llamen Chico Ardiente en realidad —bromeó él y de pronto su sonrisa desapareció de sus labios.

—¿Qué pasa, amor? ¿No te gustó el apodo? —preguntó Amelie de manera inocente, la expresión casi preocupada en el rostro del muchacho era evidente.

—No es eso, el apodo está bien. ¿Te golpeaste la pierna?

—No que yo recuerde, tú has hecho todo el trabajo pesado. ¿Por qué lo preguntas? —cuestionó Amelie, intrigada ante aquella apreciación.

—Tienes un pequeño moretón aquí y está azul, casi poniéndose violeta —respondió Bastian, acariciándolo con su dedo y mirándolo con detenimiento.

—Ah... con que era eso. Lo vi por la mañana cuando me estaba bañando, apareció justo cuando aparecieron estas otras marquitas en mi cuello. ¿Recuerdas lo que pasó ayer? ¿Y lo que sucedió antes de ayer? ¿Y el día anterior? —Ella sonrió con picardía. Se había acostumbrado a que los encuentros íntimos con Bastian fueran intensos, por lo tanto, también se había acostumbrado al moretón en la pierna y la marca de los labios de su novio en el cuello. Recordó que en algún momento había enredado sus piernas alrededor de su cintura como era su costumbre y de seguro él la había apretado con fuerza.

—Lo siento, debo haber sido yo... No quise hacerte daño. No había notado

todo esto antes. —Acarició la mejilla de Amelie con suavidad, su expresión no era triste, pero se lo notaba preocupado—. Debo ser más cuidadoso y tú tienes que decirme si te estoy lastimando, no puedes acostumbrarte a tener marcas en tu cuerpo, preciosa. Van a pensar que te trato mal y no es bueno.

—Bastian... —dijo Amelie en un suspiro. El ángel guardián que había sido le nacía por momentos—. No me has hecho daño en ningún sentido. ¿Por qué te pones así de frustrado? Hacer el amor contigo es lo más divertido, liberador, excitante y sensual que he hecho en mi vida. ¿Crees que me preocupa un moretón?

—Amy, que haya dejado de ser tu ángel guardián no significa que esa manera en la que sentía por ti se haya esfumado con mis alas. No me gusta la idea de que puedo hacerte daño.

—Te entiendo, pero no debes preocuparte. Ya se irá y ¿sabes algo? Ahora que ya no eres un ángel tendrás tus propios cortes o moretones. Si te lastimas, no se van a curar rápido, así que tienes que tener cuidado —dijo ella y le besó los labios con dulzura—. No me digas que ahora te he creado un trauma y no vamos a hacerlo nunca más.

—¿Qué? Tampoco soy un fanático religioso, Amelie. —Se rio y comenzó a deslizar sus labios por el cuello de la muchacha—. Tu piel sabe a comida recién horneada, a mar y perfume de los cerezos.

—¿Te gusta? —susurró ella y percibió cómo sus manos subían habilidosas bajo la falda de su vestido para detenerse en ese lugar entre sus piernas. Su respiración se volvió entrecortada y cerró los ojos por un momento. Nunca iba a dejar de sentirse tan bien cuando él la tocaba de esa manera.

—Genial, ya lo dejaste en claro. Pero ahora no podemos... Nadia y Alexis deben estar... —El timbre la interrumpió—. Por llegar.

—Salvada por la campana —dijo Bastian con una sonrisa pícaro en sus labios y besó la nariz de Amelie para luego alejarse a colocar las sillas alrededor de la mesa. Sabía que esa noche la tendría para él y no podía esperar. Luego la vería dormir en sus brazos, como todas las noches que iban a llegar de ahora en más.

Cuando sus amigos estuvieron dentro de la casa, Nadia miró a su alrededor con los ojos bien abiertos. Siempre ante lo nuevo tenía esa mirada de querer conocerlo todo, como un niño en una juguetería.

—¡Ay, chicos! La casa es hermosa y los colores tan cálidos. El ambiente es tan acogedor. Me encanta, los felicito de corazón —exclamó la rubia,

observando el cuadro de la mariposa azul sobre la chimenea.

—Gracias, aún no terminamos de darle los toques finales y faltan varios muebles, pero creo que está bastante bien. —Bastian sonrió y los invitó a pasar al pequeño comedor.

—Hay algo que huele demasiado bien en este lugar. ¡No me digas que Amelie te cocina! —se burló Alexis.

—Por decir eso, solo comerás una nutritiva ensalada... ¡Despídete de la carne asada, Al! —dijo Amelie, golpeando el hombro de su amigo con el puño a modo de juego.

—Mal no le vendría, Amy —comentó Nadia ya sentada a la mesa, mirando a Bastian que estaba de pie cerca de la puerta trasera—. Mira a tu amigo, Al. Tiene *el* cuerpazo, puro músculo y fibra, por eso puede andar sin camiseta exhibiéndose por la casa.

Bastian se sonrojó, era la primera vez que Amelie notaba ese color rosado en sus mejillas. Observó cómo poco a poco se iba poniendo rojo y Bastian se volvía cada vez más humano. El chico encontró su camiseta en el respaldo de una silla y se cubrió el torso.

—No seas mala, Nadia. Alexis no se queda atrás, eso de levantar cosas pesadas en el taller le da buenos resultados. Además, creo que estos dos entrenan juntos o algo así. Yo prefiero quedarme en el sofá a comer cosas ricas —comentó Amelie y le sonrió a su hermano.

—Bueno, si sabía que esta cena se trataría de hablar de los cuerpos de los novios ajenos, me hubiera quedado viendo una mala película de Hollywood en casa —replicó Al, sentándose al lado de su novia. Bastian tomó asiento también, mientras Amelie ponía la comida en la mesa y la servía con cuidado en los platos blancos.

—¡Qué sensible mi Ali! Te amo, novio hermoso —dijo Nadia y le besó la mejilla.

—Ustedes son tal para cual... —dijo Bastian mirando a las chicas—. Tienen cierta obsesión con los sobrenombres.

—Ni que lo digas, hermano. —Alexis se sumó, mientras comenzaba a cortar un trozo de carne—. Ya aburren con eso. ¿Cómo te llamó a ti?

—Bas... Ahora soy Bas... Estoy tratando de acostumbrarme a que no suene como el nombre de un perro.

—Es mejor que Ali —dijo Alexis sonriente, apuntando a Bastian con el tenedor, que ya tenía un trozo de carne asada en él.

La noche transcurrió entre bromas y risas que solo la verdadera amistad podía provocar. Las estrellas se hicieron presentes en el cielo, como diminutos diamantes a años luz de distancia que quisieron ser parte de tan linda velada. ¿Cuántas de ellas habrían muerto para ese momento? ¿Cuándo notarían los humanos su desaparición del firmamento nocturno? Los amigos hablaron del viaje de egresados, acerca de lo entusiasmados que estaban y lo mucho que les hubiera gustado que Amelie y Bastian los acompañaran.

Cuando hacía rato se había terminado la comida, que todos dijeron que estaba deliciosa para ser el primer intento de Amy, esta se levantó para buscar el helado.

—¡Ouch! —se quejó, cayendo al suelo de rodillas y en su cara se dibujó una mueca de dolor. El golpe en esa parte del cuerpo corrió como electricidad por sus huesos—. ¡Maldito calambre! Duele como los mil demonios.

Los demás ya estaban de pie, pero el primero que llegó hasta ella con la velocidad de un rayo fue Bastian, quien la tomó por la cintura y la ayudó a levantarse.

—Nena... ¿estás segura de que es solo un calambre? —interrogó Nadia, un tanto preocupada—. Han estado trabajando tanto en la casa hoy, bueno, toda la semana.

—Si, hoy tuve otro más temprano. Y es Bastian quien hace el trabajo pesado, pero a mí me dan los calambres. ¡Es el colmo! —bromeó ella, tratando de que el lindo clima que se había creado no se viera afectado por preocupaciones sin sentido.

Bastian le miró las piernas, el moretón estaba un poco más oscuro y casi volviéndose negro, pero eso no tenía nada que ver con un simple calambre, no había conexión entre ellos. Él la ayudó a sentarse y sirvió el helado para todos.

En un momento de silencio, Nadia pudo observar el jardín trasero, donde flotaban los pétalos rosados de los cerezos, y las estrellas que adornaban el cielo. El sonido constante de las olas en el mar era mágico. La brisa fresca que ingresaba por la puerta abierta era tan pura. Nadia pensó que a su madre le encantaría pintar ese lugar, congelarlo eternamente. Hubiera sido una buena opción, porque sintió en su corazón que de eso debía tratarse la felicidad. Ese momento estaba lleno de buenos deseos, no había que buscarlo ni esperar. No se oía el ruido de televisores molestos, solo un poco de música en la radio. Nadie miraba el celular porque estaban entretenidos con las anécdotas e

historias del año anterior. Aquello debía ser la alegría misma y había que saborearla como el helado de limón que estaban comiendo en ese momento porque, como un helado, a veces la felicidad no duraba para siempre.

—La verdad, chicos, es un lugar hermoso y la cena ha estado genial. Los felicito y espero que sean muy felices en esta casa. Disculpen que nos vayamos temprano, pero mañana partimos también —dijo Nadia y abrazó a su amiga con fuerza.

—Nena, qué dulce. Espero de corazón que tú y Al tengan un viaje de egresados espectacular. Quiero ver muchas fotos cuando vuelvan. Y me traen un regalo, ¿eh?

—Se lo pediste a la adicta a tomar fotos de cualquier cosa —bromeó Alexis y luego se palmearon la espalda con Bastian—. Prometo recordar que quieres un regalo.

\*\*\*

Cuando Nadia y Alexis se marcharon entre abrazos y besos de despedida, Amelie se dirigió a la habitación caminando con un poco de dificultad. Bastian se metió en la cama usando solo sus *boxers* negros. Observó a su chica quitarse la ropa y ponerse una camiseta grande para dormir. Esta tenía un gatito simpático estampado sobre el pecho. No pudo dejar de notar el moretón en la pierna de Amy porque la camiseta apenas le cubría los muslos. Con rapidez, ella se metió en la cama también y Bastian enredó un brazo alrededor de Amelie, quien besó su pecho.

—¿Estás bien, pequeña? ¿Te duele la pierna? —interrogó él. Sus ojos se veían más oscuros en la penumbra de la habitación. Él sabía que a Amelie le encantaba esa manera protectora que tenía de rodearla con su brazo. Le recordaba cuando la tomaba así para desplegar las alas y volar.

—No, es solo una molestia. No te preocupes y deja de torturarte. Ya verás que mañana se me pasa y te ayudaré a terminar los detalles de la casa —respondió ella. Sus párpados estaban pesados y, aunque trataba con todas sus fuerzas de mantener los ojos abiertos, estos se empeñaban en cerrarse. Quería ver los ojos verdes de Bastian un rato más, la habitación estaba iluminada por la tenue luz blanca de la luna, que se le metía en los ojos, pero el sueño le había ganado. Él besó su cabeza con suavidad y se durmió unos minutos



después.

Cuando habían pasado dos horas de la medianoche, Bastian sintió movimiento cerca de él, era Amelie, así que al instante se despertó. Parecía tener una pesadilla y estaba balbuceando palabras sueltas que no tenían sentido. De repente, se dio cuenta de que el cuerpo de la muchacha estaba hirviendo y estaba empapada en sudor.

—Amelie... Despierta, amor. Estás volando de fiebre, necesitas tomar algo —dijo con tono de urgencia, pero ella no respondía. Amy no era de las personas que tenían sueño profundo, apenas oía un ruido, sus ojos se abrían al instante, sin embargo, esa vez no lo escuchaba.

Bastian la sacudió un poco sin éxito, y fue allí que empezó a desesperarse.

—Nena... Despierta, Amy. ¿Qué te pasa?

Pero ella no respondió esa pregunta ni las siguientes.

\*\*\*

En la mente de Amelie apareció una niebla blanca que poco a poco fue cambiando de color hasta convertirse en humo negro. Esta se alejaba por momentos y luego se reagrupaba y creaba imágenes, le daba vida a horribles figuras que vestían túnicas largas hechas de plumas de cuervo y cubrían sus cabezas con capuchas oscuras. Los extraños la tentaban, la llamaban con manos de dedos largos y garras filosas, se la llevaban a lo profundo de un bosque de árboles secos y ramas retorcidas. Y ella no oponía resistencia.

El vestido blanco que llevaba puesto se enredaba en las espinas de los arbustos y se rasgaba a medida que se adentraba en el bosque, las puntas filosas de la hierba mala le arañaban las piernas y trazaban mapas macabros. Miles de voces se repetían en su cabeza como un eco proveniente de las profundidades del pasado, tomaban el sonido de voces familiares, pero al rato se distorsionaban. Uno de aquellos que la reclamaba sonrió a través del manto negro y señaló hacia abajo, indicándole algo que no lograba entender. Hasta que unas uñas invisibles se clavaron en su piel y penetraron hasta el hueso. Cayó al suelo dando un grito desgarrador, el dolor le quemaba la piel como hierro caliente. La tierra estaba húmeda, gusanos y arañas se movían a través de ella como reyes y reinas, dueños de la oscuridad del bosque.

Miró su pierna y el lugar donde tenía el moretón negro comenzó a arder,

como si su sangre estuviera hecha del mismo fuego del infierno y la atravesara entera. Los Oscuros se acercaron susurrando sus maldiciones y le pusieron una corona hecha de espinas que se enterraron en su cráneo; mariposas negras que aleteaban atrapadas tratando de escapar y flores de color púrpura completaban el horrible ornamento.

Vencida, la princesa de las tinieblas se recostó sobre su espalda decidida a morir. El largo cabello rojo quedó esparcido por la tierra del color de la brea, como ríos de lava que la surcaban entera. Fijó la vista en el pedazo de cielo negro que se metía entre las ramas retorcidas de los árboles mientras su vestido blanco se cubría de carmesí y su cuerpo se bañaba de sangre caliente y espesa.

\*\*\*

—Me quema, Bastian. Me duele mucho, haz que pare, por favor. Me quema por dentro y me lleva a lo oscuro, me reclaman... —gritó Amelie, aún con los ojos cerrados y luchando contra demonios invisibles. Había sido un llanto nacido del vientre y de sus más profundos temores—. Ayúdame... —agregó, su voz se volvía débil entre pequeños sollozos.

Luego de recobrar su lucidez, Bastian le quitó de encima las sábanas que la cubrían y lo que vio lo dejó horrorizado, tanto así que por primera vez en su larga vida profirió un insulto.

—¡Maldición! ¡Maldita sea!

El moretón en la pierna de Amelie había cambiado de forma y color. Era una flor morada que estaba abriendo sus pétalos y de ella se desprendía un conjunto de finas ramas negras que se esparcían por una buena parte de su piel queriendo atraparla. Como tallos de rosas llenos de espinas. Pronto le cubrirían la pierna por completo. Si no lo detenía, se la llevarían esa misma noche. Había visto eso en varias ocasiones y sabía de lo que se trataba. Fue allí que lo recordó, Zaira en el suelo muy cerca de Amelie y su mano enredada en su pierna izquierda.

—¡La marcaste; maldita seas, Zaira, maldita seas! —gritó Bastian y tomó a Amelie en sus brazos para sacarla de la casa a toda velocidad. Caminó por la arena lo más rápido que le fue posible, la playa se veía plateada y estaba silenciosa.

Haría algo que no debía, algo que ni siquiera sabía si funcionaría, pero ya había salvado a Amelie una vez y por más que ya no fuera un ángel la salvaría de nuevo.

Se sentó en el mar con la muchacha entre sus brazos y juntando agua le mojó la cabeza. Eso le bajaría la temperatura por un momento, pero aquello no era una simple fiebre. Respiró hondo, recordó la frase en latín que pensó perdida en su mente y no dudó un momento en usarla.

«Tiene que funcionar. Una vez hermanos, siempre hermanos», pensó y comenzó a hablar en voz alta y clara.

—*Sancte Michael Archangele, defende nos in proelio, contra nequitiam et insidias diaboli esto praesidium. Imperet illi Deus, supplices deprecamur: tuque, Princeps militiae coelestis, Satanam aliosque spiritus malignos, qui ad perditionem animarum pervagantur in mundo, divina virtute, in infernum detrude. Amén.*

No sucedió nada luego de eso, el mar rugía a lo lejos y la espuma blanca de las olas llegaba hasta él, pero no había nadie más que él y Amelie, que se le moría en los brazos. Alzó la voz y volvió a repetir la oración, las lágrimas le quemaban detrás de los ojos pidiendo escapar y ser ríos en sus mejillas.

—San Miguel Arcángel, defiéndenos en la batalla. Sé nuestro amparo contra la perversidad y acechanzas del demonio. Reprímale, Dios, pedimos suplicantes, y tú, Príncipe de la Milicia Celestial, arroja al infierno con el divino poder a Satanás y a los otros espíritus malignos que andan dispersos por el mundo para la perdición de las almas. Amén.

El agua comenzó a irse hacia atrás de manera extraña, se retrotrajo llevándose las algas y los peces con ella, como si hubiera decidido dejar Playa Calma para siempre. Cuando estuvo lo suficientemente lejos de la costa se levantó con fuerza y creó una pared enorme frente a los ojos de Bastian. El mar se alzó imponente en todo su esplendor con el rugido estridente y luego se quedó estático por un momento. La espuma se movía en la cima y los peces nadaban asustados de un lugar a otro como en un acuario de cristal. Pero apenas prestó atención al movimiento de los animales marinos dentro del líquido, la pared de agua estalló con furia y, volviendo a su lugar, salpicó a Amelie y Bastian en forma de fina llovizna.

A unos metros y parados sobre el agua estaban los tres que había invocado con tanta desesperación, sus figuras majestuosas y radiantes, sus armaduras doradas bajo el cielo nocturno. Eran sus hermanos de la guerra: la Guardia

Divina.

## 4. La Guardia Divina

En un breve minuto de silencio y calma momentánea, Bastian se quedó observando la escena que se revelaba frente a sus ojos. Algunas partículas de agua todavía cubrían el aire caliente, el brillo de luna que las atravesaba las hacía ver como diminutas estrellas que flotaban en el aire.

Tres seres que desprendían un halo de luz blanca de sus cuerpos se acercaron levitando sobre el agua hasta el muchacho, que sufría con un amor herido entre los brazos. El mar huía de su centro y creaba enormes círculos en el líquido a medida que aquellos tres avanzaban, como si el poder que emanaban fuera demasiado para ser contenido por el océano.

Los recién llegados tenían tres inmensos pares de alas negras, que se agitaban en el aire detrás de sus espaldas a medida que volaban de manera lenta. Las plumas eran suaves, pero todas juntas formaban una coraza dura e indestructible que ni el filo de las sierras podría corromper. Eran dos mujeres y un hombre que, para la vista humana, tendrían alrededor de veinte años, y aquellas alas eran incluso más grandes que las que él había agitado en el aire una vez.

Ambas chicas eran dueñas de largos cabellos que se mecían en el viento como cortinas, una dorada y la otra negra. El chico era rubio también, su pelo revuelto le escondía las orejas y caía sobre sus ojos, pero no los cubría del todo.

El muchacho no llevaba camiseta, dejaba expuesto un torso fuerte y atlético, tenía unos pantalones hechos de cuero negro, más unos botines acordonados de estilo militar; unos cintos de oro formaban una equis sobre su pecho, y servían para sostener una espada de gran tamaño.

Las dos mujeres llevaban puestos esos mismos pantalones, el material se

expandía, pero al mismo tiempo se ajustaba a sus cuerpos fibrosos y definía sus piernas. En el torso llevaban una camiseta dorada que se sujetaba detrás del cuello y bajo la cintura con unos pequeños cintillos de hebillas plateadas. Aquella armadura solo les cubría el pecho, dejaba los brazos y la espalda descubierta, lo que era lógico, ya que sus alas nacían de los omóplatos y necesitaban libertad para volar. El varón no tenía aquel problema.

La piel de los ángeles se adaptaba al frío o al calor, dándole al cuerpo lo que necesitaba. Pero desde que la idea del pudor y la desnudez había nacido, lo mejor era cubrirse ante los humanos. Eran ellos quienes tenían el problema.

De repente, dejaron de flotar y sus pies tocaron la arena donde el agua los cubría hasta los tobillos.

—Bastian... ¿qué es todo esto? ¿Qué le pasa a esta chica? —interrogó el chico—. Sabes que debes tener un buen motivo para llamarnos, ni siquiera deberíamos estar aquí, pero una vez hermanos, siempre hermanos.

Al estar cerca era aún más grande e imponente de lo que Bastian recordaba, las venas se le marcaban en los brazos y tenía una espalda ancha de hombros gruesos. Sus ojos eran celeste claro, al igual que los de las chicas y los de todos los ángeles puros.

Las tres miradas que se posaron en él no fueron tan comprensivas como había esperado, ¿y por qué deberían serlo? Era él quien estaba haciendo las cosas mal, no debería haber molestado a la Guardia Divina con un asunto que les parecería una tontería. Algunos ángeles seguían las reglas y no las rompían como él.

—La marcaron hace unas semanas. Fue Zaira, ese demonio al que anduvimos siguiéndole la pista por meses. Pero no creo que estén enterados del asunto. Dios no sabía la identidad del demonio en ese momento. Ella la dejó marcada antes de morir y yo no me di cuenta. Solo le curé la pierna pensando que era una simple herida. Soy un idiota, Gael. ¿Qué clase de ángel fui? ¿Qué clase de ángel guardián no se da cuenta de algo como eso? —preguntó Bastian viendo a los demás a los ojos. Su mirada torturada y llena de desesperación se transmitía en las palabras que brotaban de su boca con la fuerza y la velocidad de una avalancha. Esa clase de errores eran los que nunca se perdonaba, los que lo atormentaban cuando se ponía a pensar en el silencio de las noches de insomnio.

Gael se agachó al lado del otro muchacho, la punta de su espada se clavó en la arena, y tomó una de las manos de Amelie, le pareció de lo más delicada y

suave al tacto. Se veía pequeña y rosada entre sus manos grandes, como una flor frágil que podía marchitarse en cualquier momento. Miró a las otras dos chicas buscando aprobación, casi suplicante.

La mujer de ojos azules y pelo rubio, quien se llamaba Mina, miró a Amy de manera preocupada y notó que la pierna que flotaba fuera del agua estaba llena de líneas negras, como si las venas bajo la piel hubieran decidido hincharse y estuvieran a punto de estallar para desprender veneno negro por todos lados.

—Por eso nos llamaste, ¿verdad? ¿Para que le quitemos el veneno a la humana? —agregó la otra mujer de manera tajante, con los brazos cruzados sobre su pecho. Sus ojos eran aún más azules que los de Mina y su cabello oscuro y largo, que volaba con la brisa, se confundía con el cielo negro detrás de su cabeza.

—Sí. Es que no sabía qué otra cosa hacer, en ustedes fue en lo primero que pensé.

—Sabía que debíamos ignorar el llamado, se los dije. Estamos al tanto de todo lo que has hecho, de todas las reglas que has roto y por una vez en tu vida creo que deberías dejar que las cosas sigan su curso. Si esta... chica... está marcada, significa que un demonio vino a hacer el trabajo que tú no hiciste, Bastian. Pero quieres salvarla de su destino otra vez porque la amas —agregó esa última palabra con una mueca de repulsión casi imperceptible, de manera muy sutil. El de Bastian no era el primer caso de un ángel que se enamoraba de un humano y aquello era un tema que no podía comprender y tal vez nunca lo haría.

—No seas tan dura con él —suplicó Mina—. ¿De qué nos sirve pensarlo ahora si ya estamos aquí? Es mejor ser de ayuda, siempre es mejor procurar que la vida no se extinga, aunque algunas reglas se rompan, a dejar morir.

—Es la desventaja que se corre con los ángeles mestizos. Aunque, si Dios no hace nada para cambiarlo y te sigue perdonando cada falta, ¿quién soy yo para cuestionarlo? Otro ya lo hizo antes y todos sabemos dónde terminó. Creo que dirige a las hordas del mal y se hace llamar Lucifer si mal no recuerdo. Y a ese lo siguen otros tantos de menor rango que no viene al caso mencionar —protestó la mujer.

De sobra se notaba que aquella chica era sarcástica y no se callaba nada, decía todo lo que pensaba porque se apegaba a las reglas y las seguía sin dudar. Gael puso los ojos en blanco, molesto con tantas palabras que no hacían más que hacerles perder el tiempo. Le hizo un gesto a su otra hermana, la que

tenía mirada dulce, y ella se apresuró a su lado.

—Si dejara que las cosas siguieran su curso como has dicho, Lana, tú estarías muerta en primer lugar y no aquí dándome sermones. Pero veo que no recuerdas quién te salvó de morir atravesada por una espada oscura en la batalla de Amenah. Yo diría que me debes un favor bastante grande. —El tono de Bastian no fue del todo amenazante, pero estaba lleno de seriedad—. ¿Hay alguna frase que le pueda quitar a la plegaria para que la próxima solo aparezcan ustedes, Gael y Mina?

Lana suspiró molesta y sacudió la cabeza, Bastian ya no era su hermano de la guerra, pero alguna vez lo había sido y los favores se pagaban. Podía no agradarte tu compañero celestial, pero, si le debías un favor, se lo compensabas, y esa era otra regla que ella nunca rompía.

—Además, si Bastian es humano ahora y ha utilizado la oración que nos invoca, no podemos hacer caso omiso a un llamado de la humanidad. Los protegemos, aunque no sea nuestra tarea principal, ¿recuerdas? —preguntó Gael, dedicándole una mirada asesina a su hermana guerrera que tenía mal carácter.

—Chicos, creo que tenemos asuntos más importantes ahora que hacer una lista de los favores que nos debemos, y como yo reconozco que los debo... —dijo Mina mirando a Bastian a los ojos. Había algo escondido allí, algo que él confirmó al mirarla y asentir—. Voy a salvar a esta muchacha como ya lo hice con Bastian una vez.

Cuando hubo terminado de hablar, se paró cerca del cuerpo de Amelie. Su mano acarició el aire sobre la chica marcada y lentamente su cuerpo comenzó a levitar a unos centímetros del agua; la camiseta mojada estaba pegada a su torso y a los muslos. Un rayo de luz clara bajó de los cielos e iluminó el cuerpo de la chica flotante. Sus brazos caían hacia los costados como muertos, las puntas de sus dedos rozaban la superficie del mar.

El ángel comenzó a caminar hacia la costa para salir del agua y, a medida que lo hacía, el cuerpo de Amelie se movió en el aire hasta que llegaron a la arena húmeda. Mina bajó su mano como tirando de hilos invisibles y la chica marcada tocó con suavidad la tierra, su pelo rojo, que ahora estaba más oscuro, quedó desparramado en la playa como una mancha de pintura colorada de un bote que hubiera quedado abierto y caído al suelo.

Mina se arrodilló al lado de Amelie y tomó una daga que tenía colgada en un cinto que llevaba ajustado en la cintura. Esta no era demasiado grande y tenía



una empuñadura de plata con tres círculos superpuestos grabados en ella. Su hoja, que era angosta y larga, terminaba en una punta filosa. Estaba hecha de cristal transparente y duro, parecía hielo, pero no era fría.

La chica ángel empezó a cantar una melodía dulce en la lengua más antigua que los ángeles conocían. No era latín ni ningún otro idioma creado por los hombres, sino uno inventado por el primer ángel que trató de hablar con Dios, su padre, apenas abrió los ojos y lo tuvo frente a él. Ni siquiera Bastian lo había aprendido porque era exclusivo de los ángeles de raza pura. A medida que ella cantaba, la daga se encendió con un fuego azul vivo y celestial, refulgente en la noche apagada como si espantara a los demonios que se vestían de oscuridad.

Gael, Lana y Bastian estaban cerca de las otras dos, observando la escena con ojos expectantes y esperando que todo saliera bien. Se podía sentir la energía divina que vibraba en cada grano de arena, en cada roca y planta del lugar. Como si un poquito de la gracia de Dios hubiera escapado del Cielo y tocado la Tierra.

De repente, Mina clavó la daga en la pierna de Amelie sin dudarlo y de ella brotó sangre negra y sucia, sangre envenenada por las garras malditas de Zaira. Bastian se sobresaltó por un segundo cuando el líquido fluyó hasta volverse rojo y limpio, y luego se detuvo. Las líneas negras desaparecieron lentamente de la piel de la muchacha y el moretón se esfumó por completo.

—¿Bastian? —balbuceó Amelie con los ojos cerrados y volvió a quedarse en silencio, como si se hubiera dormido.

—Amy, amor... ¿Estás bien? —dijo él y se acercó para tomarla entre sus brazos. Levantándola con cuidado del suelo, la apretó contra su pecho. Sus labios rosados se posaron en uno de sus pectorales sin querer. Bastian observó las largas pestañas y la expresión relajada en el rostro de su novia, y comenzó a tranquilizarse.

—Interesante nombre tiene tu amada. Recuerdo un ángel caído al que llamaban Amy hace mucho tiempo. Fue líder del Inframundo hasta que le quitaron el trono —comentó Lana, mirándose las uñas y mostrando poco interés ante lo sucedido. Era lógico que, si Mina estaba ahí, el resultado fuera bueno; era la mejor curadora del Paraíso. Lo llevaba en su ser desde nacimiento, como ella llevaba la guerra en su sangre.

Los ángeles puros nacían con diferentes inclinaciones, habilidades en las que se destacaban porque había capacidades especiales que flotaban en las aguas

de la fuente donde eran creados. Ellos las llamaban *dones*. El de Mina era curar; aunque también fuera una guerrera, era lo que mejor sabía hacer y Dios le tenía un cariño muy especial. Bastian conocía esa fuente, estaba en la plaza central de Mikah, en el Paraíso.

—Su nombre es Amelie y no necesitas darme clases de historia demoníaca —reprochó el muchacho, moviendo un poco de cabello que el viento había empujado sobre el rostro de la muchacha en sus brazos. Su pecho se levantaba y bajaba despacio mientras dormía—. Y me parece de mal gusto que la compares con un demonio cuando ni siquiera la conoces. Ella es el ser más puro e inocente que vi en toda mi vida.

—¿Puedes dejar de ser tan Lana por un momento? Pareces una humana que está celosa, es como si te ofendieras a ti misma con este comportamiento —bromeó Gael y en sus labios se dibujó una sonrisa burlona al ver la expresión de irritación de Lana. Mina escondió una risilla para no molestar a la otra chica.

—¡Dios me libre y me guarde de semejante tortura! No se te ocurra hacer una broma así otra vez, Gael, o no seré tan buena contigo en el entrenamiento.

—Si los humanos no existieran, ¿cuál sería nuestro trabajo? ¿Existiríamos incluso? Creo que es hora de que empieces a apreciarlos un poco más, hermana —comentó Mina, perdida en pensamientos acerca de la creación.

—Mientras ustedes pelean, la llevaré hasta la casa. Estará más cómoda y caliente en nuestra cama. Necesito secar su cuerpo o se va a pescar un resfrío —dijo Bastian y comenzó a caminar en dirección a la casita de madera, pero luego se detuvo para girar su cabeza y mirar a los demás, que se habían quedado allí sin saber muy bien qué hacer—. Están invitados a pasar a mi humilde hogar. No tenemos el lujo del Paraíso, pero son bienvenidos. No sé cómo agradecerles por esto, les debo mi vida.

—Más bien la de ella... —replicó Lana por lo bajo y Mina pudo escucharla, lo que hizo que una mirada de reproche le maquillara el rostro.

—Insisto, porque parece que la idea no te entra en la cabeza, querida hermana. Debes entender que la vida de ella es la vida de él ahora. Así son los humanos cuando encuentran a su compañero de vida —comentó Mina sonriente, un tanto fascinada de poder estar en contacto con la vida en la Tierra.

Los humanos llamaban poderosamente su atención y casi nunca tenía oportunidad de caminar entre ellos. Los ángeles guerreros se ocupaban de

batallas celestiales y esas guerras se daban en otro tiempo y espacio. Desarrollaban sus dones en el Paraíso, así que muy pocas veces visitaban la Tierra. Muchos de ellos cumplían un ciclo de vida sin siquiera conocerla. Y las historias de amor entre los humanos le parecían un cuento de hadas a Mina, que estaba logrando entender la conexión entre dos personas al observar a Bastian. Lana se limitó a resoplar y poner los ojos blancos, pero acabó por callarse.

Los cinco ingresaron en la casa y los tres ángeles miraron todo a su alrededor, los objetos que les eran extraños captaron su atención. Ellos no tenían la jerarquía de Bastian, no eran ángeles guardianes, por lo tanto, no habían hecho demasiada observación del mundo humano, sino que solo sabían cosas porque Dios les contaba o tenían libros en los que se hablaba del tema. Allí figuraban los nombres más importantes de la especie, las hazañas y descubrimientos que habían hecho desde que el primero fue creado. Los ángeles encontraban bastante interesante cómo esos seres sin magia o poder se las ingeniaban para sobrevivir en un mundo tan caótico y siempre al borde del colapso.

Mina, Gael y Lana pertenecían a la Guardia Divina; eran los guerreros personales de Dios, luchaban contra los demonios en batallas importantes como la que Bastian había mencionado, y si lo había hecho era porque alguna vez él mismo había sido el cuarto integrante de tan selecto grupo. Pero también recordaba la razón detrás de todo eso y no quería pensar acerca de esa experiencia en ese momento. No se había ganado un privilegio, sino que había sido más bien un castigo.

Gael, Mina y Lana eran como sus hermanos. Había luchado junto a ellos en innumerables ocasiones y se habían salvado la vida muchas veces. Los ángeles eran fuertes, Dios podía curarlos y casi traerlos de vuelta de la muerte, pero si una espada oscura los hería con gravedad, no había nada que pudiera hacerse más que dejarlos ir. Los funerales de los ángeles eran una ceremonia triste pero hermosa a la vez, aunque ninguno quería llegar a presenciar una en mucho tiempo.

La Guardia Divina también se encargaba de entrenar a las huestes celestiales, a los Ejércitos Celestes, que eran aquellos ángeles guerreros que mostraban vocación y que luchaban en las batallas. Sabían que únicamente tres no podían pelear solos contra ejércitos enteros de demonios, necesitaban números en sus filas.

Ser una especie de juez era algo que le daba cierta satisfacción a Lana. Podía ser sarcástica, demandante y tener un carácter horrible, pero tenía buen ojo para elegir guerreros.

Cuando estuvieron en la habitación, Bastian miró de manera incómoda a los tres ángeles que lo habían seguido hasta su cuarto.

—Eh... Tengo que quitarle la ropa a Amelie para secarla y ponerle ropa nueva. ¿Podrían esperar afuera por un momento hasta que esté lista?

—¿Qué? ¿Cuál es el problema con que estemos aquí? —interrogó Lana, un tanto confundida. Los ángeles no tenían sentido del pudor y ni siquiera tenían las sensaciones que un humano tiene al ver otro cuerpo desnudo del otro—. ¿Tienes miedo de que Gael empiece a tener sentimientos humanos? Me he enterado de cosas sumamente interesantes... Sé que hacen más que besarse o abrazarse.

—¡Lana! No seas impertinente —protestó Mina y salió de la habitación, seguida por los demás. Recordó haber visto a Bastian desnudo una vez y la verdad era que nada había sucedido, ni siquiera se había fijado en aquello que los diferenciaba.

Gael cerró la puerta, un tanto molesto ante el comentario de su hermana de la guerra. Lo que había implicado ni siquiera había pasado por su cabeza.

Cuando estuvo solo, Bastian trajo una toalla del baño y la dejó sobre la mesa de luz. Le quitó la ropa mojada a Amelie y la secó de pies a cabeza de manera gentil. Le puso ropa interior nueva, que tomó de su lado del ropero, y la vistió con una de sus enormes camisetas para dormir. Con un poco de dificultad, cambió las sábanas húmedas y cubrió a su novia con otras secas y una frazada. El pelo rojo de Amelie pintaba la almohada y se esparcía en todas direcciones; ahora parecía estar tranquila y en paz.

Abrió la puerta para que sus hermanos ingresaran otra vez. Mina se sentó junto a Amelie en la cama y la observó intrigada, con la cabeza apenas torcida hacia un costado y mordiéndose el labio inferior. Parecía que miles de cosas pasaban por su mente y le llamaba la atención lo mismo que una vez había llamado la de Bastian: ver cómo dormían los humanos. Quería saber qué era lo que pensaban cuando se apagaban por un momento.

—Es cierto que es preciosa... Dicen que los ángeles somos las criaturas más hermosas, pero ella es linda de forma humana —comentó Mina, aún observándola—. De todos modos, se nota que es muy frágil, ¿me equivoco? Carecen de esa energía que nos recorre el cuerpo a nosotros y nos llena de

vitalidad. Si solo el agua fría puede causarles un resfrío, deben ser verdaderamente débiles. Aunque se las ingenian para curarse a ellos mismos, algo he leído.

Bastian asintió y recostó su espalda contra la pared cerca de la puerta de la habitación. A su lado estaba Gael, mirando en dirección a la cama, y Lana se había puesto a observar el cielo a través la ventana, su cabellera azabache cubría su espalda.

La forma en que las estrellas se veían desde allí la había hipnotizado y muy pocas cosas lo hacían. Las rocas de luz brillaban a lo lejos y, en lo alto, los destellos modificaban su intensidad e iluminaban el cielo oscuro. En el Paraíso no se veían así, no brillaban de esa forma tan intensa, vistas desde de la Tierra eran mágicas y podía entender la fascinación de los humanos por el universo.

—Es hermosa, en eso estamos de acuerdo. —Bastian sonrió y se sonrojó un poco; nunca había hablado acerca de ella con sus hermanos, tampoco había tenido la oportunidad—. No sabes por la cantidad de cosas que ha tenido que pasar. Justo cuando trataba de ser normal como los demás, se topó conmigo y eso la llenó de sentimientos tan confusos, más de lo que creí posible. Había días en los que parecía que me amaba y otros en los que me odiaba. Luego Zaira estuvo tentándola por mucho tiempo y su familia biológica murió en un accidente en el que ella debería haberlo hecho también. Creo que en un momento sintió que era la causante de todos los males de la gente a su alrededor. ¿Sabes lo que hizo unos meses atrás?

—¿Qué hizo, hermano? —preguntó Gael intrigado por el cuento de Bastian, mientras Mina acariciaba el cabello rojo de Amy y lo hacía moverse con su magia. Lana pretendía estar aburrída, con los brazos cruzados sobre el pecho y todavía mirando a través de la ventana, pero estaba escuchando todo, intrigada como sus hermanos, por lo que tenía su oído agudo listo para captar el detalle.

—Se presentó ante el demonio Zaira, ella sola y sin decirme nada. Más bien desobedeció mi plan, pero quiso ponerle fin a todo y sé que pensó que iba a morir, aunque estoy seguro de que muy en el fondo creyó que de ella nacerían habilidades de guerrera y se enfrentaría con Zaira. Yo no creo que Amelie sea frágil, cualquier otro humano se hubiera roto en pedazos con la mitad de las cosas que le pasaron a ella. Creo que es la persona más fuerte que he conocido. Nunca se cansa de luchar por lo que quiere, y sí, ha hecho cosas estúpidas que casi me matan o la mato yo por hacerlas, pero... ¿cómo le dices

a alguien que te ama como nunca nadie te amó que no haga lo que siente? Eso sería cambiarla y, si ella fuera diferente solo por hacer lo que se supone que es correcto, no sería la Amelie de la que yo me enamoré.

Lana torció su labio en una sonrisa amable esa vez, pudo verse a sí misma en el reflejo del cristal de la ventana y volvió a su expresión seria. La manera en la que Bastian había descrito a esa muchacha que acaba de conocer le gustaba porque ella también era arriesgada y a veces hacía cosas sin pensar pues creía que el resultado sería bueno. Al final, todo se trataba del viejo dicho que decía que el que no arriesgaba no ganaba.

Gael miró a su hermano y pensó en cuán diferente estaba, su humanidad recuperada lo hacía otro. Se lo notaba cambiado, pensaba más las cosas y decía lo que sentía sin vergüenza alguna. Expresaba sus sentimientos con el corazón, los ángeles que conocía no eran así, no se cuestionaban sentimientos o emociones. Los de su raza solo analizaban tácticas de guerra y luchaban contra los demonios para mantener el orden.

—Entonces, estás enamorado como los humanos y, por lo visto, yo diría que hasta los huesos —bromeó el chico de ojos celestes y cabellos dorados. Apretó a Bastian contra su pecho enredándolo con sus brazos fuertes y los dos se rieron como niños.

—¡Eh! Ya no tengo la fuerza de antes, vas a quebrarme las costillas y no creo que Dios me regale unas nuevas —replicó Bastian con gracia, sintiendo la calidez que emanaba el cuerpo de Gael. Él había sido así de cálido alguna vez, ahora entendía lo que Amelie debía haber sentido cuando él estaba cerca. Era una especie de calor que invitaba a relajarse y dormir sin molestias, como si el revés de la mano de Dios acariciara tu mejilla sin siquiera tocarte.

—Lo siento, hermano. No me acostumbro a la idea todavía. Lo único que lamento de todo esto es que ya no podremos entrenar juntos. ¡Cómo nos divertíamos luchando! Mejor dicho, me divertía viendo cómo perdías la pelea contra mí —lo provocó el ángel y Bastian le pegó en el hombro con su puño cerrado dándole su mejor golpe, que Gael ni siquiera sintió.

—Lamento romper el clima tan especial y arruinar este momento tan masculino y fraternal, pero debemos marcharnos o el jefe va a empezar a indagar. Una cosa más, Bastian... —comentó Lana, alejándose de su lugar en la ventana—. Salvamos a Amelie hoy, pero eso no significa que ellos se vayan a olvidar del asunto. Lo único que hizo Mina fue quitarle el veneno que parecía estar matándola, pero aún sigue marcada en los planes demoníacos.

Todos se quedaron en silencio, el ambiente se había roto como un vaso de cristal que se precipita al suelo de repente. El peso del mundo cayó de nuevo sobre los hombros cansados de Bastian y suspiró. La alegría había sido pasajera.

—Lo sé, ya me las arreglaré para salir de esta como lo hice antes. Y no te preocupes, Lana, no volveré a molestarte, no es mi intención meterlos en problemas. Tal vez me lleve a Amelie a otro lugar del mundo, no sé... Ya pensaré en algo.

—Pues yo no tengo problema con que me llames de nuevo, encantada de ayudar. Me gustaría hablar con ella un día si es que tiene la capacidad de ver a los ángeles como dices —dijo Mina, sonriendo con dulzura. Tenía una de las manos de Amelie entre las suyas y se había quedado mirando el color rojo en las uñas de la humana. Observó sus propias manos y notó que sus uñas eran cortas y no tenían pintura, y por un segundo se las imaginó llenas de color. Pero el rojo era el color de la sangre y del fuego del Infierno, entonces alejó la idea al instante.

Cuando las palabras se acabaron y todo se había dicho, los tres ángeles se pararon en el centro de la habitación y, tomándose de las manos, formaron una ronda.

—Adiós, hermanito. La próxima vemos quién es el más fuerte, pero creo que ya está claro —bromeó Gael. Mina le dedicó una sonrisa amable y Lana asintió levemente. Sus tres cabezas miraron hacia arriba y un estallido de luz cegadora iluminó la habitación como un relámpago que impactaba contra un árbol en una noche de tormenta. Luego de eso, el vacío. Sus compañeros se habían ido de la casa.

—¿Qué fue esa luz, Bas? —preguntó Amelie, abriendo sus ojos de a poco. La voz de Amy se notaba quebrada y áspera.

—Nada, amor, fue solo un relámpago. Creo que se viene una gran tormenta —respondió él, pensando que había dicho una mentira. Pero cuando miró a través de la ventana notó que las estrellas se habían escondido detrás de nubes negras. El cielo se había cubierto por completo de un momento a otro. El clima de Playa Calma era impredecible ese verano.

Una pluma negra llegó hasta el suelo de madera y, al tocarlo, hizo explosión en destellos plateados que Amelie no pudo ver porque estaba en la cama mirando hacia otra dirección, hacia Bastian.

«Una oscura tormenta se acerca...», pensó él, escuchando el rugir del mar, y

se metió a la cama tibia junto a Amelie.

\*\*\*

—¿Quiénes eran esas personas? Las que estaban hablando hace unos momentos —comentó ella frunciendo el ceño como si estuviera tratando de acordarse de algo y las ideas se le escaparan—. Creo que se me está pasando la fiebre, ya no tengo calor ni frío. Lo que me diste debe haber funcionado.

Bastian tragó fuerte ante las palabras de la muchacha. ¿Por qué razón Amelie había sentido a la Guardia Divina? No estaba seguro de si los había visto, pero de alguna manera había podido sentir la presencia de ellos, aunque habían estado cubiertos de la vista humana.

—No había nadie más que yo en esta habitación, preciosa. Tu hablabas en voz alta por la fiebre, era tu propia voz —mintió y al instante se dio cuenta de lo que había hecho. Le estaba mintiendo por primera vez y no le agradaba en absoluto lo que se sentía al hacerlo. Era como decirle que estaba loca.

—¿Solo yo estaba hablando? Qué extraño... No sé, me pareció escuchar otras voces. Pero, como dices, debe haber sido la fiebre —dijo Amelie, no muy convencida, y sus ojos se cerraron al instante.

Bastian enredó sus brazos alrededor de ella de manera protectora y le besó la frente con suavidad, ya no estaba caliente como antes. Observó sus largas y hermosas pestañas, las pecas que casi no se notaban sobre su nariz y cómo su cuerpo se ajustaba perfectamente al de él, buscando su calor. Fue al observarla que comenzó a cuestionarse detalles en los que no se había detenido antes.

«¿Por qué puede ver ángeles y demonios incluso cuando se cubren de la vista humana? ¿Por qué puede sentirlos?», pensó dándole vueltas a varias teorías en su cabeza. Todas ellas le parecieron en extremo descabelladas, pero algo tenían en común: si aquellas conjeturas fueran ciertas, serían terribles. Era demasiado claro para él que Amelie no era un ángel y, si no era uno de esos, tal vez fuera lo otro.

Los relámpagos iluminaron la noche oscura y su luz se coló por las ventanas de cortinas corridas. Los pasillos y rincones se bañaron de claridad momentánea mientras los truenos rompían el aire y se dejaban escuchar en todo Puerto Azul. Las primeras gotas de lluvia fría golpearon la casa de



madera de manera suave al principio, y luego se volvieron fuertes, como si intentaran derribarla.

\*\*\*

Había una barca de madera blanca que se balanceaba con el vaivén de las pequeñas olas en la parte playa del mar. Aquellas aguas inquietas se encontraban frente a una casa de madera que estaba siendo azotada por la lluvia en ese momento.

En la embarcación había una mujer que observaba con paciencia como si tuviera todo el tiempo del mundo, la prisa no le importaba. Llevaba puesto un vestido largo y negro que flotaba en el aire, empapado. Las mangas largas le cubrían los brazos, pero sus manos de anillos de piedras negras quedaban expuestas. Los puños y el cuello del vestido eran de encaje negro también y llevaba una capucha sobre su cabeza de cabellos oscuros como el plumaje del cuervo.

—Pronto nos veremos, Amelie —dijo la mujer y, sentándose dentro de la barca, acomodó su vestido. Descansó las manos sobre su regazo, puso sus labios en forma de «o» y sopló con suavidad. El viento comenzó a cobrar fuerza y su canoa empezó a moverse por sí misma y tomó velocidad a medida que avanzaba. La barca tenía un pequeño mástil y sobre él un farol que desprendía una luz amarilla que se perdía en la espesura de la noche.

Cuando el mar se convirtió en río, el río se volvió arroyo y este último tomó la forma de angostos canales de agua, la barca se perdió a lo lejos, escondida por la cortina de lluvia que se había transformado en llovizna.

En su embarcación, la mujer atravesó un largo y ancho canal, y se introdujo en un bosque de árboles negros, sin temor alguno de las ramas secas y zigzagueantes que amenazaban con quitarle la capucha; conocía muy bien el lugar. Reconocía el olor de las flores púrpura que se abrían solo por las noches, y el aroma acre de la maleza verde que se torcía con el viento le era familiar.

Estaba en su hogar, aquel era el sitio donde vivían los que eran como ella: los desterrados del Paraíso y los prohibidos en el Infierno, los bastardos.

Los seres como ella habitaban en esa vasta extensión, en pequeñas chozas de barro con techos de paja y faroles sobre sus puertas, que tenían fuego creado

por palabras.

Las casitas se extendían a lo largo de las corrientes de agua fresca que atravesaban todo el Bosque Oscuro, y lo conectaban como enormes telas de araña.

## 5. Relatos del pasado

Una mano desesperada golpeó una puerta de madera agrietada en medio de la noche. La niebla espesa se movía por el suelo luego de su descenso de los valles, cerca de las montañas.

La luna estaba casi cubierta por nubes que se tornaban grises debido a su brillo. Era una noche fría de invierno, y el humo de las altas chimeneas de ladrillo sobre los techos de tejas rojas ascendía hacia el cielo como gordas serpientes oscuras que zigzagueaban a ritmo tranquilo.

Había una casita de techo bajo al final de la calle y tenía solo una ventana hacia el frente. A través de ella se escapaba la luz amarilla de un farol, que bañaba los adoquines de la callejuela de luz ámbar al tocarlos. Unos llantos de bebé se sumaron al insistente golpeteo en la puerta que alertó a los ocupantes de aquel humilde hogar.

Una mujer bastante mayor dejó la cuchara de madera que estaba usando cerca de la cocina a leña de la pequeña sala; había una pava de aluminio grande con agua caliente lista para el té y una olla donde se cocinaba un guisado de carne con papas y arroz que ella y su marido comerían entrada la noche, cuando él volviera de trabajar. Apuró sus pasos ante el escándalo que provenía desde fuera y cuando abrió la puerta se encontró en su umbral a una joven que cargaba a un bebé en los brazos.

—¡Valentina! ¿Qué es todo este alboroto, muchacha? Pensé que habías desaparecido de Las Colinas. ¿Dónde estuviste todo este tiempo? ¿Y ese bebé? —preguntó Amanda al reconocer el rostro de aquella persona y, abriendo la puerta, se movió a un lado para dejar a la muchacha pasar al interior de su casa cálida.

La joven llevaba un vestido harapiento y sucio, y la cabeza cubierta con un

gran pañuelo negro que le caía sobre los hombros. Contra su pecho había un bebé de piel blanca y ojos claros, que movía sus manecitas regordetas sin dejar de llorar entre las mantas viejas con olor a humedad en las que estaba envuelto. Sus ojos eran tan transparentes como los de su niño.

—Es mío, pero no sé qué hacer con él, no se calla nunca. No deja de llorar... y yo no tengo leche —respondió la muchacha de cabellos oscuros con una mirada suplicante. Imploraba ayuda y su voz sonaba quebrada, como si en cualquier momento fuera a entregarse al llanto.

—¡Ay, Valentina! Siéntate y espera un minuto, muchacha. Ya tendrás tiempo de contarme —indicó Amanda y cerró la puerta con paciencia.

Con el agua caliente la mujer preparó un té para la recién llegada; estaba segura de que eso ayudaría a calmar sus nervios. Agregó hierbas a la taza blanca, vertió el agua hirviendo y depositó el tazón sobre la mesa. El aroma se desplazó por la cocina mientras ella ponía un jarro de lata negra sobre la llama para entibiar leche que había encontrado en una botella de vidrio. Tomó un leño de una pila junto a la estufa y, agregándolo a la hoguera, hizo que la llama creciera e iluminara mejor el lugar.

Amanda era una matrona, la mejor en lo que hacía. Era dulce por naturaleza y cuidadosa en sus labores. Había visto y ayudado a nacer a decenas de bebés, sin ir más lejos, había traído a Valentina a la vida cuando su madre murió en el parto, por lo que la conocía desde el comienzo. Y aun cuando había cargado a tantos niños en su vida, nunca había podido tener uno propio. Luego de años de intentar, ella y su marido habían desistido y ahora ya eran grandes como para seguir creándose falsas esperanzas. El doctor le había dicho hacía algunos años que tenía problemas para concebir y que no había nada que pudiera hacer para cambiar las cosas. La medicina no estaba tan avanzada todavía.

Amanda tomó el bebé de las manos de Valentina y lo meció en sus brazos, cantándole cerca del oído. Sus llantos se fueron apagando de a poco y unos enormes ojos verdes la observaron como si el pequeño estuviera hipnotizado. El niño miró a la mujer de ojos grises y cabellos rubios, calmándose por un rato antes de volver a llorar. Tenía hambre, se notaba de sobra, ella conocía los llantos de los niños y cuáles eran sus necesidades.

«¡Qué cosa! Esta muchacha no debe saber ni alimentar a su bebé», se dijo mientras le daba indicaciones a Valentina para que vertiera la leche tibia en un biberón olvidado que tenía en una de las repisas de la cocina. Amanda tomó el

biberón cuando estuvo listo y, apenas lo acercó a la boca del bebé, él cerró sus ojos y se alimentó con desesperación, haciendo ruiditos mientras succionaba.

La mujer se sentó en la otra silla para estar más cómoda y observó a Valentina a la luz naranja del fuego de la chimenea que entibiaba el pequeño recinto. Los vidrios de las ventanas comenzaron a empañarse lentamente.

—¿Vas a decirme ahora que te pasó? Despareciste del pueblo por un tiempo y pensé que nunca te volvería a ver. No sería la primera vez que una muchacha se esfuma sin dejar rastro —cuestionó Amanda y la chica apretó la taza caliente entre sus manos, fijando sus ojos en el vapor del té mientras hablaba, como si figuras se movieran entre el humo y le repitieran la historia que debía contar.

—Hace un año y medio conocí a un importante granjero que se estaba quedando en el hostel de Las Colinas. Yo trabajaba allí aseando las habitaciones. Tú sabes que no tengo familia ni dinero, ese había sido el único empleo que había podido obtener y a cambio me daban una habitación en el fondo, más comida —explicó la muchacha jugando con sus dedos en el borde de la taza—. Él era hermoso, un caballero, y me prometió llevarme a su casona en el campo cerca de las montañas al oeste del país, hacerme su princesa. Decía tener mucho dinero, animales y cientos de hectáreas de campo... Y caí como cualquier muchacha inocente lo haría, porque él era maduro y estaba lleno de historias, y eso era atrayente. Entonces me fui a vivir con él, era cierto todo lo que decía. Tenía mucho dinero y una casa enorme, pero un día, cuando supo que estaba embarazada, me dijo que no estaba preparado para eso, que no quería ser padre todavía.

—Mi niña... —suspiró Amanda, todavía alimentando al bebé y sintiendo pena por Valentina. Los ojos de la chica se habían llenado de lágrimas, imaginó que por reprocharse el hecho de haber caído ante el hechizo de aquel hombre.

—Prometió dejarme tener al bebé, una matrona me ayudó en el parto y luego me dieron ropas nuevas. Había sangre por todos lados y mi ropa vieja se estropeó. Pero apenas pasaron unos días, me corrió de la casa sin un adiós o un beso, nada. El ama de llaves me acompañó hasta un auto negro que estaba en la puerta, cerca de la fuente de agua, y así me devolvieron a Las Colinas. He estado aquí por unos días y no tengo con qué alimentarlo o protegerlo del frío. No me quieren devolver el trabajo en el hostel. Simplemente, no lo

quiero. Pensé que podría acostumbrarme a ser madre, pero no... Por eso es que...

—Viniste a pedirme que me lo quede, ¿verdad? —interrumpió Amanda, a lo que ella asintió con la cabeza. A lo largo de sus años como matrona y mujer, había visto a muchas jóvenes parir hijos que no querían y pensó que en algún momento podría entenderlas, pero no lo lograba. ¿No sentían amor por aquel diminuto retoño que les ponían en los brazos? ¿No podían amar a ese hijo que habían llevado por nueve meses en su vientre?

—Sí. Ese es el motivo de mi visita.

Los ojos de la mujer anciana se volvieron negros y la llama de la chimenea se reflejó en ellos.

—Porque soy buena persona y porque por años he intentado tener un hijo con mi marido sin suerte, me lo voy a quedar... —agregó, su mirada se suavizó al observar el rostro del bebé que se había dormido entre sus brazos.

—Muchas gracias, en serio. Gracias, gracias...

—¡Silencio! —ordenó Amanda y sus ojos se volvieron severos otra vez antes de clavarse en el rostro de Valentina—. Vete de aquí. Si te interesa, tu hijo tendrá el mejor de los cuidados y mucho amor, el que tú no has sabido darle. Ya te serví un té para que engañes tu estómago hambriento, pero no puedo ayudar más a alguien que entrega a un hijo de esta manera. ¿Le has dado un nombre siquiera?

—Bastian... Lo encontré en uno de los libros con los que él me enseñaba a leer y me pareció bonito. Tal vez, ahora que no cargo con el bebé, él me quiera otra vez... —dijo la chica. Amanda percibió anhelo en su tono de voz y en cómo sus ojos se iluminaron con un nuevo brillo ante aquella idea.

—¡Vete, niña tonta! ¡Vete!

Ante esa orden, Valentina puso el pañuelo sobre su cabeza, se levantó de la silla y cerró la puerta a su salida. Ni un beso de despedida le dio a su hijo, como si solo fuera una cosa rara que lloraba envuelta en un manto. La niebla la devoró cuando avanzó por la calle y Amanda no volvió a verla nunca más en su vida.

—Bastian es un nombre precioso, así que lo conservaremos —dijo la mujer sonriente y tocó la nariz del bebé con cuidado—. Y te daremos el apellido de mi marido. Te llamaré Bastian Amaro.

\*\*\*

Como Amanda había prometido, Bastian tuvo años felices, pero el cansancio y el tiempo les pasaron factura a esas dos amables personas que lo acogieron en su humilde casita. Cuando el niño tuvo siete años, Amanda murió sentada en su mecedora, entre las flores del pequeño jardín trasero. Decenas de mariposas volaban alrededor de su cuerpo y se posaban en su cabeza.

La casa se volvió silenciosa sin ella y Jorge Amaro, quien era aún más viejo que Amanda, falleció al invierno siguiente. Tal vez por la misma tristeza de haber perdido al gran amor de su vida o a causa de aquella terrible tos que el niño escuchaba por las noches.

Las autoridades del pueblo encontraron a Bastian sentado en el umbral de la puerta, con los ojos verdes convertidos en un mar lleno de lágrimas y en las manos un papel que Amanda había escrito, pero que él no lograba comprender. Las letras le parecían garabatos sin significado; sus padres adoptivos no habían llegado a enviarlo a la escuela.

Antes de que se lo llevaran al orfanato donde iban a parar todos los niños sin familia, escondió la carta en el bolsillo de su pantalón porque sabía cómo en esos lugares les quitaban todo: la infancia, el cariño y hasta la misma esencia. Se limpió la cara y tomó la mano de una mujer que se lo llevó de la casita en la que había vivido por siete años.

El tiempo pasó y su cuerpo se estiró, la comida del orfanato no era buena, pero era caliente y llenaba el estómago en los duros inviernos cerca de las montañas. La ropa se cuidaba como el mejor tesoro porque debía durar años y las camas de las grandes habitaciones se llenaban de muchachos. Allí les enseñaban a leer, escribir y trabajar la tierra, y cuando cumplían dieciocho años los dejaban ir porque eran contratados por gente en el pueblo o como peones en el campo. Los que corrían con suerte eran adoptados por buenas familias, pero ese no fue el caso de Bastian, su buena fortuna no se repetiría otra vez.

Apenas aprendió a leer y comprender el sonido de cada letra del alfabeto, tomó la carta que siempre estaba escondida bajo el colchón flaco de la cama. La tormenta era intensa fuera y la luz de la vela sobre la mesa de noche no era demasiada, pero aun así logró leer lo que Amanda había dejado escrito. Le había dicho que su verdadera madre se llamaba Valentina y que, aunque era

muy fuerte lo que le iba a contar, su mamá nunca lo había querido y se lo había regalado porque su padre tampoco quería hacerse cargo de él. En la carta decía que Amanda y Jorge siempre lo habían considerado un regalo del cielo porque ellos no podían concebir hijos y lo habían amado mucho. Le pedía disculpas por ser una madre vieja con la que no podía jugar o que lo abandonaría pronto, que hubiera deseado poder comprarle más años de vida a Dios, pero eso no era posible.

Bastian se guardó en el alma todos esos sentimientos y sus ojos brillaron frente al fuego de la chimenea. Quemó la carta para que nadie más la leyera, para que al menos eso le quedara a él y nadie se lo quitara o se lo apoderara. Aquel era un amor de verdad que quería proteger de las miradas ajenas. Observó el papel chamuscarse sobre la leña envuelta en llamas danzanas y extrañó los cuentos de Amanda en las noches de lluvia y su guisado de carne con papas por las mañanas.

Y los años volvieron a correr otra vez, el tiempo se encargó de hacer girar las agujas del reloj con puntualidad. El muchacho cumplió diecisiete años entre clases y trabajo arduo en las huertas del orfanato, eso era lo que siempre hacía. Los profesores eran severos y los celadores que cuidaban los pasillos y los cuartos cada tanto les pegaban para que se comportaran bien o hicieran silencio por la noche, incluso los obligaban a dormir cuando no tenían sueño. Las marcas rojas quedaban escondidas bajo la ropa.

Con el transcurso del tiempo vio a varios de los chicos que compartían su habitación marcharse y se resignó, entendiendo que él no sería adoptado. Ya era grande para ello y nadie quería adolescentes revoltosos.

El año anterior había llegado un pequeño de diez años, dormía en la cama debajo de la suya. Todas las noches lo escuchaba llorar bajo las sábanas o asustarse cuando los truenos hacían vibrar los cristales del edificio. Aquello no lo dejaba dormir tranquilo porque se reconocía a él mismo a esa edad. Recordaba las preguntas y cuestiones que le habían llenado la cabeza, como «¿por qué a mí? ¿No hay nadie que me quiera en este mundo? Yo no pedí venir a este lugar para vivir así».

Una tarde cálida de primavera, cuando uno de los profesores sacó a los chicos a pasear por el pueblo, Bastian se separó del grupo y se escabulló por la puerta trasera de una juguetería. El encargado estaba ocupado atendiendo a una familia, entonces el muchacho tomó lo que tuvo al alcance de su mano. No era la primera vez que robaba algo, ya lo había hecho con dulces o pan recién



horneado. Se le daba bien eso de agradarle a la gente, distraerla y sacarle cosas. Tenía la habilidad de ser sigiloso y esconderse para robar. Pero en esa ocasión sabía que no podía llevarse algo grande o lo descubrirían en el orfanato y se metería en problemas. Tampoco se trataba de comida que podía hacer desaparecer en un minuto sin dejar más pruebas que migajas que podían ocultarse bajo la cama.

Sus dedos se enredaron en un ángel blanco del tamaño de un soldado de juguete. Llevaba puesto un casco dorado, sandalias romanas y tenía una pequeña espada de metal, más un escudo. Detrás de la espalda le nacían alas blancas y su mirada parecía desafiante. Lo metió en el bolsillo de los pantalones y se alejó del lugar para unirse al grupo.

Aquella noche el niño volvió a llorar en su cama, entonces, Bastian bajó desde la suya de un salto y se arrodilló al lado del menor. Tenía los rulos rubios todos revueltos en su cabeza.

—Tengo un regalo para ti, pero tienes que prometerme que no vas a llorar más —dijo el chico de ojos verdes, mostrándole al niño su puño cerrado—. Lo tengo justo en esta mano, si dejas de llorar y me dejas dormir, te lo doy. Estoy seguro de que te va a gustar.

El pequeño se puso de costado y observó a Bastian con ojos azules llenos de agua. Asintió con su cabeza e hizo un gran esfuerzo por contener el llanto que se le atoraba en la garganta. El muchacho abrió su mano y puso al ángel de pie sobre la cama frente a los ojos del niño, que se abrieron aún más al considerar aquel juguete maravilloso.

—¿Vas a regalármelo? —preguntó con voz débil y desconfiada—. ¿No vas a pegarme como los otros?

—Es tuyo y no voy a pegarte, no soy como los demás —asintió Bastian y sonrió con dulzura—. Pero debes prometerme algo.

—¿Qué cosa? —cuestionó el niño y su mano tomó la figura del ángel y se lo quedó observando embelesado. Luego miró a Bastian a los ojos.

—Cuando tengas miedo le pides al ángel que te cuide y que te enseñe a ser fuerte como él. Vas a ver que no lloras nunca más. ¿Me prometes que vas a ser fuerte y vas a dejar de llorar? —dijo él y le hizo cosquillas en el estómago al otro chico.

—Te lo prometo —dijo el niño entre risas y de repente abrazó a Bastian con fuerza. El más grande no supo qué hacer, pero apretó con afecto al pequeño. Esa noche no derramó una lágrima más y se durmió aferrado a su ángel.

A medida que ese año transcurrió y culminó para volver a empezar, Amadeo, como se llamaba el niño, empezó a seguir a Bastian a todos lados. Se sentaba junto a él en el comedor y lo ayudaba en la huerta cuando cosechaban los vegetales. Bastian juró proteger a ese niño al que consideró un hermano menor, pero había otros a los que eso no les agradaba para nada. No todos los niños del orfanato tenían corazones buenos y solidarios.

Una tarde, en otra de las salidas al pueblo, cuatro chicos de la edad de Bastian comenzaron a molestar a Amadeo. Lo habían arrastrado hasta un callejón donde se apilaba la basura y le habían quitado su ángel. Lo sostenían sobre la cabeza del niño, que saltaba para atraparlo, y se lo lanzaban entre ellos mientras reían a carcajadas y se burlaban de él.

—¡Devuélvanle eso, cobardes! ¿No les da vergüenza meterse con un niño? —dijo Bastian desafiante, sus brazos cruzados y una sonrisa provocadora en sus labios. Los otros se detuvieron y miraron al muchacho con asco, miradas malvadas pintadas en sus rostros.

—¿Y tú nos vas a detener? No me hagas reír, flacucho —se burló el más alto. Bastian caminó lentamente hasta él, le quitó el juguete con destreza y se lo dio a Amadeo, quien lo tomó y lo presionó contra su pecho.

—Vete de aquí, ve con el grupo —indicó Bastian. El niño lo miró confundido, pero luego salió corriendo y se alejó del lugar.

No era la primera vez que peleaba con alguien, había visto dientes volar después de puñetazos que les daba en la boca a los otros muchachos del orfanato. Él mismo había visto sus labios sangrar y luego recibir el castigo por buscar pleito. Pero en su situación, muchas veces se trataba de ser el más fuerte o morir en el olvido.

—¡Idiota! —dijo el más gordo de los cuatro y le propició a Bastian una patada en la pierna que lo hizo caer al suelo. No había esperado eso para nada y no hubo nada que pudiera hacer contra semejante golpe que le había torcido la pierna.

Los cuatro chicos se abalanzaron sobre él y lo molieron a patadas y golpes. Los puntapiés en el estómago le quitaron el aire y ni fuerzas tuvo para cubrirse la cara. Solo pensó en el rostro de Amanda y Jorge, y en la bondad que le habían mostrado, como si eso distrajera su mente del dolor, y supo que, si tenía que partir, quería irse con ellos.

—¡Basta! Huyamos de aquí, creo que está muerto —supuso uno de ellos, nervioso. Su voz se mezclaba con un zumbido en los oídos de Bastian.

Los pasos apresurados se alejaron y el muchacho se tendió sobre su espalda, con los brazos abiertos hacia sus costados. Tenía la cara y los dientes manchados de sangre, la boca le sabía a hierro y sal, y le temblaba la mandíbula sin parar.

Entre las casas quedaba un espacio abierto y se veía un pedazo de cielo azul, claro y limpio como un mar en calma. Sus ojos se perdieron en el firmamento para olvidarse del dolor que le quemaba los huesos y pensó qué habría hecho de malo para merecer aquella vida tan terrible.

La tierra comenzó a vibrar bajo su cuerpo, primero fue un movimiento leve, casi imperceptible, y luego se convirtió en un temblor constante. Pensó que era un terremoto, no sería la primera vez que sucedía en Las Colinas. Pero de pronto las cajas de cartón y las latas comenzaron a flotar en el aire y las piedras danzaron en espirales.

—Pobre hijo mío —dijo una voz dulce pero potente que hablaba dentro de su cabeza, fuera, en todos lados. El muchacho tenía un ojo casi cerrado por la hinchazón y uno de los párpados se había vuelto de color violeta—. Una vida tan miserable que culmina con un sacrificio. Eso, en mi libro, merece una recompensa. Puedo hacer que te olvides del dolor, pero únicamente si aceptas venir conmigo y olvidarte de tu humanidad. ¿Vendrías conmigo, muchacho? Tú decides.

Bastian trató de ver quién hablaba, de quién era esa voz tan atractiva que se le metía en la cabeza, le tocaba el alma y lo hacía vibrar con el suelo. Tenía la estatura de una persona, tal vez un poco más alto, pero había tanta luz blanca allí que la imagen era confusa. La voz parecía de hombre, pero cuando ajustó su visión le pareció ver a Amanda y luego a Jorge, incluso a Amadeo. Sin importar quién fuera, aquel ser le estaba tendiendo una mano.

—Sí, creo que iré contigo si me dices que vas a curarme. No sé si es más fuerte el dolor que tengo en el cuerpo o el que me invade el corazón —respondió Bastian, escupiendo sangre y haciendo un gran esfuerzo para tomar aquella mano.

—Te lo prometo, Bastian Amaro —dijo la voz y cubrió el cuerpo del muchacho con miles de destellos blancos, como luciérnagas que se posaban sobre las flores. Ese fue el día que comenzó a tener dieciocho años para siempre.

\*\*\*

Cuando abrió los ojos se encontró en una cama cálida y confortable con la sensación de haber dormido por siglos, de haber flotado en un mar de paz y calma. Era como haber nacido otra vez.

Primero pensó que estaba otra vez en el orfanato, que Amadeo y los demás lo habían encontrado en el callejón y lo habían curado, pues su ropa de dormir estaba limpia y el cuerpo no le dolía. Pero la cama era enorme y la colcha suave. La ropa que llevaba puesta parecía una bata blanca, era un pedazo de tela que le cubría el cuerpo.

Estaba en otro lado, no era una habitación que conociera, pues nunca había dormido en un cuarto de paredes altas y celestes. Salió de la cama y se dirigió hacia un gran ventanal donde la luz que se colaba era tan intensa que tuvo que cerrar los ojos varias veces para acostumbrarse. No era luz amarilla del sol, sino blanca, y provenía de cuatro torres de cristal transparente que se erguían hasta lo más alto y se perdían entre las nubes. Alrededor de aquellas columnas se extendía una ciudad hermosa, de árboles verdes y ríos plateados que buscaban su camino entre las rocas. Puentes de piedra blanca y casitas pintorescas llenaban los espacios alrededor de lo que parecía una plaza central. A lo lejos se podían ver inmensas montañas de cimas nevadas, eran parecidas a las de Las Colinas, pero, aun así, diferentes.

—¿Qué es todo esto? ¿Dónde estoy? —se cuestionó con las manos apoyadas en el vidrio, tratando de entender dónde se encontraba.

—Veo que has sanado bien, lo que significa que mi trabajo fue realizado con éxito. No te preocupes, todas tus preguntas serán respondidas. Es entendible que estés confundido ahora —explicó una voz suave de mujer a su espalda. Eso lo hizo girar sobre sus pies de repente, hubiera jurado que estaba solo en aquella habitación.

En el umbral de la puerta, que era más bien un arco, había una chica de cabellos dorados, que le caían sobre los hombros. Llevaba un vestido blanco que tocaba el suelo, ceñido bajo el pecho con una cinta del color de la plata. Sus ojos eran celestes, aún más claro que el de las paredes. El muchacho se la quedó mirando como hipnotizado y ella le sostuvo la mirada, un tanto curiosa.

—Mi nombre es... es... Bastian. Te agradecería si puedes decirme dónde estoy. ¿Qué hospital es este?

—Sé que te llamas Bastian Amaro, lo sabemos todo por aquí —comentó ella lanzando una risilla casi infantil. Sus labios eran pálidos como el rubor de sus mejillas—. Mi nombre es Mina y este no es ningún hospital. Te he terminado de curar y he venido a darte la bienvenida al Paraíso... A Mikah, para ser correcta.

Fue allí que comprendió lo que había sucedido, aquella voz que había escuchado en el callejón se repitió en su cabeza. No había sido un sueño.

—¿Esto es el Cielo? Dios... —interrogó él, tratando de unir las ideas que se arremolinaban en la mente con fuerza—. ¿Mikah?

—La capital del Paraíso. Aquí nacen y viven los ángeles guardianes y algunos guerreros —explicó ella, orgullosa de la información que le estaba proporcionando—. ¿Cielo? Así le llaman los humanos, ¿verdad? ¡Qué interesante! Ahora estás con Dios. Él te salvó, te sacrificaste por ese niño y eso te ha hecho merecedor de un par de alas. Es un gran regalo que no muchos obtienen —comentó Mina sonriente y llena de curiosidad—. Vamos, tengo que presentarte en el Gran Salón.

—¿Voy a ver a Dios? ¿Vas a llevarme con él? —cuestionó Bastian, pensando que en realidad estaba muerto. Los nervios comenzaron a apoderarse de él.

—Ya viste a Dios hace unas horas y serías muy afortunado si lo vieras de nuevo. Tengo que presentarte con los príncipes celestiales —explicó ella y tomó al muchacho de la mano, para arrastrarlo con gentileza fuera de la habitación.

Caminaron por un largo pasillo hecho de piedra, que tenía enormes ventanas y altísimas columnas esculpidas con mucho cuidado y llenas de detalles hermosos. Había galerías llenas de arcos y la luz blanca del exterior que se colaba por allí lo llenaba todo de claridad. A lo lejos se veía una vasta extensión de pradera verde que culminaba en un inmenso mar azul.

—¿Quiénes son los príncipes celestiales? —preguntó Bastian, maravillado por la majestuosidad del lugar.

—Son arcángeles: Gabriel, Rafael y Miguel... Trata de no mirarlos a los ojos todo el tiempo mientras te dan la bienvenida, no les gusta demasiado —aclaró la mujer, deteniéndose frente a una enorme puerta de roca blanca. Esta estaba adornada con símbolos y dibujos esculpados en la roca—. Aun así, han decidido conocerte antes de tu iniciación.

—¿Iniciación? ¿A qué te refieres? ¿Es algo que tienen que hacer los muertos?

—Querido Bastian, deja de repetir eso. No estás muerto y hoy te convertirás en un ángel guardián.

## 6. Apariciones

Luego de la noche en que el veneno le fue quitado de la sangre, Amelie amaneció con un resfrío leve debido a que Bastian la había metido en el mar para bajarle la temperatura. Haberla secado cuando la trajo a la casa de nuevo no la salvó de los estornudos y los pañuelos de papel. Él la obligó a quedarse en cama todo el día y le dio sus novelas juveniles para que no se aburriera. La atendió con esmero, le llevó té con limón, miel y jengibre a la cama, y se quedó durmiendo junto a ella cuando Amelie se perdió entre las páginas llenas de tinta, que narraban historias acerca de humanos que se enamoraban de seres extraños o adolescentes que luchaban contra tiranos. No sería un fin de semana de paseo o de explorar los alrededores, sino uno para quedarse adentro y recuperarse.

«Hay cosas que no cambiarán nunca», pensó ella mientras sostenía la taza caliente entre sus manos y observaba a su novio dormir. Él nunca iba a dejar de cuidarla porque lo había hecho siempre, era lo único que conocía, a lo que estaba acostumbrado.

Luego del mediodía Amelie comenzó a quedarse dormida observando cómo los rayos de luz ingresaban por la ventana de manera diagonal y, al caer sobre el piso, bañaban el suelo de madera con su claridad tenue. Miles de partículas de polvo danzaban en la luz y le pareció un espectáculo simple pero hermoso.

Se despertó luego de varios minutos porque sintió movimiento a su lado, era Bastian, que estaba sentado al borde de la cama y sostenía algo en sus manos. Ella se sentó también y posó su mano en la espalda del muchacho de manera suave.

—¿Qué haces, Bas? ¿Qué tienes ahí? Espero que no haya sido una sorpresa para mí porque acabo de arruinarlo —bromeó Amelie y él la miró, una sonrisa

extraña apareció en sus labios; no era feliz del todo, se sentía a medias.

—Desearía que fuera algo bueno como una sorpresa, pero no. ¿Te gustaría mirar un poco de mi pasado? —preguntó dándole a Amelie una caja de madera lisa que ni siquiera sabía que existía.

Bastian se recostó con las manos bajo su cabeza mientras la chica se cruzaba de piernas sobre la cama, junto a él. Apoyó la caja sobre el estómago de su novio y quitó la tapa. No había demasiadas cosas allí dentro: unos cuantos papeles amarillos gracias al paso del tiempo y una fotografía en blanco y negro. También había una libreta de tapas azules gastadas que llamó la atención de Amelie y la tomó entre sus dedos. En la portada y en letras negras decía «Libreta Cívica», sus ojos se movieron hacia el rostro de Bastian. Había escuchado hablar de ellas, eran los antiguos documentos de identidad, lo que significaba que aquel chico realmente había vivido en otra época, y aunque ella lo sabía, era todavía sorprendente tener pruebas de ello.

—Sí, ese es mi documento —confirmó Bastian y sonrió de manera genuina, un poco más animado tal vez—. Tu novio es un viejo, Amy. Un viejo pervertido, como dijiste.

—Tonto, si eso te preocupa, la verdad es que a mí no, en lo más mínimo. Creo que te conservas bien para la edad que tienes —bromeó Amelie y abrió la libreta.

El año de nacimiento no le llamó la atención porque sabía que el muchacho había nacido hacía mucho tiempo, pero otra cosa que no sabía de él se le metió por los ojos, algo muy simple que nunca le había preguntado: su apellido.

—Amaro... Ese es tu apellido... Bastian Amaro, déjame decirte que suena hermoso —comentó Amelie; deslizando un dedo sobre la tinta, le dedicó una sonrisa encantadora que lo contagió y lo hizo sonreír.

Bastian se movió con rapidez y, sentándose detrás de Amelie, la encerró con sus piernas y brazos, y reposó su mentón en el hombro de la muchacha para poder mirar la caja.

—Si mi documento te llamó la atención, espera a que veas la foto, pero no te rías... —dijo Bastian, tomó la fotografía en blanco y negro de la caja, y la levantó frente a sus ojos para enseñársela. En ella se podía ver un grupo de niños y un hombre mayor en el centro, podía haber sido un profesor. Detrás del grupo había un edificio enorme de dos pisos, lleno de ventanas y tejas oscuras en el techo—. Adivina quién de todos soy yo.



—Eres este de aquí —dijo Amelie, señalando un niño al azar.

—Incorrecto, yo soy este —comentó Bastian indicando a un chico de siete años que estaba un poco más apartado del resto. Llevaba una camisa clara, unos pantalones cortos que le llegaban hasta la rodilla, botines negros y un gorro sobre la cabeza.

—Oh, ¡qué hermoso, Bastian! —exclamó ella y giró su cabeza para besar los labios de su novio—. ¿Qué era este lugar? ¿Tu escuela?

—No, era un orfanato. El pueblo se llama Las Colinas, queda muy lejos de aquí. Está cerca de las montañas, al oeste del país —explicó él y luego le contó a Amelie sobre Amanda, Jorge y el pequeño Amadeo. Todo lo que su madre adoptiva le había escrito en la carta y todo lo que le había pasado hasta convertirse en ángel. Ella lo escuchó con atención, como quien escucha un largo cuento lleno de giros inesperados y situaciones mágicas.

Cuando el muchacho terminó su relato, Amelie se movió un poco y se sentó sobre el regazo de Bastian, sus piernas descubiertas se colocaron a ambos lados del cuerpo de su novio. Ella lo besó con dulzura mientras las manos del chico se posaban en su trasero.

—Lo siento, amor. Habrás sufrido muchísimo, puedo imaginarme en parte lo que se siente no tener familia, pero lo que te pasó a ti es demasiado —dijo ella, su voz casi quebrada mientras sus dedos acariciaban el cabello de Bastian. Por supuesto que era diferente, a ella la habían querido dos familias. A él sus padres biológicos lo habían descartado como una cosa que no servía.

—Está bien, princesa. No te pongas mal por mí, por eso no me gusta hablar mucho de mi pasado.

—El pasado forma parte de lo que somos ahora, Bas. Si no hubiera sucedido, no estarías aquí conmigo. Pero entiendo tu decisión de no hablar de él. Te amo.

—Y yo a ti, eres lo mejor que me pasó en esta larga vida —afirmó él sonriente y besó a Amelie en la nariz.

\*\*\*

Durante los días siguientes el clima se mantuvo soleado y el agua del mar, que brillaba iluminada por los rayos claros del sol, hacía que el océano se llenara de destellos y que los colores cambiaran cuando las olas se movían.

Los dos jóvenes se habían acostumbrado a ver los tonos azules y verdosos del agua en las diferentes horas.

Amelie se recuperó en poco tiempo y, cuando menos se dio cuenta, sus amigos ya estaban de vuelta de su viaje de egresados. Volvieron cargados de regalos o, mejor dicho, de chocolates del Sur, que eran de lo más deliciosos. Nadia había tomado cientos de fotos que compartieron con ella y Bastian, junto con las anécdotas más divertidas y, obviamente, Alexis relató las más desagradables, como cuando Leo se pasó de tragos y trató de abordar a varias de sus compañeras la noche que fueron a la discoteca.

A fines de diciembre celebraron el cumpleaños número dieciocho de Amelie y también llegaron las festividades de fin de año. Entre tanta alegría y celebración, Amy nunca se enteró de lo que realmente le había pasado la noche en que su sangre salió mezclada con veneno porque Bastian no había querido asustarla y tampoco quería tener que explicar la presencia de la Guardia Divina. Y, aun así, tres veces se repetían en la mente de la muchacha como el susurro de un cuento olvidado hacía tiempo, uno que el viento había soplado entre las ramas desnudas de árboles negros y se había perdido en secreto en un inmenso bosque.

Habían decidido despedir el año que se iba y recibir el nuevo en la casa cerca de la playa. Nadia había insistido en que todos debían vestirse de blanco, ya que había leído en una revista que eso ayudaba a atraer cosas buenas porque el blanco era un color que significaba claridad y positivismo. Luego de mucha insistencia había logrado su objetivo, incluso Héctor apareció vestido con un pantalón y camisa blancos, más un sombrero a la moda. Amy pudo imaginar quién estaba detrás de eso.

Cuando hubieron terminado de cenar el 31 de diciembre, Bastian, Alexis y Héctor encendieron unas lámparas de papel naranja que, al contener fuego en su interior, se elevaron en el aire acompañadas por las luces de los fuegos artificiales que eran lanzados en la cercanía. Las tres mujeres del grupo aplaudieron cuando las lámparas ascendieron hasta lo alto. El cielo se iluminó esa noche y el aire se llenó de buenos deseos.

Unos días después del festejo, una fresca mañana cerca del mar, Bastian se marchó a trabajar en el taller con Alexis. Amelie había quedado en ir a pasear al centro comercial de Puerto Azul con Nadia, pero debía esperarla porque ella pasaría a buscarla en su auto nuevo; era el regalo que había recibido por cumplir dieciocho años. Como era costumbre, Alexis quería hacerle mejoras,

pero ni ella ni Héctor se lo permitían, bastante caro le había costado para que el muchacho anduviera metiendo sus manos en el motor. Al era un buen mecánico, pero Nadia necesitaba su auto para movilizarse entre su ciudad natal y la capital, donde iría a estudiar Psicología, no para que estuviera metido en observación en el taller de su novio.

El padre de Alexis se había enfermado en los últimos meses, sus articulaciones estaban viejas y cansadas por una vida de trabajo arduo. Era lo que el doctor le había dicho y también le había prohibido trabajar o su condición empeoraría y perdería la movilidad por completo. Su hijo lo había acompañado ese día y, cuando había escuchado el diagnóstico, había suspirado y decidido que no dejaría que su padre se arruinara tan de repente. Se había preocupado mucho y lo obligaba a quedarse en la casa, aunque se aburriera, pero la mayoría del tiempo estaba sentado en una mecedora en el taller, observando a los muchachos trabajar y dando indicaciones a cada segundo.

La madre de Alexis se había marchado con otro hombre cuando él era tan solo un bebé recién nacido, pero, a diferencia de Bastian, su padre de sangre se había hecho cargo del niño lo mejor que había podido; a él también lo habían abandonado, al fin y al cabo. El muchacho nunca vio a su madre, ni siquiera cuando su papá quiso mostrarle una fotografía de ella. Alexis entendía que no solo las articulaciones de su cuerpo estaban gastadas, también su corazón. Cuando su amigo había contado esa historia una tarde hacía tiempo, Amelie había pensado que tal vez esa personalidad tan graciosa y sus chistes podían ser una coraza por todo lo que había sufrido. No era la única que había atravesado problemas familiares graves y eso la conectaba aún más a ese chico al que llamaba hermano. Tal vez por eso Bastian y él habían logrado entablar tan buena relación a pesar del incómodo comienzo; tenían algo en común.

Mientras esperaba a su amiga, Amelie había decidido hacerse cargo del jardín trasero, ya que las flores necesitaban cuidado y la maleza parecía crecer con más fuerza en los días cálidos. En ese momento se encontraba arrodillada sobre el césped verde, regando unas rosas que tenían espinas en sus tallos y se hallaban a la sombra de los cerezos, que cada tanto dejaban caer sus hojitas rosadas para coronar la cabeza de cabellos rojos que estaba debajo de sus ramas. Tenía que remover la tierra con una pequeña pala de aluminio para que la vida se renovara allí también y todo siguiera su curso

natural. Se había perdido en sus pensamientos y estaba tan concentrada en lo que estaba haciendo que apenas notó la presencia de un gato negro que se había sentado sobre sus patas traseras muy cerca de ella. Fue cuando el animal maulló que notó que tenía compañía y se sobresaltó por un segundo, ya que el sonido irrumpió en el silencio de su concentración. No tenían vecinos, por lo que le pareció raro que anduviera una mascota suelta por allí.

—¡Gatito! Dios mío, casi haces que tenga un ataque al corazón —dijo Amelie, tomando aire y colocándose una mano sobre el pecho, su corazón latía rápido—. Mira qué hermoso eres, ¿estás perdido o solo has venido a visitarme? No me digas que te han abandonado...

Extendió su mano para tocarlo. Su pelaje era corto y sus ojos la observaban con interés. Se lamió la boca con una pequeña lengua rosada. Sus orejas puntiagudas parecían estar alertas a cualquier sonido o movimiento que le significara una amenaza. Cuando los dedos de Amelie estuvieron cerca del suave pelo negro del gato, este le gruñó y de un zarpazo le rasguñó la mano con sus uñas filosas. El ardor inevitable se hizo presente en la piel rasgada de la chica, y las tres líneas que habían quedado marcadas se volvieron rojas y luego vertieron un poco de sangre.

—¡Gato del demonio! Y yo pensando que eras bueno —exclamó y se apresuró a la cocina. El animal ya se había escapado.

Puso su mano bajo el agua fría de la canilla y eso le produjo un alivio inmediato. Luego de varios minutos, la sangre había dejado de teñir el agua de rojo, pero el rasguño aún dolía. En el baño encontró con qué lavarse la herida para que no se infectara y se puso una venda fina, recordando la mirada profunda del gato. Eso le produjo escalofríos y se dijo que nunca más iba a ser tan confiada con animales que apenas acababa de conocer.

A los minutos llegó Nadia, sonriente y llena de energías como siempre, y se la llevó a pasear por la ciudad. El auto tenía los vidrios bajos y la música en la radio era fuerte, estaban pasando una canción de una banda de chicos que no le pareció tan mala como las otras.

La brisa cálida de verano que les golpeaba la cara hacía que sus cabellos rubios y rojos volaran por el aire con total libertad. Nadia y Amelie se dirigían a tomar un café en Puerto Azul e irían justamente al puerto, donde abundaban las tiendas pintorescas a lo largo de los extensos muelles de madera que se introducían en el mar. No por nada la ciudad tomaba ese nombre, Puerto Azul tenía un viejo puerto y le decían la Ciudad de los

Muelles.

—¿Qué te pasó en la mano, Amy? ¿Eso es una venda o alguna moda nueva? Debes ser más cuidadosa, nena —interrogó Nadia, mirando a su amiga un segundo antes de volver la vista a la ruta. Sus dedos golpeaban el volante negro al ritmo de la canción *pop rock*.

—Fue un gato que me encontré en el jardín mientras arreglaba unas rosas. Parecía doméstico, pero luego me rasguñó, el muy ingrato. Lo llamé «lindo» y mira lo que me hizo. —Amelie rio y pensó que todo el hecho había sido tan raro. Ella hubiera esperado lastimarse con las espinas de las rosas, pero las uñas de un gato aparecido de la nada habían causado su herida.

—Odio los gatos por eso. Se creen tan independientes, pero luego se meten en tu cama sin dudar. ¿Era negro? Dicen que son de mala suerte porque acompañan a las brujas.

—Bueno, si crees en ello, de seguro te traen mala suerte. A mí me parece pura superstición. Digamos que elijo en qué seres creer —comentó la chica, dándose cuenta de lo que había dicho. Estaba segura de que Nadia no se lo iba a dejar pasar. Nunca lo hacía ante ese tipo de comentarios.

—En vampiros no crees porque los detestas, incluso al bombón de Edward Cullen... —recordó Nadia, retomando aquella vieja broma—. ¿En qué crees entonces? ¿Solo en Dios? —agregó la rubia, moviendo un poco de cabello que había cubierto su rostro. Varios autos pasaron a su lado a toda velocidad, los motores rugían con fuerza.

—Bueno, creo en las cosas que experimento y veo. Creo que es acertada la frase que dice «ver para creer». Tal vez en seres que nos cuidan... —arriesgó a decir.

Antes, cuando había descubierto lo que era Bastian, cuando había conocido su mundo, nunca se le había cruzado por la cabeza contarles cosas a sus amigos, pero ahora que todo había cambiado le hubiera gustado compartir algo con Nadia. Sin embargo, no estaba segura de si ella le iba a creer o cómo iba a reaccionar. Y, si lo hacía, eso afectaría a Bastian porque la verdad tenía que ver con él, así que era uno de esos secretos que se llevaría a la tumba.

—A veces dicen que cuando nuestros familiares mueren se convierten en nuestros ángeles guardianes. Me parece un lindo pensamiento, nos hace tenerlos cerca. ¿No crees? Seguro Martina anda cuidándote las espaldas —dijo Nadia con una sonrisa gentil y Amelie sonrió también recordando a su hermanita.

—Entonces creo en los ángeles guardianes si tengo un angelito tan especial como Martina. Aunque, si llega a gritar como lo hacía, me va a dar un tremendo susto —respondió ella con dulzura, encontrando la respuesta perfecta sin revelar nada.

—Pero, en tu caso, creo que tienes un guardián de carne y hueso. No necesitas de los ángeles, amiga.

Eso desconcertó a Amelie porque se había quedado pensando en su familia. ¿La visitarían por las noches cuando dormía? ¿Podrían verla desde el Paraíso?

—¿A qué te refieres, Nadia?

—Bueno, es obvio. Me refiero a Bastian. Si no te sientes protegida por ese hombre, debes estar loca o ser una completa insensible —bromeó Nadia y las dos rieron.

Amelie estaba segura de que, si le daba dos pistas más a su amiga, ella podía arribar a las conclusiones correctas y averiguarlo todo.

Cuando llegaron al puerto viejo, dejaron el auto estacionado cerca de la calle y comenzaron a andar por el largo pavimento de adoquines sobre el cual estaban todas las tiendas: cafeterías, panaderías y librerías. Era la zona gastronómica y cultural por excelencia en la ciudad. De la ancha calle que se extendía por kilómetros se desprendían pequeños muelles de madera, donde botes y yates se encontraban amarrados y se movían suavemente con el vaivén del mar. Algunos muelles tenían miradores cuando se llegaba al final y servían para sentarse en las bancas a observar el inmenso océano y dejar que el agua que llegaba hasta las rocas blancas salpicara el rostro.

Eligieron una cafetería que tenía macetas con flores rosadas en las ventanas y toldos rojos sobre ellas. Las mesas y sillas eran de madera marrón barnizada y todo lucía tan pintoresco, como sacado de un cuadro que ilustraba alguna calle de París. Había altos faroles negros a lo largo de la callejuela y flores de todos los colores adornaban el lugar, el aroma del café y las masas dulces perfumaba el aire.

Las dos amigas se pasaron media hora hablando de los planes a futuro, de las carreras que habían decidido seguir; Nadia había optado por Psicología y Amelie aún no estaba segura, pero sabía que se relacionaba con el arte, tal vez fotografía, pintura o ambas cosas a la vez. Pronto comenzaría a trabajar con Clara en la galería y ella le enseñaría los gajes del oficio y también a reconocer las diferentes escuelas de pintura. Pero lo que más le interesaba era volcar todo lo que tenía dentro, todo lo que se había guardado en el pecho y

pedía caer sobre el lienzo blanco para darle vida a esos sentimientos que necesitaban escapar. A través de imágenes contaría su peculiar historia.

Entre charla, capuchinos y magdalenas con glaseados de diferentes colores, el tiempo comenzó a pasar mientras algunos barcos se perdían en el horizonte. El humo de sus chimeneas subía al cielo en líneas grises, como si fueran lazos que querían atrapar las gaviotas blancas que cantaban y volaban en círculos sobre el mar.

Nadia hablaba sin parar, como de costumbre, rememorando algunas cosas que no le había contado del viaje de egresados, como si eso fuera posible. Fue allí que, disimuladamente, los ojos de Amelie se dirigieron hacia el final del muelle que tenían delante de ellas.

El corazón se le detuvo por un segundo en el pecho y un escalofrío le recorrió el cuerpo. Dejó de prestarle atención al mundo en el que se encontraba para volver unas semanas atrás, a un viejo miedo y a un puente olvidado que conectaba el bosque y la ciudad. Las palabras de Nadia eran solo un eco en sus oídos en ese momento.

Observó a una mujer alta que iba vestida de negro, la tela la cubría por completo. Parecía de otra época porque sus puños y cuellos llevaban volados de encaje negro. A pesar de estar un tanto lejos, pudo notar que sus labios estaban pintados de rojo intenso como las cerezas en verano. Su cabellera azabache, oscura como los mares más profundos, se ondulaba en el viento y atrapaba las partículas de agua que estallaban contra las rocas. A su lado, sentado sobre sus patas, había un inmenso perro negro con las orejas paradas. Ambos habían fijado en ella sus malvados ojos de color amarillo.

—Zaira... —atinó a decir Amelie cuando el perro comenzó a correr en su dirección. Las palmas de sus manos comenzaron a sudar y el terror se apoderó de ella.

—¿Qué demonios te pasa, Amy? —preguntó Nadia.

Eso la sacó de su trance, se enfocó en los grandes ojos claros de su amiga y al segundo recordó al perro, que más bien parecía un lobo y ya debería estar por alcanzarlas. Cuando movió sus ojos otra vez, no pudo verlo. Se quedó desconcertada al observar el muelle otra vez; el animal se había desvanecido en el aire como un fantasma.

—¡Zaira! —exclamó en voz alta justo cuando una mujer se dejaba caer de espaldas al mar, su vestido negro flotaba en la brisa de verano. Amelie casi tumbó al suelo su silla al levantarse y corrió por el muelle a toda velocidad,

mientras la madera crujía bajo sus pies y el mar rompía furioso contra las rocas blancas. Llegó hasta el borde casi sin aliento para encontrarse con la nada misma.

—Yo te vi, yo te vi... Estabas aquí.

—Amiga... ¿Qué te pasa? Estás como loca y no dejas de mencionar a Zaira. Nunca pensé que esa persona fuera tan importante como para siquiera recordarla —exclamó Nadia, que había tenido que correr detrás de ella ante las miradas curiosas de las demás personas en la cafetería.

Amelie no dejaba de ver el agua con la esperanza de ver al demonio, no porque la idea le agradara, sino para comprobar que no se estaba volviendo loca.

—Perdón... Yo pensé que la había visto. ¡Tú no sabes nada! —dijo enojada de repente y las cejas de Nadia se alzaron con sorpresa.

—Mira, Amelie, yo no voy a ser la clase de amiga que se ofende enseguida y se va enojada como una idiota sin hablar las cosas. Es la primera vez que me gritas de esa manera... —dijo Nadia y Amelie suspiró, sintiéndose culpable—. Hace unas semanas estuviste muy rara y no nos hablabas, lo recuerdo bien. Parecías encerrada en tu cabeza, pero creo que prefiero a la Amy que me grita cuando está enojada y que espero que me cuente qué carajo le está pasando, no a la que no me dice nada.

—Lo siento... Lo siento mucho, en verdad —se disculpó, creyendo que era la primera vez que Nadia le hablaba así—. Hay algo que no te dije, que no les conté a ti y a Alexis... pero Bastian lo sabe.

¿Sería capaz de revelar la verdad o parte de ella? Tenía que pensar bien sus palabras o podrían descubrirlo todo. Volvieron a la mesa con lentitud y, luego de unos tragos de agua, Amy decidió hablar.

—¿Recuerdas lo que sucedió con Lucas aquella noche que fuimos a bailar?

—Sí, nunca me voy a perdonar habértelo presentado, pero fue...

—Zaira... Eso ibas a decir, ¿no? —interrogó Amelie y Nadia asintió, notando cuán pensativa estaba su amiga—. Zaira te lo presentó.

—Estás en lo cierto, no dejaba de hablarme de él y sobre cuánto Lucas te observaba en el colegio y cuánto quería hablarte, pero no se animaba.

—Mira, yo no quiero hacerte sentir peor, pero minimicé lo que sucedió aquella noche. Lucas trató de... —Intentó usar una palabra que no sonara tan fuerte—. Tocarme sin mi consentimiento, quiso hacerlo a la fuerza. Y recordé que me habías dicho que Zaira te había hablado de él y esa misma noche, en la



disco, ella estaba allí, moviendo los hilos para que sí o sí me encontrara con él. Al principio estaba mareada y no pude verla bien, pero era ella.

—Amiga... Creo que tienes razón. ¡Me siento tan estúpida! —comentó Nadia con tono torturado—. Pero ¿qué te hizo recordar todo eso? ¿Por qué enloqueciste hace un rato?

—Creí ver a una chica parecida a Zaira y pensar en todo eso me hizo explotar, por eso corrí hasta el muelle, para respirar un poco de aire fresco y ver el mar, eso siempre me calma —mintió a medias. ¿Qué le iba a decir? No podía hablar de una mujer que se arrojaba al mar sin dejar rastros—. Nadia, sé que Zaira abandonó la ciudad, Bastian se enteró de ello. Pero necesito saber qué pasó con Lucas y tienes que ayudarme. Si trató de hacerme eso a mí, podría habérselo hecho ya a otra chica o lo seguirá haciendo. Con todos mis problemas, dejé eso para el final.

—¡Ay, Amelie! Lucas no vive más en esta ciudad. Lo único que supe es que él y su familia se marcharon, tal vez a otro país. Ha habido comentarios sobre sus padres, estafas millonarias, entre otras cosas más extrañas que problemas con el dinero —dijo Nadia mirando hacia el mar por un instante como si estuviera recordando.

—¿Qué? ¿A qué clase de cosas te refieres?

—Cosas raras, como que su familia pertenece a cultos paganos que se realizan desde hace años. Rumores de brujerías y pactos con el diablo. Las mismas idioteces que la gente de pueblo chico siempre inventa. Pero, aun así, no era de las mejores familias de Puerto Azul, entre ellos se cubrían cada cosa mala que hacían.

—Lo sé, voy a decirte algo que no sabías. En el garaje de la casa de Lucas estaba la misma camioneta que embistió el auto de mi familia el día del accidente. Estoy segura de que era la misma, la patente de ese auto se me quedó grabada en la mente. He podido ver esos números y letras en mi cabeza en cada pesadilla que he tenido luego de eso.

De inmediato, la chica rubia tomó la mano de Amelie, no podía creer todo lo que su amiga se había estado guardando, todo el dolor que cargaba dentro, y ahora entendía la razón de sus cambios de humor.

—Lo siento... Te juro que no sé qué decir en este momento.

—Lo único que debes prometerme es que no le dirás nada a Al, no quiero meter más gente en este lío. Pensé que había dejado todo esto en el pasado, pero las cosas malas siempre vuelven para atormentarnos.

—No pienses así, pero prometo que no le contaré nada. Estoy segura de que, si Lucas todavía estuviera en Puerto Azul, Al convencería a Bastian de ir a darle una golpiza y no quiero tener que visitarlo en la cárcel cuando vuelva los fines de semana de la capital —bromeó Nadia para lograr que su amiga levantara un poco su ánimo. Ambas rieron, un tanto más animadas ahora, y Nadia no soltó la mano de la otra chica en ningún momento.

Las amigas caminaron sobre el crujiente muelle de madera otra vez y se sentaron en una banca casi al borde. Observaron al sol naranja descender sobre el mar, las aguas volvieron a cambiar de color y las gaviotas se alejaron a otras costas.

El rostro de esa mujer se había quedado grabado en los ojos de Amelie, podía ver que se hundía en el mar como una princesa maldita. Imaginó que su cuerpo descendía lento, se envolvía en algas verdes y, llegando hasta lo más oscuro y profundo, acarreaba con ella toda la maldad que había pensado que se había quedado atrás cuando la derrotaron. Su mirada se quedó fija en las olas hechas de espuma blanca, su mente era un océano inquieto que poco a poco se revolvía y se tornaba negro.

## 7. Acechada

La mañana siguiente, Bastian despertó a Amelie con un beso cálido y ruidoso sobre la frente, le tomó la mano de manera gentil y notó que el rasguño del gato había comenzado a desaparecer; la marca de la herida se había vuelto rosada. En algún otro momento, hacía no tantos días atrás, habría podido posar su mano en la piel de la muchacha, recitar una frase angelical y los tejidos se hubieran entrelazado y reconstruido al instante. Pero ahora le era imposible, todo proceso de sanación natural se hacía demasiado lento y eso le generaba una sensación de impaciencia que era molesta.

Cuando Amelie le había contado lo que le había sucedido, le había parecido gracioso y le había hecho bromas por un rato, pero ella se había molestado porque pensó que la estaba tratando de tonta. Bastian le había recomendado no ser tan confiada con los animales salvajes de la zona.

Amelie abrió los ojos de a poco cuando sintió los labios del muchacho sobre la cabeza. Parecía que despertaba de un largo sueño y, apenas sus párpados se abrieron, la luz se le metió en los ojos de color miel y se volvieron dorados por un momento. Los rayos del sol que atravesaban la ventana inundaban la habitación, sus labios se curvaron en una sonrisa y eso hizo que Bastian olvidara sus planteos y tal vez sus lamentos por no tener poderes como antes. Todo se le iba de la mente cuando ella lo miraba así, como si él fuera su única razón para sonreír de esa manera.

—Buen día, remolona. Te dejé unas tostadas y en la cocina hay café caliente. Lamento no haberte preparado algo mejor, pero llego tarde al trabajo y no me dio el tiempo. —Su mano descansaba sobre el estómago de Amelie.

—Gracias, Bas —dijo ella; sentándose en la cama, se acomodó su cabello—. No te preocupes, que eso ya es demasiado y sabes que no como mucho.

Recuérdame decirle a tu compañero de trabajo, ¿o debo llamarlo jefe?, que sea más flexible con los horarios de llegada.

—¿Alexis, un jefe? No me parece —comentó Bastian sonriente y sacudió la cabeza despacio—. Debo reconocer que es más divertido que el anterior, tiene más sentido del humor.

El chico se puso de pie y comenzó a dejar la habitación, pero, justo cuando estaba por cruzar por la puerta, su novia lo llamó.

—Hablando en serio, amor. Dile a Alexis que te dé un respiro, no necesitamos tanto dinero. Entiendo que mi amigo precise ayuda ahora que su papá no está bien, pero no quiero un novio que esté siempre cansado, que se va temprano de casa y vuelve tarde por la noche. También sé que debería buscar una ocupación, pero me aburro muchísimo aquí sola.

Bastian giró sobre sus pies y miró a Amelie, un leve suspiro escapó de sus labios. Temía que ella le hiciera un planteo como ese en algún momento y la hora había llegado.

—Te he estado descuidando, ¿no es así?

—No, no pienses eso. Estás más que presente cada día de mi vida. Solamente no quiero que te canses de la vida de humano tan rápido. —Sonrió de manera cálida—. Pero ve a trabajar y esta noche te esperaré con una cena deliciosa, algo romántico, y luego te tendré solo para mí —agregó viéndolo de tal manera que parecía que quería comérselo con la mirada, mientras se mordía el labio inferior de manera seductora.

Ante esas palabras y el gesto de Amy, Bastian corrió por el piso de madera y saltó sobre ella, sus rodillas y codos a ambos lados del cuerpo de la chica. Le besó la piel detrás de la oreja porque sabía que ella se estremecía con eso. Sus manos le acariciaron los costados del torso y bajaron hasta sus muslos. Amelie dio pequeños gritos y se rio mientras sentía los cálidos labios de Bastian en todo su rostro.

—Guarda un poco de energía para la noche, leoncito.

—¿Leoncito? Yo diría que soy un gran león, una bestia salvaje —bromeó Bastian, besando la nariz de Amy con ternura.

—¿Ves? Eres extremadamente tierno, por eso leoncito te queda mejor. Aunque eres mi bestia *sexy*. —Ella rio y le palmeó el trasero.

—¡Eh! No toques lo que no vas a comprar. Tendrás que esperar hasta la noche —bromeó él, guiñando un ojo—. Te amo, preciosa. No me extrañes mucho y deja eso para mí. Te extraño cada segundo que no estamos juntos.

Casi no pudo terminar la frase porque los labios de Amelie se estrellaron contra los de él y se fundieron en un apasionado beso de despedida.

\*\*\*

Cuando el muchacho abandonó la casa y luego de unas horas, Amelie caminó por el pequeño corredor, rozando las paredes de madera con sus dedos y oliendo aún el perfume de Bastian en su piel. A pesar de algunas cosas extrañas que le habían pasado, llevaba una sonrisa pintada en la cara todos los días, se sentía plena y feliz. Abrió la puerta corrediza de la cocina, de inmediato las cortinas flotaron en el aire y la brisa le acarició las piernas desnudas, pues aún llevaba su camiseta para dormir.

Vertió café en una taza de porcelana blanca y sintió su calor entre los dedos cuando la tomó. Caminó hasta el porche delantero de la casa, la madera se sentía fría bajo sus pies. Apoyó una mano sobre la baranda blanca y observó el mar, tan inmenso como hermoso y nunca apacible.

Mientras bebía café miró hacia arriba, los cuervos parecían haberse instalado en Playa Calma. Las aves volaban en círculos bajo un cielo perfecto sin nubes, eran pequeñas manchas negras que se movían en un lienzo azul, incansables y eternas.

Fue al ver el mar que recordó la imagen del día anterior. Su mente conjuró la figura de un lobo negro que corría hacia ella y una mujer muy parecida a Zaira que se dejaba caer en el océano furioso. No le había contado nada de lo que había sucedido a su novio, tan solo lo había encerrado en una pequeña caja de cristal y lo había guardado en su pecho, como hacía con tantos otros sentimientos que pensaba que era mejor que se quedaran entre las sombras. No tenía caso decirle algo como eso. Además de pensar que era tonta, creería que estaba demente.

Sin embargo, a ella no la asustaba el hecho de estar volviéndose loca, sino la certeza de lo que había visto. Antes había podido ver ángeles, ¿por qué no ver fantasmas o cosas raras ahora? Y, luego, una inquietud le oprimió el corazón cuando pensó en la manera en la que había tratado a Nadia. Tenía tantas ganas de contarle todo y que Alexis lo supiera también, deseaba que le creyeran, entonces podrían entenderla. Podrían comprender todo lo que le había pasado y por qué se había comportado de manera tan extraña antes.

Pero no podía, una de las ventajas de que ellos no supieran nada era que no se verían arrastrados a ese mundo que no era para nada seguro. Estaban mejor lejos de los ángeles y los demonios.

Abandonó el porche de madera de la casa y bajó los pocos escalones que la conectaban con la arena. Pudo sentirla debajo de ella, se le incrustaba en los pies al caminar mientras bebía café y se acercaba al mar, pensativa. El lugar que Bastian había elegido para vivir era hermoso, tranquilo, y se podían apreciar los mejores amaneceres y atardeceres. Llegó hasta la orilla, pero no se animó a mojarse los pies; el agua debía estar muy fría a esa hora de la mañana y no quería tener un resfrío como el de hacía un par de días. Más ideas y recuerdos la atacaron.

«Eso sí que fue extraño», pensó cuando vio el agua transparente y se puso a reflexionar mientras el viento le revolvía el cabello, como una brisa que avivaba una llama.

Tal vez había estado desvariando a causa de la fiebre, pero había sentido la presencia de otras personas en la habitación ese día. Bastian estaba hablando con alguien, aunque no lo quisiera reconocer, y sintió que algo le estaba ocultando, estaba segura de ello a pesar de que no quería afrontarlo, porque eso significaba que él era capaz de mentirle.

Luego recordó el moretón y su desaparición tan repentina, e incluso se cuestionó el porqué de aquella fiebre si había estado en buenas condiciones los días previos. También había encontrado su ropa de dormir mojada en un canasto en el baño al día siguiente. Cuando quería escapar de los problemas, más cuestionamientos la invadían.

Unos graves graznidos la sacaron de su trance y la hicieron mirar hacia el cielo, los cuervos que hasta hacía un rato habían estado volando de manera calma ahora lo hacían más deprisa. En el momento en que sus ojos se posaron en la bandada de pájaros, notó cómo uno de ellos se separaba del círculo, tomando la iniciativa, y los demás hicieron lo mismo, siguiendo la coreografía del líder. Amelie se había quedado en un estado de confusión observando a las aves cuando se dio cuenta de algo aterrador: se dirigían hacia ella a toda velocidad. Soltó la taza, que manchó la arena de negro café, y comenzó a correr hacia la casa tan rápido como pudo.

—¡Maldición! —exclamó mientras apuraba el paso. Podía sentir el aleteo y los horribles graznidos a sus espaldas. Se imaginó que agresivos picos y uñas filosas desgarraban su piel y la manchaban de sangre.

Subió los tres escalones con un solo salto para entrar en la casa, azotó la puerta al cerrarla y descansó su espalda en ella para recuperar el aliento. Cientos de cuervos revolotearon en la galería, chocaron contra las ventanas e inundaron el aire con gritos horrendos. Amelie se deslizó hasta el piso y cubrió sus oídos, el corazón le latía rápido y con fuerza. Los graznidos eran graves e infernales y la chica no pudo soportar tanto alboroto.

—¡Váyanse! ¡Déjenme tranquila! —gritó con toda la fuerza de su garganta y sus pulmones, y algo todavía más extraño ocurrió. Los vidrios de las ventanas delanteras explotaron en mil pedazos e, hiriendo a los cuervos, los mancharon de sangre. Una lluvia de pequeños diamantes bañó a los pájaros negros, que se alejaron a toda velocidad lanzando graznidos ahogados, como si estuvieran lastimados y frustrados a la vez, si eso era posible.

Amelie corrió hasta su habitación y tomó su celular rápidamente, solo alguien podía hacerla sentir segura y esa persona también tendría que darle respuestas. Ese alguien se llamaba Bastian Amaro.

\*\*\*

Había música fuerte en la radio y la puerta de metal roja del taller estaba abierta de par en par. Los autos iban y venían por las calles del centro, y llenaban la ciudad de ruido, movimiento y contaminación.

Bastian tenía las manos engrasadas y llenas de aceite para motores. En el auto de al lado o, más bien, debajo de él, se encontraba Alexis. Habían estado trabajando desde temprano, tenían dos autos que reparar y entregar ese mismo día, dos trabajos que cobrarían muy bien.

El taller no era muy grande, por lo que no podían tomar más de dos o tres autos por día, pero esperaban que las cosas mejoraran. Tal vez podrían alquilar algún viejo garaje abandonado y sus clientes podrían dejar sus vehículos allí mientras esperaban su turno para ser atendidos. En este no tenían estacionamiento o lugar disponible para que las personas dejaran sus coches.

El celular de Bastian sonó y vibró sobre un barril cubierto de herrumbre, pero él no lo escuchó ni de casualidad. Estaba concentrado en lo que estaba haciendo porque quería ser bueno en su tarea y así serle útil a Alexis. A medida que trabajaba, aprendía cosas que su amigo le enseñaba, pero sus

charlas no eran solo acerca de autos y motores, sino más bien mundanas. Hablar de cosas normales que no tenían que ver con batallas o perseguir demonios no le parecía para nada desagradable.

—¿Cómo va la convivencia, hermano? ¿Todo en orden? —preguntó Alexis en voz alta, la música en la radio era fuerte y los sonidos de la calle, que se colaban por la puerta, creaban un ambiente de ruido molesto para conversar.

—Yo diría que va de maravilla, vamos descubriendo cosas poco a poco y nos estamos acostumbrando a ello.

—Apuesto que vivir con ella te da la posibilidad de tener intimidad a cada hora del día. Desde ya te estoy envidiando. Ya quisiera tener a Nadia para mí todo el día —bromeó Alexis, haciendo ruido con sus herramientas bajo el auto. Bastian podía imaginar su sonrisa pícaro.

—Bueno, eso es verdad. Y no es que quiera dármelas de campeón, pero prácticamente todos los días hay tiempo para el amor. —El chico de ojos verdes rio mientras reparaba el motor—. Pero pienso que se debe a que es el comienzo. No creo que sea así toda la vida, aunque no me molestaría. Nuestros encuentros son bastante intensos y siempre termino con rasguños en la espalda, y Amelie...

—OK, no quiero saber más porque estás hablando de mi hermana. Mi error por tocar el tema, no quiero imaginar cosas que no debo —dijo Alexis y lanzó una carcajada.

—Mejor así, hermano. Te estaba poniendo a prueba, sería demasiado raro contarte los detalles.

El celular volvió a sonar y esa vez pudo escucharlo, ya que la canción que habían estado pasando en la radio justo terminó. Se limpió con un trapo que estaba incluso más sucio que sus manos y tomó el celular.

—¿Qué sucede, Amy? —preguntó Bastian y escuchó a su novia hablar por unos minutos—. Voy hacia allá, amor. Quédate en la casa y trata de calmarte.

El muchacho tomó las llaves que llevaba en uno de sus bolsillos, Alexis había abandonado su lugar y ahora estaba parado junto al auto que había estado arreglando.

—¿Qué pasó, *bro*? ¿Amy está bien? Sonabas preocupado —interrogó Al, mirando a su amigo mientras limpiaba sus manos con el mismo trapo que había usado Bastian.

—Bien, asustada. Parece que unos idiotas lanzaron piedras a las ventanas de la casa y rompieron los vidrios. Se llevó el susto de su vida —mintió otra vez



y no le estaba gustando para nada, pero ¿qué se suponía que Alexis iba a pensar acerca de unos cuervos asesinos?—. Volveré en cuanto pueda. Puedes descontarme las horas que no trabaje. Tendré que ir a comprar unos cristales nuevos y luego volver a la casa y colocarlos, o nos moriremos de frío por la noche. Se pone fresca la madrugada frente al mar.

—Nada de descuentos, ve y encárgate de todo. Luego me avisas si necesitas ayuda para cambiar el vidrio. Y dile a Amy que, cuando sepamos quiénes fueron los idiotas, se van a llevar la golpiza de su vida —comentó el chico rubio, demasiado molesto porque él había sido testigo del trabajo y el dinero que le había costado a Bastian poner en condiciones su hogar.

Los dos golpearon sus manos en el aire y Bastian se apresuró a la calle, donde su auto estaba estacionado bajo unos árboles frente al taller.

—¡Maldita sea! —gritó Bastian, sintiéndose frustrado, y golpeó el volante del auto con una mano. Primero, el moretón; luego, el gato, y ahora, cuervos. ¿Qué demonios acechaban a Amelie esa vez? Todo estaba volviendo a suceder, el equilibrio del que ella siempre hablaba. Era algo que parecía que nunca tendría fin, se repetiría por siempre al igual que la noche seguía al día.

Recordó un cuento que había oído en Mikah sobre una serpiente verde que se mordía la cola, una metáfora para el hecho de nunca acabar. Y el acecho no terminaría nunca, a menos que hiciera lo único que podía hacer. Eso destruiría a Amelie por completo, pero al menos le daría una vida tranquila en la que no se sentiría perseguida nunca más.

El motor de su Chevy puso en sonido la furia que el muchacho cargaba dentro al rugir, las ruedas quemaron el asfalto y la polvareda se elevó en nubes cuando el auto comenzó a andar a toda velocidad hacia Playa Calma.

Antes de entrar en la casa, Bastian notó los vidrios hechos añicos en el porche y que decoraban la madera. Ni siquiera había tenido tiempo de pasar por las tiendas para comprar cristales nuevos, no había querido perder un segundo porque su novia había sonado muy asustada. No había restos de cristal en las ventanas, los vidrios habían estallado por completo. El panorama lo hizo suspirar y apresurarse a entrar.

Encontró a Amelie con la vista perdida en el cuadro de la mariposa que estaba sobre la chimenea de piedra. Parecía que el azul casi fluorescente de la pintura se la estaba llevando de a poco, sus pies estaban sobre el sofá y sus brazos alrededor de sus rodillas. Ni siquiera lo había oído entrar y sentarse junto a ella.

—Ya estoy aquí, Amy. ¿Quieres contarme lo que sucedió? —preguntó él en un tono dulce y comprensivo mientras sus dedos acariciaban el pelo rojo de la chica.

—Esta vez fueron cuervos y hace días un gato junto con un perro enorme que corrió hacia mí y Nadia antes de desvanecerse en la nada. El año anterior un cuervo se estrelló contra mi ventana. Lo peor de todo es que me pareció... me pareció ver a Zaira —comentó ella, mirando a Bastian a los ojos y contándole por fin lo que había sucedido cuando visitó el puerto viejo con su amiga.

El muchacho se sobresaltó al escuchar eso último.

—Zaira no existe más, tú lo viste. Yo la derroté, amor.

—Lo sé, por eso es que he empezado a dudar de si mi mente tiene algo que ver en todo esto. Creo que está jugando conmigo, haciéndome ver cosas. La última vez que me sentí de esta manera, me enteré de que un demonio me había estado manipulando, diciéndome cosas al oído y metiéndose en mis sueños. ¿Por qué debería ser diferente ahora? —cuestionó ella, mirando hacia las ventanas rotas y sintiendo los dedos de Bastian enredarse en su pelo.

El muchacho se mordió el labio como si tratara de no soltar palabra, porque sabía la respuesta, o al menos pensaba que aquello podía tener que ver con lo que le estaba sucediendo a su novia. Tal vez albergaba la esperanza de ser capaz de resolverlo todo sin tener que arrastrarla otra vez al mundo de los problemas celestiales. Justo cuando había hablado con su amigo del orden, las cosas se salían de su cauce otra vez.

—No sé qué decir, Amy... —dijo él, omitiendo detalles que lo asaltaban, pero no era bueno para mentir. Se le notaba en los nervios y en la expresión de sus ojos. Le faltaban años de ser humano y ella los tenía todos, así que podía darse cuenta de las cosas—. Tal vez podríamos consultar con un experto si eso te hace sentir más tranquila. Nadia va a estudiar Psicología, tal vez conozca a un buen profesional.

Ante aquellas palabras, la muchacha volvió a mirar al chico a su lado. Tomó su mano, que seguía jugando con su cabello, y lo detuvo al instante para apartarla.

—¿Me harías pasar por eso? ¡Qué fácil te has creído el cuento de que estoy loca! Se supone que, si tu chica dice que es fea, tú le dices que es hermosa. Si ella misma te dice que está loca, tú le dices lo contrario. —Suspiró frustrada—. Bastian, tal vez pienses que soy una tonta que no se da cuenta de las cosas, pero estás muy equivocado. Dejé de ser una tonta hace mucho tiempo, cuando

decidí salir de mi cuarto rosa lleno de mariposas.

El muchacho se quedó congelado sin saber qué decir. Amelie no había levantado el tono de voz en ningún momento, pero había sonado tan fría, dura y decepcionada de él que no parecía ella. Había dicho que lo había estado probando. ¿Qué teorías se había creado?

—¿A que te refieres? Yo nunca te subestimé...

—Me refiero a que aquí está pasando algo raro, pero tú te guardas las palabras como si fueran un tesoro. Las veo en tus ojos, pero no salen de tu boca. Dime una cosa... ¿Dónde está ese moretón que me hacía tener calambres que por poco me tiraban al suelo y te tenía tan preocupado? ¿Desapareció por arte de magia? Tan mágicamente como apareció aquella fiebre sin que estuviera enferma —replicó Amelie, penetrando a Bastian con la mirada. Siempre había podido ver su honestidad en esos hermosos ojos verdes y le había creído sin dudar, pero esa vez ese verde era distinto, se había vuelto más opaco y turbio, como el fondo de un arroyo que esconde cosas perdidas entre las algas.

—Amy... Por favor, cálmate.

—Lo he hecho demasiado. Te dije que había escuchado voces en la habitación aquella noche, pero tú me dijiste que estaba delirando. ¿También sentí ganas de ir a nadar? Porque al otro día encontré mi ropa mojada en el canasto del baño. Tú me secaste el cuerpo, pero no recuerdo haber ido a darme un chapuzón en el mar. No tengo recuerdos claros de esa noche, solo imágenes y sonidos borrosos. Pero una fiebre humana no tiene esas consecuencias.

Bastian cerró los ojos un momento y suspiró, derrotado. No le gustaba para nada el tono sarcástico de Amelie, le hizo recordar aquellas primeras veces en las que ella lo trataba mal todo el tiempo. Sin embargo, no podía culparla. La chica se había vuelto madura e inteligente, y estaba acostumbrada a que él le dijera toda la verdad. Él la había adaptado a esos modos y ahora estaba mintiéndole. Ocultar información a Alexis era una cosa, pero Amelie, quien conocía su mundo, quien no era ajena a lo paranormal, no se merecía aquello. La culpa creció en su corazón y lo enredó de espinas filosas que le hacían doler.

—Me siento como un completo idiota, Amy. Un grandísimo idiota. Ven, debes saber toda la verdad, te lo mereces.

\*\*\*

El muchacho la llevó hasta la orilla del mar y Amelie sintió un poco de frío en las piernas. Todavía no se había vestido y llevaba puesta aquella camiseta de dormir que había usado la noche anterior. La brisa marina le acarició la piel y la besó con pequeños granos de arena y hojas verdes.

—¿Por qué aquí? ¿No podías decírmelo en la casa? Tengo miedo de que algún animal me ataque de nuevo, y como he comprobado que soy propensa a ello... —cuestionó sintiéndose sumamente confundida.

—No te preocupes, eso no va a suceder ahora y era necesario venir hasta aquí —dijo Bastian mientras se quitaba los zapatos y las medias. Amelie no tenía ni la más mínima idea de lo que el chico estaba haciendo cuando lo vio caminar hasta que el agua le cubrió los pies. ¿Se había vuelto loco él ahora?

—*Sancte Michael Archangele, defende nos in proelio, contra nequitiam et insidias diaboli esto praesidium. Imperet illi Deus, supplices deprecamur: tuque, Princeps militiae coelestis, Satanam aliosque spiritus malignos, qui ad perditionem animarum pervagantur in mundo, divina virtute, in infernum detrude. Amen* —recitó en voz alta y, justo cuando Amelie quiso decir algo, un relámpago iluminó la playa y, cayendo en el mar, produjo un terrible estruendo.

Las aguas se levantaron furiosas y crearon una pared más alta que cualquier edificio de Puerto Azul, era imponente y majestuosa. Bastian tomó a Amelie de la mano y retrocedieron hacia la arena.

La chica no podía creer lo que estaba viendo. Diminutas partículas de agua llegaban hasta sus rostros, pequeñas gotas suspendidas en el tiempo y en el espacio danzaron frente a sus ojos. El mar volvió a su estado anterior con una explosión de llovizna que lo cubrió todo, excepto a las tres figuras brillantes que se hallaban suspendidas en el aire. Le pareció que aquel pasaje bíblico sobre la partición de las aguas podía haber sido real teniendo en cuenta lo que acababa de presenciar.

Los tres seres volaron hasta ellos, batiendo en el aire unas alas tan inmensas que parecían enormes lienzos oscuros que se ondulaban ocultando el sol.

Cuando sus pies o, mejor dicho, sus botas negras tocaron el suelo, Amelie se los quedó mirando con la boca abierta. Eran un estallido de trajes negros y armaduras doradas. Tenían enormes ojos redondos y de colores claros como el

agua más celeste, sus cabellos parecían suaves y sus cuerpos fuertes. Eran unas criaturas en extremo hermosas y las palabras se quedaban cortas.

—Bastian... ¿Qué demonios...? —preguntó ella, con la mitad de su cuerpo escondido detrás de la espalda de su novio y aferrada a uno de sus brazos.

—Entonces sí puede vernos. Ni se te ocurra, muchacha. Esperen... Esta escena me parece conocida... Un ex ángel, una humana, el mar... —interrumpió Lana, levantando una mano en el aire, y le quitó autoridad a Amelie—. No te atrevas a confundirnos con algo tan desagradable, humana.

—Tú sí que sabes cómo causar una buena impresión, Lana —dijo Gael sacudiendo la cabeza. Una sonrisa encantadora se dibujó en sus labios, en su rostro perfecto y bello. Hizo una pequeña reverencia con la cabeza—. Señorita, es bueno volver a verla.

—Discúlpala, Amy —agregó en tono dulce la otra mujer, quien se veía más joven que la que había hablado primero. Le pareció que era más comprensiva, se notaba en su voz y en su mirada suave—. Como dijo Gael, me alegro de volverte a ver. Hace muchos años supe tu nombre, pero es la segunda vez que te veo en persona.

—Amor, ellos son Mina, Gael y Lana —indicó Bastian, señalándolos uno por uno—. Si te voy a contar todo lo que está pasando, pensé que deberías saber de quiénes eran las voces que escuchaste aquella noche. Lamento haberte mentado, no estabas delirando. Sí escuchaste voces y les pertenecían a ellos.

—¿Gabriel? ¿Eres el arcángel Gabriel? —interrogó Amelie, perdida en las ideas que se arremolinaban en su cabeza en ese momento, sin darle importancia al hecho de que Bastian le estaba confirmando que le había ocultado información.

El ángel de rizos dorados lanzó una estridente carcajada, que podría haber hecho temblar las montañas, y sacudió su cabeza a modo de negación.

—La verdad, es un halago, pero no soy Gabriel, soy Gael —dijo él, repitiendo su nombre de manera pausada—. El que mencionaste rara vez baja a la Tierra, creo que lo ha hecho solo una vez en su larga vida y fue para anunciar algo importante.

—Lo siento, escuché mal tu nombre —se disculpó Amy mientras seguía pensando—. Son ángeles... Pero tú, Bastian... ¿Cómo fuiste capaz de llamarlos?

—Yo no lo soy, pero nuestra conexión era fuerte. En un tiempo formé parte

de la Guardia Divina, éramos guerreros en el Paraíso y ellos son como mis hermanos. Además, corro con la ventaja de saber la oración para invocarlos —bromeó el chico de ojos verdes.

—¿Somos *como* tus hermanos? *Somos* tus hermanos, no hieras mis sentimientos —dijo Gael, fingiendo consternación, y luego soltó una risilla casi infantil. Sus ojos celestes se posaron en Amelie y la observaron de manera detenida. Fue allí cuando la muchacha se dio cuenta de lo que llevaba puesto. Sus mejillas se encendieron y se volvieron rojas al instante.

—Los espero adentro, esto es tan raro... Ya no sé qué pensar, tal vez realmente me estoy volviendo loca —dijo Amelie, tirando de la camiseta para que no se viera más piel de la que ya se veía, y corrió hasta la casa.

—¿Qué sucedió aquí? —preguntó Mina preocupada y Amy pudo escucharla cuando ingresaron al *living*. Ella ya se había puesto jeans, una camiseta de mangas cortas y zapatillas cómodas, y además había arreglado su pelo ondulado sobre su hombro izquierdo.

—Es obvio, los demonios ya empezaron a mover sus piezas —respondió Lana y se acomodaron en la sala.

Las dos mujeres se hallaban en el mismo sofá, Bastian y Gael ocupaban el otro, entonces Amy se acomodó en el sillón individual y los miró a todos.

—Bueno, creo que es hora de que me digan que está pasando aquí. Realmente pensé que el mundo de los ángeles y los demonios había quedado atrás y fuera de mi alcance. No son buenas noticias para mí y mucho menos su visita. Lamento herir sus sentimientos...

—Yo pensé lo mismo, hasta que descubrí la causa de tu moretón y la fiebre. Amelie, aquella noche casi te moriste en mis brazos. ¿Sabes por qué tu ropa estaba empapada? —preguntó Bastian viéndola a los ojos, como si estuviera reviviendo todo lo que había pasado ese día. Amelie se limitó a mirarlo con seriedad y sin decir nada, pues la idea de que le había mentido había vuelto a su cabeza y no se iba a poner tan suave con él. Los demás se encontraban en silencio, notando cierta tensión en el ambiente y la pareja—. Tuve que meterte en el mar para bajarte la fiebre y de paso invoqué a mis hermanos para que me ayudaran. Fue Mina quien te curó con un canto angelical y una daga celestial.

La chica rubia sonrió y Amelie recordó cómo se llamaba, poco a poco iba identificando los nombres de esos ángeles gracias a que Bastian se los había mencionado unos minutos atrás.

«Mina es la buena, Gael es el ángel buena onda y *sexy*, y Lana es la

malhumorada del grupo», pensó la muchacha y miró a su novio otra vez. «Bastian es un humano recién convertido, que miente a veces, como hacen los humanos, no seas tan dura con él... ¡Al demonio! Sé dura con él».

—Entonces, ¿cuál es la causa que desencadenó todo esto? ¿Tiene que ver con las cosas raras que han pasado? Agradezco a Mina que me haya curado, pero ya no es suficiente. Necesito saberlo, sin mentiras...

Bastian suspiró molesto y, justo cuando iba a responder, Mina lo interrumpió para hacerse cargo de la situación.

—Zaira te dejó marcada y envenenó tu pierna antes de ser atrapada por la esfera de cristal. Estar marcada por un demonio significa que ellos pueden reclamar tu alma porque tu ángel de la guarda no cumplió con su trabajo. Tu alma debía ser llevada al Paraíso y, si tu protector no cumple con su parte, los demonios hacen cumplir las reglas —dijo Mina, mirando a Bastian y pidiéndole disculpas con un gesto por lo que había dicho—. Lo que yo hice fue quitarte el veneno demoníaco para que no te matara, pero eso no los hará olvidarse de ti. Tu nombre aparece en sus planes. Mientras te vestías, Bastian nos contó sobre las visiones que tuviste. Los cuervos y gatos negros que te visitaron. Es claro, ahora te están acechando y reclamándote.

El mundo de Amelie se vino abajo otra vez, esa estructura que tanto le había costado reconstruir de las cenizas no había durado ni siquiera cuatro meses en pie. Había colapsado como un castillo de naipes empujado por una leve brisa. Entendía que ella debía haber muerto junto a su familia, pero Bastian lo había evitado porque no concebía la idea de vivir sin ella. Sin embargo, que por derecho les perteneciera a los demonios le parecía el colmo y no dejaría que eso sucediera.

—¡Ángeles y demonios me tienen cansada! ¿Qué soy yo acaso? ¿Un pedazo de carne sobre el que cualquiera puede decidir? —exclamó Amelie, molesta y ofendida en su humanidad, dejando de lado el protocolo y los buenos modales—. Yo me pertenezco a mí misma, soy dueña de mi alma porque Dios me la dio a mí. Reconozco que al estar enamorada pueda decir que le pertenezco a Bastian a veces, pero yo soy mía.

Su novio la miró a los ojos y suspiró frustrado otra vez, era todo lo que se limitaba a hacer. Tal vez entre los ángeles lo tomaban con calma, Amelie se había agotado de tanta disputa y más si era ella a quien ponían en el medio.

—Lo que no entiendo, y no es que quiera que suceda —comentó Lana mirando a los demás y olvidándose de Amelie por completo—, es por qué no

han hecho el movimiento antes. Digamos que la chica no está protegida por un ejército y Bastian incumplió su tarea hace mucho tiempo. Sé que eliminaron a Zaira, pero podrían haber mandado a otros a hacer su trabajo.

—¿A qué te refieres con todo eso? —preguntó Gael, juntando sus manos para entrelazar sus dedos e inclinándose un poco hacia delante. Apoyó los antebrazos en sus rodillas, sus muslos se veían enormes.

—¿Por qué han esperado tanto? Por derecho, el alma de la chica les corresponde y Bastian no tiene poderes para defenderla o luchar contra ellos. También sabemos, y no te ofendas, humana, que Dios no te designó un ángel guardián nuevo, tómalo como un castigo por quitarle un guerrero —comentó Lana, tratando de no sonreír—. Podrían habérsela llevado mucho antes de que Bastian nos llamara. Ahora tal vez no lo hacen por miedo a que nos enfrentemos a ellos, estoy segura de que saben que hemos venido porque sienten nuestra esencia, pero sigo sin comprender el porqué de la demora para realizar su cometido.

—Lana tiene razón, chicos. No había pensado en eso en absoluto. ¿Por qué se tomarían tanto tiempo? —interrogó Mina, que había escuchado las palabras de su hermana con atención.

—¿Puedo decir algo? —cuestionó Amelie al ver que la dejaban fuera de la conversación. Sabía que ella era el tema de discusión, todo pasaba por su persona, aunque el grupo hablara sin siquiera mirarla—. Por lo visto, por las visitas paranormales que he recibido, pienso que les gusta jugar. Lo poco que sé de los demonios es que son macabros y lo disfrutan. Si me llevarán al final de todos modos ya que por... derecho les pertenezco, ¿por qué no jugar conmigo y hacerme sufrir un rato? ¿No se estarán cobrando lo que le hicimos a Zaira? Al fin y al cabo, era una de los suyos.

—Inteligente deducción —dijo Gael, sonriéndole a Amelie, y la muchacha no entendió el gesto. Si su teoría era correcta, era lo peor que podía pasarle. Que aquel ángel *sexy* la halagara y le sonriera no le subía el ánimo para nada—. Estoy de acuerdo con ella. Miren, nosotros sabemos lo que se siente perder a uno de los nuestros y, aunque ellos sean unos seres despreciables, deben sentir lo mismo ante una pérdida. Además, no sabemos quién era Zaira o qué conexiones tenía en el Inframundo. Por lo que nos contó Bastian, parecía tomarse ciertos permisos especiales a pesar de ser nueva. Tal vez estaba avalada por un demonio de alta jerarquía.

—¿El Inframundo? —preguntó Amelie, sorprendida. Fue una de las pocas



palabras que permanecieron en su cabeza luego de todo lo que había dicho Gael.

—Otro sinónimo para «Infierno», aunque el Inframundo es un tanto más pequeño. No es necesario que sepas sobre eso. No es un tema que te incumba —respondió Lana curvando su labio en una sonrisa burlona.

Amelie resopló y puso los ojos en blancos; aquella mujer era insoportable. «Un demonio con piel de ángel», pensó Amy sin poder esconder una sonrisa.

—Como sea, tenemos que investigar. Dios no se opondrá, de eso estoy segura. Y nosotros estaremos más presentes que nunca. Creo que ahora que todo ha sido aclarado entre nosotros, tendremos que marcharnos. A ver si tienen alguna noticia en Mikah, la presencia demoníaca nunca pasa desapercibida para los Guardianes de la Puerta —agregó Mina y se paró con rapidez. Al instante se detuvo y comenzó a mover su mano en el aire como si estuviera dando pinceladas en una pared. Los vidrios se levantaron del suelo y volvieron a su lugar, era como si un rompecabezas se armara solo, las grietas brillaron con luz dorada y las ventanas se arreglaron como si nunca se hubieran roto. Amelie no podía creer todo lo que había visto y escuchado.

Los cinco caminaron hacia el exterior de la casa, el sol se había ocultado tras nubes negras. Llovería pronto en Playa Calma. Justo cuando los ángeles se tomaron de la mano para marcharse, una voz se oyó cerca del grupo. Amelie deseó no haberla escuchado nunca porque le recordó a manos que le desacomodaban el cabello y una mirada azul marina que era fraternal.

—¡Chicos! ¿Está todo bien? ¿Arreglaron las ventanas? —preguntó Alexis sonriente, a unos cuantos metros de ellos. Estaba parado sobre ese espacio en el que crecía el césped, antes de la arena. Bastian y Amelie se quedaron congelados.

—No se preocupen, estamos cubiertos de la vista humana. A menos que este sea como tu novia —comentó Lana—. Pero no, ni siquiera puede escucharnos. Ya se habría quedado con la boca abierta como Amelie cuando nos vio.

Cuando Alexis dio un paso en su dirección, la confusión y el pánico se desataron. Una explosión se produjo bajo los pies del muchacho, y lo hizo volar por los aires entre pedazos de tierra, pasto y arena. Cayó a los pies de Amelie, sus brazos extendidos hacia los costados como si estuviera en una cruz. La muchacha dio un grito de terror que nació de lo más profundo de su ser al observar el rostro de su amigo bañado de sangre carmesí, mientras la vida escapaba de sus ojos con prisa y decía adiós.

## 8. Sacrificio

Tan pronto como Alexis tocó el suelo, su cuerpo sufrió espasmos fuertes y escupió sangre por la boca mientras se retorció entre la arena como si una descarga de electricidad lo hubiera impactado. Sus labios finos se cubrieron de rojo y un río bajó por la comisura de sus labios hasta su mejilla, los ojos se le volvieron blancos y se cerraron al instante. Su respiración se volvió casi imperceptible antes de quedarse quieto.

Amelie y Bastian se arrodillaron a su lado y Mina, quien era la experta en sanación y a quien le encargaban aquellas tareas, comenzó a realizar cánticos y a imponer las manos sobre el muchacho sin dudarle. No era hora de ponerse a pensar en si estaba rompiendo reglas o no, no era tiempo de cuestionarse si estaba bien interrumpir el curso de las cosas que debían pasar porque no estaba en su naturaleza dejar a alguien morir. Además, sabía que Dios hacía la vista gorda cuando se tomaba aquellas licencias.

Amelie no podía parar de llorar, las lágrimas que nacían de lo más profundo de su ser le bañaban el rostro, y el dolor le quemaba el corazón. Bastian la tomó entre sus brazos y la apretó fuerte contra su pecho. Le acarició la espalda con movimientos circulares para tranquilizarla y ella se olvidó de su enojo por completo. ¿Qué iba a decirle a su padre si se moría? ¿Y a Nadia? Pero ese ángel la había salvado a ella, seguro también podía hacerlo con su amigo...

Una figura que los observaba entre las sombras se quitó la capa hecha de humo negro y se dejó ver a propósito. Se quedó inmóvil mirando la escena por un instante antes de marcharse, era el ángel guardián de Alexis, que de seguro había ido por su alma.

—Mina lo va a curar como te curó a ti, no te preocupes. Es la mejor en lo que hace, ¿recuerdas que te conté que ella me curó luego de la golpiza que me

dieron los chicos del orfanato? Sé fuerte por Alexis, amor. Necesita toda nuestra buena energía para quedarse —dijo Bastian, esperando estar en lo correcto, no quería sentir que le estaba mintiendo otra vez.

El repentino movimiento llamó su atención, entonces miró por sobre la cabeza de Mina, quien estaba arrodillada frente a él, concentrada en lo que hacía.

Apenas sucedió la explosión que había herido a su amigo, un demonio se había hecho presente a unos cuantos metros de ellos, era el culpable del ataque. Era más alto que cualquiera de los ángeles, su espalda era ancha y no tenía cabello, extraños símbolos tatuados con tinta negra adornaban su cabeza calva. Sus ojos eran redondos y negros, no tenían pupila y sus dientes terminaban en puntas afiladas como los de un tiburón.

Alas negras nacieron en la espalda de Gael y Lana, y ambos volaron a toda velocidad para mantenerlo alejado de los demás, para que Mina pudiera finalizar su curación. Los ángeles guerreros le flanquearon el paso al oscuro y tomaron sus espadas celestiales. Sostuvieron la empuñadura de plata con firmeza, dos alas pequeñas se desprendían hacia los costados del puño y luego nacía una larga y gruesa hoja de cristal duro que era transparente como el hielo.

—*¡Per tenebras lucem quaero!* —gritaron en latín a viva voz y las espadas se encendieron con un fuego azul intenso, no conocido en este mundo. Y la luz fue tan poderosa y divina que, a medida que los ángeles se movían por el aire, sus espadas desprendieron chispas en la tarde oscura.

—«Busco luz a través de la oscuridad» es la frase que ellos eligieron para encender sus espadas —murmuró Bastian y Amelie se lo quedó mirando un poco confundida.

Ambos contemplaron la escena y pudieron ver que el demonio tenía una espada similar a la de los ángeles en forma, pero su luz era negra y a veces unas líneas de energía violeta la recorrían de punta a punta, como serpientes eléctricas que la protegían.

Gael y Lana no esperaron un segundo más para actuar y arremetieron con fuerza por cada costado del monstruoso ser. Sus movimientos eran rápidos y precisos, pero el demonio también era bueno en el combate. Evitaba los golpes de Lana con su espada y los de Gael con su antebrazo, que estaba cubierto por un avambrazo, una pieza de metal resistente, diseñada para evitar heridas y cortes en la batalla. Cuando las hojas de las espadas chocaban, se

producían estallidos de luz y el sonido era como el de un cortocircuito amplificado, como el primer relámpago que antecede la tormenta.

Entre tanto movimiento, el demonio le propició una patada en el pecho a Lana y la hizo volar por los aires, pero ella usó sus alas para disminuir el impacto y cayó sobre sus pies, que se afirmaron en el suelo. Al instante corrió hacia el demonio, quien luchaba con Gael entre flashes de luz, y cortándole el costado le produjo una herida profunda que le chamuscó la piel con fuego divino a medida que un líquido viscoso manchaba la arena. Cuando el maligno echó su cabeza hacia atrás para lanzar un grito de dolor, Gael aprovechó el momento para atravesarle el pecho con su espada y el demonio explotó para convertirse en cuervos de ceniza negra que graznaron una vez antes de diluirse en el aire de un verano que se acababa. La luz de las espadas celestiales limpió las hojas manchadas de sangre demoníaca y se apagó al instante.

Cuando Mina terminó de curar a Alexis, el rostro del muchacho parecía relajado y respiraba de manera regular, con normalidad. Su pecho subía y bajaba con lentitud, dejando entrar el limpio aire del mar, que le recorría los pulmones y lo llenaba de vida.

Bastian dejó de abrazar a Amelie, quien suspiró aliviada, y se agachó para levantar a Alexis del suelo como si no pesara nada. Lo cargó en sus brazos con cuidado y lo llevó hasta el sofá que se encontraba en el *living* de la casa. Amelie se quedó viendo la escena y, a pesar de que era dolorosa, le pareció de lo más tierna. Su amigo era casi del mismo tamaño que su novio, pero parecía tan frágil en los brazos de Bastian, mientras su cabeza descansaba en el pecho del otro muchacho.

Amy corrió hasta la habitación y tomó una frazada del ropero, las manos le temblaban y dejó caer varias cosas que había apiladas dentro del armario. Cuando volvió a donde estaban los demás, cubrió a su amigo para que no tuviera frío. Sin descanso se dirigió a la cocina, tomó un trapo limpio y llenó un recipiente con agua. Se arrodilló en la mullida alfombra junto al sillón y comenzó a limpiar el rostro del chico malherido con cariño y dedicación.

—Hermanito... —se limitó a decir con un hilo de voz y lentamente presionó el trapo mojado sobre la piel de Alexis.

\*\*\*

Bastian estaba parado en la puerta mirando hacia el exterior. Los tres ángeles se habían tomado de las manos para producir magia. Tres rayos de luz blanca se elevaron y, uniéndose sobre sus cabezas, pero en lo alto, hicieron que una pared invisible de energía encerrara la casa y sus cercanías. Mientras crecía, el escudo hacía que los granos de arena flotaran en el aire y las plantas se torcieran hasta tocar el suelo. Cuando estuvo listo, un domo invisible de energía, que no dejaba de moverse y zumbear, cubrió la cabaña. Los humanos no podrían ver ni escuchar el escudo.

—Ningún demonio o ser mágico pasará inadvertido por esta pared. Apenas la atraviesen, tendremos una advertencia en el Paraíso y estaremos aquí en un segundo. Pero espero que eso no suceda —dijo Mina, juntando sus manos a la altura de su estómago.

—Muchas gracias por eso. Pero ahora hay otra cosa que me preocupa, ¿qué vamos a hacer con Alexis? ¿Qué se supone que debemos decirle? —interrogó Bastian preocupado y bastante cansado de toda esa situación, del acecho constante del mal y los escasos momentos de tranquilidad y felicidad que se le escapaban de las manos como el agua del mar.

—El chico estará bien y, con respecto a tu última pregunta, todo depende de qué es lo que vio. Pero ese es su problema ahora, nosotros ya lo hemos curado y hemos dejado tu casa a salvo. Incluso hemos matado un demonio. ¿Dejarán de venir? Es otra cosa que no podemos responderte, aunque creo que imaginas la respuesta —dijo Lana, sus brazos cruzados sobre el pecho, pero ni su voz ni su postura eran desafiantes, solo le decía la verdad. Aunque la verdad, proviniendo de Lana, siempre sonaba más dura.

Bastian echó un vistazo sobre su hombro y comprobó que Amelie seguía atendiendo a su amigo, con sus dedos le acomodó el cabello rubio y le besó la frente. Aprovechó para cerrar la puerta detrás de su espalda y habló en voz baja para que solo la Guardia Divina lo escuchara.

—Voy a entregarme por ella... Ya lo he decidido, creo que es hora de que use esa cláusula a nuestro favor —comentó, mirando a cada uno de los otros a los ojos sin buscar aprobación, solo con el fin de informarlos.

—¿Qué?! Estás loco... —exclamó Gael mirando a su amigo sin poder creerlo, debía ser la primera vez que se veía tan desconcertado—. La regla existe: un alma por otra alma. El alma del ángel guardián por el de la protegida, pero tú ya no eres un ángel, Bastian. Si lo haces y los demonios te aceptan, vas a destrozarla, hermano —agregó, viendo a la muchacha de

cabellos rojos a través de la ventana.

Mina se llevó una mano al pecho y sacudió la cabeza, indicando que la idea no le gustaba para nada.

—Es la única manera de que la dejen tranquila, esto no va a terminar nunca. Además, prefiero ser yo quien la hiera a que un demonio lo haga —replicó el chico, sus ojos verdes se dirigieron hacia el mar, deseando que hubiera un mundo allí abajo donde pudiera llevarse a Amelie y así vivir tranquilos en las profundidades.

—Siempre duele más que te destroce quien te ama que quien te odia, Bastian —dijo Mina pensativa, sus largos cabellos rubios flotaban en el viento.

—Lo hace porque la ama, es una gran prueba de amor que ella no entenderá, teniendo en cuenta cómo piensan y sienten los humanos. Pero no cualquiera haría lo que él va hacer. Sé que Bastian ya no es un ángel, pero ¿qué ángel haría eso por su protegida? Ninguno que yo recuerde —comentó Lana, mirando a Bastian con cierta admiración.

—Miren, respeto sus opiniones, las que están a favor y en contra, pero no es tiempo de discutirlo porque ya lo he decidido y no voy a cambiar mi parecer. ¿Dónde está la entrada al Inframundo en Puerto Azul? —cuestionó Bastian sin más rodeos, no quería perder el tiempo en conversaciones que no llevarían a nada.

—En el cementerio, siempre están en los cementerios. Es el punto de conexión entre ambos mundos. La entrada al Paraíso está en las iglesias y la del Infierno, en el cementerio. Así como nosotros tenemos a los guardianes de la Puerta, ellos tienen sus propios protectores del Portal, pero eso ya debes saberlo. Te recibirán cuando te presentes —respondió Gael y recordó un poema que los ángeles viejos, los que ya habían cumplido varios ciclos, enseñaban a los jóvenes en el Paraíso.

Era una lengua antigua y los sonidos eran difíciles de pronunciar, pero Gael lo recitó en un lenguaje que todos pudieran entender.

—«Cerca del árbol de la vida, el del pecado original.  
Donde un ángel llora sangre, su espada señala el portal.  
Una parte, viva, y la otra, muerta.  
Serpientes como cadenas protegen la puerta.  
No para cualquier ser ordinario se abre.  
En el umbral correcto derrama tu sangre.

No hay luz alguna que toque el Infierno.  
Solo un mundo de sombras y de fuego eterno.  
Creado por el Caído, nacido de rabia y pecado.  
No habrá vuelta atrás una vez que hayas entrado.  
Tu Rey es el Oscuro, el Señor de las Tinieblas.  
Hijo Perdido, vístete de noche y de niebla».

—Si fuera humana, seguro sentiría eso que ellos llaman escalofríos. Ese poema es de lo más horrendo que existe entre tanta poesía angelical linda. Los extensos tomos de poesía tan bella de Vineth... y esto —comentó Mina, sacudiendo la cabeza y haciendo un gesto de desagrado.

—No sé si has alentado a Bastian o lo has hecho desistir con esos exquisitos versos —bromeó Lana.

—Mi decisión no ha cambiado, sé a qué lugar se refiere —comentó el muchacho de ojos verdes. Sabía que tenía que ir hacia aquel panteón tan raro, el que le había llamado la atención unos meses atrás. La imagen del ángel con la espada sobre el techo del mausoleo se le vino a la mente, el árbol vivo y muerto a la vez donde descansaba la familia de su novia.

—¿Cuándo lo harás, entonces? —preguntó Mina con un dejo de tristeza en su voz.

—Apenas decidamos qué decirle a Alexis, tenemos que inventar algo. No creo que sea tan complicado. No tiene ninguna herida, Amelie le ha quitado la sangre del rostro. Si no recuerda lo de la explosión, será fácil. ¿No puedes hacer algo con eso, Mina?

—No, la mente de los humanos les pertenece a ellos, no hay nada que yo deba o pueda hacer allí. Pero, con semejante impacto, dudo que el pobre recuerde algo y, además, nunca vio al demonio ni a nosotros. A lo sumo tendrá recuerdos confusos, pero no creo que presente demasiadas complicaciones.

—Entonces... Los veo pronto en el Paraíso, si tengo suerte y mi alma se va allí cuando me maten estos desgraciados. Cuídenla cuando yo no esté, es el último favor que les pido y se los pido con el alma, protejan a Amelie de todo mal. Realmente, se lo merece —dijo Bastian, una sonrisa vestida de tristeza se dibujó en su rostro.

Los ángeles le dijeron que cumplirían esa promesa y desaparecieron en un estallido blanco para atravesar el escudo, que se cubrió de luz dorada por un momento y volvió a quedar intacto.

Bastian se dispuso a comenzar una nueva mentira, la más dolorosa de todas, y se metió en la casa.

Sintió los ojos de Amelie sobre él cuando volvió a la sala. Se la veía cansada y pensativa, muy parecido a como él se sentía en ese momento. Se sentó cerca del sofá donde su amigo dormía en calma y lo observó con atención.

—¿Qué vamos a decirle cuando despierte, Bas? —preguntó Amy en un susurro, contemplando a su amigo y viendo su pecho subir y bajar con lentitud mientras respiraba.

—Que se descompensó o se desmayó. Mina dice que es poco probable que recuerde la explosión y yo creo lo mismo. A veces, cuando los humanos no pueden ver seres de otras dimensiones, no les prestan atención a ciertas cosas. Si un cuadro se cae solo, lo recogen y lo colocan en su lugar, pero nunca ven quién lo empujó y Alexis no ha visto ni a la Guardia Divina ni al demonio que lo atacó —respondió el muchacho, mirando a su novia. Quería llevarse cada gesto de ella, cada expresión para recordarla un tiempo antes de que le sucediera cualquier cosa que los demonios decidieran hacer con él.

Amelie se levantó del suelo y se sentó sobre el regazo de Bastian, él puso sus brazos alrededor de ella y pegó su mejilla a su espalda. Se guardó su perfume y se prohibió flaquear. Esa misma noche se iría para siempre, ese sería el último abrazo que le daría.

—Desearía que dejaran de pasar estas cosas, amor —comentó Amelie, mirando cómo el sol se ponía a través de la ventana. El cristal se había convertido en un espejo de color naranja y rojo que reflejaba el cielo ahora que las nubes oscuras que antes lo habían cubierto se habían alejado por un rato—. Yo creí que seríamos felices, ¿sabes? Cuando aquellas mariposas volaron alrededor de nosotros en el cerro, pensé que eran pequeños ángeles que nos cuidarían. Me hicieron sentir tranquila, me dieron esperanza, como que nada volvería a estar mal. A mí no me ha tocado una vida fácil y por un momento pensé que podría ser feliz de verdad. ¡Qué ilusa! Creo que quienes fuimos creados para sufrir no podemos cambiar lo que se ha escrito en alguna parte sobre nosotros. ¿Quién escribe ese libro? ¿Dios?

Bastian la escuchó con atención, sintiendo cómo miles de dagas de hielo le atravesaban el corazón y sus palabras lo atacaban como dardos venenosos, pero aquello le confirmaba que estaba bien lo que iba a hacer. Gracias a esa cláusula entre ángeles y demonios, él podía entregarse en lugar de ella y,



finalmente, la muchacha podría ser feliz como anhelaba. Tal vez ya no era un ángel guardián, pero estaba seguro de que sería de interés para el Malvado, quería creer que lo era, tenía que aferrarse a esa esperanza.

—Lamento que sea eso lo que la vida te ha enseñado, pero si crees mucho en algo y por mucho tiempo, si realmente deseas la felicidad, la vas a encontrar en algún momento —dijo él, meciéndose junto a ella de un lado hacia el otro.

Hubiera querido decirle que él la haría feliz, pero no podía. Lo haría en cierto modo. Aunque no sería como ella esperaba, al menos la oscuridad la dejaría tranquila. Ya no la iba a esperar cerca del altar ni iba a ver a sus hijos corretear por la playa, sin embargo, ella estaría a salvo. Lo que Bastian no tenía en cuenta era una simple pregunta: ¿sería Amelie feliz con aquella vida que iba a darle?

«Encontrarás la felicidad, aunque no sea conmigo, preciosa. Cada latido de mi corazón ruega por que seas feliz, lo ha hecho desde que te vi por primera vez. Mi último pensamiento antes de morir en la oscuridad, mi último suspiro antes de marcharme, no tendrán otro objetivo más que hacerte feliz», pensó y le besó el cuello con suavidad. Se grabó el aroma de su piel, de su perfume floral, y los ojos marrón claro que siempre lo miraban como si fuera lo único que existiera en su mundo.

Luego de un par de horas, Alexis se despertó sumamente confundido y sin recordar nada, salvo que había decidido ir a ver cómo estaban las cosas y ayudar a colocar los vidrios nuevos, aunque no lo hubieran llamado.

Aceptó de buena manera la historia que le dijeron sobre un repentino desmayo, porque él mismo creía que se había sobrepasado trabajando y colaborando en su casa, ya que su padre no estaba bien. Había descuidado su comida varias veces y eso, sumado a los nervios, había producido ese colapso. Como era de esperar, se negó a ir al doctor, era bastante terco con esas cosas.

Cuando hubo bebido agua y comprobado que todo estaba bien, les comunicó que quería marcharse porque había quedado en cenar en casa de Nadia, y Bastian alentó a Amelie a ir con su amigo; hacía días que no veía a Clara y Héctor. La excusa de que además sería una compañía para Alexis en el camino luego del desmayo terminó por convencer a la chica.

—Te veo luego, amor —dijo Amelie, volviendo a sonreír por primera vez luego de aquel horrible incidente, y besó a Bastian en los labios de manera despreocupada, sin saber que ese sería el último beso que le daría. Cuando

intentó apartarse, Bastian la sujetó por la cintura y la besó con pasión, volcando en ese beso todo el amor que sentía por ella. Se metió por su boca y le dejó un pedacito de su alma.

—Te amo, Amelie. No lo olvides, pequeña. —Le regaló su sonrisa más encantadora.

—Lo sé, ¿cómo me olvidaría de ello? —respondió ella sonriente y guiñó un ojo—. Pero insisto, ¿quieres venir con nosotros?

—Gracias, chicos, pero estoy cansado y realmente pienso que la Triple Alianza se merece un tiempo juntos, como antes. Recuerdo lo que dijo Nadia la última cena en su casa —comentó él y luego susurró en el oído de Amelie en un momento de distracción de su amigo—. Tengo que quedarme a solucionar algunas cosas con la Guardia Divina.

—Entendido, hermano. Está bien si quieres descansar, yo mismo debería seguir tu ejemplo. Y no te preocupes, la traeré sana y salva, como siempre —dijo Alexis y apretó el hombro de Bastian.

Su novia y su amigo se alejaron y, tras cerrar la puerta con estruendo, lo dejaron aislado de la gente que amaba.

Antes de marcharse de la cabaña de madera, observó todo a su alrededor. La idea de tener un hogar de verdad al que llamar propio había estado en su mente desde pequeño, pero, como Amy había dicho, tal vez el destino de uno estaba escrito y no podía cambiarse.

Escribió una carta para Amelie, era lo único que podía dejarle, además de los recuerdos y las fotos juntos. Colocó el papel sobre su almohada antes de ponerse una chaqueta de cuero negro y tomar las llaves de su auto para marcharse al cementerio.

Amelie:

Soy yo quien te escribe esta vez, te robé el modo de despedirme. Me habrás buscado por toda la casa antes de llegar a esta carta. Con tremendo dolor en el alma y el cuerpo te digo que lo siento. Vas a odiarme por esto y nunca hubiera querido que tuvieras un sentimiento como ese para conmigo, pero tenía que hacerlo.

Los demonios no iban a dejarte tranquila, me tomó tiempo entenderlo, por eso he decidido entregarme en tu lugar. Confío en que todo saldrá bien y el mal nunca te molestará otra vez. No vas a tener que ver a tu familia y amigos sufrir nunca más. Hoy hablaste de la felicidad, espero que la

encuentres pronto, aunque no sea conmigo.

Sé que no te va a ser fácil asimilar todo esto, ni siquiera lo es para mí... Saber que no voy a poder besarte de nuevo... Me odio por dejarte toda la responsabilidad de inventar algo para decirles a Nadia y Alexis. Lamento no haber cumplido la promesa que les hice a Héctor y Clara aquella noche.

Te pido que seas fuerte, como siempre has sido. Date permiso de llorar, pero no se te ocurra pensar que eres débil en ningún momento. Te pido que encuentres en ti ese poder y esa fortaleza que siempre has tenido para enfrentarte a todo lo que se te ha puesto en el camino. La Guardia Divina te va a estar cuidando, me he asegurado de eso.

Sé que vas a buscarme en los atardeceres naranja y te lo agradezco, pero te ruego de corazón que no te cierres a la vida y te marchites. Te pido que en su debido momento le abras tu corazón a alguien más y que tengas muchos bebés que llenen de ruido la casa de la playa. Toca a alguien más con tu magia.

Y algún día, cuando mucho tiempo haya pasado y te parezca bien, les puedes contar sobre mí a tus hijos y todo lo que hice por cuidarte. Así creerán en los ángeles guardianes y se sentirán protegidos.

No me estoy rindiendo, estoy siendo honesto y evito mentirte. Lo hice una y más veces, y me odié a mí mismo. Si no hago esto, no te dejarán tranquila.

¿Sabes por qué te amo tanto? Porque mientras caminaba entre las sombras, te robaste la oscuridad y la convertiste en miles de estrellas. Me llenaste de luz y me hiciste muy feliz, y por eso te estaré siempre agradecido.

Un segundo de vida contigo ha sido más que decenas de años en mis otras vidas.

Te amo, desde siempre y para siempre.

Bastian.

\*\*\*

La cena en la casa de los Herman resultó ser una velada encantadora, no podía ser de otra manera. Hubo risas espontáneas y anécdotas del pasado

acompañadas por música en la radio. Era imposible que Amelie no la pasara bien con ellos, pero, cuando las voces y las luces se apagaron, supo que era hora de volver a su casa, en la que tal vez no habría tantas risas como allí. El acecho persistente del mal era cansador, los planes y las posibles teorías, agotadoras.

Luego de medianoche, Alexis y Nadia llevaron a su amiga hasta la cabaña en Playa Calma. Nadia se marcharía a la capital a estudiar al día siguiente y solo la vería los fines de semana, así que se abrazaron con fuerza e intercambiaron los mejores deseos. Las dos chicas se permitieron lagrimear por un instante y se volvieron a abrazar, esa vez más fuerte que de costumbre.

Alexis le había pedido a Amy que no dijera nada sobre el desmayo a Nadia, pero le había prometido que se cuidaría, que no tomaría más trabajo del que podía hacer y que descansaría y se alimentaría como correspondía.

«Si supieras lo que te pasó en verdad, no me creerías», pensó Amelie.

La muchacha levantó su mano para saludar mientras el auto se alejaba y luego se marchó pensativa, caminando sobre la arena en dirección a la pequeña casa de madera. Las luces amarillas de la residencia se veían encendidas a lo lejos. El agua del mar parecía un espejo esa noche, nunca la había visto tan calma, y la luna redonda se reflejaba en ella. Amelie se abrazó porque la noche era fresca y la brisa la envolvía como arrastrándola a su destino.

—¿Bastian? Ya llegué. ¿Todo solucionado? —preguntó en voz alta cuando hubo ingresado en la casa, y luego se dio cuenta de que él estaría durmiendo y podría haberlo despertado. No lo buscó en otro lado, sino que se dirigió a la habitación para dormir junto a él, pero las luces estaban encendidas allí también.

El cuarto se veía dorado gracias al farol que desprendía una luz que rebotaba en los objetos. Al mirar hacia la cama, lo primero que notó fue un pedazo de papel doblado a la mitad sobre su almohada y, aunque no sabía que hacía allí, si estaba escrito o era solo un simple papel en blanco, eso ya la puso nerviosa y la llenó de anticipación.

Se acercó hasta su lado de la cama y se sentó en ella, tomó el papel y comenzó a leerlo. Reconoció la forma en que Bastian trazaba sus letras, lo había hecho de manera lenta y pensativa porque su caligrafía era adornada, podía notar las vueltas que los trazos daban al ascender y al bajar nuevamente. El pecho se le cerró, la garganta se le hizo un nudo y una de sus manos, que

jugaba nerviosa con el borde de su camiseta, casi la descosió.

A altas horas de la noche, cuando las estrellas ya habían cambiado su forma de brillar, había perdido la cuenta de la cantidad de veces que había leído esa carta. Lo había hecho hasta que las letras se vieron borrosas porque las lágrimas le llenaban los ojos y le quemaban las pestañas. ¿Qué clase de dolor nuevo era ese? Era profundo y poderoso como una tormenta en el mar, era esa clase de dolor que solo producía un adiós que no se había pronunciado, un hasta siempre que no se había escapado de los labios. Rompió la carta en miles de pedazos, como si eso hiciera que la despedida de Bastian no fuera real, y los arrojó al aire. Los pequeños trozos de papel blanco cayeron con lentitud sobre el suelo como copos de nieve que cubrían una montaña en la estación fría.

Lloró con una angustia que le brotó de lo más profundo del alma y odió a Bastian por un segundo. Gritó su nombre y maldijo al aire. Quería tenerlo allí frente a ella, cerrar sus puños y golpearle el pecho con fuerza por lo que había hecho. Cuando estuvo exhausta de tanto llorar, se acurrucó en la cama, haciéndose una pequeña bola, y miró la luna redonda a través de la ventana.

«Te pido que seas fuerte.... Que encuentres en ti ese poder y esa fortaleza». Las palabras de la carta se repitieron en su cabeza con la voz de Bastian, se dibujaron tras sus ojos con tinta negra que no se borraría nunca mientras viviera.

Era cierto que estaba en estado de *shock*, que se sentía inmensamente triste y casi destrozada, pero antes de dormirse lo último que pensó fue que la Guardia Divina tenía que estar al tanto de todo, la carta lo decía, y que de alguna manera los haría bajar a la Tierra para que le dieran explicaciones y datos precisos. Al final de cuentas, siempre había sido una luchadora y no iba a dejar que nadie le quitara su felicidad, ya lo habían hecho bastante. En eso se parecía al cuento de la hermana Oscuridad que repetían los serafines en Mikah. Amelie no era una ni la otra, era las dos juntas mezcladas en una colisión de estrellas.

Pronto descubriría lo poderosa que podía llegar a ser.

\*\*\*

El portón del cementerio chirrió en la noche oscura, y espantó a los búhos

que ululaban en las ramas secas de los altos árboles que rodeaban el lugar.

Bastian caminó sin prisa entre las lápidas, tratando de prolongar el momento de su entrega. Tal vez en lo profundo de su corazón albergaba el deseo de que algo lo salvara, pero sabía que eso era crearse falsas esperanzas. Dios rara vez intervenía y, por más que a ellos les pareciera que su caso era el más importante del mundo, Él tenía muchas otras cosas a las que prestar atención. La Guardia Divina no acudiría en su ayuda tampoco, bien en claro les había dejado sus planes.

Se paró cerca del mausoleo donde el ángel sobre el techo apuntaba la entrada con su espada. Sus dedos trazaron las letras en latín escurbadas sobre el cemento lleno de humedad. Esa frase que tanto le había llamado la atención cuando había estado con Amelie la vez anterior se presentó ante sus ojos.

Aunque había dejado de ser ángel y había perdido sus habilidades, el conocimiento de aquel lenguaje no se había marchado. Leyó la frase en voz baja, casi en un susurro.

—«Deja que nuestro sacrificio de sangre abra las puertas entre los mundos».

Entonces entendió que aquellas cadenas que cerraban la puerta no se romperían de un golpe y que solo podría hacerlo con su sangre. Miró hacia un costado y notó aquel árbol espeluznante sobre la pequeña elevación del terreno; en parte vivo, en parte muerto. El poema que Gael había recitado se repitió en su cabeza junto al silbido del viento. Escaló el panteón gracias a unos detalles de su arquitectura y sin dudar lo deslizó su palma bajo la punta de la espada que la estatua del ángel aferraba entre sus manos delicadas. Se abrió una grieta profunda que le quemó la piel como el fuego y líneas rojas se dibujaron en su mano. Volvió al piso y puso su extremidad ensangrentada sobre las cadenas y, al mínimo contacto, estas se volvieron serpientes negras que lo acecharon y lo miraron con ojos amarillos. Se deslizaron hacia el suelo y se marcharon zigzagueantes hacia el árbol de la colina, entre siseos que rompieron el silencio sepulcral.

Bastian atravesó el portal y se encontró en una gran escalera que conducía hacia abajo. Había antorchas en las paredes hechas de roca y el calor del lugar, que lo abrazó ni bien comenzó a descender, le dio la bienvenida a su nueva morada. Al principio, al atravesar el velo delgado que separaba los mundos, le pareció oír el eco de truenos y sentir un manto frío caer sobre él. Casi al llegar a los últimos escalones, notó dos seres que custodiaban la escalera. Sus grandes hachas formaron una cruz que le impidieron el paso,

pero ellos ni siquiera lo miraron. Eran dos inmensas y horribles bestias, los guardianes de las Puertas del Inframundo. Sus cabezas eran gigantes, deformes y llenas de protuberancias. Llevaban ropa de batalla y emitían sonidos guturales que harían que cualquiera sintiera escalofríos.

Sin saber qué hacer o cómo atravesar a los guardias, Bastian levantó la vista y vio que alrededor de un agujero en el suelo se levantaba una ciudad inmensa. Había casas de piedra negra entre las paredes de roca, que se conectaban por medio de puentes colgantes. Parecía el interior de un volcán y en el centro, al fondo de aquel inmenso hueco en el suelo, lava encendida burbujeaba. Recordó la Ciudad de Cristal del Paraíso, Mikah, que era hermosa en comparación con aquel lugar.

Una explosión de humo negro se hizo presente delante de los guardias. Un hombre de rostro hermoso lo miró con atención, sus manos con uñas largas descansaban a ambos lados de su cintura. Los dos monstruos se apoyaron sobre una de sus rodillas a modo de reverencia y el muchacho se quedó petrificado. Nunca antes había sentido tantos escalofríos recorrer su cuerpo.

—Pero ¿qué criatura tan bonita tenemos aquí? Vagando solo por mi Inframundo, ¿te has perdido, precioso? —preguntó Aaron, sus largos cabellos rubios acariciaban sus hombros. Llevaba una hermosa capa negra y ropa de combate también, muy parecida a la que usaban los ángeles. Sus botas eran altas y llegaban hasta sus rodillas. Sobre la cabeza llevaba un círculo de plata, una corona en forma de hojas.

—Yo soy... —trató de decir Bastian. Los ojos turquesa lo hipnotizaban, la sonrisa diabólica pero atrayente en los labios de aquel hombre lo dejaba sin palabras.

—Sé quién eres, o *qué* eres, mejor dicho. No necesitas decírmelo, Bastian Amaro —dijo Aaron, mirándolo de arriba hacia abajo con interés.

—¿Qué soy? Un humano que ha venido a entregarse en lugar de alguien. Quiero tomar el lugar de Amelie Roger. Antes fui su ángel de la guardia y reclamo su lugar.

—¡Interesante! Un ángel que se cree humano... ¡A qué punto tan bajo han llegado los de tu raza! Esto es de no creer —exclamó el líder de los demonios en aquel Inframundo, su voz llena de desprecio—. Aunque tú no eres un creado, sino un convertido... El aroma pestilente de sangre mestiza te delata y los ojos verdes que nunca serán celestes.

—¿Qué dices? Ya no soy un ángel. Solo quieres confundirme y sé que eso es

lo que tú haces.

En un segundo, el rostro de Aaron estuvo cerca del suyo, sus pies ya no tocaban el suelo puesto que Bastian estaba un poco más alto sobre los escalones y había tenido que levitar hasta él. Los guardias seguían en silencio y haciendo una reverencia interminable. Su forma de moverse y dejar el suelo de manera imperceptible era en extremo majestuosa.

—Creo, querido Bastian, que no soy yo quien te está confundiendo, sino tu propio Dios. ¿Con qué propósitos? Vaya uno a saber. Pero responde esto: ¿por qué crees que tu sangre abrió la puerta al Inframundo? ¿Realmente pensaste que la sangre de un simple humano podría haber abierto el portal? —dijo Aaron fingiendo sorpresa de manera exagerada y lanzó una risilla estridente, echando su cabeza hacia atrás—. ¡Qué criatura tan bella y estúpida! Dios los sigue manipulando a su antojo y ustedes, cegados por su gloria, le juran devoción. ¡Me dan asco! —gritó, y las paredes temblaron y desprendieron un polvo naranja que voló por los alrededores.

Bastian tuvo que cubrirse los oídos y cerrar los ojos, aquello era peor que una pesadilla. La voz de Gael se volvió a repetir en su mente, esa línea relacionada a que la sangre de un ser ordinario no abriría la puerta. Empezó a sacudir su cabeza, no podía creer que Dios le hubiera mentado. ¿Nunca había dejado de ser un ángel? ¿Solo le había quitado sus habilidades? Pero ahora ya nada importaba, eso hacía aún mejor la apuesta. El demonio quería a un ángel para convertir en malvado antes que a un simple humano para matar.

—Entonces aquí me tienes, soy un ángel que perteneció a la Guardia Divina y fui un gran guerrero. Si mal no recuerdas, derrotamos a tus huestes en la batalla de Amenah. Soy más útil para ti que una simple humana. Me sacrifico por Amelie Roger, para que los demonios la dejen tranquila para siempre.

Aaron aplaudió entretenido, como si todo fuera un espectáculo, y luego juntó las manos sobre el pecho. Sus pies volvieron a tocar el piso y miró a Bastian como escudriñándolo.

—Una propuesta muy tentadora porque es obvio que te quiero entre mis guerreros. Un mes y algunos días serán suficientes para que el veneno demoníaco que te inyecte cumpla con su objetivo. Pero... ¿sabes una cosa? Si a Dios le gusta jugar y romper reglas, le voy a seguir el juego. Lamento informarte que tu sacrificio no ha significado nada, y una cosa más: tu amada Amelie Roger tampoco es una simple humana. —Soltó las palabras de manera burlona, pero no le dio más información—. ¡Llévenlo a los calabozos!



Cuando Bastian intentó hacer algo, ya que podía sentir que la fuerza angelical volvía a su cuerpo como si se despertara de un largo y falso sueño, unas gruesas cadenas aparecieron de la nada y, enredándolo, lo hicieron caer al suelo con fuerza. Su mandíbula tocó la roca y electricidad le recorrió el rostro.

Los dos guardias lo levantaron con brusquedad y sin piedad para llevarlo a su celda. Pasaría sus días confinado en un oscuro agujero entre las paredes de roca en la parte más profunda de aquel lugar.

Mientras lo arrastraban, Bastian escuchó a Aaron reír a carcajadas, lo que hizo que la lava subiera un poco su nivel y calentara el Inframundo, como el odio que crece en las almas manchadas de maldad y lo cubre todo de oscuridad.

Madre Oscura había decidido abandonar la cuna.

\*\*\*

—¿Estás listo para esto, Bastian? —interrogó Mina, terminando de ajustar la túnica blanca con un cordón alrededor de la cintura del muchacho.

—Sí, no es que tenga otra opción —respondió él, y luego caminó a través del largo pasillo lleno de luz blanca que se encontraba fuera de su habitación.

Salieron del gran palacio por una calle de piedra gris hasta llegar al centro de la Ciudad de Cristal. Dos ángeles guerreros con armaduras de plata y dos largas lanzas transparentes custodiaban las cuatro enormes y altas torres que producían luz. Ellos eran los guardianes del Portal, eran quienes lo abrían para los ángeles y cerraban el paso a los demonios.

Mina y Bastian subieron unos cuantos escalones de mármol blanco. Se encontraban en una especie de escenario de roca pálida; en cada punta nacía una torre. Había una gran fuente de aguas claras allí y, a su lado, un disco de hierro negro donde una enorme llama de fuego azul ardía sin cesar.

—Esa es la Fuente de la Creación. De allí nacemos los ángeles puros y allí te convertirán a ti. No tengas miedo, solo te bañaran con las aguas divinas —explicó Mina, observando tres tronos de oro macizo con joyas incrustadas en la cabecera. Estaban desocupados de momento y siempre aparecían en el lugar que se los necesitaba.

—¿Y el fuego? No van a quemarme, ¿verdad? —cuestionó el muchacho,

pensando que esa llama podría quemar cualquier cosa ante el más mínimo roce.

—No lo van a usar en esta ocasión. No somos demonios, Bastian. No es con fuego como iniciamos a los nuestros. —La mujer rio y de repente una fanfarria se hizo escuchar en el Paraíso y retumbó por todo Mikah.

Miles de trompetas y flautas anunciaron la llegada de los príncipes celestiales, quienes venían a realizar la iniciación. Bastian se paró cerca de Mina, era la única que le producía seguridad y confianza. Todos los ángeles de miradas claras salieron de sus casas y se agruparon alrededor de la gran tarima para presenciar aquel ritual.

Una explosión de luz y viento se hizo presente y, cuando todo volvió a la normalidad, tres seres ocupaban los tronos. El muchacho no sabía si sentir nervios, miedo o respeto. Aquellos no eran simples ángeles, eran majestuosos. La vez que Mina lo había llevado a presentarlo ni siquiera los había visto a los ojos, solo había escuchado sus potentes voces, que inspiraban respeto.

Aquellos hombres llevaban pecheras de plata dura que les cubrían el torso y una especie de falda hecha de hilos de metal fino y trenzado con dedicación. Dos prendedores de piedra azul ajustaban capas rojas a sus hombros y unas enormes espadas pendían de sus cinturones. Tenían sandalias que se ataban con cordones detrás de las rodillas, como las de los antiguos guerreros romanos.

—Bienvenido a la Ciudad de Cristal, humano a quien llaman Bastian Amaro —dijo el que había tomado el trono del centro. Su cabello rizado llegaba hasta sus hombros y era dorado como el trigo en su mejor época bajo el sol. Sus ojos eran igual de celestes que el agua de la Fuente de la Creación. Los tres príncipes eran muy parecidos entre sí—. Mi nombre es Gabriel y te saludo —agregó, inclinando levemente su cabeza hacia abajo. Su voz era suave, pero se escuchaba por todo el lugar, incluso parecía meterse en la cabeza del muchacho y repetirse allí dentro.

—Mi nombre es Rafael y te doy la bienvenida al Paraíso —se presentó el que estaba a la izquierda, sus cabellos eran un poco más oscuros que los de Gabriel, pero su mirada, más tierna.

—Te doy la bienvenida a la Casa de Dios, humano. Puedes llamarme Miguel —anunció aquel ángel, su voz grave y sonora. Los músculos de sus brazos eran enormes y los rasgos de su cara más duros que los otros.

—¡Qué comience la iniciación! —ordenó Gabriel y las fanfarrias volvieron

a sonar.

Las manos de Mina volaron hasta la túnica de Bastian y, desajustando los cordones adecuados, la dejó caer al suelo sobre sus pies. El cuerpo flaco y débil del muchacho quedó expuesto, solo una improvisada tela blanca cubría sus partes íntimas. Le habían puesto aquello por respeto, porque sabían del pudor de los humanos, el que había comenzado con los primeros creados cuando desobedecieron a su Padre Celestial.

La mujer ángel tomó una jarra de oro macizo y comenzó a juntar agua de la fuente. Se acercó hasta el chico otra vez y volcó el agua sobre su cabeza. Bastian sintió cómo la frescura se deslizaba por todo su cuerpo y de repente notó el cambio. Su piel se comenzó a estirar y llenarse de músculos y sangre nueva, una energía poderosa le recorrió las venas y cada célula.

—Ante el agua de la Fuente de la Creación renuncias a tu humanidad — exclamó Gabriel, poniéndose de pie, su capa roja flameaba en el viento como una bandera. Aquel ángel debía medir cerca de dos metros—. Ante los ojos de los príncipes celestiales renuncias a todo mal. Rafael, Miguel y Gabriel te nombran ángel guardián.

Bastian se los quedó mirando como hipnotizado, notando que los tres estaban ahora de pie y habían tomado sus espadas celestiales. Pronunciaron una frase en latín y sus hojas cristalinas se llenaron de fuego azul, parecido al que estaba allí, en el disco negro sobre la tarima. Mina se hizo a un lado y, sin dudar, los arcángeles apuntaron a Bastian con sus espadas y lanzaron tres rayos azules que lo impactaron en el pecho. Sus cabellos negros flotaron en el aire y sus ojos verdes se quedaron estáticos por un segundo. La piel de los omóplatos se le rasgó y se bañó de sangre, los huesos se le estiraron y dos alas negras y enormes nacieron en su espalda.

—Eres hijo de Dios y ángel guardián —dijo Rafael en voz alta.

—Que así sea por siempre —agregó Miguel, su rayo de luz era el más potente.

—Tanto en el Cielo como en la Tierra y lo que aquí sucede allá no cesará —acotó Gabriel, sus espadas dejaron de emitir luz y al instante los príncipes celestiales desaparecieron entre chispas de colores.

Bastian cayó de rodillas y Mina se apresuró a ayudarlo, pero también alguien más acudió. Un muchacho de rizos dorados y ojos azules lo tomó del brazo, y lo hizo ponerse de pie.

—Muchas gracias, siento que no puedo manejar mi cuerpo —comentó

Bastian, inclinándose hacia atrás por el peso de sus alas negras. Todavía llevaba aquella tela blanca empapada y envuelta en la cintura. Se dio cuenta de que sus brazos eran más anchos y su pecho era más grande y duro, parecía una hermosa pintura de algún siglo anterior.

—Les pasa a todos los ángeles convertidos, tienen que acostumbrarse a las alas. —El chico sonrió y Mina asintió—. Mi nombre es Gael, nos vemos pronto.

Luego de haber saludado, extendió sus enormes alas, se levantó del suelo y voló hasta perderse en las montañas que antes había visto a lo lejos.

\*\*\*

Mucho tiempo pasó luego de su iniciación y tuvo que aprender infinidad de cosas, pero finalmente caminó por la Ciudad de Cristal como uno más de ellos, esperando un llamado que se hacía eterno. Cometió errores que pagó con creces, se hizo hermano de la guerra de tres ángeles que le enseñaron mucho y luchó en grandes batallas. Pero su propósito primordial como ángel no se había cumplido. Hasta que un día, luego de varios años, alguien golpeó su puerta antes de ingresar a su habitación, era una de sus hermanas.

—Por fin ha ocurrido, Bastian —anunció Mina sonriente y se apresuró a llegar hasta donde estaba él—. Tu protegida está a punto de nacer, así que debes transportarte a la Tierra cuanto antes. El ángel guardián de su madre nos comentó que piensan llamarla Amelie.

—¿En serio? Eso es sorprendente, pensé que ya no ocurriría y me dedicaría a ser guerrero —dijo él entusiasmado y se puso de pie. Había estado leyendo en una silla cerca del gran ventanal—. Creo que de los nervios se me ha olvidado todo. ¿Qué debo hacer?

—Ser guerrero nunca fue tu propósito. Apenas llegues al mundo de los humanos, una capa de niebla negra te cubrirá y no podrán verte. Asegúrate de que ese escudo nunca pierda su poder, rara vez lo hace, pero nunca se sabe... —explicó Mina, dándole unas ropas de apariencia humana que llevaba en sus manos.

—¿Cómo llegaré a la Tierra? —interrogó Bastian, tomando la ropa que la mujer ángel le había dado. Se quitó la túnica blanca que lo cubría para quedarse completamente desnudo y luego se vistió. Mina ni siquiera le prestó

atención.

—Los guardianes del Portal te abrirán paso. Cuando llegues al hospital de Santa María, te encontrarás con los ángeles guardianes de los padres de la niña. Ellos te enseñarán y te guiarán en tu tarea, yo no puedo acompañarte en ese camino. Ese ya no es mi trabajo —comentó Mina, su largo vestido blanco acariciaba el mármol mientras caminaban hacia las cuatro torres.

Luego de varios minutos se encontraron allí.

—Gracias por tu ayuda en todo este tiempo, espero no arruinarlo —dijo Bastian y asintió con la cabeza—. ¿Volveré a verte? Dales mis saludos a Gael y Lana, me hubiera gustado despedirme cara a cara.

—No tienes nada que agradecer y estoy segura de que nos volveremos a ver. Una vez hermanos, siempre hermanos, ¿recuerdas? No te preocupes, les haré llegar tus saludos, ellos sabrán entender —dijo Mina con una sonrisa amable en sus labios y luego se dirigió a los guardianes, aquellos dos que llevaban cascos dorados en la cabeza y tenían dos lanzas de cristal en la mano—. Párate en el centro, Bastian. Entre la fuente y el fuego. Syrian, Alhik, necesito que abran la puerta para dejar a este ángel guardián llegar al mundo de los humanos. Su destino es el hospital de Santa María, allí nacerá un bebé que sus padres decidieron llamar Amelie.

Los dos guardianes asintieron, rara vez hablaban, y alejándose de sus puestos dividieron sus lanzas en dos e hicieron un total de cuatro. Mientras el muchacho se paraba donde le habían indicado, los ángeles corrieron a la velocidad de la luz y clavaron las cuatro lanzas en las torres de cristal en lugares estratégicos. Al instante, estas se encendieron con fuego azul, se cargaron de poder y enviaron un rayo a las alturas que iluminó las nubes como relámpagos. Las puertas del Paraíso al abrirse se oían como mil truenos que lo abarcaban todo. La luz envolvió el cuerpo de Bastian y lo mandó de regreso a la Tierra luego de tantos años de haberla abandonado.

Sus pies tocaron suelo otra vez, había césped verde bajo ellos y las ramas de un árbol sobre su cabeza. Frente a él se erguía un inmenso hospital de paredes blancas y ventanas verdes. Caminó sin prisa hacia el edificio, esquivando personas que parecían no verlo y tratando de deshacerse de esa sensación de náuseas que tenía.

«¿Dónde voy a encontrarla?», se preguntó recorriendo los largos corredores llenos de gente. De repente, sintió una punzada en el corazón y un rastro de luz blanca comenzó a flotar delante de él, tenía la forma de un ave, o tal vez eran

solo alas. Siguió aquel rastro hasta llegar a una habitación de grandes ventanas por donde la luz tibia del sol se metía. Allí había una mujer dormida en una camilla, con un bebé entre sus brazos. En un sillón a su lado se encontraban un hombre y una mujer adultos conversando. Cerca de ellos, en la pared más alejada, había tres seres vestidos con capas de humo negro, eran otros ángeles guardianes. Uno de ellos señaló hacia la cama y asintió, indicándole que había llegado al lugar correcto.

Bastian se movió hasta la camilla, al lateral que no estaba ocupado, y miró al bebé con detenimiento. Tenía los ojos cerrados y respiraba suavemente, sus manos eran pequeñas y sus uñas, diminutas. Contempló a la niña un rato más y, de repente, ella abrió sus ojos de color miel y se lo quedó viendo como si el escudo no existiera, como si sintiera su presencia. Pensó que tal vez su capa había fallado, pero no era así, porque los demás humanos no habían notado su presencia. Una energía especial recorrió el cuerpo del muchacho, era una sensación de lo más extraña y nueva. El latido de su corazón cambió de ritmo y se unió al del bebé. Eso casi le quitó el aire de los pulmones y lo hizo caer de rodillas. Las necesidades de la pequeña se volvieron las suyas y fue allí que lo entendió: el lazo se había creado.

—Ahora eres parte de mí, pequeña, y voy a cuidarte cada día. Eres mi vida para siempre —susurró con ternura y, aunque nadie pudo escucharlo, la beba sí lo hizo y se durmió llena de paz.

## 9. Resiliencia

«Sobreponerse» y «resistir» son palabras fuertes destinadas a personas valientes que son capaces de aceptarlas como un regalo en un momento de dolor. Las dos conllevan el hecho de aguantar los golpes de la vida por más destructores que estos sean, soportar hasta que el cuerpo o el corazón no puedan continuar haciéndole frente a las embestidas arteras del destino.

Ser fuerte, ese era su nuevo lema. Aunque no lo tuviera tan en claro, aunque las palabras no se dibujaran de manera nítida en su mente, sabía que debía encontrar fuerza para seguir. Al menos la idea general de su significado se había quedado dando vueltas en su cabeza antes de dormirse aquella madrugada, cuando el sol ya había comenzado a lanzar los primeros rayos tibios sobre el planeta, e inundaba la habitación con luz dorada y entibiaba el cuarto, que ahora le quedaba grande, demasiado grande.

Muchas de las ideas que se estaban formando en su cabeza confusa tenían que ver con lo que él había escrito en la carta. Él le había pedido que resistiera porque sabía que ella tenía la fortaleza necesaria para hacerlo. Pero ese había sido un aspecto más entre decenas de otros que aparecían en ese mensaje. La idea de encontrar a otra persona, de niños que no fueran de él... No, no podía concebir esa parte. Ese pedido no podría llevarlo a cabo.

Amelie había decidido que no se quedaría encerrada a llorar, sino que sería una persona resiliente. Y eso no significaba que se olvidaría del dolor de la despedida que la envolvía como neblina gris y le susurraba palabras de ausencia al oído, porque el vacío en la cama y en los rincones de la casa se encargaba de recordárselo a cada momento, pero sí que usaría esa pena para hacer algo bueno, la convertiría en energía para seguir adelante.

El celular de Bastian, que había quedado olvidado y juntando polvo sobre la

mesa de luz, recobró vida de repente. El artefacto comenzó a vibrar y sonar, y despertó a la chica, que estaba sumida en un sueño profundo del que le hubiera gustado seguir disfrutando un poco más antes de volver a la cruda realidad.

De manera casi automática lo tomó y miró el identificador de llamadas en la pantalla, pudo ver el nombre de Alexis con ojos entrecerrados. Suspiró profundamente y apagó el celular. Se cubrió el rostro con las sábanas e hizo masajes circulares en sus sienes para relajarse; el día ya pintaba ser caótico y complicado desde temprano. Por alguna razón, su corazón había albergado la esperanza de que fuera él quien la estaba llamando para decirle que se había equivocado y que volvería pronto. Pero la realidad era distinta, eso no sucedería nunca. Nada lo detenía cuando se trataba de protegerla.

«¿Dónde estarás ahora? En qué lío me dejaste, Bastian. Claro, para ti fue fácil. Solo te fuiste sin decir adiós y yo me tuve que quedar aquí a juntar los pedazos hechos trizas en el suelo y hacerme cargo de todo», pensó sacudiendo su cabeza y trató de encontrar una mentira que contar a su familia y amigos. Aquello de inventar historias sin que los cabos quedaran desatados no era para ella, pero conocía datos del pasado de Bastian y los aprovecharía a su favor.

Al instante, su propio celular, que estaba bajo la almohada, empezó a sonar y cuando lo tomó se dio cuenta de que era su amigo, que volvía a insistir. Su teléfono había quedado allí esperando ese mensaje que no llegaría.

—Hola, Al. ¿Cómo estás? Discúlpame por no atender enseguida, todavía estoy en la cama. Más dormida que despierta, la verdad —dijo, tratando de sonar despreocupada y soñolienta, porque su amigo era demasiado perceptivo y no quería quebrarse y arruinar la coartada que se estaba formando en su cabeza. No quería que su hermano del corazón la escuchara llorar, o empezaría a indagar y tendría que soltar todo, y lo peor era que no iba a creerle.

—Estoy bien y perdón por despertarte. ¿Está el holgazán de tu novio todavía en la cama también? No ha llegado al trabajo y tenemos dos autos que arreglar. Espero que no sientas que te lo estoy quitando —respondió Alexis desde su taller. La chica pudo escuchar el sonido de herramientas de metal que chocaban entre ellas. Imaginó que el chico sostenía el celular entre la oreja y el hombro mientras trabajaba.

Y luego se concentró en la pregunta que le había hecho. Amelie cerró los ojos por un momento y conjuró a Bastian a su lado, sus brazos fuertes



enredados de forma protectora alrededor de su cuerpo, mientras entibiaba su cuello con su aliento, todavía en la cama como su amigo había dicho, pero la triste verdad era otra. Bastian era solo un fantasma ahora, un nombre de alguien que ya pertenecía al pasado. ¡Cuánto dolían esas palabras! Para Alexis, Bastian todavía era real y creería lo que ella iba a decirle, pero cuando el tiempo pasara y él no volviera, ¿qué les diría? ¿Que había muerto en ese viaje que había emprendido? A fin de cuentas, tal vez no era una respuesta tan errada.

—Él no está aquí, lo siento. —Suspiró porque no pudo evitarlo, ser fuerte de un día para el otro no era tan fácil como pensaba, por más que se lo gritara a viva voz dentro de la cabeza—. Deberíamos hablar esto en persona, pero no creo que puedan verme a mí o Bastian por un tiempo, amigo. Ayer...

—¿Qué pasó? ¿Discutieron o algo? —la interrumpió el chico, interrogándola. Ella deseó que fuera tan simple como eso, tan fácil como una discusión de pareja que podía arreglarse con palabras tiernas o un beso dado a tiempo.

—Déjame contarte algo. Ayer por la noche, cuando volví a casa, Bastian me contó que un familiar lo ha contactado, más bien, el padre Tomás le comunicó que había alguien que quería verlo. Bastian les ha dicho que no sabe nada sobre su pasado o lazos familiares... Entonces decidió encontrarse con esa persona. Él nunca habló sobre el tema, pero pensaba que era huérfano y que por eso lo habían dejado en un orfanato cuando era bebé. Así que para encontrarse con esta persona tuvo que irse de la ciudad, a un pueblo cerca de las montañas, creo que se llama Las Colinas.

—¿Quién es esa persona? ¿Un tío? ¿La madre?

—Creo que es su papá. Así que se fue por un tiempo y me pidió que lo disculpes, que no te enojas con él por dejarte solo en el trabajo. Yo me quedaré en la casa por si hay novedades, así que discúlpeme si estoy desaparecida; además, estoy pensando en viajar hasta Las Colinas o voy a morir extrañándolo —respondió, agregando una risita falsa que ni ella se creyó.

Cómo dolía mentirle a su amigo y también inventar excusas para alguien que la había abandonado y dejado en semejante lío. Decir aquella mentira tan grande era crear a Bastian de la nada, amarlo con aire y palabras falsas, recuerdos y trozos de una carta que aún estaba rota en el suelo; significaba darle un cuerpo y hacerlo presente cuando sabía que eso no era así, que él ya

no estaba y no tenía la certeza de si podría recuperarlo.

—Realmente, no sabía nada, lo siento mucho. Mira, Nadia estará ocupada en la capital por un tiempo y seré yo quien vaya a visitarla, así que no vendrá a Puerto Azul muy seguido porque la enterraron en libros. Yo pensé que iba a estudiar algo más relacionado a lo que le gusta, la moda y eso, pero prefirió las aburridas escuelas de Psicología —explicó Alexis y Amelie trató de que su risa ante aquel comentario sonara genuina—. Cuando te sientas bien, porque sé que ya debes estar extrañando al tipo ese, me dices y vienes conmigo a visitar a Nadia. Nos vamos a la ciudad un fin de semana y la sorprendemos, así no te aburres y lo extrañas tanto. Pero hablo en serio, si necesitas algo, me llamas y voy hacia allá. ¿Entendido?

—Entendido. Gracias, hermanito. Apenas las cosas se solucionen, te llamo, no te preocupes por mí. Creo que lo mejor será que vaya a acompañar a Bastian en este momento. Si me quedé fue porque me pidió que te disculpara con él y para dejar en orden la casa. Estaré en contacto, lo prometo. Te quiero mucho —prometió Amelie y colgó el teléfono. A pesar de lo horrible que se sentía, eso había salido demasiado bien, una cosa menos en la que pensar.

Se levantó de la cama con lentitud, como si no tuviera un propósito claro en ese momento, se puso un vestido azul que le llegaba a las rodillas, una chaqueta de hilo blanco y unas botas cortas de color marrón. Caminó por el angosto pasillo, deslizado sus dedos por las paredes como todas las mañanas, y miró la claridad a través de las tres ventanas del corredor. Se quedó parada allí un momento, dejando que la luz la envolviera y le entibiara el rostro.

Dio pasos lentos por la casa, esperando a cada rato que su presencia la sorprendiera a mitad de camino, pero no hubo brazos que la levantaran del suelo ni labios que se posaran en su cuello.

Salió al exterior pensativa, ya que no tenía ganas de desayunar. Caminó sin rumbo hacia la costa, notando que había un poco de viento ese día. Los granos de arena se elevaban en espirales y se mezclaban con hojas secas que danzaban en remolinos. El agua del mar estaba intranquila, las olas de espuma blanca no cesaban de acariciar la playa.

Llegó hasta el borde del mar, sus brazos enredados en su cintura, y trató de recordar la frase que Bastian había usado para llamar a la Guardia Divina, le exigió a su cerebro que trajera las palabras a su boca.

—Angelus... —dijo con poca convicción y de inmediato lanzó una

carcajada. Se sintió estúpida en ese momento por siquiera tratar de hablar en un idioma que no sabía—. ¿Qué demonios estoy haciendo? —preguntó al inmenso océano como si aquel pudiera darle una respuesta—. ¡Dime! ¡Maldito mar! ¿Qué se supone que haga ahora?

Se abrazó aún más fuerte y sintió unas pequeñas lágrimas frías rodar por sus mejillas. Atrapándolas, un rayo de sol las convirtió en destellos y eso hizo que recordara la lágrima de cristal de Bastian que tenía envuelta en un pañuelo, todo le traía imágenes de ese chico y nunca dejaría de hacerlo.

Recordó que ella una vez también había escrito una carta de despedida, que había sido un tanto diferente, pero a fin de cuentas, y aunque quisiera, no podía odiar ni culpar a Bastian. Ella había hecho lo mismo.

Cuando giró sobre sus pies para volver a la casa, se quedó de piedra ante aquella presencia repentina. No había logrado atraer un ángel con su fallida oración, pero si a otra cosa que parecía salida de la nada.

Allí estaba ella otra vez, parada sobre el último escalón de madera antes de llegar a la casa. Su pelo oscuro como la noche flotaba en el viento de manera extraña, sus ojos, fijos en ella. Esa vez no había ningún perro enorme con apariencia de lobo, ni gatos ni cuervos. Ningún animal salvaje la acompañaba.

La miró detenidamente, con el corazón que casi se saltaba fuera de su pecho por el susto que le había dado. No era Zaira como había pensado en el muelle, era muy parecida, pero no era ella, en definitiva. Esta mujer era mayor que el demonio que Bastian había destruido. Y ser mayor no quitaba el hecho de que fuera hermosa. La manera en que sus labios se curvaban en una sonrisa atractiva pero misteriosa captó su atención, la forma en la que se paraba, con tanta presencia e imponiendo respeto. Al final había sobrevivido, no se había ahogado en el mar aquella tarde, aunque llevaba ese mismo vestido.

—¿Quién eres y qué quieres de mí? Te vi en el muelle y pensé que estarías en el fondo del mar pudriéndote en este momento. ¿No les bastó con que mi novio se entregara en mi lugar? ¿Quieres llevarme al infierno a mí también? Bien podrías hacerlo porque ya no sé si quiero esta vida... —arremetió Amelie, llena de preguntas y pretendiendo ser valiente cuando en realidad estaba aterrada. Las palabras le brotaron de la boca con rabia, enojo guardado gracias a todo lo que había vivido y, si podía desquitarse con aquel demonio antes de morir, se daría el gusto de decir todo lo que pensaba. Pero algo se le ocurrió en ese momento: si aquella mujer fuera un demonio, ya la habría aniquilado o se la habría llevado la primera vez que se vieron.

—Demasiadas preguntas y palabras, querida. No es que no me guste una buena conversación sobre las vueltas de la vida y los hilos invisibles que la manejan, pero no sé si soy la persona adecuada para darte ciertas respuestas... Aunque puedo aclarar algunas de tus dudas —respondió la extraña, sosteniéndole la mirada, y Amelie notó que, a pesar de la dureza en su voz, los demonios no sonaban tan amables cuando hablaban ni mucho menos tenían ojos que podían llegar a mirar de manera tierna—. Pero no voy a llevarte al infierno si eso es lo que temes, así que quédate tranquila. De todos modos, creo que ya vives en él. Ellos lo llaman Inframundo, ¿sabías? Y no, tampoco soy un demonio, pero me has mirado de cierta manera, como si me conocieras. Lo hiciste aquella tarde en el muelle, incluso en el cementerio, cuando yo no era yo, sino que iba vestida de anciana.

Los ojos de Amelie se pusieron como platos y recordó a esa mujer que le había dado las flores en el cementerio, los escalofríos de aquel atardecer la atacaron de nuevo. Por alguna razón, sus ojos le habían parecido familiares porque le habían recordado a los de Zaira y tal vez no había querido admitirlo delante de... él.

—Conque eras tú. ¿Puedo darte un consejo? No vuelvas a hablarle de esa manera a alguien en un cementerio, lo asustarás. Si te miré así en el muelle fue porque conocí a una mujer, su nombre era Zaira. Tú y ella se parecen mucho... Es extraño, tal vez sea una coincidencia estúpida, pero son muy parecidas. La forma de pararse, los labios y tus ojos... —dijo Amelie, pensando en lo que había dicho. Estaba hablando de demonios con una mujer que aparecía de la nada y que pretendía ser anciana de a ratos en el cementerio. Estaba conversando con una extraña que usaba vestidos negros pasados de moda y parecía una bruja.

—No me presento ante todo el mundo, sino ante quienes son de interés para los míos... ¿Zaira? Era mi hermana. ¿Te sorprende la noticia, querida? No era ninguna coincidencia —soltó la mujer, notando cómo la conmoción se apoderaba del rostro de Amelie.

—¿Tu hermana?! Pero tú no eres un demonio, lo dijiste hace un rato. No me digas que vienes a vengarte... —comentó la muchacha, dando un paso hacia atrás, y vio cómo la mujer relajaba sus hombros, sacudía la cabeza y esbozaba una sonrisa amable.

—No vengo a matarte ni a vengar la muerte de nadie. Mi hermana y yo nacimos del mismo padre, pero elegimos caminos diferentes, digamos que ella

prefirió convertirse en demonio y yo, bueno, preferí recluírme en el bosque y ser una bruja como los demás seres que lo habitan y lo han habitado por siglos. Los bastardos, los hijos del Diablo, como despectivamente nos llaman en partes del Cielo y en todo el Infierno.

—Espera un segundo... ¿Eres una bruja? —preguntó Amelie sorprendida, pues hacía unos minutos había pensado eso mismo. ¿Podía sorprenderse de algo a esa altura?

—Los hijos de los demonios y los humanos nacen con ciertos poderes que pueden controlar e incrementar con la práctica. Si eliges el camino del Oscuro, Dios te destierra y te jura batalla, pero, si eliges ser bruja, no es tan duro contigo, aunque no se nos permite vivir como humanos ni en sus pueblos. Por eso debemos recluírnos para vivir en la soledad del bosque. Si no puedes soportar ese destino, te conviertes en alguien como Zaira. Desafías las reglas y le pides a tu padre que te inicie en el mundo demoníaco.

—¿Puedo ser honesta? Sus reglas y todo su mundo me tienen bastante cansada. Sería muy interesante estudiarlos desde fuera. Pero es horrible cuando estás en el medio. —Amy suspiró y cruzó sus brazos sobre el pecho—. Entiendo todo lo que me dices, pero es demasiada información que no me interesa en este momento y no me incumbe en realidad. ¿Qué quieres de mí? Eso es lo que necesito saber realmente. ¿Por qué te has aparecido ante mí en tantas ocasiones? ¿Por qué soy de tu interés?

—Pues debería ser de importancia lo que te digo, Amelie Roger. Todo tiene que ver con todo en este mundo o en nuestros mundos, así como la noche le sigue al día y al revés de manera eterna —dijo la extraña bajando los escalones y parándose frente a la chica. Tenía una manera peculiar de hablar, casi poética—. ¿Te has preguntado alguna vez por qué puedes ver ángeles y demonios con tanta facilidad? Lamento decirte que no lo haces porque eres una humana especial como te han hecho creer. Eres especial en otro sentido porque tu sangre te hace diferente.

—¿Qué quieres decir? ¿Por qué sabes mi nombre? Dime el tuyo y luego decido si me quedo a escucharte —replicó Amelie confundida.

¿Quién era aquella mujer que hablaba con tanta libertad de su sangre? ¿Era una bruja o una loca que se había escapado de alguna institución mental?

—Mi nombre es Ada, pero no creo que este sea el momento de hablar de nombres y apellidos. Creo que hay cosas más importantes en tu cabeza ahora —respondió ella y sus manos flotaron hasta la cabeza de la muchacha, que se

quedó dura sin saber qué hacer.

Ada puso sus dedos largos y llenos de anillos en las sienes de Amelie y al instante sus ojos se volvieron blancos, como si se llenaran de esa neblina que cubría el bosque por las mañanas temprano, su cabeza se torció hacia un costado y tembló un poco, como si estuviera viendo cosas que trataba de comprender.

—¿Qué haces? ¿Qué le estás haciendo a mi cabeza?

—Silencio y escucha, aprende ese arte que te puede ser útil... —sonó la autoritaria voz de Ada—. Veo en el interior de tu mente, en el humo que se mueve allí dentro inquieto y sin descanso. No quiere revelar cosas, ha estado dormido. Pero ahora crea figuras, escenas de cosas que están por venir. Llegará un momento en el que solo te acordarás de mí y de nadie más, en Ada solo pensarás. Lo que conocías te será extraño y lo extraño se volverá familiar. Cuando eso pase, me encontrarás en el Bosque Oscuro, estuviste cerca de allí una vez, te enfrentaste con valor a mi hermana sobre un puente de hierro naranja. Pero no lo atravesaste por completo, esta vez te pido que cruces ese puente y te pierdas entre los árboles, deja que la voz del bosque te reclame, escúchala —vaticinó la mujer, los ojos de la muchacha se cerraron y la voz de la otra le invadió la mente por completo. Las palabras se alojaron allí y encontraron una morada donde descansar hasta que su momento de ser llegara. Ya volverían a despertar como las aves temprano por la mañana—. Ven a verme y toda la verdad te será revelada. Necesitarás de mí para entender sobre tu pasado y la cuna de tu sangre, así que no me ignores. No ignores las palabras de la bruja, Amelie Roger, o te perderás en la oscuridad de tu mente para siempre y no habrá nadie que de allí te rescate. Ni luz, ni oscuridad. Ni ángel, ni demonio. Nadie de entre ellos podrá salvarte. Pero serás fuerte como una tormenta de verano. Lo siento, lo sé.

La muchacha se llenó de terror por un momento, las últimas palabras de Ada se repitieron en sus oídos como un eco susurrado y cuando abrió los ojos ya no pudo ver a la mujer. Una ráfaga de viento que la despeinó le indicó que Ada había desaparecido, con lo que la dejó cargada de dudas y misterios. ¿De qué se trataba aquella verdad? ¿Le estaba hablando del futuro? ¿Debía creerle o considerarla una loca?

Corrió hacia el interior de la casa y cerró las puertas y ventanas, permitiéndose ser débil por un momento. Derrumbándose sobre el sofá, se hizo pequeña y ansió un abrazo maternal o el de Nadia. ¡Cuánto la extrañaba!

Fue una bola de nervios y tristeza que lloraba sin parar hasta que, después de varios minutos, se quedó dormida mientras el mar le cantaba una canción de cuna.

Se despertó con el sonido de campanillas que redoblaban y una luz blanca que inundaba la habitación. Abrió los ojos de repente, como si se despertara de un largo sueño, sin entender qué momento del día era. Parados en su *living* estaban los tres ángeles que formaban parte de la Guardia Divina.

—¿Qué hacen ustedes aquí? Solo dije «Ángelus», ni siquiera sé la frase para invocarlos. Si buscan a su amigo, lamento decirles que este no es el lugar donde lo encontrarán pues se ha marchado, tal vez ya esté muerto —dijo Amelie incorporándose. Su tono de voz demostraba falta de entusiasmo, estaba cansada de las visitas paranormales—. En un momento, cuando leí esa carta que me dejó, pensé que podría hacer algo, que podría buscarlo. ¡Qué ilusa!

—Amy... —dijo Mina, con un dejo de pena en la voz, y se acercó hasta ella. Sus pies ni siquiera tocaron el suelo, pero, una vez que lo hicieron, se sentó junto a la muchacha en el sofá—. Sabemos lo que él hizo y entiendo lo que debes sentir. ¿Sabes? Nos hizo prometerle que te cuidaríamos y eso es lo que estamos haciendo. No sé a qué te refieres con eso del «ángelus», pero sentimos una presencia atravesar el escudo que pusimos fuera de la casa. ¿Viste algo fuera de lo normal? ¿Alguien te hizo daño?

—Para nada, habrá sido algún demonio que me estaba vigilando. No es la primera vez que sucede o que rondan la casa. Ya me he acostumbrado a ellos —mintió, porque por alguna razón creyó que no debía hablar de Ada, era algo que tenía que guardarse para ella y estaba segura de que la magia de la bruja había alertado a los ángeles. Al menos era algo que salía bien porque había logrado atraerlos hacia ella—. Por otro lado, les agradezco que quieran ocuparse de mí, pero eso no me hace sentir para nada mejor. Es horrible lo que se siente en todo el cuerpo y no creo que lo entiendan. El vacío que se hace presente, la ausencia que llena todo y cómo poco a poco uno se acostumbra a ella. Es como si estuvieras viendo una cicatriz de un corte profundo que te hiciste cuando eras pequeño, la ves y aprendes a convivir con ella, se convierte en una parte de ti. Pero ¿qué pueden saber ustedes? Si se curan en un segundo. Las peores cicatrices son las que se marcan en el alma y déjenme decirles que nunca se curan. Lo digo por experiencia, ya tengo varias de esas.

Los ojos de Lana la miraron fijamente, como si fuera la primera vez que

escuchaba a un humano hablar así, de esa manera tan profunda. Gael miró hacia el suelo, tenía los brazos cruzados sobre el pecho y trataba de comprender lo que la muchacha decía.

—Mira... —dijo Lana, y rompió el silencio incómodo que se había creado —, no estamos aquí solo porque prometimos algo, bien podríamos cuidarte desde las sombras. Ha sucedido algo... pero no debes crearte demasiadas expectativas. La verdad, creo que esta misión fracasará antes de empezar. Es una locura.

Una chispa leve se encendió en los ojos de Amelie, quería saber de qué se trataba. ¿Había dicho misión?

—¿Qué pasó? ¿Bastian está vivo? ¿Lo vieron? —preguntó notando que una sonrisa casi imperceptible se dibujaba en los labios de Gael.

—Puede ser, porque su esencia nunca desapareció del Paraíso —agregó Lana sin que eso esclareciera el paisaje de Amelie.

—¿A qué te refieres? No entiendo.

—Imagina una gran mesa llena de velas encendidas. Cuando un ángel muere o se entrega al veneno demoníaco para siempre, su llama se apaga, deja de ser. La llama de Bastian aún sigue encendida en Mikah.

—Pero él ya no es un ángel, ¿por qué tendría una vela en el Paraíso? —cuestionó la humana, mirando a Mina a los ojos.

—Porque Dios todavía le tiene mucho aprecio, nunca eliminaron su vela de la gran mesa. Dios podrá parecerte inalcanzable, pero nos considera sus hijos, a todas sus criaturas —explicó Mina.

Amelie no vio a los tres ángeles mirarse de manera extraña. Algo se les cruzó a los tres por la mente, algo en lo que no habían pensado con anterioridad, una duda nació tan débil y frágil como un bebé. ¿Por qué estaría la vela de Bastian encendida todavía sobre la mesa de la Ciudad de Cristal? ¿Solo porque Dios lo amaba? La chica se paró de un salto y los demás la miraron con atención.

—Díganme dónde está, tenemos que buscarlo y rescatarlo. Aunque sea lo último que haga en esta vida que ya casi ni sentido tiene.

—Amy, tranquila... —comentó Gael mirándola a los ojos. La tomó por los hombros e hizo que se sentara otra vez—. Es obvio que Bastian está en el Inframundo y si no lo han matado aún es porque, creemos y estamos casi seguros de ello, quieren convertirlo en demonio. Es por eso que su vela no se ha apagado, lo mantienen con vida para transformarlo.



—¿Qué?! Eso es terrible, no podemos dejarlos. No lo va a soportar, su esencia es buena... —exclamó Amelie, mirándolos a todos a los ojos, dejándoles en claro que al menos ella nunca lo permitiría.

—Por supuesto que no lo vamos a aceptar, pero hay muchas cosas en qué pensar. Primero, nosotros no podemos entrar en el Inframundo porque nuestra sangre nos delataría al instante. Como el escudo fuera de tu casa detecta presencia demoníaca, la entrada al Inframundo también tiene escudos. Y, a pesar de que somos los mejores guerreros, sería ir a nuestra muerte segura. Un ejército nos estaría esperando porque creerían que vamos a iniciar una batalla. Segundo, Dios está al tanto de todo y... —Gael sacudió la cabeza. Amy reconoció en él ese mismo gesto que Bastian había hecho una vez cuando su jefe había sugerido que ella se convirtiera en ángel—. Quiere que te entrenemos, que aprendas a usar la espada y, llegado el momento, una daga celestial.

Amelie tuvo que volver a repetirse las palabras del ángel en su cabeza y Mina tomó su mano en un gesto reconfortante. Los movimientos del pulgar de la sanadora sobre su piel le enviaron ondas cálidas por todo el cuerpo, que le relajaron los hombros y la tensión en el cuello.

—¿Qué les hace creer que a mí no me matarán? Si dices que ustedes tres irían a una muerte segura, yo estaría yendo a una muerte anunciada. Me estarían enviando al matadero —comentó ella, poniendo los ojos en blanco. No servía hacerse ilusiones.

—Dije eso porque, si nos delatamos al pasar por el portal, nos estarían esperando con la munición pesada. Pero a ti... Hay algo de ti que quieren, si no, ya te habrían eliminado hace tiempo, Amy, seamos realistas. Lamento decírtelo así, pero creo que, si tú te entregas, podrían ponerte en el mismo lugar que Bastian y eso nos daría la posibilidad de rescatarlo. El Portal habría sido abierto por ti y eso nos daría pase libre. Pero antes de eso debes aprender a usar la espada porque tienes que llegar hasta donde habita Aaron, el líder de los demonios. Cuando él te vea, no creo que te haga daño.

—Entiendo... —suspiró Amelie y todos sus pensamientos de ser fuerte volvieron a ella y habló de manera segura—. Voy a hacerlo, pero ¿qué es una daga celestial? Ni siquiera sé cómo usar un cuchillo grande en la cocina.

—Si Bastian llegara a estar convertido en demonio, tienes que atravesarlo con esa daga. El material del arma absorbería la maldad de su cuerpo. Al tenerte allí dentro, tendríamos conocimiento de cómo es el lugar a través de tu

mente. El plan sería aparecer allí por un segundo y sacarlos del Inframundo, pero tienes que asegurarte de que nadie más que ustedes dos esté cerca. No podemos correr el riesgo de transportar a un demonio con nosotros —explicó Lana—, o cosas horribles que no voy a mencionar podrían suceder en el viaje.

—¿Atravesarlo con una daga? —La incredulidad se pintó en el rostro de Amelie, se dibujó en sus ojos y en toda su expresión—. ¿Encontrarlo para matarlo? ¿Hay algo que tenga sentido de lo que están diciendo? No voy a enterrar una daga en el cuerpo de Bastian, no voy a hacerlo. La misión ha fracasado antes de empezar, por fin voy a darte la razón en algo, Lana.

—No estás escuchando con atención —dijo Mina de manera paciente. Otra que le pedía que aprendiera a escuchar—. Vamos a curarlo apenas los saquemos del Inframundo. La herida será grave, pero tienes aquí a una gran sanadora —agregó sonriente.

—Entendido y espero que sea así —suspiró Amy. Aquel plan todavía le parecía desagradable—. ¿Cuándo empezamos con el entrenamiento entonces?

—Mañana mismo, no tenemos tiempo que perder. El ritual de conversión de un demonio generalmente dura un mes o más, pero, conociendo a Bastian, se va a resistir al veneno por su pasado celestial. Eso los demorará un poco, es decir que tenemos ese tiempo para que al menos sepas cómo blandir una espada y cortar cabezas de demonios. Te daré un consejo que salvará tu vida —comentó Lana con seriedad, penetrando a Amelie con la mirada—: córtales sus asquerosas cabezas y haz que rueden por todo el Inframundo. Es la única manera de matar a esos desgraciados.

A pesar de que el ambiente estaba lleno de sentimientos encontrados y tensión, todos soltaron una pequeña carcajada. Un tibio y débil rayo de sol atravesó su oscuridad.

\*\*\*

Plic, plic, plic... Era el único sonido que llegaba a los oídos casi dormidos de Bastian. Una repetición constante del mismo ruido que torturaba sus oídos.

En su celda todo era oscuro, hacía frío y la humedad se colaba por todos lados. Unas gotas recorrían las paredes de roca y formaban un charco en el suelo sucio y duro bajo su cuerpo. Habían construido los calabozos en la piedra; dureza y aspereza eran palabras que describían a la perfección aquel

lugar.

Allí abajo no había luz más que la generada por el fuego de algunas antorchas colocadas en las paredes entre celda y celda. Los ojos de a poco se acostumbraban al ambiente, a ver en la oscuridad como los monstruos.

«¿Cuánto falta para que me vuelva loco?», se preguntó el muchacho, el frío le congelaba los huesos y le entristecía el alma. Estaba sentado al fondo del lugar con la espalda apoyada sobre la pared, las puntas de las rocas se clavaban en su chaqueta de cuero y le perforaban la piel, que ya debía tener varios puntos rojos. Le dolían los huesos por la humedad y el alma por pensar en Amelie. No sabía qué estaría haciendo ella, pero pensaba que de seguro estaba llorando y se encontraba destruida. ¿La estarían acechando otra vez? Al final, todo lo que había hecho había sido en vano. Esos malditos eran tramposos y rompían las reglas a su antojo.

Su cabeza era un mundo de ideas y, si seguía pensando, iba a estallar, pero no podía dejar de volver a las palabras pronunciadas por Aaron. Había dicho que Amelie no era una simple humana, aunque podría haber estado jugando con él. Por otro lado, si cabía la posibilidad de que Amelie no fuera humana, ¿qué sería? Porque no era un ángel puro, su nacimiento era de naturaleza humana, él había estado allí. Ángel mestizo tampoco era porque Dios una vez se lo había propuesto y ella había declinado la oferta.

Lo peor había sido enterarse de que él sí era un ángel todavía. Eso no podía ser mentira porque, apenas lo supo, había sentido que toda la fuerza volvía a él, aquel poder que pensaba perdido le había recorrido los músculos y las venas. Como si Dios le hubiera hecho creer que ya no tenía magia y él le había creído sin dudar, se había olvidado de todo lo que había sido.

Trató de quitarse los grilletes negros de las piernas, mas le fue imposible, alguna clase de artilugio mágico estaba bloqueando su poder. Gruñó molesto y completamente frustrado. Hubiera preferido que lo mataran apenas puso un pie en aquel lugar. Lo que le estaba ocurriendo no había estado en sus planes.

—Te necesito, Padre. No me abandones a esta suerte tremenda y oscura. Hermanos, Lana, Mina y Gael, cuiden a Amelie. Se los pido otra vez —dijo Bastian como si estuviera recitando una plegaria que nadie escucharía.

Sus ojos verdes se cerraron de a poco mientras veía sombras producidas por el fuego, que se movían por las paredes de roca. No había dormido en días, desde que había llegado allí.

El sueño no fue para nada tranquilo, ni siquiera eso le daba sosiego. Vio

cosas horribles en sus pesadillas, monstruos con protuberancias y dientes filosos, que lo perseguían por un bosque donde los árboles y las hierbas estaban quemados por completo, los colores se habían diluido en el aire como pasaba en esa tierra lejana del Inframundo. Luego se encontró en una catedral que conocía bien, pero las cruces de madera se invertían a su paso y las estatuas de los santos lloraban sangre roja, y convertían todo en un río carmesí donde sus pies se mojaban y manchaban. Vio que danzaba en ese río de sangre y reía con frenesí. Estaba casi desnudo y su cuerpo, envuelto en sudor. Caminó hasta un espejo de marco dorado para contemplarse: su rostro era blanco; sus ojos, completamente negros, y sus dientes, podridos y filosos. Era un príncipe de las Tinieblas sin corona de plata.

—¡Ayuda! ¡Por favor! Necesito ayuda, Dios —gritó desesperado y se dio cuenta de que había tenido una pesadilla. Y en ese momento no le importó nada, todas sus defensas se cayeron al suelo y se sumió en las sombras más profundas. Comenzó a llorar como un niño, como Amadeo lloraba en las noches de tormenta, y se acurrucó contra la pared sintiéndose más solo que nunca.

—Hijo mío... —dijo una voz y eso hizo que levantara su vista. Tenía la cabeza escondida entre las rodillas y sus brazos alrededor de ellas—. Oh... Lamento si te hice creer que ese padre tuyo había venido en tu ayuda. En su lugar vine yo, deberías alegrarte pues yo no te he abandonado como ese otro y soy mucho mejor que él.

Bastian se limitó a mirarlo, llenando de desprecio y odio sus ojos, que aún eran verdes, para que aquel ser se diera cuenta. La llama del fuego de la antorcha en la pared opuesta se reflejaba en su mirada furiosa.

—No me mires así, precioso, hieres mis sentimientos. He venido a traerte algo que beber, no iba a dejar que te murieras de sed. ¿Ves? No soy tan malo como crees. Me gusta atender bien a mis invitados —dijo Aaron, y desapareció por un segundo para aparecer dentro de la celda, cargando una copa dorada en sus manos de uñas largas. Sus botas tocaron el mismo suelo que el prisionero, la misma roca mugrienta—. Vas a ser un demonio muy poderoso en unos cuantos días. Tenemos que empezar a transformarte, mi querido. No tenemos tiempo que perder pues grandes cosas nos esperan. Oh, el mundo será un lugar hermoso. Las alas oscuras volarán sobre las ciudades, ensombrecerán el mundo y todo será rojo, como lo soñamos con Oscura.

El muchacho trató de alejarse, pero la pared lo detuvo, las rocas filosas se

clavaron de manera más profunda en su espalda. No quería pensarlo porque se sentía como un completo idiota, pero sabía que se había equivocado al tomar aquella decisión de entregarse al Inframundo. En otro momento se habría propuesto pelear, pero esa vez había querido terminar con todo y había acabado desatando algo peor.

De repente, no pudo sentir suelo firme debajo de él ni cadenas ni grilletes en las piernas, y los colores se volvieron borrosos. Sintió un revoltijo en el estómago y la cabeza le dio miles de vueltas.

Cuando aquello se detuvo y pudo reajustar su visión, se encontró en un inmenso salón lujoso, lleno de columnas altas y techos de mármol abovedados, con arañas de cristal que pendían desde los techos. No estaba sentado en roca áspera, sino que para su sorpresa se halló en un trono de oro macizo, con cojines rojos, sobre una tarima.

—¿Qué es esto? ¿Dónde estamos? —cuestionó el muchacho, mirando a su alrededor sumamente confundido. Observó el esplendor y la majestuosidad que lo rodeaban. Nunca hubiera creído que el Infierno podía tener un lugar tan lujoso y limpio como ese. Aquel recinto podría haber pertenecido a cualquier palacio del Amarah, en el Paraíso. Solo había visto dibujos, allí vivían los príncipes celestiales con sus esposas, en tres inmensos palacios. Por eso también Amarah era conocida como la Ciudad de los Palacios de Oro.

—Estamos en el salón del trono, mi trono, para ser preciso, y nunca nadie que no fuera yo lo había ocupado —respondió Aaron, la copa todavía en su mano. Extendió su otro brazo para mostrarle los alrededores y sonrió orgulloso de todo lo que poseía—. Esto y mucho más vas a ganar cuando seas un demonio por completo. Tendrás toda la gloria que solo el Infierno te puede dar. Gloria verdadera y no inventada, como en el Cielo.

El Malvado caminó hasta Bastian y, separando sus piernas para ubicarse entre ellas, se arrodilló frente a él. Su capa roja se extendía desde sus hombros, cubría su espalda y, finalmente, descansaba en los escalones de piedra pulida que sucedían a la tarima. Sus ojos de color turquesa lo miraron de manera penetrante. El chico pudo darse cuenta de que aún tenían el color de los ángeles puros, pero se volvían negros una vez que dejaban su Inframundo. Era un castigo, Dios le hacía recordar lo que había sido en la soledad de su oscuro mundo y se lo arrebatava cuando lo dejaba, entre tantos otros privilegios. ¿Qué habría hecho para que Dios lo desterrara del Paraíso y lo condenara de esa manera? ¿Qué hacía aquel ser arrodillado entre sus piernas

como si le rindiera tributo? Ese hombre lo incomodaba.

—¿Que contiene la copa? Quisiera saberlo antes de tragarlo, quisiera saber cuál será el arma que va a matarme. Si es que puedo contar con ese derecho —preguntó el muchacho; bajando la vista al cáliz de oro, se detuvo a ver las joyas incrustadas que tenía. Eran óvalos azules que destellaban con hermosura.

—Este brebaje no va a matarte, te hará sentir más vivo que nunca —explicó el caído. Para Bastian, ser convertido en un demonio significaba el ocaso de quien una vez había sido y eso era peor que la propia muerte—. Tiene vino común y corriente, pero le agregaré una gota de mi sangre. Serás un demonio creado por mí, el más bello y poderoso de todos mis hijos oscuros. Ah, Bastian... Serás un príncipe guerrero, el líder de las huestes oscuras que arrasarán todo a su paso. —Aaron sonrió al revelar sus siniestros planes, y se mordió el pulgar sin quitar la vista del rostro del muchacho. Cuando una gota de sangre brotó de su dedo, la depositó en el vino que estaba en la copa y envenenó la bebida. Aquello era monstruoso, el malvado copiaba a Cristo, sangre de su sangre. No podía concebir esa idea.

—Bebe de mí y toma mi ser, acepta este regalo y reclama tu poder —agregó el Oscuro y, metiéndose en la mente de Bastian, le susurró palabras que hablaban de esplendor, victoria y gloria eterna.

El muchacho tragó fuerte porque luego de aquello no habría vuelta atrás, era el último paso hacia el final. Deseaba que alguien irrumpiera en aquel salón para salvarlo, incluso había albergado la esperanza de que Amelie se presentara a rescatarlo o al menos besarlo por última vez, pero nada de eso sucedería. Aceptó su destino como quien acepta ir a la guerra a morir, en silencio y con una gran pena en el corazón.

Aaron le acercó el borde dorado de la copa hasta los labios y él lo dejó entrar, dándole la bienvenida. El líquido tocó su lengua como fuego ardiente y se deslizó con lentitud hacia su garganta. Siguió bajando y le hizo arder el cuerpo, el corazón, los pulmones y le tocó un pedacito de alma. Aquel veneno demoníaco le manchó el espíritu y con garras mortíferas y llenas de ponzoña comenzó a llevárselo hacia el lado oscuro. Esa sería la primera copa de muchas que vendrían, hasta que la maldad misma lo envolviera entero y el Diablo lo reclamara como hijo.

El demonio alejó la copa del muchacho y, metiendo su dedo índice en ella, lo bañó en los restos de sangre y vino. Dibujó una cruz invertida en la frente de Bastian y luego trazó el contorno de sus ojos. Volvió a mojar su dedo en

vino y acarició los labios del muchacho de manera lenta y delicada. Cerrando los ojos, este se fundió en una sensación de placer y éxtasis, su cuerpo se sentía liviano, como si flotara en un mar de aguas tranquilas. Sus labios se despegaron para emitir pequeños gemidos y su cuerpo se movió en el trono lentamente, en movimientos de trance. Pensó que iba a resistirse más, que odiaría la sensación ardiente de aquel líquido al ingresar en su cuerpo, pero se olvidó de todo en ese momento, solo se dejó llevar por la tentación.

Aaron apretó la yema de su dedo para que otra gota de sangre naciera e introdujo el dedo en la boca de Bastian. El muchacho se aferró a la muñeca del demonio, enredó sus labios manchados alrededor de su dedo y, succionándolo, lo limpió de vino y sangre. El Maldito sonrió complacido al verlo alimentarse de su maldad con tanta lujuria.

Se paró para tomar el rostro del muchacho entre sus manos. Sus ojos verdes se volvieron negros por un segundo y luego retornaron a su color normal. Faltarían más copas para que el negro lo cubriera todo. Aaron inclinó su cabeza y besó a Bastian en la frente con una ternura impensada para alguien de su malvada condición. Sus labios bajaron hasta las mejillas del chico y por último se detuvieron en la esquina de su labio izquierdo, justo allí donde ambos labios se unían.

Cuando la sensación de placer y ensoñación abandonó el cuerpo de Bastian y se dio cuenta de todo lo que estaba pasando, de la cercanía peligrosa de Aaron, del ambiente de sensualidad que allí se había creado y de sus manos y labios sobre su cuerpo, trató de empujarlo poniendo las manos en su pecho.

—¿Qué crees que estás haciendo? ¡Aléjate de mí, no me toques! ¡Te odio! —gritó Bastian, poniéndose de pie y listo para intentar atacar a Aaron, quien dio unos pasos hacia atrás. El chico pensó en su poder, que había vuelto, y que el Oscuro estaba desprotegido, tal vez tendría una oportunidad para herirlo.

—¿Odio? Eso no es lo que me mostraste hace unos segundos atrás cuando te alimentaste de mí con tanto deseo. Pero no te preocupes, ya aprenderás a amarme, hijo mío. Al final, todos lo hacen. —Sonrió, y un solo chasquido de sus dedos fue suficiente para que el muchacho volviera a su hueco frío y negro entre las rocas.

## 10. Guerrera

El mes y medio que una transformación demoníaca tomaba para completarse pasó tan lento, pero a su vez tan lleno de cosas y sentimientos, que Amelie apenas se dio cuenta del cambio de los días. Ni siquiera notó cómo la estación actual se alejaba en puntas de pie para convertirse en otra. No se fijó en la variación de los colores de la marea y sus nuevas tonalidades de azul pálido, y poco reparó en cómo los cerezos se quedaban sin pétalos rosados; estos simplemente se desprendían de sus ramas y decoraban Playa Calma volando por doquier. Los demás árboles de Puerto Azul se habían teñido de marrón y amarillo, y los colchones de hojas secas pintaban los suelos de dorado al acumularse fuera de las casas, sobre los techos y bajo las puertas como un ornamento natural.

El verano de todos modos se negaba a irse, como Bastian luchaba por quedarse en su cuerpo en lo profundo del Infierno.

La mañana antes de comenzar el entrenamiento, Amelie había visitado la casa de Clara y Héctor, y les había dicho que se iría a acompañar a Bastian por un tiempo, pues ellos estaban al tanto de la situación inventada. Ambos le dijeron que estaban felices por su novio y también por ella, porque ahora tendría más familia con la que contar. La muchacha había sonreído con astucia y actuado con habilidad sin mostrar la verdad en sus ojos o su expresión en ningún momento. Antes de comenzar con el entrenamiento físico había estado trabajando en qué decir y cómo actuar frente a su familia para que su coartada no se viniera abajo.

Cuando todos ellos pensaron que se había ido, y durante el transcurso de esa dura etapa, cada tanto hacía llamados a Nadia y Alexis desde Las Colinas, supuestamente, y les decía cuentos que ni ella se creía, como que la ciudad en



la que se encontraban era hermosa y que Bastian estaba feliz por haber hallado a su padre y que por eso se demorarían en volver, porque quería recuperar el tiempo perdido. Aunque aquellos llamados a sus amigos no eran necesarios, los hacía para que no creyeran que se había alejado como la última vez o que ya no los quería. Y también le servían para escuchar una voz familiar y recordar un poco de la alegría de esos chicos que eran tan importantes para ella. A menudo se le venían imágenes de los almuerzos cerca del ventanal del Highland, cuando los rayos de sol entibiaban la cara de Nadia, Alexis hacía bromas, y sus ojos se desviaban hacia la barra del comedor. Había pensado que todo aquello era un drama en su momento. ¡Qué poco importantes parecían sus problemas de adolescente normal ahora! Si solo sus amigos supieran que Bastian ni siquiera conocía a su padre y que solo sabía que su madre se llamaba Valentina y que lo había dado en adopción. Hasta ese momento se creían el cuento sin dudar y, como aún conservaba el celular de Bastian, escribía mensajes como si fuera él y se los enviaba a Alexis. Se sentía el doble de mal. Por un lado, le estaba mintiendo a un amigo y era en esos momentos cuando deseaba ser capaz de decirle toda la verdad y, por otro lado, le dolía tener que fingir que era alguien que la había abandonado sin siquiera quedarse a intentar o seguir luchando. Pero sus buenas razones habría tenido, no podía culparlo del todo cuando ella había hecho lo mismo una vez.

La Guardia Divina seguía reforzando el escudo alrededor de la casa. Era un enorme domo de energía transparente que solo ellos podían ver y, si a sus familiares se les ocurriera ir a dar un vistazo para asegurarse de que la cabaña estuviera bien en su supuesta ausencia, no verían a Amelie deambular o entrenar sobre la arena, la habían escondido de la vista humana creando alrededor de ella una capa hecha de humo negro como el que vestían los ángeles. Habían tenido que tomar esa precaución o toda la mentira que la muchacha había inventado se vendría abajo si accidentalmente alguien se la encontraba en la casa. Por suerte no, les había dado llaves de la cabaña.

El campo de entrenamiento era el espacio de arena entre el mar y la casita de madera. Ese primer día de entrenamiento, Amy se había puesto una chaqueta negra de cuero y pantalones de ese mismo color, más unas botas cortas que le parecían cómodas para moverse sobre el terreno.

Lana sería la encargada de entrenarla, o más bien torturarla, por la sonrisa que se le había dibujado en los labios y le iluminaba la cara. La mujer ángel se paró a unos metros de ella y la miró desafiante.

Gael le había dado a Amelie una espada vieja de madera que habían traído de las salas de entrenamiento del Paraíso, específicamente de Branah, que era donde vivían y entrenaban los ángeles guerreros. Luego de darle su arma poco peligrosa, el robusto ángel se había sentado junto a su hermana Mina sobre los escalones de madera a observar el espectáculo. La luz del sol era débil y tibia, la esfera naranja se escondía con más prisa por esos días.

Amy ni siquiera sabía cómo sostener la espada gruesa, pero aferró sus dos manos alrededor de la empuñadura, que temió que le llenara las palmas de astillas, y la sostuvo en el aire. Era demasiado pesada para ser de madera y le parecía que en cualquier momento se le caería al suelo y le golpearía los pies.

—¿Qué se supone que debo hacer? ¿Cómo te ataco? ¿O tú lo harás primero? —interrogó la chica mirando a su maestra, tratando de no molestarla tan pronto. Lana tenía un carácter bastante fuerte y volátil, así que no quería tener que enfrentarla si estaba enojada, bastante brava era en sus días buenos.

—¿Necesitas escribirlo o tienes buena memoria? —preguntó la maestra. Lo decía en serio, no era una broma.

—Creo que puedo recordarlo...

—Bien. Dobla levemente las rodillas y planta tus pies sobre la tierra lo más firmes que te sea posible. Mantén tu espalda recta y erguida, ese será tu centro —indicó Lana, enseñándole el movimiento. Amelie trató de imitarla lo mejor que pudo, pero le parecía que quedaba en ridículo. No tenía la gracia y agilidad de Lana—. No permitas que te saquen de ese equilibrio o estarás muerta, ¿entendido? Dobla tus codos un poco y no pongas la espada completamente vertical hacia el cielo, apunta a tu enemigo, al cuello si es posible, y prepárate —agregó el ángel, observando a su alumna hacer lo que ella le decía. Dos alas negras nacieron de la espalda desnuda de Lana, e hicieron que la arena volara por los aires cuando las batió un poco, como si estuvieran cansadas de estar guardadas y por fin pudieran respirar.

—Creo que lo tengo... —susurró la chica humana.

—¿Lista? —cuestionó el ángel y, ante el gesto afirmativo de Amy, tocó el suelo con los talones, salió despedida por el aire y voló con rapidez hacia su aprendiz, levantando polvo por todos lados.

Amelie se llenó de dudas y miedo. ¿Qué debía hacer?, ¿tratar de pegarle con la espada? Lana se enfadaría. Estaba segura de que no tendría piedad con ella si lo hacía.

Ese instante de cuestionarse cosas bastó para que Lana llegara hasta ella

tratando de embestirla. Como acto reflejo, Amelie levantó su arma y las hojas de las espadas chocaron. La muchacha no tuvo fuerza para resistir semejante golpe y, cayendo al suelo sobre su trasero, dio gracias de que había arena debajo de ella. Mina se sobresaltó un poco, temía que la humana se lastimara o que su hermana estuviera siendo demasiado dura, mientras que Gael ocultó una carcajada al ver el rostro de Amelie cuando se venía abajo.

—¡Levántate ahora y trata de golpearme! Un demonio ya te habría cortado la cabeza, humana —indicó Lana. Torció la cabeza hacia arriba, dio un giro en el aire y volvió a su posición inicial. Su tono de voz había sido provocativo.

Amelie siguió las órdenes, pero estaba molesta, no le gustaba la manera en que el ángel la trataba y su forma tan autoritaria de hablar. De seguro, Mina y Gael eran mejores instructores que ella.

Entonces, tomó coraje y corrió hacia Lana, solo le faltaba pronunciar un grito de guerra como en las películas y parecería una luchadora. Cuando estuvo cerca de ella, le lanzó un golpe con la espada, poniendo en él toda su fuerza para tratar de golpear el costado de su rival. La mujer lo detuvo con su propia espada y la fuerza del choque produjo un temblor que le recorrió las manos y los brazos a Amy, y le hizo caer su arma.

—Buena iniciativa —dijo Lana, sonriente—. A veces enojarte cuando te hacen caer sobre tu trasero te llena de esa ira que necesitas para dar el golpe final.

Mina y Gael se rieron sin poder evitarlo, Lana entrecerró sus ojos y lanzó una carcajada ante la expresión molesta de la muchacha.

—¿Mina? Tú eres mi preferida, no puedes reírte. Yo iba a elegirte como ángel guardián —protestó Amelie un tanto enojada y, arrojando la espada al suelo, puso sus manos sobre la cintura—. Y tú, Gael, no lo disfrutes tanto o me las cobraré algún día cuando sea poderosa.

—Perdón, pero, si vas a caer seguido, hazlo como recién. Parece que no te vas a lastimar demasiado aterrizando con la retaguardia —bromeó Gael y su risa estridente hizo vibrar Playa Calma.

—Lo siento, dejaré de reírme o perderé el honor de ser tu preferida. Oh, qué dulce, pequeña —dijo Mina y tomó un pétalo rosado de los cerezos, que había flotado cerca de ella, lo dejó descansar en la palma de su mano y luego sopló sobre él. Cientos de pétalos se agruparon y volaron hasta Amelie para formar dos alas detrás de su espalda, que se movieron como las de una mariposa—. Ahora pareces una bella mariposa, sé que te gustan mucho. ¿Soy tu favorita

otra vez?

La muchacha de cabellos rojos suavizó su expresión, sonrió y sintió el calor en sus mejillas, se había sonrojado, pero aquel gesto de Mina le había parecido hermoso y, otra cosa, la forma en la que había dicho «pequeña» le recordaba a alguien. Giró sobre sus pies y los pétalos la rodearon como un torbellino.

—Eres la mejor de todas, Mina —dijo la humana y continuó girando entre colores, como si aquello le hiciera olvidar sus penas. Y luego los pétalos tomaron otra dirección, bajaron hasta su cintura para formar un inmenso vestido mientras giraba como si se tratara de un baile en los grandes salones dorados de Mikah.

—Ahora entiendo por qué Bastian se enamoró de ella... —comentó Gael al ver aquella escena y sonrió mientras la humana de cabellos rojos como el atardecer sobre el mar se reía y giraba entre pétalos rosados y granos de arena que flotaban en el aire.

Así fueron todos sus días: largos, cansadores y lentos, pero cada tanto, entre el dolor y la tristeza, había espacio para una sonrisa. Estaba segura de que la Guardia Divina no le daba respiro para que no se pusiera a pensar en Bastian. Para ellos también era una gran responsabilidad hacerse cargo de la muchacha que había quedado rota y cumplir la promesa que le habían hecho a su hermano.

Cada vez que Amelie se iba a bañar en la soledad de la noche, y cuando algunos grillos se podían escuchar en la distancia, se quedaba bajo el agua caliente por horas y recordaba las cosas que había aprendido durante el día. No había querido anotar nada porque le parecía que aquellos conocimientos servían únicamente en la práctica, pero igual se repetía los movimientos que debía a hacer, cómo atacar, evadir y contraatacar. A medida que los días pasaban y lograba ejecutarlos con éxito, se sentía más segura de sí misma, convencida de que podría hacerlo.

Tal vez un mes y medio había sido demasiado tiempo para decir que estaba totalmente diferente, pero venía teniendo experiencias fuertes desde hacía años y todo aquello la había marcado en cierta forma, la convertía en otra persona, en una nueva Amelie que luchaba por lo que quería y se negaba a perderlo con facilidad.

En todo ese tiempo, los tres ángeles le habían enseñado muchas cosas útiles. Había aprendido a tomar la empuñadura de la espada de manera correcta para

que un golpe enemigo no hiciera que se le cayera de las manos luego de la típica vibración que se producía cuando las dos hojas se encontraban. Le había costado bastante sostenerla en alto al principio, pero sus brazos se habían hecho fuertes y se acostumbraron al peso del arma. Le habían explicado cómo doblar las rodillas y plantar los pies sobre la tierra de manera firme para recibir la embestida de la espada enemiga. Además, Lana la había torturado enseñándole a esquivar ataques y, como al principio no era tan rápida y nunca sería tan ágil como un ángel guerrero, siempre recibía golpes de su mentora en el trasero, las pantorrillas y la espalda. Muchas veces había terminado en el suelo, tragando arena y gruñendo cada vez que un corte se le marcaba en la piel o sus labios soltaban sangre.

Mina le había explicado cómo observar a su oponente, conocer sus puntos débiles o los movimientos que hacía de manera repetitiva, y Gael había sido quien había luchado contra ella cuerpo a cuerpo y sin armas, mostrándole cuáles eran los puntos de impacto que afectarían el cuerpo de un demonio. Su ataque de los dedos en los ojos era asqueroso, pero un demonio ciego era una ventaja. Aunque esperaba no tener que llegar a eso. También le había enseñado a saltar, a aferrarse con manos y pies si se encontrara en una altura, a subirse a los hombros del oponente para torcerle el cuello y cómo arrastrarse por la tierra para pasar desapercibida.

Las espadas habían chocado cientos de veces mientras entrenaban sobre la arena de Playa Calma, chispas azules volaban por los aires cada vez que la Guardia Divina quería entrenar o mostrarle técnicas de combate y sus espadas angelicales se tocaban. Haberlos observado luchar entre ellos había sido todo un espectáculo, la gracia y dedicación que le ponían a cada movimiento, la rapidez con la que se movían eran sorprendentes. Era todo un arte.

La última noche antes de partir a su destino, hicieron una fogata sobre la arena y se sentaron a su alrededor a contemplar las llamas naranjas y charlar. Amelie había puesto los leños dentro de un círculo de rocas blancas que se encontraba en el lugar, como Bastian le había enseñado. Les mostró a los ángeles cómo hacían fuego los humanos y les pareció interesante. Mina aplaudió con sus manos cuando la llama creció hasta volverse fuerte. El mar se dejaba escuchar cerca de ellos y los acompañaba con su música.

—Tenemos un regalo para ti, te lo mereces después de todo lo que te has esforzado. Cualquiera se hubiera rendido ante los golpes de Lana —bromeó Gael y todos esbozaron una sonrisa—. Confiamos en tu entrenamiento y has

probado ser buena para el combate, pero esto te dará fuerzas y será de gran ayuda —agregó, y se levantó del leño donde estaba sentado. Puso en el regazo de Amelie un elemento largo, cubierto de terciopelo negro.

Ella supo lo que era, la forma casi oculta de su silueta, el largo y el peso le decían que era una espada. El muchacho se sentó otra vez y los tres la observaron expectantes, como si hubieran preparado aquella sorpresa por mucho tiempo y ahora esperaran su reacción. Amelie desenvolvió el arma despacio y sus dedos acariciaron la hoja que parecía estar hecha de hielo. Era un material transparente que captaba la luz del fuego y la volvía naranja. No era en nada parecida a la espada de madera vieja con la que había entrenado todo ese tiempo, esta parecía realmente poderosa. Era ancha y tenía dos curvaturas hacia la punta. El mango era de plata, dos alas pequeñas nacían hacia los costados y en el centro del puño tenía una estrella grabada.

—No podíamos dejarte ir a la guerra con una espada de madera —comentó Mina, observando a la chica humana.

—Muchas gracias. ¿Puedo preguntar por qué me dará más fuerza? ¿Qué tiene de especial esta espada? Parece gloriosa y poderosa, pero no entiendo... —interrogó ella, sus ojos aún puestos en su obsequio.

—Es especial porque le perteneció a Bastian —respondió Mina, su mirada se encontró con la de Amelie en el instante en que aquel nombre fue pronunciado. Los ojos de la humana se habían vuelto de color ámbar gracias a la luz del fuego—. La espada se llama Guerrera y con ella Bastian peleó una gran batalla que finalmente ganamos, la batalla de Amenah. Para activarla solo basta decir «*Angelus Belli*», que significa «ángel de la guerra», él eligió esa frase. El fuego azul la traerá a la vida como lo hace con las nuestras. Solo si tú lo haces se encenderá, nos encargamos de eso.

—Yo... No sé qué decir... En verdad... —exclamó Amelie y sus ojos se convirtieron en un pequeño mar que se desbordó de su cauce y bañó sus mejillas. Dejó la espada sobre su regazo y se cubrió el rostro con ambas manos. Sollozos se le escaparon de los labios y el corazón le latió con fuerza —. Perdón, esto es demasiado y la espada es realmente especial, es una de las pocas cosas que tengo de él. No tenían que hacerlo. Gracias, en serio...

—No tienes que decir más nada, Amy, pero puedes llorar si quieres. Tienes que sacar todo eso que llevas en el pecho. La angustia y la tristeza no te servirán esta noche, a menos que las conviertas en tu fortaleza —comentó Mina con amabilidad. Era un espectáculo para ellos ver salir lágrimas de sus

ojos, les parecía demasiado extraño. Los ángeles puros no lloraban, sabían que había casos en los que los mestizos lo hacían porque parecía que su humanidad se despertaba a veces, pero rara vez pasaba y las lágrimas se convertían en cristal al instante.

—Más te vale que honres esa espada —dijo Lana en tono serio, cruzándose de brazos y recordando algo mientras miraba el cielo estrellado. Las chispas de color naranja que desprendía el fuego volaban por todos lados como las luciérnagas lo hacían cerca del acantilado y los campos de algodón—. Con ella Bastian me salvó la vida en la batalla de Amenah. Dos demonios me tenían sujeta y un tercero estuvo a punto de cortarme el cuello, pensé que ese sería mi fin hasta que él lo atravesó por la espalda con Guerrero. La sangre negra estalló en el pecho del maldito y me manchó la cara. Déjame decirte que no eres la única que lo extraña.

Los tres se quedaron mirando a Lana en aquel momento. ¿Qué había sido eso? ¿Sensibilidad? Ella lo notó y se puso incómoda, entonces Amelie, con el rostro todavía mojado, decidió intervenir para que los demás desviarán su atención del otro ángel.

—La batalla de Amenah... El líder de los malvados era y es Aaron, a quien voy a enfrentarme pronto. ¿Fue siempre un demonio? —preguntó Amy y Lana se lo agradeció asintiendo levemente con su cabeza.

—No, era un ángel puro en el pasado. Aaron era uno de los favoritos de Dios, como Gabriel y los de alta jerarquía lo son. Pero Aaron decidió bajar a la Tierra y tomar decisiones sin la aprobación de Dios, envió a otros ángeles a una muerte segura, permitió situaciones que hicieron a Dios dudar de su lealtad. Un día la llama de Aaron se volvió negra y luego se apagó de la mesa en la Ciudad de Cristal y eso le confirmó a Dios que aquel ángel se había entregado a otro que le ofrecía poder, a uno que lo convertiría en un príncipe del Inframundo —explicó Gael ante la atenta mirada de Amelie, quien entendió que Aaron había pactado con el Diablo—. Pero lo peor de todo es que Aaron engendró hijos con una humana y al volver a Mikah ocultó su nueva naturaleza. Sin mediar palabra, Dios lo hizo caer.

—¿O sea que los demonios pueden tener hijos con los humanos? —preguntó Amelie, haciéndose la inocente, pues bien sabía que era posible, las palabras de Ada se repitieron en su cabeza. Casi se había olvidado de aquella mujer.

—Es algo de lo más detestable, pero es posible —exclamó Lana—. Peor aún, más horrendo es que un ángel tenga hijos con un humano, no puedo

concebir la idea.

—¿Qué? —preguntó Amelie, sorprendida. Pensó en Bastian cuando todavía era un ángel. ¿Qué hubiera sucedido si en un descuido quedaba embarazada de él? Por suerte nunca habían llegado a tener intimidad en aquellos tiempos y comprendió la razón por la cual él se ponía distante cuando ella se acercaba demasiado. Habría sido una tortura para el pobre—. No pensé que tener sexo se cruzaría por la mente de los ángeles.

—No debería cruzarse por sus mentes, pero toma a Bastian como ejemplo, él se enamoró de ti y por lo visto luego ya no se pudo contener... Si un ángel tiene un hijo con un humano, esa criatura que nace de ellos se llama nefilim. En la antigüedad, eran criaturas enormes y horrendas, pero fueron cambiando con el tiempo, se volvieron de forma humana —explicó Mina—. Y, aunque nos parezca detestable el hecho de que un ángel toque a un humano de esa manera, la verdad es que los nefilim son aceptados por Dios y luchan contra el mal. No son ángeles puros ni tampoco mestizos. Los ángeles mestizos, como Bastian era, son humanos convertidos por Dios. Humanos que han tenido una vida difícil y se han sacrificado por alguien hasta el punto de casi perder la vida. Así que los nefilim son otro mundo, algo muy complejo y largo de explicar, ya que son criaturas sumamente extrañas. La mezcla de lo mejor y lo peor de ambas razas, pero poderosos guerreros sin duda.

—Todo lo que me cuentan es tan sorprendente. A veces creo que ya nada va a sorprenderme y, ¡bam!, algo nuevo. ¿Qué sucede con los hijos de los demonios? —interrogó Amelie, aunque ya sabía la respuesta, pero necesitaba confirmación. Tenía la necesidad de saber si todo lo que Ada le había dicho era verdad.

—Son bastardos. Dios les da una chance porque ellos no han tenido la culpa de ser engendrados, no han pedido venir a este mundo. Pueden reclamar sus poderes y convertirse en brujos, pero deben vivir aislados de la humanidad. La mayoría no lo acepta y su padre los inicia en el mundo demoníaco. No son demonios de nacimiento, tienen poderes y luego deciden su destino —explicó Gael, observando el fuego. Sus ojos se veían aún más claros a la luz de la fogata—. Si vieras la Ciudad de Cristal del Paraíso, Amelie, eso te parecería sorprendente de verdad.

—Seguramente, me quedaría con los ojos como lechuza. —Ella rio, acariciando la hoja de Guerrero—. ¿Qué material es este? Parece hielo, pero no se quiebra y no es frío, tampoco es como el cristal frágil que fabricamos



los humanos.

—Las espadas angelicales están hechas de cristal celeste. Cuando las estrellas que mueren se apagan, los herreros del Paraíso toman esas rocas y les dan forma, las forjan con fuego divino. La roca que antes fue estrella se calienta de tal modo que es necesario apagarla con el agua de la Fuente de la Creación —explicó Lana, contemplando las estrellas otra vez, era por eso que tanto le llamaban la atención. En el Paraíso se veían de otra forma, pero entendió que al ser transformadas en armas conservaban la belleza que tenían vistas desde el mundo humano—. Esa agua es bendecida por el mismo Dios y por esa razón, cuando nombramos nuestras espadas en la batalla, se llenan de fuego divino. Hay una fogata azul que nunca se apaga en la Ciudad de Cristal y a su lado está la fuente. Se encuentran en el centro de cuatro torres del mismo material del que están hechas las espadas y se pierden entre las nubes. Esas torres iluminan todo el Paraíso y mantienen los portales entre las dimensiones funcionando.

—Vuelvo a repetirlo, en verdad es impresionante todo lo que me cuentan —dijo Amelie, pensando en algo que había visto—. Cuando ese demonio atacó a Alexis y ustedes lo enfrentaron, él tenía una espada, era similar a estas, pero de otro color. ¿Es el mismo material?

—La forma es similar, pero no el material —respondió Mina—. Sus espadas están hechas de brea que extraen de los pozos más oscuros del Infierno, les dan forma y las solidifican con fuego rojo antes de ser consagradas ante el Diablo. Es por eso que nos hacemos tanto daño los unos a los otros, podemos curarnos de lo que sea, pero si la herida es grave y se infecta rápido, ángeles y demonios morimos por igual.

—Trataré de alejarme de la hoja de sus espadas lo más que pueda —dijo Amelie luego de escuchar toda la explicación—. Hay otra cosa más que quiero saber, algo que Bastian nunca llegó a contarme. Hay algo de su pasado como ángel que lo tortura, algo que hizo mal. Me es imposible creer que justo él haya hecho algo malo, pero hay algo que parece no poder perdonarse.

—Todos comentemos errores, ni siquiera los ángeles somos perfectos —comentó Mina.

—Aunque algunos errores, en nuestro mundo, son más graves que en el tuyo —explicó Gael.

—Y como yo tengo más apego a las reglas y cierta idea formada con respecto al hecho de romperlas, prefiero que Mina responda tu pregunta.

Él ángel de cabello rubio emitió algo parecido a un suspiro, asintió y humedeció sus labios antes de hablar.

—Cuando Bastian recién fue convertido en ángel guardián, y como su protegido no llegaba nunca, Dios le dio otras tareas. Encomendó un encargo de treinta almas que debía llevar al Paraíso, un trágico accidente de avión donde muchos humanos perdieron la vida. Yo era la encargada de supervisar esa tarea, pero nos habíamos enterado de los planes que se fraguaban en el Infierno, mucho antes de que la batalla de Amenah sucediera. Estaba ocupada tratando de investigar cómo entrarían los demonios al Paraíso y dejé solo a Bastian porque él prometió hacerse cargo de aquel pedido —explicó Mina, mirando sus manos a la luz del fuego—. Varios demonios lo interceptaron cuando trataba de volver a la Ciudad Blanca, Inah, donde descansan las almas humanas, y en su desesperación por no morir, él entregó diez almas puras. Las condenó al Infierno de manera injusta, pero te pido que no lo juzgues. Fue mi error también. ¿Sabes lo que hizo? Cuando Dios pidió explicaciones, Bastian se echó toda la culpa, me salvó de ser castigada porque sabía cuál sería mi destino y lo aterrada que yo estaba de perderlo todo. Su castigo fue ser parte de la Guardia Divina.

Aquella información no cambió la manera de pensar en Bastian que la muchacha tenía, era algo que había sucedido hacía tiempo, había sido un error de principiante. No podía culpar al chico conociendo el pasado tan duro que había tenido. Más bien su atención se centró en otro aspecto.

—¿Qué? No entiendo, no creo que ser parte de un grupo de guerreros sea castigo suficiente o algo tan terrible para lo que hizo.

—Si eres un ángel guardián novato, que te manden a la Guardia Divina y que se desate una guerra casi a los días de haberte iniciado como guerrero es ir a la muerte segura. Además, la mayoría de los guerreros son ángeles puros, no mestizos —explicó Lana—. Pero Bastian sorprendió hasta al mismo Dios con sus habilidades, con su fiereza para el combate. Luchaba con tal pasión, como si en cada golpe sacara un poco del dolor que se había ido acumulando en él a lo largo de sus años como humano. Corría y volaba atravesando enemigos que ni siquiera lograban darle un golpe. Nada mal para un ángel de la guarda —agregó eso último en tono de broma.

—Una vez él me habló de ángeles puros y mestizos. Él era un mestizo porque fue humano primero. Ustedes son...

—Nosotros somos ángeles puros, si es lo que quieres saber —aclaró Gael,

acabando con las dudas de la muchacha—. Nacimos de las mismas aguas de la Fuente de la Creación, por la voluntad y deseo de Dios. Cuando un ángel puro muere, otro debe reemplazar su lugar, nunca se crean dos nuevos por uno muerto. Tomamos la forma que Él nos da y, cuando pronuncia nuestro nombre, respiramos por primera vez.

—Realmente, todo lo que me han contado es increíble y les agradezco. Me sirve mucho para entender esto, para comprender el mundo del que soy parte ahora —dijo Amelie, escuchando el crepitar del fuego y observó chispas de color naranja elevarse en el aire y bailar en espirales en el viento como si trataran de unirse a las estrellas.

\*\*\*

Amelie se paró frente al espejo de cuerpo completo del baño y ajustó su cabello alisado en una cola de caballo alta. La cinta negra atrapaba su pelo de manera perfecta. Se puso el traje que Mina le había dado, traído para ella desde del Paraíso, lo que se sumaba a la lista de hechos increíbles. Su atuendo estaba confeccionado con un material negro que se expandía y se ajustaba al cuerpo, y aun así le permitía ser ágil con sus movimientos. Le recordó a las heroínas de cómics o películas que había visto, y sonrió porque nunca creyó que viviría para verse convertida en una guerrera.

Su cuerpo se había vuelto pura fibra, no tenía una pizca de grasa de sobra. Se había alimentado con comida sana, siguiendo una dieta rigurosa a base de proteínas. Su rostro lucía rozagante y sus ojos estaban llenos de una mezcla feroz: ira, determinación y coraje.

Puso un cinturón plateado alrededor de su pequeña cintura, era allí donde cargaba otro de los elementos importantes: la daga celestial que le habían dado unos días antes, la que cumpliría el trabajo de extraer el veneno demoníaco del cuerpo de su novio. Sobre su pecho llevaba unos cinturones que formaban una cruz y le servían para cargar a Guerrero en la espalda.

—Sé que estás vivo porque creo en lo que la Guardia Divina dice. Tu luz no se ha apagado todavía en el Paraíso y siento en mi cuerpo que estás ahí, en algún lado, esperándome. Te voy a salvar, Bastian. Aunque sea lo último que haga, sería una buena forma de morir...

Se encontró con Mina, Lana y Gael en el *living* de la casa, la luz ámbar de

los faroles iluminaba la sala. Los tres ángeles la habían estado esperando por treinta minutos con paciencia porque querían darle tiempo para que se preparara.

Cuando la vieron tan decidida, marchando con la cabeza en alto y enfocada en la misión, se quedaron sorprendidos. Lana fue quien más lo estuvo, ya que Amelie no se parecía en nada a aquella muchacha que habían salvado de una fiebre mortal cerca del mar. Hasta podía pasar por un ángel de las huestes divinas.

—¿Lista, guerrera? —preguntó Gael.

—¡Lista! —asintió Amelie con determinación.

Pusieron a Amelie en el centro de una ronda. Los tres hermanos se tomaron de las manos y, en una explosión de luz blanca, desaparecieron y viajaron a través del tiempo y el espacio, mientras Amy escuchaba miles de cristales romperse en sus oídos.

## 11. Tras las puertas del Infierno

Cuando el sonido de la transportación se detuvo y le dio paso al silencio, el mareo también se esfumó con lentitud. Sus piernas se volvieron a sentir fuertes, o al menos se sintió conectada con la tierra, había suelo firme debajo de ella. La sensación en su cuerpo fue muy parecida a lo que había sentido cuando Bastian la había llevado en sus brazos al volar sobre el cerro. Pero a eso se le sumaba un mundo de colores borrosos y las náuseas.

La muchacha ajustó su visión para ver sus alrededores y se dio cuenta de que ya no estaba en su casa cerca del mar o viajando a través del espacio. Sus pies tocaban el césped verde que había frente a aquella extraña bóveda en el cementerio. La misma que Bastian se había quedado mirando cuando la había acompañado a saludar a sus familiares muertos unos meses atrás. Recordó el preciso momento en el que, luego de haberse despedido de las almas de sus seres queridos, había encontrado a su novio en ese lugar. Le había parecido como si él hubiera estado tratando de quitar las cadenas y siempre sintió que había interrumpido un acontecimiento importante. Pues ahora tenía la respuesta; sin pretenderlo, Bastian le estaba mostrando el futuro, su sacrificio y la misión que estaba designada para ella.

—No me digan que esta es la puerta al Infierno, porque ya he estado aquí —comentó Amelie mirando a los demás, los recuerdos de días pasados flotaban en el mar de su mente—. Quiero decir que hace un tiempo estuvimos aquí con Bastian, él se quedó mirando esta construcción como hipnotizado, incluso creo que lo vi poner sus manos alrededor de las cadenas. Ahora entiendo la razón.

—Corrección, esta es la puerta al Inframundo, a uno de ellos, mejor dicho. Hay diferentes dimensiones demoníacas —comentó Lana, cruzándose de brazos y mirando a su alrededor—. ¿Es cierto eso que dices? ¡Qué extraño! Se

ve que el entrenamiento no se le olvida si pudo reconocer cierta oscuridad en este nido de víboras.

—Se está acostumbrando a ser humano de nuevo, pero le cuesta bastante, por eso recuerda muchas cosas de cuando era ángel, sus costumbres y su entrenamiento —comentó ella y decidió cambiar de tema porque hablar de él y hacerlo presente otra vez le tocaba cierta parte de su ser que la haría flaquear y no necesitaba eso aquella noche—. ¿Cuál es la diferencia entre Infierno e Inframundo? Los dos suenan igual de detestables si vamos al caso, y supongo que los dos están plagados de demonios.

—Creo que ya lo mencionamos antes, pero el Inframundo es solo una porción del Infierno, este es solo uno de los tantos inframundos que componen el Infierno, Amy. Así como hay varias ciudades que componen el Paraíso... —explicó Mina con paciencia. Gael observaba unas gruesas cadenas negras que aseguraban la entrada y controlaba que no hubiera actividad demoníaca cerca de ellos—. Digamos que Infierno es la palabra que encierra a todo el mal, pero cada Inframundo tiene sus gobernantes. El de este es Aaron, de quien ya tanto hemos hablado.

—Entiendo, ¿es como un mundo superpuesto al de los humanos? ¿O paralelo? Me pregunto qué cosas voy a encontrarme allí dentro —comentó Amelie, observando al ángel sobre el techo de piedra. Parecía estar llorando sangre de sus ojos, la luz de la luna hacía que la roca de la que estaba hecho se viera plateada y antigua.

—Claro, es un mundo paralelo, otra dimensión. Tienen ciudades como los humanos, pero sin conexión a Internet o Starbucks —comentó Lana y Amelie pensó que ese comentario era lo más cerca que ella estaría de hacer una broma o de ser graciosa.

—¿Desde cuándo sabes sobre los gustos humanos? ¿Qué es Starbucks? —interrogó Gael, levantando las cejas, sorprendido—. Bueno, dejando la charla mundana de lado, Amelie tiene que hacer un sacrificio de sangre, lo dice la inscripción sobre la bóveda y lo indica aquel viejo poema angelical —agregó Gael, dándose vuelta para mirar a las mujeres, y cruzó los brazos sobre su pecho fornido. Amelie pensó que era todo un adonis que no se daba cuenta de su belleza y que Nadia estaría de acuerdo con ella si lo conociera.

Nadia, Alexis, Clara y Héctor, sus rostros aparecieron en su mente y les pidió fuerzas. No se iba a rendir tan fácil. Los volvería a ver, quería convencerse de ello.

—Lo siento, Amy. Pero vas a tener que cortarte la mano o el brazo —dijo Mina, encogiéndose de hombros.

—¿Alguna otra opción mejor? Es broma, ya llegamos hasta aquí, ¿no? Mejor la mano, así no arruino el traje —dijo ella, adelantándose unos pasos. Tomó la daga celestial, que era más pequeña que Guerrera y que llevaba sujeta en su cinturón. Se hizo un tajo no tan profundo en la palma de la mano izquierda. El ardor en el tejido roto no tardó en presentarse, pero no le importó, no se detuvo un segundo a pensar en el dolor. Lana, aunque no era una situación para ponerse felices, sonrió un poco. Sus miradas se cruzaron y el ángel asintió, podía ver orgullo en sus ojos.

La muchacha de cabellos rojos levantó su mano y la sangre bajó por su muñeca y antebrazo como un arroyo carmesí. Acarició el aire delante de la puerta como si hubiera allí un escudo que se rompería en cualquier momento ante su toque.

—No sucede nada... —dijo ella justo cuando una gota de su sangre roja tocaba las frías cadenas que clausuraban el lugar. Estas se transformaron una vez más en horrendas serpientes que la acecharon con siseos y ruidos horribles, antes de descender hasta el suelo y marcharse enojadas hacia el árbol de la colina.

Amelie dio un salto hacia atrás al ver el espectáculo y se calmó diciéndose que de seguro vería cosas peores que esa y que debía estar preparada para no alterarse. Enfoque, calma, nervios de acero, sangre fría y concentración. Era eso lo que la Guardia Divina le había enseñado a lo largo de esos días.

—El primer lugar donde debes buscar a Bastian es en uno de los calabozos del Palacio Central. Reconocerás el lugar al instante, debe ser un lujo comparado con la mugre que lo rodea. Tengo entendido que a Aaron le gusta dar muestras de su extravagancia —comentó Gael.

—Cuando tengas a Bastian a tu lado, no te detengas a conversar o a pensar si está bien lo que estás haciendo o no, tendrás que atravesarlo con la daga celestial. Sé que no te gusta la idea, pero vamos a curarlo al instante. Es la única manera de quitarle el veneno demoníaco que ya corre dentro de él y le oscurece el alma y la mente —explicó Mina—. Pero, si necesitas confirmación para dar el golpe final, te darás cuenta de inmediato que ese chico que tendrás frente a ti no es el mismo Bastian de siempre y puede ser que incluso él intente atacarte. No te confíes ni un segundo, Amelie. Por lo que más quieras.

—Lo entiendo, he juntado valor para todo esto y, aun así, todavía no encuentro el coraje, no puedo pensar en herir a Bastian con la daga —dijo Amelie sacudiendo la cabeza.

—Tendrás que hacerlo sin pensar porque no vas a tener muchas oportunidades. Has llegado muy lejos, estoy seguro de que no quieres arruinar la misión en el último segundo —le advirtió Gael—. Los rescataremos de inmediato, confía en ti y en todo lo que aprendiste en el entrenamiento.

Lana se acercó hasta Amelie y la miró a los ojos antes de hablar. Era más alta que ella y le tapaba la visión. La chica humana se quedó observando la belleza de ese rostro blanco y sus labios rojos. Los ojos eran un mar turquesa que invitaban a perderse en ellos.

—Vas a ver cosas que no te gustarán, incluso lo que tienes que hacer no te gustará, el sentimiento de atravesar a Bastian con la daga será peor que un tormento, pero intenta tener imágenes claras del lugar. Estaremos tratando de ver tu mente y, si la imagen no es precisa, podríamos transportarnos a cualquier lado, a cualquier otro Inframundo, y estarías sola. ¿Entiendes?

Mientras Lana hablaba, Mina tomó la mano de Amelie con cuidado y sacó de su cinturón un objeto plateado que parecía una pluma común y corriente, tal vez un poco lujosa. Sobre la mano de la muchacha dibujó un ojo abierto con dos alas a los costados. La imagen se trazó en su piel como plata líquida que brillaba y, cuando el fulgor se apagó, el símbolo se quedó grabado en ella en tinta negra como un tatuaje.

—Pero sé que no lo arruinarás, tu determinación no te dejará. Cuando estuviste con fiebre la noche que te conocimos, Bastian dijo algo sobre ti, algo hermoso sobre tu fortaleza, cómo él pensaba que no eras débil, y le creo porque me lo has demostrado en estos meses. Entonces, honra esas palabras si lo amas —agregó Lana.

Amelie se quedó sorprendida ante lo que le había dicho, esas palabras le golpearon el pecho con fuerza, tanto que le hicieron levantar la mirada de aquel dibujo que Mina había dejado sobre su mano. El ángel se alejó al instante, se abrazó la cintura y miró hacia el árbol solitario de la colina. Su pelo oscuro flotaba sobre su espalda. Parecía que hablar desde el corazón no era algo natural en ella y solo podía soportarlo por algunos segundos, como si tuviera que mantener una imagen de guerrera fuerte que no se permitía ser emocional. Pero sus palabras se le grabaron a Amelie en la mente y el corazón con fuego naranja.



—¿Qué es este dibujo, Mina? —interrogó Amelie, un tanto curiosa—. Si voy a morirme allí adentro, al menos quiero saber qué es esto.

—Amelie... No vas a morirte —replicó Mina y guardó su pluma—. Los humanos las llaman runas, pero nosotros les decimos atributos angelicales, te pasé un poquito de nuestro don. Este es el de la Mente y Visión, nos permitirá ver lo que tú ves allí dentro. Cuando el trabajo esté cumplido, se borrará de tu mano por su cuenta, no es algo permanente.

—¡Qué lástima! Una vez que tengo un tatuaje que no duele —bromeó la humana y se puso seria al instante—. Me hace sentir más segura que ustedes estén allí, aunque sea en mi mente. Así que... ¡por Bastian! —exclamó Amelie, giró sobre sus pies y con una patada certera de su bota de tacos altos, abrió las puertas del mausoleo y se perdió en la oscuridad, decidida a empezar y terminar su misión.

La Guardia Divina la miró descender algunos escalones hasta que nada de ella pudo verse porque las sombras ya la habían abrazado como una madre que esperaba a su hija perdida.

Amelie bajó escalón por escalón, tomándose su tiempo para reconocer el lugar, los espacios que tendría para moverse si se diera una batalla cuerpo a cuerpo justo donde estaba ahora. Midió el ancho con las manos y miró hacia arriba para comprobar la altura, aquel lugar no era demasiado espacioso.

Se preguntó mientras descendía si los simples mortales podrían ver aquel mausoleo sobre la tierra o si alguien había tratado de ingresar a la bóveda alguna vez, los familiares del muerto seguramente sí. ¿Qué habrían encontrado? Tal vez una imagen falsa para esconder lo que era, un portal hacia un pedacito de infierno.

A medida que se adentraba más en el Inframundo y su aroma a azufre y podredumbre llegaba hasta su nariz, unas antorchas en las paredes iluminaron los anchos escalones de piedra que restaban, eran altos bloques de roca áspera y húmeda.

Se detuvo al instante, silenciosa e intrépida, cuando notó la presencia de dos seres mucho más grandes que ella. Tenían músculos enormes y protuberancias en sus cabezas calvas. Le estaban dando la espalda, pero pudo ver que cargaban hachas gigantes de acero grueso en las manos, las cuales sostenían creando una cruz en la entrada hacia una estancia mucho más grande. Ambos contemplaban un gran foso en el centro del lugar. De allí emanaba un calor terrible que llenaba el recinto y lo bañaba de luz. Era como estar dentro de un

volcán.

Con lentitud y sin hacer ruido, Amelie desenfundó a Guerrero, ellos ni siquiera lo notaron. Pronunció «*Angelus Belli*» muy cerca de la hoja de cristal celeste; como un beso hecho de suspiros y buenos deseos que cubrió la espada, la trajo a la vida y la convirtió en fuego azul que centellaba. Dio un salto hasta el último escalón, sus tacos se apoyaron sobre la roca, y con un ágil movimiento de su muñeca en forma horizontal cortó la cabeza de uno de los guardianes, que ni siquiera se lo esperaba. ¡Qué filosa era Guerrero! Eso la hizo sentir segura; si hacía buenos movimientos, no tendría que golpear dos veces.

Un líquido viscoso, negro y pestilente brotó a chorros del cuello del monstruo mientras caía de rodillas al piso. Su cabeza con ojos pequeños perdidos en la carne blanquizca rodó por el suelo y dejó un rastro de brea negra antes de caer dentro del foso para después derretirse en la lava.

Su compañero reaccionó al instante, gruñendo de una forma tan horrenda que hasta los huesos le vibraron, y levantó el hacha en el aire para atacar a Amelie. Ella pudo ver el movimiento y se agachó con rapidez. Un silbido cortó el aire sobre su cabeza. Tomó la empuñadura de su espada con las dos manos y clavó el arma en el estómago del guardia, que no llevaba pechera. Tuvo que hacer fuerza para lograr enterrar a Guerrero más profundo en el monstruo, pero al parecer tocó algún punto vital porque con un gruñido este se desplomó y el hacha, al caer al suelo, provocó un sonido metálico que desprendió chispas al tocar la piedra. Los cuerpos de los monstruos se cubrieron de fuego azul y se convirtieron en cenizas que escondieron todo rastro.

La misma luz de la espada limpió la hoja de aquella sustancia asquerosa que se había quedado en ella, lo que produjo un terrible olor a plástico quemado, y luego se apagó al escuchar su nombre otra vez.

Amelie se detuvo al pie de la escalinata para observar el lugar y recuperar el aliento, esperando que aquella sensación de nervios y temor se le fuera del cuerpo. ¿A eso le llamaban adrenalina?

Era cierto lo que Lana había dicho, había una ciudad allí adentro y se extendía a través de túneles que se conectaban con ese lugar que parecía ser el centro del Inframundo. Los túneles eran elevados arcos de cientos de metros de altura, pero no eran largos porque pudo ver que al final de esos conductos había espacios enormes que debían ser ciudades.

Donde se encontraba ahora no había hierba verde o cielo azul, el aire no era puro y la luz natural no llegaba hasta esas profundidades. Era realmente un infierno. Tenía paredes de roca que se perdían y se cerraban en las alturas. Había pequeñas casas conectadas por puentes de madera vieja y una brisa abrasadora se movía por los rincones todo el tiempo y hacía que respirar fuera una tarea difícil.

Del otro lado del gran foso había un palacio de cuatro torres hechas de mármol blanco, se lo veía lujoso y nada tenía que ver con las demás construcciones. Era inmenso y majestuoso, las torres blancas se fundían en la roca oscura como si el edificio estuviera hecho de piedra moldeada, como si hubieran cavado un hueco en aquel lugar y le hubieran dado forma a lo largo de los años. Supo al instante que allí tenía que dirigirse, ese debía ser el Palacio Central.

El sonido de la lava burbujeante en el foso profundo llegó hasta sus oídos mientras lo rodeaba con cautela para llegar hasta el otro lado. A muchos metros por sobre su cabeza, los puentes colgantes que conectaban los huecos en la roca se movían en un suave vaivén. Aquellos hoyos debían ser las puertas de las casas de los demonios. Y lo eran. Varios seres de capas negras caminaban por los puentes, entraban y salían de sus residencias. Su corazón se detuvo al ver ese movimiento, pero aquellos demonios parecían concentrados en sus quehaceres en las alturas y no le prestaron atención. Agradeció a Dios que no hubieran visto su pelea anterior, por suerte, nadie se había percatado del ruido ni de la luz que desprendía su arma.

Sabía que era buena luchadora, Gael se lo había dicho cuando terminaron el entrenamiento, pero también tenía en claro que los factores sorpresa y suerte se habían mezclado hacía unos minutos atrás. Había podido matar a dos demonios guardianes, pero, si un ejército la atacaba, estaba segura de que no saldría con vida de ese lugar.

A lo lejos, por uno de los túneles que tenía más cerca de ella, pudo ver una vasta extensión de tierra que parecía no tener cielo, solo había nubes negras y grises que se cernían sobre un bosque. Pero si el lugar donde estaba pisando ahora tenía solo un poco de color, aquel sitio estaba muerto y calcinado, como si alguien le hubiera arrebatado la vida y los colores. Parecía que había árboles secos y debía haber viento caliente, porque todo se veía como una visión borrosa en un desierto. Al final de ese bosque oscuro se elevaba un alto volcán que escupía fuego y volvía rojas esas nubes oscuras, como si se tiñeran

de sangre. Alrededor de la cima del volcán volaban unas criaturas que no pudo distinguir desde donde estaba, pero su mente le decía que debían ser feroces dragones o algún tipo de ser con alas que no dudaría en devorársela de un bocado. Eran tres o cuatro, pero no quiso detenerse ni un segundo más a observar y que cualquier otro monstruo apareciera mientras lo hacía.

A medida que se acercaba al Palacio Central, notó que la piel de su rostro y de su cuello se cubría de una fina capa de sudor. Podía sentir el calor en las partes de su cuerpo que su atuendo no ocultaba. Mina le había dicho que ese traje era especial, le daría calor si hacía frío o le proporcionaría alivio si el ambiente era caluroso y sofocante. Agradeció poder contar con eso.

Subió con lentitud tres altos escalones donde había unos platos enormes de hierro negro que contenían fuego para iluminar la escalinata. Se sorprendió al notar que la inmensa puerta estaba desprotegida; no había guardias en la entrada. Aseguró a Guerrero en su espalda y empujó la hoja de metal con fuerza pero despacio porque no quería ponerse en evidencia. Había dos dibujos grabados en ella, uno era un pentagrama como el que usaban las brujas y otro era la cabeza de una cabra que se superponía sobre la estrella. La imagen no era para nada alentadora, más bien parecía una advertencia para que los intrusos se sintieran persuadidos a abandonar el lugar.

La puerta ni siquiera chirrió al abrirse un poco y por ese espacio Amelie se escabulló al interior del Palacio Central.

Sus ojos se adaptaron a la nueva luz de a poco y delante de ella pudo ver un gran salón de piso blanco y un alto techo abovedado. Había decenas de columnas que formaban un pasillo que llegaba hasta un trono de oro con almohadones rojos sobre una tarima. A su lado había una mesa de patas altas con una copa de oro sobre ella. Se quedó anonada viendo el esplendor del lugar y su luminosidad.

«Pensé que el Infierno sería más horrendo», se dijo Amelie, y al instante tuvo que esconderse detrás de las columnas que tenía hacia su derecha porque dos guardias que vestían armaduras doradas salieron por una portezuela que se encontraba detrás del trono. Para su suerte, aquellas columnas eran tan gruesas que la ocultaban de la vista ajena.

Ambos caminaban al mismo paso, como soldados que marchaban a una guerra, y ella tuvo que contener su respiración e ir moviéndose con calma alrededor de la columna para no ponerse en evidencia.

—La nueva estrellita de Aaron me tiene realmente cansado. Ha sido una

pesadilla atenderlo todo este tiempo —rugió uno de ellos. De sobra se notaba que estaba irritado—. Si no lo quisiera tanto, ya lo habría ahorcado con mis propias manos.

—No te preocupes, ya casi se convierte en demonio por completo y será uno de los nuestros. No se resistirá más como lo hace ahora. Lo peor es que Aaron lo quiere poner en rol de líder —dijo el otro demonio, con voz de mujer.

Se habían detenido muy cerca de donde estaba Amelie y eso hacía que el corazón le latiera con fuerza. Estos dos no eran inmensos como los de la entrada, pero eran inteligentes, se notaba por la manera en la que hablaban. De tener que luchar contra ellos, no sería tan fácil. Además, llevaban armaduras hechas de oro duro. Aunque quedaba abierto un espacio entre el cuello y los cascos que llevaban en la cabeza y Lana le había dicho que siempre debía dirigir su golpe final al cuello, que tomara ventaja de eso.

—Y si no resulta, se pudrirá en ese maldito calabozo y Aaron no va a protegerlo. Será nuestra mascota para atormentar —dijo el primer demonio y ambos lanzaron carcajadas espeluznantes que chocaron contra las inmensas paredes y se repitieron en eco por toda la sala. Amelie contuvo su furia y apretó los dientes, recostó la cabeza contra la columna de mármol y miró hacia arriba. Cerró los ojos en esa posición.

«Dios, dame fuerzas», dijo dentro de su mente. Se tentó de eliminar a esos demonios por la forma en la que estaban hablando de Bastian, estaba segura de que se referían a él, pero no podía hacerlo. Cuanto menos revuelo causara allí dentro, mejor. Esos dos guardias habían aparecido casi de la nada, quién sabía cuántos otros podían salir a su encuentro en cualquier segundo. Sin embargo, pensándolo bien, no habían salido de la nada. Habían atravesado una pequeña puerta detrás del trono y estaba segura de que allí se encontraban los calabozos.

Cuando los demonios se marcharon y cerraron la gran puerta principal de un golpe, Amelie se apresuró, haciendo sonar los tacos de sus botas. Observó maravillada el esplendor de aquel trono de oro macizo y luego se coló por la puerta de madera sin más tiempo que perder, aquello no era una visita turística al Infierno.

El panorama cambió por completo otra vez. Allí el suelo era de roca colorada y descendía casi en picada, tendría que usar la fuerza de sus piernas para no rodar cuesta abajo. Había antorchas en las paredes y pequeñas gotas caían por todos lados. Tenía el rostro, el cuello y las manos fríos y húmedos.

El pasillo que se extendía frente a sus ojos tenía una ventaja y a la vez un punto negativo. La ventaja era que solo existía ese pasillo, no había bifurcaciones en el camino u otros túneles que se conectaran a él, o sea que llegaría a destino, fuera cual fuera. Lo malo era que, si algún demonio guardián volvía de hacer sus tareas, la interceptaría porque no había sitio donde esconderse y no estaba segura de si aquellos dos que se habían marchado eran los únicos que se encontraban allí.

Desenfundó la espada por las dudas y, cuando cerró sus manos alrededor de la empuñadura, se sintió más segura y tranquila. Continuó caminando por el angosto pasillo, escuchando solo el repiqueteo de las gotas sobre la roca y el crepitar del fuego en las antorchas.

Llegó por fin a un espacio más amplio, el techo arriba era de rocas también. A sus costados había huecos en las paredes cerrados por barrotes negros y entendió que eran las celdas que tanto había buscado. Lentamente, se acercó a una de ellas, pero estaba vacía. Se dirigió a la que estaba enfrente sin poder ver nada más que oscuridad en su interior y de repente un rostro demacrado salió de entre las sombras y le rugió. Sus manos con uñas largas y sucias estaban aferradas a los barrotes. Amelie dio unos pasos hacia atrás, asustada y con la espada en alto. Pronto otros gritos y rugidos se sumaron, más presos comenzaron a gruñirle y se dio cuenta de que tenía que apurarse a encontrar a Bastian antes de que los guardias volvieran. Tanto revuelo no pasaría inadvertido.

Recorrió cada celda de manera apresurada, soportando el olor a putrefacción y el enojo de aquellos seres que habían dejado de ser personas hacía mucho tiempo. ¿Qué pecados habrían cometido para terminar allí? Al menos la escena y el lugar le confirmaron que allí iban a parar las almas que habían hecho cosas malas en su vida. Ahora entendía por qué su novio se sentía torturado por esas almas inocentes que había entregado al Infierno.

Se desesperó al notar que estaba llegando a la última celda y todavía no lo encontraba. Tal vez Bastian no estaba allí y había más celdas en ese Inframundo o en las ciudades de los túneles. El hueco estaba oscuro y los barrotes se sentían fríos bajo su mano. Notó algo de movimiento y ruido de cadenas, había alguien entre las sombras, pero no lograba ver quién o qué cosa era. Al menos, este no le había gruñido o tratado de arrancarle los brazos a través de las rejas... Al menos, no hasta ese momento.

—Bastian, ¿eres tú? —susurró Amelie, bajando la guardia y permitiéndose

estar nerviosa por un segundo. Se estaba olvidando de mirar bien a su alrededor. La Guardia Divina necesitaba saber adónde irían a parar luego de la transportación.

Alguien gimió a modo de respuesta, un sonido que nació de una garganta seca y áspera como si no hubiera hablado por mucho tiempo. Amelie tomó a Guerrero y dijo en voz clara y fuerte:

—¡*Angelus Belli!*

La luz azul iluminó el hueco en la roca y finalmente pudo verlo. Allí estaba Bastian, con sus pupilas dilatadas, sus ojos casi negros como los de un demonio. Él torció la cabeza hacia un lado, como analizándola, pero no se movió. Tenía los brazos enredados alrededor de sus rodillas y unas cadenas se ajustaban a sus tobillos. Lo tenían sujeto para que no pudiera moverse. Por supuesto que estaba en los calabozos del palacio, era importante para Aaron.

Su cabello estaba revuelto y más largo que antes, su chaqueta de cuero estaba rasgada y llevaba símbolos rojos en la frente que parecían pintados con sangre. Tenía la cara sucia y trazos como surcos que descendían más claros sobre las mejillas. Solo una cosa podría haber hecho eso: lágrimas sobre la mugre. El corazón de la chica se le encogió en el pecho, nunca lo había visto tan vulnerable y... roto. La sola idea de que él había estado llorando allí solo en la oscuridad la atormentó.

Amelie levantó la espada y, con un movimiento horizontal de derecha a izquierda, atravesó los barrotes negros, que produjeron chispas a medida que caían al suelo. El poder de la espada era sorprendente, podría cortar hasta el material más duro si quisiera.

Pateando algunos restos de las barras de metal, abrió un hueco. Agachó su cabeza al ingresar por el espacio que había creado y, lentamente, caminó hasta Bastian. Hizo que el fuego de la espada se apagara por un momento y la dejó en el suelo, a su lado. Se agachó cerca del chico, a una distancia prudente.

—¿Qué haces aquí? Tú no perteneces a este lugar. Aaron se va a enojar contigo por haber destruido la celda —le advirtió, mirándola con esos ojos raros.

Ella notó que, en algún lugar de su mente y su corazón, donde el veneno demoníaco no lo había tocado todavía, debía recordarla. Quería sentirse feliz, arrojarse sobre él y besarlo, pero no tenía tiempo para eso. Tenía que contenerse y sacarlo de allí.

—Tú tampoco perteneces a este lugar y por eso he venido a rescatarte. ¿Te

acuerdas de mí? Mi nombre es Amelie —dijo ella, mirando todo a su alrededor y enviándole imágenes claras a los tres ángeles que esperaban en el cementerio, el atributo angelical comenzó a quemarle la piel y desprender luz blanca, debía estar funcionando—. Eres hijo de Dios, una vez le serviste y Él te quiso mucho, todavía te quiere. Nada tienes que ver con el Oscuro y el Inframundo.

—Tu rostro es familiar, pero no es así como lo recuerdo... —comentó Bastian y, tirando de las cadenas que lo tenían prisionero, hizo ruido con ellas. Una de sus manos trató de llegar a la mejilla de la chica, pero se quedó a mitad de camino—. Tu expresión era más suave y tus rasgos no tan duros. Te has convertido en otra cosa, no te conozco.

—No hables, por favor. Tengo que cortar las cadenas con la espada, pero no te asustes. Prometo llevarte a un lugar mejor que este, pero tienes que hacer silencio. No te resistas... —explicó Amelie y dijo el nombre que encendía la espada. Bastian cerró los ojos con fuerza, aquella luz tan pura y celestial debía molestarle ahora que casi se había transformado en un demonio. Aun así, ella había notado que él no la había tratado mal, solo no la recordaba claramente y, aunque era un poco doloroso lo que él había dicho, confiaba en que podría salvarlo. Tenía que apresurarse, antes de que vinieran a buscarlo para completar el ritual.

Agachada como estaba, tomó la empuñadura de Guerrera con las dos manos y golpeó ambas cadenas. Quebrándose como un cristal frágil, el hierro se hizo añicos, y los demás presos rugieron, tal vez anhelando poder ser libres o ser rescatados por un alma amiga.

Amelie puso la espada sobre su espalda y luego tomó la daga celestial que llevaba en la cintura. Era hora de atravesar a Bastian con ella. Rogaba que los tres ángeles vinieran apenas lo hubiera herido, no quería que se le muriera en los brazos ahora que lo había encontrado. No quería bañarse en su sangre en vano. Los dos estaban de pie, mirándose a los ojos.

—Perdóname por esto, pero tengo que hacerlo —dijo decidida.

Bastian la miró con curiosidad, sin entender qué era lo que ella decía. Y de repente la empujó contra la pared de rocas con una fuerza tremenda en sus manos. Amelie se tambaleó, pero no se cayó al suelo y, cuando levantó la mirada para entender qué era lo que estaba sucediendo, vio a un hombre parado en la entrada de la celda y él debía estar obedeciendo sus órdenes. Sus cabellos dorados caían sobre sus hombros y unos ojos claros, tan pálidos que



parecían no tener vida, la observaron con curiosidad.

—Bueno, bueno, bueno. ¿Pero qué tenemos aquí? ¿Tratando de llevarte a mi preso? —inquirió el hombre, que debía ser Aaron. Ahora podía ponerle rostro a ese nombre que tanto había escuchado, ese nombre que tanto la había atormentado. Era un ser alto y de piel delicada, sus labios rosados esbozaban una sonrisa que nada tenía que ver con alegría, sino con maldad.

—Para eso he venido y no vas a detenerme —dijo Amelie, desafiante. Se incorporó y señaló al hombre con la daga. No tendría posibilidad de tomar a Guerrero de su espalda, el espacio no se lo permitía, un segundo que se demorara y estaría muerta.

—¡Pero qué valentía y coraje tienes, hija mía! —exclamó Aaron, sacudiendo su cabeza. Bastian parecía petrificado en su lugar. Amelie entendió que él nunca la defendería del malvado, no en esa condición. Estaba sola en aquella pelea.

—No me faltes el respeto, Aaron. Yo soy hija de Dios, no de un ser tan oscuro y despreciable como tú.

Aaron lanzó una risilla entretenida y aplaudió con sus manos de manera divertida. Algo de lo que había dicho la muchacha le había causado mucha gracia.

—Si eso es lo que quieres creer, querida. Pero dejemos de hablar de paternidad, no te llevarás a Bastian. —El muchacho de ojos oscuros se colocó junto a Aaron, el hombre era más alto que él. El malvado se paró detrás de Bastian y observó a Amelie por sobre su hombro—. Solo un ritual más y será el mejor guerrero oscuro que jamás existió. ¿Sabías que nunca había dejado de ser un ángel en verdad? —agregó Aaron con malicia en la mirada y en sus palabras cargadas de veneno, listas para herir. Había susurrado las palabras en el oído de Bastian y luego sus labios se posaron en la mejilla del chico, y lo besaron con ternura—. Deberías preguntarle a ese padre tuyo por qué les oculta información y los maneja como meros títeres. Yo seré oscuro, pero al menos soy honesto.

Amelie sintió escalofríos, no por las palabras de Aaron, que la confundían, sino por la forma en que tocaba a Bastian y él no se oponía.

—¡Silencio! ¡Basta de mentiras! No creas que no conozco a los de tu clase. Siempre jugando con la mente de uno y metiéndose en los sueños. Matamos a una de las tuyas que se comportaba igual que tú. No me impresionas, lo he visto y escuchado todo antes. Llegas tarde, Aaron —desafió ella, con una

sonrisa burlona en el rostro. Ni siquiera se conoció en ese momento, no estaba asustada, no le temía. El odio que sentía por él la hacía fuerte.

—¡Mátala! —ordenó Aaron y Bastian caminó hacia ella sin dudarlo. Amelie tomó a Guerrero con su otra mano cuando pudo alejarse de la pared y exclamó «*Angelus Belli*» en voz alta como si fuera un grito de batalla. El Oscuro abrió sus ojos con sorpresa, hacía mucho tiempo no veía luz tan clara y pura.

Lo que sucedió a continuación duró un minuto, pero muchas cosas ocurrieron en ese corto período de tiempo. Amelie lanzó la espada con precisión sobre la cabeza de Bastian, que ya estaba cerca de ella. La hoja de fuego azul rodó por el aire produciendo un zumbido y, al pasar junto al Maligno, le cortó la mejilla y chamuscó su piel. Guerrero se clavó en la roca y las paredes comenzaron a rasgarse, los suelos temblaron ante el toque de Dios, como si el Infierno y el mismo Diablo se retorcieran en su cuna de brea y fuego.

Amelie se puso frente a Bastian y, deteniéndolo con una mano, le pidió perdón justo cuando él cerraba sus manos alrededor de su cuello. El aire se le hacía poco, las lágrimas le quemaban los ojos y eso le impedía pensar con claridad, así que no lo contempló ni un segundo más. Rápidamente movió su otra mano, la que estaba enredada en una empuñadura de plata, y clavó la daga celestial en su estómago con fuerza. Bastian abrió los ojos, el color negro se vació de ellos y separó los labios para gritar, soltando el cuello de la muchacha. Amelie pudo sentir que su mano se volvía húmeda gracias a la sangre del chico que le bañaba la piel.

Un grito desgarrador abandonó los labios de Bastian y se apagó al instante. Amelie abrazó al muchacho, que se desplomó entre sus brazos, y de repente una luz cegadora se hizo presente, unos pares de manos los tomaron a los dos. Era la Guardia Divina que había venido a rescatarlos.

Mientras juntaban las manos para partir, algo impactó a Amelie en la espalda con fuerza. Una bola de energía negra que Aaron había lanzado le quemó el traje y inconciente, pero antes cumplió su cometido, le susurró a la muchacha horrendas verdades a los oídos que viajaron a través de ella y se le enredaron en la mente y el corazón como espinas llenas de ponzoña en un campo de rosas marchitas.

—¡No! —gritó Mina al ver aquello, antes de marcharse en un estallido de luz blanca.

El Inframundo tembló con los gritos de ira de Aaron. Los presos se taparon los oídos, ya que nunca lo habían oído gritar así, y la lava en el foso se calentó

y saltando por los aires fundió la roca, acompañando la rabia del Señor del Inframundo que tendría que lamerse las heridas.

## Epílogo

### Tormenta

Confusión, dolor, sangre y voces que parecían familiares, pero se perdían en el eco reinante y se distorsionaban como el grito de miles de demonios enfurecidos. En sus oídos habitaba un zumbido molesto que no se acallaba por más que tratara de dejarlo fuera y se cubriera las orejas con las manos. Luego de luchar contra eso y la confusión de una mente cansada, volvió a sumirse en un profundo sueño porque su cuerpo estaba agotado y los huesos le dolían como nunca antes. Su cuerpo y su alma le pedían descanso de tanto veneno y maldad.

Bastian abrió los ojos luego de varias horas, al menos le parecieron horas eternas, aunque no habían sido tantas. Se encontró recostado en el sofá de la casa que había compartido con Amelie en Playa Calma, escuchando el sonido familiar del mar y las olas que rompían contra las rocas. Había fuego naranja encendido en la chimenea y una claridad en la sala a la que debería acostumbrarse otra vez. Había pasado mucho tiempo aprendiendo a ver entre las sombras.

Aquello fue como despertar de una larga y horrenda pesadilla. ¿O todavía se encontraba en ella y no lo sabía? Tenía miedo de que fuera un mero engaño de Aaron, él sabía cómo manipular la mente para hacerle creer cosas, transportarlo a lugares y devolverlo a la oscuridad. Los tobillos, que ahora se encontraban libres, le dolían un poco, los grilletes lo habían mantenido prisionero por mucho tiempo.

—¿Qué hago aquí? ¿Qué sucedió? —preguntó alterado, tratando de poner las piezas del rompecabezas en su lugar para que al menos algo de lo que estaba

sucedido tuviera sentido. Quiso sentarse, pero al instante una punzada de dolor se presentó en su estómago y se quejó entre dientes apretados. Una mano lo tomó por el hombro de manera gentil y lo obligó a recostarse otra vez con amabilidad.

—Silencio, no hables ahora. No gastes aliento y energía en vano —dijo Mina, de rodillas a su lado. Sus manos flotaban sobre la herida en su estómago. Al verla, el dolor volvió de repente y apretó los dientes para no lanzar otro gemido, comenzó a entender de a poco de qué se trataba todo aquello.

Gael tenía una daga de cristal en su mano, no le llevó mucho tiempo darse cuenta de que era una daga celestial y por lo visto había sido usada hacía poco. Su hoja, que debía tener el color del hielo transparente, se había vuelto negra como la noche, se había cargado de maldad y eso significaba que habían tenido éxito extrayendo el veneno demoníaco de alguien. Poco a poco el cristal celeste se iba consumiendo, el odio se lo comía, como el hielo que se derrite luego del frío invierno y da paso a la primavera.

—Sí, te salvamos y te sacamos del Inframundo con vida —dijo Lana, mirando a Bastian y entendiendo su mirada fija puesta en la daga celestial—. ¿No somos los mejores? Ya no eres un demonio, así que cuando estés sano nos iremos a un bar de Mikah a celebrar y emborracharnos como los humanos para olvidar todo lo que sucedió —agregó revoleando los ojos. Lana no podía con su genio.

Gael tocó la hoja de la daga y esta se desintegró para convertirse en un fino polvo negro que se deslizó hasta el suelo y cubrió la alfombra. Solo la empuñadura plateada quedó intacta y el ángel la dejó olvidada sobre la mesa del café.

Mina terminó de recitar su canción y, para cuando lo hubo hecho, la herida en el estómago de Bastian se había cerrado por completo. Le habían quitado la camiseta sucia y ensangrentada cuando lo trajeron de vuelta. Esta estaba tirada en el suelo cerca de ellos, como un recordatorio de lo que había pasado.

Lentamente el dolor se calmó y se alejó para siempre del cuerpo del muchacho, ya no pudo sentirlo. Se sentó con cuidado porque la piel todavía estaba un poco tirante donde Mina lo había curado.

—Aaron dijo que nunca dejé de ser un ángel. No lo entiendo, tendría que haberme dado cuenta, pero pensé o acepté el hecho de que ya no tenía poder —comentó el chico con la mirada perdida en las llamas de la fogata, tratando

de recordar todo lo que el malvado le había dicho. Las palabras pedían salir de su boca, necesitaba desahogarse.

—Ya lo hablaremos más adelante, nosotros tampoco sabíamos nada. Pero Dios podría habértelo hecho creer o quitarte las habilidades por un tiempo. Era lo que más querías, dejar de ser un ángel para estar con... —dijo Gael cuando Bastian lo interrumpió. Los tres ángeles se miraron, había alarma en sus ojos.

—¡Amelie! Ella me salvó... No puedo creerlo, fue ella en serio. —Se paró de un salto, como si nunca hubiera estado herido, dejando en el pasado su cansancio. Llevaba una sonrisa enorme en los labios porque, claro, haber vuelto sano y salvo significaba también que la había recuperado y eso lo hacía inmensamente feliz—. ¿Dónde está? Tengo que verla. Tengo que pedirle disculpas por haberla abandonado así, aunque me odie por eso, necesito verla.

—Está descansando en la habitación, pero no creo que verla sea lo mejor en este momento. Bastian, ella no... —trató de decir Mina sin éxito alguno. El chico ni siquiera la escuchó y enseguida caminó apresurado por el pasillo. Cerró la puerta de su cuarto tras su espalda con cuidado para no despertarla.

\*\*\*

Gael trató de detenerlo, pero Lana lo tomó por el brazo y el ángel se quedó en su lugar. Soltándose de su hermana, caminó hacia la ventana para contemplar el cielo sin decir nada.

—Déjalo, a veces es mejor recibir el golpe en persona y todo de una vez. Ya se dará cuenta de lo que sucede.

Se quedó pensando en lo equivocada que había estado al prejuzgar a Amy. No conocía a otros humanos, pero esa muchacha le había demostrado que sin magia podía enfrentarse a lo que quisiera y que las personas luchaban por lo que amaban y nunca se rendían. Eran criaturas extrañas realmente.

Observó a Mina, que estaba sentada en el sofá con una expresión en el rostro que mostraba preocupación y un poco de tristeza.

—Le va a ser difícil aceptarlo, ¿verdad? —preguntó mirando a Gael, que se había sentado en el otro sofá.

—Por un tiempo, pero se acostumbrará.

—Siempre lo hace, él es fuerte —comentó Lana con una sonrisa que trataba

de reafirmar lo que decía—. Eso y el hecho de que todavía es un ángel fueron una ventaja para que no se convirtiera en demonio tan rápido. Podrán decir lo que quieran de Dios en este momento y tener sus dudas, pero, si él hubiera vuelto a ser un humano otra vez, habría muerto con el primer sorbo de veneno de Aaron. Y el maldito lo sabía.

Los tres se miraron y se dijeron con los ojos miles de cosas sin necesidad de usar palabras.

\*\*\*

Bastian caminó lentamente por el piso de madera, había una lámpara encendida sobre la mesa junto a la cama. Su luz iluminaba el rostro de Amelie, quien dormía serena. Se sentó a su lado sin poder creer que la tenía cerca otra vez y con el revés de la mano le acarició la mejilla.

Un mes y medio lejos de ella se había sentido como una eternidad. Sonrió al verla tan relajada, sus labios rosados apenas separados y sus pestañas onduladas temblaron un poco ante el roce de su mano, pero siguió durmiendo. Sus manos de dedos finos estaban puestas sobre su pecho y la leve sombra de un atributo de Visión y Mente había quedado en su piel como un recuerdo que pronto desaparecería por completo, ya se estaba desvaneciendo a medida que la noche se extinguía sobre el mar.

En ese instante, el muchacho tuvo recuerdos perdidos y borrosos que parecían de otro tiempo lejano, imágenes del pelo rojo de Amelie entre la oscuridad, que iluminaba las sombras como fuego, y una espada angelical que alejaba la niebla de sus ojos con brillo azul.

Ya quería saber por todo lo que ella había pasado en ese tiempo, parecía como si la Guardia Divina la hubiera convertido en una luchadora. ¿Por qué tendría un atributo en la mano? Definitivamente, había sido ella en el Inframundo. Había llegado hasta los calabozos y eso significaba que había tenido que enfrentarse a algunos demonios y había sobrevivido. ¿Quién era esa nueva chica?

Bastian pensó que era muy cierto eso que le había escrito en la carta, eso de que Amelie se había robado su oscuridad y la había convertido en estrellas. Su magia estaba trabajando justo en ese momento, incluso cuando dormía. A pesar de haber vivido algo tan oscuro por un mes y algunos días, ahora que la

miraba, estaba sonriendo y se lo debía a ella, era la causa de su felicidad.

—Me salvaste, pequeña guerrera. Esta vez fui yo el que trató de hacer una estupidez, pero he llegado a pensar que siempre nos salvaremos, tú y yo siempre nos encontraremos —susurró de manera tierna e inclinó su cabeza para besarla con suavidad en los labios. Había extrañado su calidez y sabor dulce, había añorado esa sensación tan familiar y hermosa que le recorría el cuerpo cuando sus bocas se encontraban.

Sintió movimiento bajo sus labios y vio dos ojos de color miel que lo miraban con terror. Una mano se posó en su pecho y ejerció presión para empujarlo. Recordó esa sensación, ella había hecho justo ese movimiento cuando él había tratado de... ahorcarla en su celda. El recuerdo se presentó en su mente con la rapidez del viento, le llenó el alma de espinas y la estrujó con fuerza. Se paró de repente y, tambaleándose hacia atrás, su espalda se estrelló contra la pared.

«Debe creer que quiero matarla otra vez», pensó horrorizado y odiándose a sí mismo. En su mente se puso la piel de un monstruo que había ido a asustarla en su sueño tranquilo. Aquellos recuerdos que lo invadían le dejaron una sensación terrible. Era como dar un salto hacia las profundidades de un mar gélido.

—¿Qué haces?! ¿Por qué me besaste? Ni siquiera te conozco. ¿Qué clase de perverso eres? ¡Aléjate de mí! —sonó la voz de Amelie en forma alta y estridente. Atravesó la puerta y viajó por el pasillo tocando los cristales y los objetos, lo que alertó a la Guardia Divina. Los tres ángeles corrieron hacia la habitación y se encontraron allí en un segundo.

Gael tomó a Bastian por el brazo y notó que su hermano estaba pálido y sus ojos eran inmensos gracias a la sorpresa que se había llevado. Lo arrastró fuera de la habitación al instante porque Amelie se había puesto a llorar sin consuelo.

—Yo no entiendo... No le hice nada. Solo la besé... —explicó el muchacho sumamente confundido, las manos le temblaban. Lana cerró la puerta antes de abandonar el cuarto y Mina se quedó en la habitación para tratar de calmar a Amelie—. ¡Miento! Sí le hice algo malo, traté de ahorcarla en el Inframundo, pero no fue mi culpa, yo nunca podría... Entiendo que me odie por eso, pero ¿que me trate como si no me conociera? —agregó él, cerrando sus puños con fuerza para detener el temblor en sus manos. Lo que había dicho no era para nada coherente porque sí podía herirla, lo había hecho primero,



abandonándola, y luego, bajo las órdenes de Aaron.

—Hermano, no es eso. No te está ignorando a propósito como una niña caprichosa —dijo Gael en un suspiro cuando llegaron al *living*. Habían visto toda esa situación, el ataque de Bastian hacia Amy, gracias al atributo angelical que ella llevaba dibujado en la mano—. Una bola de energía oscura la impactó antes de la transportación. Mina pudo curarle la quemadura de la espalda, pero su mente se cerró por completo, ella se encerró allí dentro y por lo visto no quiere salir.

Bastian se sentó en el sofá y tomó su cabeza entre las manos, sintiéndose completamente frustrado. El peso sobre sus hombros era insoportable. Aquella noticia era terrible y le arruinó la felicidad por el regreso que había sentido hacía unos escasos minutos.

—No puedo creerlo. Todo lo que esa chica ha sufrido en su vida y ahora esto... ¿Por mí? Es todo mi culpa. Nunca tendría que haber roto las reglas...

—¡Eh! No te atrevas a cuestionarte eso luego de todo lo que han luchado. Pero sí, todo esto es por ti y porque ella te ama, Bastian. Eso hacen las personas que se aman y acabo de entenderlo. Nunca se dan por vencidas, siguen luchando mientras les quede un poco de aire en los pulmones y esperanza en el corazón y la mirada —explicó Gael—. Ese mes y medio también fue terrible para ella, pero convirtió su dolor en fuerza y peleó mejor que cualquier ángel del Paraíso. Ahora tú haz lo mismo, toma eso que te atormenta y vuélvete fuerte.

Los ojos de Bastian se abrieron de par en par, las palabras de su hermano se le colaron por los oídos y se le grabaron en la mente.

—Quiero saber todo sobre eso, lo que hicieron con ella, en lo que la convirtieron... Pero hay cosas más importantes ahora. ¿Mina no pudo curar su cabeza? Tal vez fue solo un golpe. ¿Están seguros de que Aaron la atacó?

—Estamos seguros de eso y es extraño, ¿sabes? Una bola de energía oscura solo puede dañarte físicamente. Pero creemos que ella vio algo cuando esa magia la impactó, algo de Aaron se pasó a ella y se le metió en la cabeza. Tiene que haber sido sumamente importante o aterrador para que cierre su mente de esa manera. Lamentablemente, el atributo de Visión y Mente se había extinguido y no pudimos ver sus pensamientos. La duración de los atributos se hace más corta en la dimensión demoníaca, es una de las cosas que comprobamos.

—¿O sea que no recuerda nada de nada? Parece confiar en ustedes, ¿por qué

no en mí? —Suspiró otra vez—. ¿Por qué confiaría en mí, aunque recordara algo? Traté de matarla, me lo merezco por no haber combatido el veneno con más fuerza.

—Porque la curamos y, a sus ojos, la salvamos de un accidente automovilístico. Pero no te tortures, hermano. Repito que ella no recuerda nada de lo que sucedió en el Inframundo. Tienes que darle tiempo para que confíe en ti y lo hará. Imagínate lo que se debe sentir no recordar nada y despertarte con los labios de alguien sobre los tuyos. Es como los cuentos de hadas de los humanos, de las princesas que se despiertan con un beso del príncipe. Si me pasara a mí, le daría un puñetazo en la cara al pervertido —comentó Gael y no pudo evitar sonreír ante su propio comentario, pero se puso serio al instante—. Amy confía en Mina porque, bueno, ¿quién no confiaría en Mina? Es el ángel más tierno del Paraíso. Si no lauviéramos... Te curó a ti y a Amelie en una misma noche.

—Hubiera preferido que me dé un puñetazo en la cara a que me mirara de esa forma, como si nunca hubiera sido nada para ella. Recuérdame agradecerle a Mina, tengo mucho que agradecerles a los tres. Pero necesito un último favor. Tengo que hablar con Dios, siento que me usó de alguna manera. Me hizo creer que ya no era más un ángel y eso no me va a dejar tranquilo hasta que me dé respuestas —dijo Bastian parándose, estiró los músculos de su espalda y dos alas negras nacieron de sus omóplatos y sus plumas acariciaron los muebles. Hizo aquello para confirmar la teoría. Los ojos de Gael se pusieron como platos, y no muchas cosas lo sorprendían—. Tengo que ir a la Ciudad de Cristal y hablar con Él o voy a enloquecer.

—Es cierto, nunca dejaste de ser un ángel... —comentó Lana, que se había quedado escuchando la conversación cerca del fuego que ardía en la chimenea, sin pronunciar palabra hasta ese momento. No era la que más hablaba de los tres, prefería dejarle eso a Mina y Gael—. Bueno, nada te impide volver al Paraíso ahora. Sabes cómo transportarte hasta allá, sigues siendo un ángel. Los guardianes de la Puerta no te van a detener... Creo.

—Lo sé... ¿Saben qué es lo peor de todo esto? Que el maldito de Aaron se dio cuenta y lo sabía, lo sabía todo. Podrá ser el líder de los demonios, pero no oculta la verdad —comentó Bastian, cerrando las alas y se cruzó de brazos—. Sí, tal vez la usa para desprender palabras venenosas junto con la verdad, pero la dice.

—Espera un segundo. ¿Cómo se dio cuenta de que eras un ángel? —

interrogó Lana un tanto sorprendida.

—El sacrificio de sangre de la entrada al Inframundo. La sangre humana nunca abriría esa puerta... No para cualquier ser ordinario se abre, en el portal correcto derrama tu sangre —dijo Bastian, repitiendo una frase del poema que Gael había recitado un tiempo atrás. Y en ese instante se dio cuenta de algo, las palabras de Aaron acerca de Amelie tenían sentido. Bastian se dejó caer en el sofá, a Gael y su hermana guerrera les tomó solo un segundo darse cuenta de qué era lo que lo había puesto así.

—Entonces, Amelie... ¡No puede ser! No debemos sacar conclusiones apresuradas, eso es solo un poema. Tal vez el muy maldito sabía que ella iba a rescatarte, entonces, le abrió las puertas —dijo Gael, tratando de encontrar una explicación que les pareciera racional. Si lo que Bastian había indicado era cierto, eso decía que ellos habían descuidado algo muy importante, habían pasado por alto la importancia de la sangre.

—Puede ser, pero no tenemos tiempo de pensar en teorías. Tenemos que averiguar que está sucediendo. Estoy seguro de que eso que Amy encierra en su mente es la respuesta —comentó Bastian, mirando el cuadro de la mariposa sobre la chimenea. Él la ayudaría a recordarlo todo, él la traería a la luz y nunca la alejaría de su cuerpo otra vez.

—Y tenemos que hacerlo antes de que Aaron haga su próximo movimiento. Porque esto no se va a quedar así. Ese demonio debe ser la furia misma en este momento —dijo Lana; cruzándose de brazos, se acercó a la ventana para observar los alrededores y el mar oscuro.

—Lo es, pero también es un gran jugador y no vendrá a buscar venganza esta noche o mañana. Disfruta jugando con nosotros, lo aprendí estando allí. Si hubiera querido llevarse a Amelie, ya lo podría haber hecho hace años. Nos hacen creer que somos fuertes para luego arrebatarnos lo que más queremos en un segundo, en el instante en que más nos duele. A ellos esperar no les importa, tienen toda la eternidad para hacerlo —dijo y recordó los labios de Aaron en sus mejillas, sus palabras en los oídos. Escalofríos lo recorrieron de pies a cabeza.

—¿Qué hacen ustedes vistiendo esa ropa? —cuestionó Bastian, dándose cuenta de que Gael llevaba ropa suya y que Lana y Mina vestían ropa de Amelie—. No reparé en eso antes y déjenme decirles que les queda bastante ajustada.

—Bueno, dijimos que Amelie cree que la salvamos de un accidente. Nunca

indicamos que crea que somos ángeles —comentó Lana, mirando a Bastian—. Solo piensa que somos tres buenas personas que la trajimos a su casa en la que vive con alguien más y hasta allí pudimos contarle, no hay que sobrecargar su mente de cosas tan rápido. Supongo que el mundo de los ángeles y demonios se alejará de ella por un tiempo, hasta que decida regresar a su mente y volver a conocerlo.

—Espero que eso sea pronto, quiero que me conozca de nuevo —dijo Bastian cerrando los ojos por un segundo como si estuviera pidiendo un deseo. Luego se dirigió a la cocina y comenzó a preparar algo para comer. Estaba muerto de hambre y seguro que Amelie también. Le pediría a Mina que le alcanzara la comida hasta la habitación.

—Se ha vuelto a dormir —anunció Mina, reuniéndose con los demás. Gael y Lana la pusieron al tanto de todo lo que Bastian les había dicho. Allí se quedaron esa noche, en la sala tibia e iluminada por la fogata en la chimenea.

El mar rugió con fuerza afuera y estalló contra las rocas blancas, las pequeñas partículas de agua se mezclaron con la llovizna que había comenzado a caer sobre Puerto Azul y Playa Calma.

\*\*\*

El fuego rojo de las antorchas creció hasta transformarse en inmensas llamas que iluminaron la sala central de ese retazo de Inframundo. Aquel que tenía el foso con lava burbujeante en el centro. Miles de demonios se reunieron alrededor de él y salieron de sus casas para escuchar el discurso. Se pararon sobre los puentes colgantes, sobre las rocas ásperas y miraron expectantes hacia el palacio de piedra blanca. De pie en el balcón principal, con sus manos apoyadas sobre la baranda, se encontraba Aaron, una cicatriz que su magia no había podido curar decoraba su bello rostro. El ángel caído ya no se creía tan hermoso porque había sido herido con fuego divino.

—¡Hijos míos! —dijo en voz alta y solemne, su corona de plata desprendió destellos—. Dios nos ha declarado la guerra, la espada celestial que penetró el Inframundo es prueba de ello. Es hora de comenzar a entrenar y armarnos para la guerra que se avecina porque finalmente daremos batalla. Y no vamos a quedarnos tranquilos hasta que la ganemos. ¡Porque vamos a triunfar y el mundo será solo un mal recuerdo de lo que alguna vez fue!

Las voces y rugidos de aquellas criaturas horrendas resonaron en el espacio, se colaron por los huecos en penumbra, entre las rocas húmedas, y se expandieron por los Inframundos atravesando los portales que los conectaban. Se alzaron por los aires llenos de vapor caliente como un canto de victoria anticipado.

Los humanos del mundo durmieron tranquilos en sus camas calientes esa noche, sintiéndose seguros una vez más. Tal vez alguno que otro tuvo una pesadilla, pero ninguno intuyó o fue capaz de saber lo que se escondía entre los mundos, entre el aire delgado que los separaba.

Nadie imaginó los planes siniestros que en ese momento se estaban fraguando en el Infierno, las espadas que habían comenzado a fabricarse de la misma brea espesa, los escudos relucientes que pronto brillarían en el campo de batalla. La Oscura había decidido despertar por completo y se había puesto su mejor vestido de lentejuelas, lista para llevarse consigo lo que encontrara a su paso, como su hermana lo hacía con ella cuando llegaba la mañana.

La llovizna fría se volvió lluvia intensa, los cielos se cubrieron de negro y se rasgaron como tela frágil entre relámpagos blancos para derrumbarse sobre el mundo.

Si te ha gustado  
*Mientras camino entre las sombras*  
te recomendamos comenzar a leer  
*Flores para un adiós*  
de Sara Isabella Bonfante



## Proemio

Estábamos en la fila de migraciones del aeropuerto de Ezeiza. Llevábamos en nuestras manos los pasaportes junto a los pasajes, listos para realizar los trámites, y así iniciar el periplo de nuestro viaje. Adelante iba una mujer con rasgos fisonómicos como los de cualquier mujer de esta época, mujer a la que no se le puede definir la edad; vestía de modo elegante y olía a perfume importado. No llevaba apuro: no parecía ansiosa. Nosotros, en cambio, estábamos inquietos: queríamos subir y ocupar nuestros asientos.

El viaje sería largo; sin embargo, nos hallábamos dispuestos a comer todo lo que pudiésemos, ya que en los trayectos de muchas horas —algo así como trece hasta arribar a Roma—, además de comer, ver películas, escuchar música o leer, nada puede uno hacer.

En los aeropuertos la gente se muestra ansiosa y, por lo general, camina de un lado a otro, compra en el free shop y carga con objetos innecesarios, pero la mujer que estaba delante de nosotros llevaba solo su cartera y una notebook.

Cuando la fila avanzó y le tocó el turno a ella, escuché que la empleada le decía que esperara un momento, que debía realizar una comprobación en el sistema; volvió a preguntarle su nombre y corroboró algo varias veces. La empleada hizo un gesto de preocupación y en voz alta le dijo: “¿¡Se puede hacer a un lado y esperar, por favor!?”.

La mujer obedeció. Se retiró unos pasos y nos llamaron; como no pudimos dejar de escuchar porque la curiosidad nos había asaltado, miramos hacia el costado, hacia donde la habían confinado. La acompañaban unos policías, que le realizaban preguntas, preguntas que no pudimos escuchar con nitidez. La mujer efectuaba gestos de negación con la cabeza mientras la increpaban.

Cuando terminamos de realizar el trámite y nos dirigimos a la puerta cuatro, ya habían anunciado el vuelo 673 con destino al aeropuerto de Fiumicino. La fila era muy larga; tardamos alrededor de una hora hasta que subimos y nos acomodamos en nuestros asientos. Nos tocó la fila del medio del avión, fila que tiene cinco butacas. La mía estaba junto al pasillo; a mi lado quedaba una libre. Los demás se sentaron en el medio.

Esta línea aérea es puntual, para el caso en que no hubiese ningún

contratiempo con los operadores de la torre de control (y era uno de esos días). Estábamos todos sentados; pasaron veinticinco minutos, y nada: el avión no decolaba. Los otros pasajeros preguntaban qué pasaba, y las azafatas no contestaban: estaban ocupadas en cerrar los portaequipajes y caminaban controlando los asientos.

Por fin, cuarenta y cinco minutos pasados de la hora de la partida, ante nuestras preguntas insistentes, las azafatas contestaron que ya decolaba; justo en ese momento entró apurada la mujer que habíamos dejado en la fila. Se sentó en la butaca que había quedado libre. No bien se acomodó y cuando giró el rostro hacia mí, pude ver que sus ojos estaban rojos; hurgó en su cartera, sacó un frasco con un líquido blanco y tomó un trago, que a mí me pareció largo.

Pronto comenzaron a servir el almuerzo; en todo ese tiempo la mujer se mantuvo escribiendo en su computadora. Ella no probó un solo bocado, a pesar de que, cuando habían pasado preguntando si queríamos comer carne o pollo, había elegido pollo. Pero su bandeja quedó intacta. Cada tanto sacaba de la cartera el frasco y bebía ese líquido.

El vuelo tenía una escala técnica en San Paulo, donde nos hicieron bajar porque tenían que cargar combustible y limpiar el avión. Al menos eso fue lo que anunció el comandante de la tripulación. Pasamos a una sala de la cual no podíamos salir porque la escala duraría solamente treinta y cinco minutos.

En el tiempo en que duró la espera, unos pasajeros aprovecharon para fumar y otros, para ir al toilette: nosotros nos quedamos conversando. La mujer se sentó en un sofá y no se levantó. Parecía preocupada y triste. A mí me carcomía la curiosidad por saber qué le había ocurrido en Ezeiza, pero no me animé a acercarme para preguntárselo.

Cuando trascurrió el tiempo estimado, anunciaron por los altavoces que debíamos abordar el avión. Todos hicimos la fila y subimos dispuestos a tener un viaje placentero; yo, por mi parte, pensaba ver la película y luego estirarme a dormir todo lo que me permitiera la estrechez del asiento.

Por fin el avión carreteó, pero luego frenó y volvió hacia la manga; pude verlo por una ventanilla y me sorprendió la maniobra. Pronto anunciaron que el avión había sufrido un desperfecto de poca importancia. El argumento no me convenció y me puse bastante nervioso. Los pasajeros empezaron a levantarse; caminaban, iban al baño. Unos pedían agua a las azafatas y otros, whisky. Nosotros tratamos de mantener la calma; mis compañeros de viaje, los



directivos del club, me propusieron ir a la cabina para pedir mayor información, pero preferí no enterarme del desperfecto. Si llegaba a suceder algo grave (tan grave como que se cayera el avión), ya estaba jugado allí arriba. Así que me dije: “Mejor no pensar”.

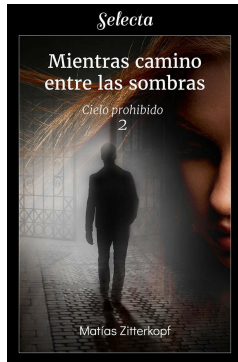
La mujer del incidente inicial seguía escribiendo y no parecía alterarse con ese inconveniente. Yo la miraba de soslayo, pero ella no se percataba de nada, como si estuviese ausente de todo lo que ocurría allí dentro.

La espera fue de tres horas; la mayoría de los pasajeros, aunque no lo dijiesen, pensarían igual que yo: “Estamos en las manos de Dios, de Alá...”. Nosotros nos dedicamos a hablar de las reuniones que teníamos programadas para la venta de jugadores y evitábamos cualquier referencia al desperfecto.

Aplaudimos cuando nos avisaron que se había solucionado el inconveniente; el avión comenzó a carretear y, aliviado, me dije: “Ojalá que lleguemos”. La mujer seguía escribiendo y tomaba cada tanto largos tragos de ese frasco blanco (sí, creo que era de color blanco, aunque empiezo a dudar: el miedo que tuve no me permite hoy asegurarlo).

El resto del viaje fue muy bueno. Cuando el avión entraba en pozos de aire y perdía altitud, suspirábamos y nos aferrábamos a los asientos. La mujer no se inmutaba. Yo seguía intrigado: ¿por qué la habían separado de la fila?, ¿qué problema habría tenido con la policía? Cuando bajamos en el aeropuerto de Fiumicino, la perdí de vista. La intriga aún me persigue. Quizás alguna vez logre averiguar algo.

**Amelie y Bastian creyeron en un final feliz y en tiempos alegres. Pero aquellos empezaron a verse ensombrecidos por un veneno dormido que despertó para reclamar un alma.**



Había una vez un muchacho de ojos verdes que se sacrificó por la chica que amaba; y su sacrificio fue tan grande que tres ángeles de Dios bajaron a la Tierra para convertir a esa chica en una guerrera.

Ella transformó su sufrimiento en valentía y penetró en el infierno como un rayo de luz que se abre paso entre nubes negras.

El amor de Amelie y Bastian terminó por desatar la tormenta.

**Matías Zitterkopf** nació en Gilbert, un pequeño pueblo de Argentina, en 1987. Desde niño desarrolló interés por la lectura y escritura de historias. Es profesor de Inglés y licenciado en Lengua Inglesa.

Escribe historias juveniles siendo *Corazones oscuros* la más conocida en Wattpad con casi dos millones de lecturas.

Edición en formato digital: octubre de 2018

© 2018, Matías Zitterkopf

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.  
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17606-26-8

Composición digital: leerendigital.com

[www.megustaleer.com](http://www.megustaleer.com)

Penguin  
Random House  
Grupo Editorial

me**gustaleer**

## Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás  
recomendaciones de lecturas  
personalizadas.

ME APUNTO



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

# Índice

Mientras camino entre las sombras

Prefacio

1. La ciudad de los muertos
2. Una pequeña llave dorada
3. Una flor morada
4. La Guardia Divina
5. Relatos del pasado
6. Apariciones
7. Acechada
8. Sacrificio
9. Resiliencia
10. Guerrera
11. Tras las puertas del Infierno

Epílogo

Si te ha gustado esta novela...

Sobre este libro

Sobre Matías Zitterkopf

Créditos